OBRAS

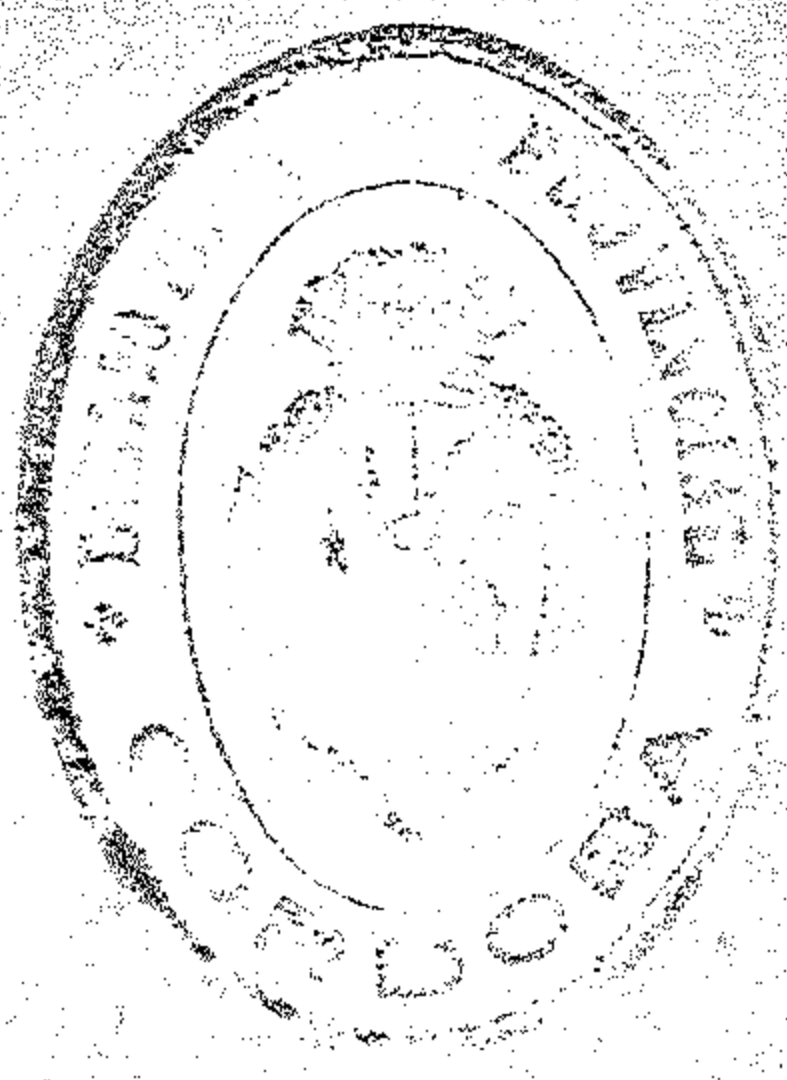
DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

DE MADRID Á NÁPOLES

TOMO I.



91.4.573
4
XIX
1925

DE MADRID Á NÁPOLES

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE CÓRDOBA

TERCERA EDICIÓN

TOMO PRIMERO



DEPÓSITO DE LIBROS
9.073

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

1886

Reg. n.º 5.725

Es propiedad del Autor. — Quedan hechos los depósitos que marca la Ley.

AL SR. D. JOSÉ RUÍZ LEÓN

dedicó esta obra

EL AUTOR

DE MADRID Á NÁPOLES

LIBRO PRIMERO

FRANCIA

I.

DE VALENCIA Á MARSELLA.

El día 29 de Agosto de 1860 salí de Madrid en el tren correo con dirección á *Valencia*, y al día siguiente por la tarde me embarqué en el Vapor *Philippe Auguste*, que partió á las seis para Marsella.

La sociedad que hallé á bordo, y á la cual pasé revista durante la comida y después de comer, era toda extranjera...., no para el buque, sino para mí.—El *Philippe Auguste* volvía de Orán, y traía la colección de viajeros más rara y heterogénea que se haya visto jamás reunida.—En la cámara de popa venían muchísimos Franceses, que, por lo que hablaban, me parecieron ingenieros, comerciantes y oficiales de ejército. Sobre cubierta hacían y se comían su rancho unos cien Zuavos, curtidos por el sol de Africa y vestidos de la manera teatral que todos sabéis. No lejos de

ellos, roían mendrugos de pan algunos Judíos, cuyos miserables rostros, continuo charloteo y sucios y estrambóticos trajes infundían aversión. En otro lado callaban y no comían siete Mahometanos, vestidos á la tunecina, de aspecto grave y decoroso. Y, por último, la Cámara de proa venía atestada de Hermanas de la Caridad, que se dirigían á cumplir su sagrada misión en los nuevos combates que iban á ensangrentar la Italia.

Toda esta gente formaba pintorescos cuadros, que me traían á la memoria mi reciente vida de Tetuán, ó sea los grandes espectáculos de nuestra Guerra de Africa, terminada pocos meses antes....—Hartado que me hube de contemplar aquel revoltillo humano, bajé á mi camarote y me dormí tranquilamente, confiando en que el timonel no se dormiría.

Al día siguiente, cuando subí sobre cubierta, se divisaban todavía en lontananza costas españolas, las cuales delineaban sobre el cielo altísimos picos y adelantaban dentro del mar recios promontorios....—Era el litoral de Cataluña....—Por cierto que me dolió mucho salir una vez más de España sin conocer á Barcelona....—Pero, siquiera entonces, y con ayuda de un anteojo, la columbré á lo lejos, reclinada en el formidable Monte y obedecida por las olas....

Luego se levantó del mar la gran masa del Pirineo, cuya azulada mole, coronada de brumas, despertó en mi alma recuerdos inmortales....—¡Aquel era el perpetuo antemural de España, que no pudieron borrar los más insignes conquistadores!—El poema de nuestra Independencia, escrito con sangre de cien generaciones, acudió, pues, entero á mi memoria....—¡Cuántas veces, cuántas, vinieron sobre nuestra tierra, ya por el Septentrión, ya por el Mediodía, verdaderas

inundaciones de guerreros, amenazando sumergirnos!.... ¡Y qué lucha de titanes la nuestra por defender la nacionalidad y el nombre de españoles, ora contra los Escipiones, ora contra Jusuf, ora contra Carlo magno, ora contra Bonaparte!....—¡Ni un solo día transigimos con el extranjero! ¡Ni uno solo yació en el ocio nuestra espada!

—¡Confesemos (me dije) que hay alguna diferencia entre nosotros y los pueblos de Italia que voy á visitar; los cuales han pasado años y siglos bajo el yugo del invasor, subordinados á la ley de la fuerza, comiendo y bebiendo sobre el cadáver de la patria, y esperando ó llamando á gritos extraña ayuda para sacudir sus cadenas!

Pensando en estas y otras cosas por el estilo (pues el mar inspira siempre nobles pensamientos), pasé el resto del día y vi llegar las sombras nocturnas....—Ya habíamos dejado atrás el Cabo de Creux y entrado en el Golfo de Lyon.... Es decir: ya estábamos fuera de los mares de España: ya no era extranjero el *Philippe Auguste:* ¡el extranjero era yo!

Tal circunstancia y la obscuridad del nublado cielo conturbaron mucho mi espíritu durante esta segunda noche de navegación.—No pude dormir, pues, y la pasé toda sobre cubierta.—Allí, apoyado en una banda del buque, veía deslizarse bajo mis ojos enormes masas de agua, que no despertaban ninguna idea en mi imaginación, y que comparaba á veces, cuando su monotonía llegaba á fatigarme, á las turbas de personas desconocidas que encontramos en los paseos públicos, ó á aquellas series de días de nuestra vida, desprovistos de placeres y de dolores, que no nos dejan ningún recuerdo....

Por último: á las diez de la siguiente mañana vimos alzarse por la parte de proa unas rocas amarillen

tas, que después se fueron enlazando por medio de campiñas verdes ó de montecillos azules....—Llegábamos á Francia: estábamos á la vista de *Marseila*.

Á las doce penetramos en el bosque de mástiles que puebla siempre su anchuroso Puerto.—El *Philippe Auguste* eligió sitio en medio de aquel laberinto de buques de todas las naciones, y echó el ancla....

¡Oh nostalgia, ya inevitable! ¡Iba á desembarcar en tierra extranjera!

Dispenso al lector las dos horas de vejámenes consiguientes á un desembarco en condiciones semejantes. —Vuestra admisión y la de vuestras maletas van acompañadas, en Francia como en España, de tales interrogatorios y registros, y del contacto y comunicación con tales gentes (las mismas en todas partes), que os hace maldecir la máquina social, si han de moverla siempre resortes tan repugnantes y groseros como las aduanas y la policía.—Digamos, pues, algo de la gran Ciudad á que habíamos llegado y por donde hacíamos nuestra segunda entrada en Francia.

Hay dos *Marsellas*: la *Nueva* y la *Vieja*.

Marsella la Vieja es una ciudad árabe, de retorcidas cuestas y estrechísimas calles, sucia, misteriosa, habitada por la gente característica de la población; por su levadura histórica, si me permitís la frase.

Marsella la Nueva es hermosísima; pero de esa hermosura oficial, general, insignificante, idéntica en Cádiz que en Lyon, en París que en San Petersburgo, y que consiste en anchas calles, altos y uniformes edificios, plazas con árboles, lujosas tiendas, perfecto empedrado, y mucha gente vestida de un mismo modo ó con pequeñas diferencias....—Cuando yo la visité, hallábase muy adelantado el Puerto Nuevo de la *Joliette*, obra colosal que engendraba otras muchas; pues, tras-

ladando de una parte á otra la gran entraña de la Ciudad, arrastraba en pos suyo lo mejor de la población, que construía centenares de palacios sobre peñascos antes desiertos.—La protección directa de Napoleón y el genio de Mirés eran entonces el alma de aquella maravillosa y rápida metamorfosis.

Sin embargo, esto no quiere decir que *Marsella resucite*.—*Marsella* no ha dejado de *vivir* durante miles de años: *Marsella* no hace más que aprovechar algún tiempo perdido y colocarse de un salto á la altura de nuestro siglo.—Y es que esta Ciudad, por su posición geográfica, tiene que ser perpetua. Yo me atrevo á llamarla *el Puerto clásico de Francia:* digo más: creo que es la *Puerta principal de Europa*.—É indudablemente: Europa se comunica por allí hace mil años con el resto del mundo. Los marselleses han visto desfilar por la gran calle de la *Cannebière* ejércitos y reyes de casi todos los pueblos y razas, embajadas de los más remotos países, viajeros chinos, indios, negros, americanos, japoneses, australes, y cuantas alimañas tenemos por prójimos sobre la tierra.—Es, en fin, *Marsella*, un pueblo franco, anseático, neutral; un campamento de mercaderes y aventureros de todos los países; una patria común,—especie de metrópolis ó emporios que ha habido siempre, desde Sidón, Tiro y Cartago, hasta Gibraltar.... ¡que Dios confunda!

Tal pensaba yo aquella tarde, paseando por el gracioso Paseo del *Prado*, especie de cornisa tallada en la roca sobre las espumas del agitado mar....—Y á veces se me olvidaba que estaba en Francia, y me creía en España, en tal ó cuál puerto de mi Andalucía.... Pero pronto salía del error al fijar los ojos en el vestido de lienzo azul de obreros y marineros, en los negociantes que venían de la Bolsa en animado tropel, con sombrero de paja, que es su distintivo convencional,

ó en las mujeres del pueblo, adornadas todas con una gorra blanca, semejante á la de nuestros niños recién nacidos....—¡Dichosamente, el sol, el mar, el aire, el cielo, las montañas, las aves, la blanquecina niebla y los mudables tornasoles de las nubes consuelan al hombre en todas partes, demostrando al alma entristecida que no todo es extranjero fuera de la Patria!

II.

DE MARSELLA Á PARÍS.

Á las diez de la noche, con tiempo lluvioso, pero agradable, salí de Marsella en el tren *exprés*, que debía llegar á París en veinte horas.—Era esto atravesar casi toda la Francia como en un sueño, y, en verdad sea dicho, pasé durmiendo la tercera parte del viaje.

Cuando me dormí, ya habíamos recorrido el famoso *Túnel de la Nerthe*, de 4,617 metros de longitud. Veinticuatro pozos dan ventilación á aquel inmensu subterráneo, que cruzamos en unos ocho minutos; y en verdad os digo que, cuando, á la salida, el aire de la noche y la luz de la luna penetraron en el vagón, todos respiramos con fuerza y alegría, como si la taladrada montaña hubiera estado gravitando sobre nuestros hombros.

En cambio, el sueño no me permitió saludar á la histórica *Arles*, célebre por sus monumentos romanos, ni á la noble *Avignon*, residencia un tiempo de la Santa Sede y teatro de los amores de Petrarca.

Y, durmiendo también, pasé por *Orange*, de grandes recuerdos paganos; por *Montelimart*, donde á un insigne paisano mío le sucedió todo lo que cuento en mi articulejo titulado: «*¡Viva el Papa!*»; por una *Valencia (Valence)* no menos ilustre en la antigüedad

que la Valencia de España y hoy también capital importante; por *Vienne*, en fin, rica en monumentos y productos.

Apenas recuerdo haber oído entre sueños el nombre de tales poblaciones, que pregonaban los empleados del ferrocarril....—Por lo que ahora pregunto:—¿Y esto era viajar? ¿Esto es vivir? ¿Qué va á ser del mundo, si continuamos andando tan de prisa?

¡Otro responda!.... Yo sigo adelante, diciendo que desperté al grito de:

—«*¡Lyon! ¡Lyon! ¡Quince minutos! ¡Preparad vuestros billetes!....*»

Abrí, pues, los ojos...., y la luz del sol me obligó á cerrarlos de nuevo....

Porque el sol salía en aquel instante.

Aunque estuve en *Lyon* tan poco tiempo, ó, por mejor decir, aunque verdaderamente no he estado en *Lyon,* este nombre despertará siempre en mí un recuerdo indeleble.—Aludo al aspecto general de la gran ciudad manufacturera, segunda capital de Francia, vista desde el soberbio Puente de la *Gare*.

Estaba saliendo el sol, como he dicho: flotaban aún en la atmósfera las húmedas nieblas del amanecer, y la intensa luz del astro-rey, hiriéndolas horizontalmente, circundaba á *Lyon* de un ambiente de oro, en medio del cual se dibujaban con vigor los altísimos edificios de la Ciudad, sus anchas y desiertas calles, los Muelles, los repetidos Puentes, las innumerables chimeneas de Fábrica y las torres de las Iglesias.—Todo esto aparecía bañado de una misma tinta fantástica, dorada, sobrenatural, que lo hermoseaba y engrandecía á un mismo tiempo, recordándome decoraciones teatrales que representaban á Nínive ó á Babilonia....

Pocos momentos después empezarían el ruido y el

movimiento; pero en aquel instante *Lyon* permanecía aún en brazos del sueño. El sol se paseaba solitario por sus calles, como acontece siempre á los grandes madrugadores: las chimeneas de las Fábricas, esos modernos obeliscos, no arrojaban todavía humo, y no se oía más ruído que el alto rumor del Ródano y del Saona, ó el son de alguna que otra campana que tocaba á Misa, como antes de existir la *Diosa Razón*.

Yo no he visto nunca ciudad tan muerta y tan viva á un mismo tiempo; tan llena de luz y tan privada de voz y actividad.... Y es que en *Lyon* penetra el sol de lleno desde que sale, por lo muy descubierto que se halla su horizonte hacia Oriente....—¡Básteos saber que desde donde yo me hallaba se distinguían las remotas cimas de los Alpes!....

—*¡Esperadme!*—les dije....

Y, á la verdad, me esperaron demasiado tiempo.... ¡París, adonde me dirigía, con ánimo de permanecer en él una semana, fué para mí lo que la Isla Afortunada para Reinaldo!—¡Ay! Los extranjeros en París son la sal en el agua....

Pero no adelantemos los sucesos.

Los cuatrocientos ó quinientos viajeros que componíamos la población ambulante del tren-correo, y que tan de mañana hacíamos aquella visita á los leoneses, descendimos á la magnífica Estación en busca del desayuno, y hallamos que dentro del salón del *buffet* nos aguardaban cien pasajeros más!

En los viajes por ferrocarril es este un momento sumamente divertido. En la elegante Francia, sobre todo, pásase muy buen rato viendo tanta lujosa viajera, tanta solitaria beldad, tanta pareja non-sancta y tanto gracioso capricho en los trajes como da de sí la arraigada *civilización* de nuestros sensuales y despre-

ocupados vecinos.—Al menos, para los que ven estas cosas, como yo las veía entonces, después de algunos años de no haber atravesado las fronteras patrias, ofrecen al pronto particular encanto las costumbres francesas, tan libres, tan valientes, tan ocasionadas á lances y aventuras, tan novelescas, en fin, si se las juzga por el prisma de la circunspección española, con absoluto olvido de la moral y desde el ligero y desbocado coche de la juventud y de la soltería....

Cierto es que al cabo de algunas semanas pierde su prestigio este *encanto* (que no está en las cosas, sino en nuestro inocente corazón).... Pero, en el ínterin, recrea mucho la fantasía el encontrar por todos lados figuras ideales (en la forma), de una elegancia y distinción que pasarían por *principescas* en la Fuente Castellana de Madrid; jóvenes bellísimas, artísticamente envueltas en clásicos mantos, viajando solas y entregadas á la lectura de alguna grave novela de Balzac; púdicas inglesas, que viven soñando, y recorren la Europa (éstas legalmente acompañadas) en busca de peligros; alegres muchachas, por último, que comen, ríen, cantan y hablan, sin que una operación estorbe á otra; llenas de gracia y talento, de experiencia y desenfado; que os explican en un dos por tres cuanto puede tener relación con el viaje (las distancias, los monumentos, el país, la política, vuestra comodidad, la suya, la economía, los gastos útiles y los superfluos), dejándoos absortos de que en una cabeza rubia y suave de diez y siete años quepa tanto cálculo, tanto juicio, tanta reflexión, tanto análisis....

Y no digo más de *Lyon*.

Las doce restantes horas de viaje (durante las cuales recorrí otras ochenta leguas, y vi pasar ante mis ojos, á la manera de rápidas exhalaciones, capitales

importantísimas, ciudades históricas, centenares de pueblos de mucha consideración, y más de mil aldeas y caseríos diseminados á los dos lados de la vía) fueron para mí de incesante asombro y continua admiración, al observar la incalculable riqueza de Francia, sus campos convertidos en jardines (y allí es campo todo el territorio), sus montañas ennegrecidas por el arbolado salvaje, sus valles cubiertos de cuidadísimas alamedas, sus laderas puestas de viña, y sus amplias llanuras, esmeradamente cultivadas, llenas de graciosas cercas, de frutales en todas las lindes, de acueductos, de puentecillos, de presas, de canales, de acequias y de balsas....—Y todo ello, combinando la utilidad con el gusto, y procurando que el paisaje sea bello y gracioso. Es decir: que hay trabajo superfluo; que falta tierra y sobra laboriosidad; que se ve el amor al suelo que produce el pan de la vida; que se mima y adula á aquella esquiva Ceres, de quien sólo el sudor y las lágrimas arrancan los apetecidos frutos.

Ni creáis (los que no conocéis á Francia) que hay exageración en lo que digo del esmero con que está labrada toda aquella tierra....—Sabed que allí todos los ferrocarriles y carreteras son calles de árboles nunca interrumpidas; lo cual significa que Francia se halla cruzada, lo menos en cien sentidos, por alamedas pomposas de doscientas y más leguas de longitud cada una.—Esto no me lo han contado: lo he visto yo en varios viajes, al recorrer, como he recorrido aquel suelo, desde los Pirineos hasta el Monte-Jura y desde el Mediterráneo hasta la Normandía.

Descendiendo ahora á pormenores, os indicaré las principales cosas que llamaron mi atención aquel día.

Recuerdo en primer lugar los famosos viñedos de la *Borgoña* (ó sea de *el borgoña*, mi favorito vino fran-

cés), así como el gusto con que saludé aquel Ducado, tan guerreador y poderoso en otros tiempos.

Una vez en *Macon*, capital de Departamento, volví á divisar á lo lejos, desde un magnífico puente de trece arcos, la gigante cumbre del *Mont-Blanc*....—¡Cerca de cuarenta leguas distaría de allí el «Rey de los Alpes y de todos los Montes de Europa,» y su blanca cima se percibía, sin embargo, con tanta claridad, cual si sólo distase cuatro ó cinco leguas!....

En adelante, seguimos ya casi siempre las orillas del *Saona*, caudaloso río, sembrado á veces de pintorescas islas.—En sus dos márgenes encontrábamos á cada paso limpias y graciosas Ciudades, medio escondidas entre pámpanos y arbolado.

Después de saludar algunos viejos Castillos y de pasar dos ó tres puentes colgantes, cruzamos por delante de *Beaugeu*, de renombradas uvas y uno de los primeros lagares de la *Borgoña*.

Las suaves ondulaciones del terreno hacen allí muy agradable la subida á *Chalon;*—ciudad que no debéis confundir con el Chalons de la *Champagne*, donde fué derrotado Atila y hoy tiene Napoleón un brillante Campamento...., cuando en este *Chalon-sur-Saone* sólo hay de notable los campanarios góticos, los buenos vinos y las perlas falsas....

En *Beaune* (otra gran Ciudad) mengua un poco la riqueza del suelo; pero pronto resucita más feraz y poderosa, al acercarse uno á *Dijon*, capital de Departamento y Corte de la antigua *Borgoña*.—¡El aspecto de esta Ciudad, coronada también de altísimas torres góticas, es soberbio!

Estábamos en el punto más elevado del camino de Marsella á París.—Allí se separan, por ende, las aguas que van al Océano de las que van al Mediterráneo.

Detrás de Dijon hay una gran cordillera (los Mon-

tes de la *Costa de Oro)*, que antes esquivaban los caminos, teniendo que rodearla con timidez y que hoy ataca de frente el audaz ferrocarril, perforándola por su mayor densidad y dando motivo á maravillosas construcciones.

Pásanse, pues, primero largos viaductos y formidables desmontes; luego un Túnel de trescientos veinte y ocho metros, é inmediatamente después el célebre *Subterráneo de Blaizy*, que tiene más de una legua francesa de largo y quince pozos de ventilación, de doscientos metros de profundidad algunos de ellos.

En adelante, la comarca se accidenta y embravece cada vez más.—Yo dudo que en Francia haya otro terreno tan áspero y salvaje como aquel.... Allí fué donde los Francos disputaron el paso durante muchos días á los ejércitos de César. Allí habrán pasado también mil cosas que yo no sé....—Pero, considerando la índole belicosa de los borgoñones, la importancia de aquel desfiladero y lo que dice la Historia acerca de los muchos conquistadores que se han paseado por Francia en todos tiempos, me atrevo á asegurar que no habrá allí ni una sola piedra que no esté reteñida de sangre humana.

Pasada aquella divisoria, el país se dulcificó paulatinamente. Desfilaron ante nuestros ojos algunos Castillos, unos de pie y otros arruinados, notables entre ellos el de *Rochefort*, cuyos inmensos escombros causan espanto, y el de *Lovois*, que se restauraba á la sazón, y penetramos en otro Túnel, que nos trasladó en pocos instantes á una preciosa aldea, llamada *Taulay*, coronada por otro Castillo muy romántico.

En seguida se presentó un nuevo Túnel, atravesado el cual, llegamos á la ciudad de *Tonerre*.—Habíamos salido de la *Borgoña* y entrado en la *Champaña*....

¡Ah! Yo detesto (vuelvo á decirlo) los viajes en

ferrocarril. ¡Era cruel pasar de aquel modo por insignes Ciudades y memorables territorios sin detenerse á saludarlos! ¡Parecía como que lo despreciábamos ó igualábamos todo; como que dábamos poca importancia á vetustos pueblos que nos esperaban hacía miles de años sentados á la vera del camino, con pleno derecho á que les preguntáramos su nombre y su historia y rindiéramos culto á su glorioso pasado!

—«Estamos en la *Champagne*.... (pensé yo allí cuando más).—*¡Champagne!*.... *¡Champagne!*.... Esta es la »patria de *aquel vinillo*....»

Y, en efecto: á medida que adelantamos por el país, fueron saliéndonos al encuentro pueblos cuyos nombres habréis leído todos, á la hora de los postres, en la *etiqueta* ó marbete de ciertas gordas botellas muy dadas á los brindis, al sentimiento, á la inspiración, al amor de segunda clase y al cambio de provocaciones y tarjetas....

Después de *Tonerre*, se pasa un buen Puente colgante, y el *Canal de Borgoña*, y muchas quintas, y los pueblos de *Flogni*, *Saint-Florentin*, *Brienon*, *Laroche*, *Joigni*, *Saint-Julien* y *Villeneuve*; llegándose por último á

Sens, la ciudad gala, cruzada de arroyos, rodeada de vides, coronada de torres, cuyas campanas tienen reputación europea....—Yo no las oí sonar en los tres minutos que estuve en *Sens*; pero, en cambio, supe que no lejos de allí penetra el *Yonne* en el *Sena*....

¡Salud al *Sena!* ¡He aquí sus amarillentas aguas, pobres é inocentes, pasando en este momento por rústicos parajes y destinadas á reflejar muy pronto palacios imperiales, grandiosos monumentos y puentes magníficos, y á ser vida y alma, y á veces tumba, de la espléndida población de París!

De todas las imágenes que he leído en los poetas, ninguna recuerdo más exacta que la que compara á

:

los grandes ríos con los grandes hombres....—¡Y ved qué coincidencia! Allí se nos presentaban unidos el gran río y el grande hombre....—Estábamos en *Montereau*, donde por última vez triunfó Napoleón I, ó sea donde derrotó á los Aliados en 1814.—¿Quién no recuerda aquella campaña, en que le bastaron treinta días para alcanzar doce victorias, que, sin embargo, le costaron el Imperio?—¡Ah, no! ¡los Aliados no derribaron á Napoleón! Napoleón había caído en España, delante de nuestros padres, y en las estepas de Rusia, delante del Invierno.—1814 y 1815 no fueron más que convulsiones del águila moribunda.

Pero henos en *Fontainebleau*.... Ved allí sus bosques y Palacios.—¡Verdaderamente, es una perspectiva encantadora!....—¡Y cuántos recuerdos, desde Luís el Joven hasta Francisco I; desde Luís XIV y la Maintenon hasta Bonaparte despidiéndose de la Guardia Imperial!—Allí también Pío VII....—Pero se marcha el tren....—Supongo que estáis enterados de la prisión que padeció allí aquel Papa por orden del temerario Napoleón....—Conque volvamos al coche.

Más allá de *Fontainebleau* hube de admirar aún otro paraje histórico, el *Castillo de Vaux*, recuerdo del infortunado Fouquet, y la graciosa posición de *Melun*, tan célebre en la antigua historia de Francia.

En fin, á eso de las cinco, y después de pasar por otro sorprendente *Viaducto*, el paisaje llegó á un inconcebible grado de animación y de hermosura.—Las quintas, los palacios, los jardines se sucedían ya sin interrupción.... Los campos aparecían tan poblados cual si fueran una Ciudad continua, y eso que aún faltaban bastantes leguas para llegar á París.... Por todas partes superabundaban la belleza y el lujo....—El Departamento del Sena parece una finca de recreo, del tamaño de vasta Provincia.

¡Cómo se adivinaba la proximidad de la opulenta Metrópoli, de la gran Capital, de la fastuosa Lutecia! —Así, en lo antiguo, las grandiosas *villas* diseminadas por la campiña de Roma anunciarían al viajero, con muchas horas de anticipación, la cercanía de la Ciudad *que era entonces lo que es París en nuestra época* (aunque lo nieguen ó deploren ingleses y alemanes): la reina del universo.

El tren pasó por último al través de la recia muralla que rodea á la Capital....—Otros veinte trenes, que entraban ó salían en aquel instante, rugían ya á nuestro alrededor.—Habíamos llegado á uno de los centros más importantes del movimiento humano.

Inútilmente pretendería haceros formar idea del número de máquinas y coches, ni de la cantidad de rails, traviesas, carbón y otras materias que vi al paso en los inmensos almacenes que cercan la Estación.... ¡Asombraba que el hombre pudiese acumular ni consumir una suma tal de productos de la tierra! — Y, como siempre que contemplo semejantes acopios, entróme miedo acerca del porvenir, ó sea miedo de que lleguen á agotarse minas y bosques y de que nuestros hijos se encuentren con una naturaleza exhausta.—Los economistas dicen que no sucederá, pues que todos los Gobiernos dignos de serlo procuran el fomento de los montes, de la ganadería, del arbolado, de la minería, y aun de las ostras, con igual celo que el de los intereses morales de la humanidad....—Pero ni por esas me tranquilizo.

Sin embargo, desechemos ahora toda idea seria.... ¡Ha llegado el momento de dejarnos arrebatar por el huracán del siglo!.... Ha llegado el momento de perder la cabeza y hasta el corazón.—¡Lectores de novelas!: con vosotros hablo.... ¡Estamos dentro de *París*; en el teatro donde han acontecido ó podido acontecer

tantas escenas poéticas, sentimentales, heroicas ó divertidas como registran las obras de Balzac, de Dumas, de Soulié, de Jorge Sand, de Henry Murger, de Paul de Kok, de Eugenio Sue y demás autores que os han secado los sesos!....—¡Seguidme, y redoblad vuestra atención, si podéis!

III.

LOS BOULEVARDS DE PARÍS.

La monumental Estación en que habíamos echado pie á tierra no está situada, como parecía natural, á las puertas de *París*, sino muy dentro de la población, tocando á los mismos *Boulevards* (que es como quien dice á la parte más bella y clásica de la moderna Babilonia); de lo cual resultó que, al salir de aquel edificio, quedé maravillado al verme en medio de la confluencia de hermosísimas calles, amplias, uniformes y perfectamente embaldosadas; rodeado de altísimas casas, lujosas tiendas, bellos monumentos é innumerables carruajes, y formando ya parte de la apretada muchedumbre que iba y venía por todos lados.... (del propio modo que habría ido y venido si yo no hubiera salido nunca de mi remoto y sosegado pueblo, ni hubiese llegado aquel tren á París).—La Capital recibió como si tal cosa el refuerzo de mil almas que le entraba por una sola puerta, al par que le estarían entrando otras diez mil por las demás.... Algunos besos y abrazos en francés acogieron á este ó aquel sujeto: los cocheros y los comisionados de los Hoteles nos impacientaron un poco con sus proposiciones, y al cabo de un instante todo volvió á quedar tranquilo....—Así desaguan los ríos en el mar.

Yo tenía resuelto ir á parar al *Hôtel de l'Empire*.—Tomé, pues, un coche y emprendí tal camino.

Sin embargo de hallarse la Estación tan dentro de *París* y ser la *Rue neuve de Saint-Augustin* (adonde me dirigía) una de las más céntricas, todavía tuve que recorrer cinco kilómetros de calles y plazas para ir de una parte á otra; y, como el cochero me llevó por todos los *Boulevards*, que son la principal arteria de la población, *formé* en la masa de coches que van y vienen sin cesar por aquella vía, y pasé revista á cosa de doscientas mil almas que discurrirían á la sazón por sus amplísimas aceras.

Al atravesar la *Plaza de la Bastilla*, saludé la *Columna de Julio*, levantada en el mismo sitio que ocupó antes aquella odiosa prisión de Estado.—El monumento destruído y el erigido en su lugar resumen la historia de Francia, las abominaciones de todas las épocas, los errores de todos los partidos.... ¡El *Genio de la Libertad*, que corona la actual Columna, con sus alas de oro tendidas al viento, parece disponerse á abandonar la tierra!....—Pero no filosofemos todavía.

Del *Boulevard-Beaumarchais* entramos en el del *Temple;* de aquél en el de *Saint-Martin;* de éste en el de *Saint-Denis;* luego en el de la *Bonne Nouvelle;* después en el de la *Poissonnière;* á continuación en el de *Montmartre;* en seguida en el de los *Italianos*, y por último en el de los *Capuchinos*, al cual siguen algunos otros....

Los *Boulevards* son la antigua *Ronda* ó camino de circunvalación de *París*. Todo lo construído fuera de ellos, y que es hoy la parte más importante y lujosa de la Ciudad, conserva por aquella razón el nombre de arrabales *(faubourgs)*. Y de aquí el que en los *Boulevards* se vean todavía, aisladas y convertidas en mero adorno, muchas de las antiguas Puertas ó Arcos de triunfo de París, que bien merecen conservarse por su

hechura y por los recuerdos que despiertan en el transeunte...., si el transeunte sabe un poco de Historia.

La extensísima calle que forman los sucesivos *Boulevards* ostenta á ambos lados una serie no interrumpida de tiendas, almacenes, teatros, hoteles, cafés, *restaurants* y todo género de talleres, bazares y exposiciones. Y, como el fuerte de los franceses es anunciar y exhibirse, resulta que todos aquellos establecimientos públicos se hallan más en la calle que dentro de las casas, pudiendo decirse que los mismos *surtidos* sirven de *muestras*. En las puertas, en los pilares que las separan, en los balcones, en todas partes veis hacinados artísticamente los géneros, llamándoos la atención por sí mismos y no por medio de rótulos. ¡El platero tiene allí toda la plata, el sastre toda la ropa, el joyero todas sus alhajas, el fondista todos sus manjares, el librero todos sus libros!

De esto hay algo ya en Madrid y en otras capitales de España, pero no de una manera tan absoluta como en *París*.—En *París* todo es anuncio, desde el tejado hasta el sótano: todo lo halláis hecho y al alcance de la mano, y, á poco más, os lo encontráis en el bolsillo! Con dar un paseo por los *Boulevards*, veréis cuanto ha inventado y descubierto el hombre; todo lo que puede necesitar; lo útil y lo superfluo; lo indispensable y lo caprichoso; la satisfacción de todas las virtudes y de todos los vicios; lo más barato, lo más económico, lo que alimenta y viste casi de balde al pobre; y lo más lujoso, más nuevo y más caro que puede apetecer el rico.

También es de notar la perfecta gradación que se advierte en este inconmensurable bazar, cuando se recorren uno tras otro los nueve *Boulevards* citados.—Cada uno de ellos parece pertenecer á una Ciudad diferente, que va siendo más opulenta y más hermosa

según que se camina del de *Beaumarchais* al de los *Capuchinos*.—Al principio las casas son feas; los almacenes contienen objetos usados, ropas viejas y artículos baratos; las gentes que discurren acá y allá son pobres, sucias, artesanas; los teatros, de último orden; los cafés pequeños y obscuros. Avanzáis, y los edificios mejoran, la población es más elegante, el comercio más rico. Así vais pasando de los harapos á la limpieza, de lo usado á lo nuevo, de la estameña al algodón, del hilo á la seda, del pino á la caoba, del hierro al oro, del *Estaminet* al Café monumental, del humilde tenducho al suntuosísimo almacén; y, cuando, por lenta progresión, llegáis al *Boulevard Montmartre*, os encontráis en un centro tal de lujo y de belleza, de gracia y de coquetería, que no lo concibe mayor la imaginación.

Pero hagamos ya punto en esta pintura, considerando que aquella tarde me contenté con llegar á la Calle nueva de San Agustín, *Hôtel de l'Empire,* y que sólo á la mañana siguiente comenzaron mis paseos artístico-filosóficos.

IV.

PARÍS, METRÓPOLI DEL MUNDO.—LA «PLAZA DE LA CONCORDIA».

Suponiendo, lectores, que la actual *civilización* es una gran pirámide, alzada por los hombres sobre la tierra, como en otro tiempo la Torre de Babel, podemos asegurar, sin miedo de ser contradichos, que la *Plaza de la Concordia* de París constituye la cúspide de esa pirámide, ó sea la suprema altura á que ha llegado nuestro siglo,—el mayor de los siglos...., si no mienten los periódicos.

No: nadie lo negará: Europa es el emporio de la ciencia y del poder que hoy prevalecen en el planeta que habitamos: Francia es la cabeza de Europa; *París* es el cerebro de Francia, y la *Plaza de la Concordia* es, como si dijéramos, el occipucio, la coronilla de *París*.—Nos hallamos, pues, lector amigo, en el Himalaya humano, en su excelsa cima, en el sumo vértice de la gran cordillera social.... de ahora.

Pero seamos circunspectos, que el sitio en que nos hallamos lo merece.—Este es, como quien dice, el laboratorio de la historia contemporanea. En torno nuestro se alzan los templos de los modernos dioses. Estamos en la Nínive, en la Atenas, en la Roma.... (y bien pudiéramos decir también que en el Escorial) del siglo XIX.—*París* sirve hoy de Metrópoli al universo, como en otros dias las tres Ciudades ó el Monasterio que acabo de citar.

Pekín y Londres son más extensos y más populosos que *París*; pero no tienen su poder é influencia. *París* lo invade todo y todo se lo asimila. Es el modelo imitado por los más remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo. Él hace y deshace reputaciones y figurines. Él crea necesidades, inventa placeres, proscribe tradiciones, extirpa creencias, forja verdades convencionales, da leyes y trabajos á toda la humanidad.—*París*, por tanto, es el árbitro ó dictador de nuestra época, y, de consiguiente, nada será más justo que hacerlo responsable del porvenir de Europa.

Porque no lo hemos dicho todo: *París* (desde hace algunos años) ha reunido á su gran poder moral un poder material (político y guerrero) de los más colosales que registra la Historia.—Hace muy poco tiempo, Rusia é Inglaterra, las aliadas de 1815, se repartían el señorío de la tierra y de los mares. San Petersbur-

go representaba la autoridad: Londres la revolución. El Derecho antiguo miraba atribulado hacia el Palacio de los Czares: la Libertad perseguida ponia su esperanza en Vittehall. El poder político y militar de la Francia de Luís Felipe era, por tanto, completamente nulo. — Hoy acontece todo lo contrario: Francia ha vencido á Rusia en el terreno de las armas, y á Inglaterra en el terreno diplomático. Después de *Sebastopol* y de *Villafranca*, Napoleon ha absorbido ambos poderes, haciéndose á un mismo tiempo dispensador y árbitro de la Autoridad y de la Revolución, de la paz y de la guerra. La resistencia conservadora y la iniciativa disolvente residen en su mano. Lo que se hunde, él lo derriba: lo que subsiste, él lo mantiene. Una palabra suya puede cambiar en una hora la faz política, el estado social y los límites de las naciones europeas, y (lo que es más grave) esa palabra temerosa puede hundir en un momento el Edificio amasado durante veinte siglos, la más grande institución de la Historia, el poder más respetado y combatido en todos tiempos: el Pontificado romano.—Y, si no, ved:—De aquí parten los rayos que derriban á los Reyes de sus tronos ó levantan á los Pueblos de su tumba. Hácia aquí tendían las manos suplicantes los Soberanos de Toscana, Módena, Nápoles y Parma. Aquí se ha ungido rey de Italia el belicoso duque de Saboya. Aquí se hace soñar al rey de Prusia con un Imperio Alemán. Aquí halló salvación la agonizante Turquía. Aquí se decretó la decadencia del Sacro Romano Imperio, y se alentaron las esperanzas de Hungría y de Polonia. De aquí han salido los incansables soldados que hoy guerrean en Conchinchina, los que turban el secular silencio del Celeste Imperio, los que ocupan á Roma y son el único baluarte del Poder Temporal de la Santa Sede, los que recorren la Siria en nombre de la Religión de

Cristo, los que imperan en la Argelia desde el Mediterráneo hasta el desierto de Sahara, los que vencieron á Rusia en Crimea, los que humillaron al Austria en Magenta y Solferino, los que inquietan y alarman á la soberbia Inglaterra, los que ayer vengaban un sangriento ultraje en la Arabia, y los que hoy aguarda Venecia para sacudir la esclavitud [1].

Digno, muy digno de admiración y respeto es el pueblo que se eleva á tal grado de poder é importancia: ¡los hechos tienen su valor en sí! Desentendámonos, pues, ahora de la triste significación y trascendencia de muchos de esos actos, y confesemos que, en virtud de ellos, no puede uno menos de conmoverse al penetrar en esta gran Plaza monumental, que es, como si dijéramos, el *Palacio* de Francia, el *Estrado* de *París*, el *Salón de recibo* de la Capital del mundo.

Describamos el tal Salón, y quedarán justificadas nuestras apreciaciones.

La *Plaza de la Concordia* no es meramente un espacio de terreno, mayor ó menor, encerrado entre edifi-

[1] Cuando se publicó la *segunda edición* de la presente obra, el Autor puso aquí la siguiente nota:

«Al revisar estas páginas en 1877, respeto escrupulosamente mis apreciaciones de 1860, aunque los hechos las hayan desmentido en cierto modo. Lo que yo decia hace diez y siete años era el común sentir de todos los publicistas de Europa, como puede verse en sus escritos de entonces. Nadie habia previsto, á lo menos en la forma que han revestido, las catástrofes del Imperio francés y la prepotencia absoluta de Bismark. —En cambio, se verá más adelante que no se me ocultaba en aquella fecha lo que habia de falso y deletéreo en el fondo de la situación de Francia, sino que de su estado político y social, y sobre todo de la depravación de sus costumbres y grosero materialismo, supe deducir algunos pronósticos que desgraciadamente se han realizado.—La *Internacional*, que entonces no existía, está presentida al remate de este mismo capítulo, y las escenas de la *Commune* son consecuencia lógica de la impiedad y el *humanismo* que de tal modo me espantaban en la que á la sazón era Metrópoli del mundo.»

cios mejores ó peores. Es un vasto cuadrilongo rodeado de Estatuas, en medio de una inmensa planicie que muda varias veces de nombre. Así, pues, cuando yo hablo de la Plaza, no sólo me refiero á ella, sino á todo lo que la circunda, desde el Palacio de las *Tullerías* al *Arco de la Estrella*, y desde el *Templo de la Magdalena* al *Cuerpo Legislativo*.—¡Soberbia perspectiva en verdad! Grandes masas de árboles sirven de fondo, allá, muy lejos, á tan maravilloso cuadro: los Palacios y Monumentos más gigantes son en él menudos accesorios: el ancho Sena fluye á un lado, cual modesto arroyo en extensísima pradera; y la incesante, copiosa multitud que bulle á todas horas por tantas Calles, Paseos, Muelles, Puentes y Jardines como se perciben desde allí aparece diminuta, sin importancia en tan dilatado espacio, comparada con los enormes monumentos y edificios que se ven por doquiera.

En medio de la *Plaza de la Concordia* se levanta, como decano y presidente de tantas maravillas, un *Obelisco egipcio* del tiempo de Sesostris, traído de Luxor y erigido aquí por Luís Felipe....—Y, á propósito: donde se alza hoy este Fantasma, se levantó durante veinte y nueve años la Estatua del mal rey que dió por entonces á la Plaza el nombre de *Plaza de Luís XV*. —Más adelante, la Estatua fué derribada y sustituída por la Guillotina, que se enseñoreó aquí monumentalmente de 1792 á 1794, y entonces se llamó este lugar «*Plaza de la Revolución.*»—Quitada de en medio la Guillotina, en la cual habían sido ejecutados Luís XVI y Felipe Igualdad (el padre de Luís Felipe), quedó en pie una *Estatua de la Libertad*.—Napoleón I la derribó en 1800, denominando por primera vez á este sitio «*Plaza de la Concordia.*»—Pero, á la entrada de los Cosacos en 1815, aún había de cambiar de nombre; y, como entonces la Europa creía posible

borrar hasta el recuerdo de todo lo hecho durante la Revolución Francesa y volver á constituir el mundo bajo el antiguo régimen, reapareció el abolido *azulejo* en que se leía: «*Plaza de Luís XV.*»—Carlos X, impulsado quizás por un presentimiento de lo que llegó á sucederle, reconoció en cierto modo la historia de la Revolución, y puso en el azulejo: «*Plaza de Luís XVI.*» —Mas he aquí que los Franceses arrojan del Trono al hermano del Rey mártir, y Luís Felipe, restaurador de las tradiciones del Imperio, restituye la denominación de «*Plaza de la Concordia.*»—Ya hemos dicho que de entonces data el Obelisco....; pero nos resta decir que, en 1848, el azulejo de Luís Felipe fué borrado, y se escribió en él nuevamente: «*Plaza de la Revolución.*»— Hoy ha vuelto á llamarse este paraje «*Plaza de la Concordia....*»—En resumen: los Franceses han rendido culto en este sitio al Poder Real y al Poder Revolucionario, al Terror y á la Libertad, á la Gloria Guerrera y á la alta Banca, y hoy se lo rinden á Jeroglíficos indescifrables de una piedra egipcia.—¡Puede, pues, decirse que la *Estatua de lo Desconocido* preside hoy á París!—Así adoraban los atenienses *Deo ignoto*, ó sea al Numen que debía con el tiempo echar por tierra todos los ídolos paganos.

Continuemos nuestra descripción.—En los ángulos de la Plaza hay ocho *Pabellones* de piedra, coronados de Estatuas colosales, que representan á las principales *Ciudades de Francia.*—Á Levante se halla el magnífico *Jardín de las Tullerías*, y, en medio de él, campea este disforme y suntuoso Palacio, que acaba de ser reunido al Louvre.—En él vive el Emperador [1]. — Á Poniente se dilatan las alamedas de los *Campos Elíseos*, y donde éstos concluyen, se distingue el grandioso

[1] Ya no existen ni el Emperador, ni el Imperio, ni el Palacio.—*(Nota para esta tercera edición.)*

Arco de la Estrella, erigido en honor de las glorias militares de la primera República y del primer Imperio.—Por aquel Arco se sale al *Bosque de Bolonia*, que es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* de París, y donde se puede pasar revista todas las tardes á las gentes más elegantes del pueblo más elegante del universo.

Al Sur fluye el *Sena*, dominado por soberbios Puentes, de los cuales se distinguen el de la *Concordia*, el de los *Inválidos*, el de *Alma* y el de *Solferino:* ¡el *Sena*, surcado incesantemente por Vapores y barquichuelos, lleno de Baños y de Escuelas de Natación, y poblado de innumerables anfibias lavanderas!—Á la otra orilla se eleva el antiguo *Palacio-Borbón*, hoy *Cuerpo Legislativo*, donde ha resonado la voz de tantos insignes oradores desde Robespierre á Víctor Hugo, desde Perrier hasta Julio Favre.—Más lejos asoma la Cúpula de los *Inválidos*, bajo la cual duermen los restos del hombre más extraordinario que ha cruzado por la tierra: los restos de Napoleón Bonaparte.—En la misma orilla se ve el *Palacio de la Legión de Honor*, que es como quien dice el Ministerio de la Gloria; y del lado acá de los Muelles, álzase el *Palacio de la Industria*, donde se verificó la Exposición de 1855.....—¡Yo no he olvidado todavía ni olvidaré nunca el asombro que me causó aquel primer alarde de la producción de Francia, de su laboriosidad, de su gracia y de su inventiva!....—Miro, pues, este Palacio con veneración, y veo en él un nuevo motivo para creer reunidos en estos lugares todos los triunfos, todos los méritos, todas las prerrogativas de la nación francesa.

Finalmente: al Norte se distinguen desde la *Plaza de la Concordia* la soberbia *Columna de Vendôme*, que sirve de pedestal al Vencedor de Marengo; el clásico *Templo de la Magdalena*, concebido por Napoleón en un campo de batalla; el *Palacio del Elíseo*, teatro de las li-

viandades de la Regencia y cuna de los modernos Césares; los *Ministerios*, el *Circo Olímpico*, y un dédalo de jardines, fuentes, templetes y kioskos.—También se divisan desde aquí las primeras arcadas de la monumental *Calle de Rivoli*, que trae á la memoria el problema social de que fué empírica solución, como lo están siendo todavía otras obras colosales de *París*. (Aludo al derecho al trabajo....). — Vese, asimismo: el *Panorama* y el *Hipódromo;* los *Cafés-conciertos;* el *Chalet suizo;* allá el *Chateau des Fleurs;* enfrente *Mabille*, lupanar público y al aire libre; en un lado prestidigitadores; en otro acróbatas; aquí *Tiros de carabina ó de pistola;* allá *Gabinetes de física recreativa;* por esta parte *Polichinela;* por aquella mil variantes de nuestro *Tío Vivo;* ora animales sabios; ora renombrados charlatanes; ya Mercados de flores; ya un Bazar extendido sobre el suelo.... Y doquiera resuenan músicas, gritos, cantos, declamaciones; doquiera halla uno ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; doquiera placer, doquiera encanto, doquiera vicio, doquiera locura, doquiera fascinación para el extranjero: ¡doquiera *París* en su incontrastable omnipotencia!

Lo repito: la *Plaza de la Concordia* es el centro del mundo, el eje de la historia contemporánea, la última y suprema palabra de la civilización racionalista. Ni en la Tierra hay poder temporal sobre el poder aquí representado, ni el genio del hombre ha inventado nada más allá de lo que desde aquí se domina.—La obra profana de los siglos no ha rayado á mayor altura. —«*Por aquí vamos*», podemos decir rotundamente los mortales.—Las ciencias, la filosofía, las artes, la industria; ¡todas las fuerzas de la humanidad no han producido hasta hoy otro resultado! —Por consiguiente, si la *civilización* perfecciona al hombre, en París debemos de hallarlo sublimado con toda la perfección

posible.... ¡La dignidad individual, el bienestar común, la paz de los espíritus, la rectitud de las conciencias, la ventura de todos, la caridad, en fin, deben de tener aquí su asiento!.... ¡Esa muchedumbre que vaga en torno de estos alcázares y monumentos; esos seres á quienes tocó el lote de nacer ó vivir en la Capital de la nación más próspera y adelantada, deben de ser también los más respetables, los más felices, los más buenos, los más gloriosos, los más bienaventurados de los hombres!—Y, por eso sin duda, nosotros, míseros españoles, tan atrasados en la senda de la *civilización*, somos mirados desde aquí como una especie de africanos semisalvajes!.... ¡Por eso, lo más que se nos otorga es una insultante benevolencia, una curiosidad maravillada, ó una depresiva compasión!....

¡Cómo ha de ser!—Continuemos nuestra inconexa historia de viaje, y perdone el lector la poca formalidad con que me explico.

V.

EXCURSIÓN AL CAMPO.—M. IRIARTE.—LA ISLA DE CROISSY.

Lo primero que hice en *París* fué buscar á M. Iriarte, compañero mío de tienda en el Llano de Tetuán, y cuyo lápiz ilustró mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa*.—Parisién de nacimiento, consumado artista y experto literato (que ya había escrito muchas páginas acerca de las costumbres españolas), aquel antiguo camarada sería para mí en la gran Capital un tesoro inapreciable, dado que encontraría en él un piloto que me guiara por entre los escollos de la sociedad francesa y una gran inteligencia que esclareciese mis observaciones.

Yo no le había anunciado mi llegada. Quería sor-

prenderlo.—Dirigíme, pues, á su casa por la mañana muy temprano.... Pero allí me dijeron que se hallaba hacía un mes en un pueblecillo llamado *Chatou*, situado á dos leguas de París.

Eran quince minutos de viaje por el camino de hierro del Oeste.... La mañana estaba hermosa. Cada dos horas iba y venía un tren.... Calculé estar de vuelta al mediodía, y emprendí la marcha resueltamente, como quien va á hacer una visita en la Ciudad.

Nueve *sous* (unos catorce cuartos; fabulosa baratura) me costó el billete de primera clase de París á *Chatou*.—Por tan pequeña cantidad anduve dos leguas muy cómodamente, en compañía de muchos señores con sombrero de copa y condecorados. Iban también en el tren algunas damas graves y varias jóvenes modestas (pues ni la hora ni el día eran de *traviatas*, según os demostraré después), y, no sé por qué extravagancia de mi imaginación, di en figurarme que todas aquellas gentes eran alcaldes y alcaldesas de los pueblos vecinos á París.... Añadiré que cada uno de ellos y de ellas leía muy atentamente un periódico.

Yo no tenía periódico que leer; pero me divertí mucho en examinar á mis compañeros de viaje y en inventarles historias y caracteres: contemplé el delicioso caserío de *Asniéres*, que se mira en las inmóviles aguas del canalizado Sena; saludé la poética aldea de *Rueil*, rodeada de antiguos árboles y asilo sepulcral de Josefina y de Hortensia, la abuela y la madre de Napoleón III; admiré la remota perspectiva de los bosques de *San Germán*, llenos de palacios y de quintas, entre las que me hicieron notar las agujas góticas de la de *Montecristo*, que visité más tarde, y al fin eché pie á tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducía á *Chatou*.—Ningún otro viajero se bajó allí conmigo....

La alameda en que me quedé solo, y que era tan severa y regular como la de un cementerio moderno, se dilataba ante mí, larga y sombría, dejando paso á veces á la pura luz del sol de la mañana: brillaba el rocío en la menuda hierba: la fina arena que crujía bajo mis pies exhalaba un olor acre que se mezclaba con el aroma de las últimas flores del año: ¡todo, todo era paz, silencio y dicha en torno mío!.... Únicamente en las altas copas de los álamos se oía el perpetuo gorjeo de millares de pájaros; pero hasta tuve la dicha de que se me figurase que cantaban en español, no en francés, y para el cielo, no para la tierra....—Porque, habéis de saber que aquellos pájaros, á pesar de ser de un país tan civilizado, cantaban de balde....

Conocí que estaba á punto de ponerme muy triste, y apreté el paso.

Después de andar mucho tiempo, y en un recodo de aquella calle de árboles extranjeros, cuya sombra no me creía yo con perfecto derecho á disfrutar, distinguí por último una Iglesia oculta entre el ramaje....—Allí me detuve á echar un cigarro....—Parecíame haber encontrado una persona conocida, que me recomendaba y presentaba en aquellos sitios.

Aquel Templo era la primera casa de *Chatou*,—separada aún de la aldea algunos pasos.—Á otra vuelta de la arboleda, descubrí ya todo el Pueblo, en el cual se veían combinados (lo declaro en conciencia) el sosiego y la civilización, la paz del campo y la policía urbana, la poesía y la comodidad....

Pero ¡ah, no: la poesía no! *Chatou* es una de tantas poblaciones como sirven de fámulas á París.—Por ejemplo: el piso bajo de la casa en que vivía M. Iriarte era un vasto laboratorio de lavar y planchar ropa blanca de la gran Metrópoli.... La Directora vivía en París, donde arrastraba coche....; pues, como

:

este establecimiento, poseía muchísimos en diversos puntos de *Chatou*.—¡Es decir, que aquella señora había emprendido el lavado en tal escala, que podía aspirar, y acaso tenía tan noble ambición, á ser con el tiempo *Lavandera General de todas las camisas de París!*—De cualquier modo, gracias á su actividad, *Chatou* se estaba enriqueciendo con la inmundicia de los parisienses.

Introducido en las habitaciones de M. Iriarte, quien dormía como un ángel, experimenté verdadero placer, mezclado de orgullo, al pasear una mirada por su gabinete de artista.—Donde quiera, había dibujos, cartones, bocetos, aguadas, cuadros empezados...., ¡todo ello referente á España!.... En un lado, tipos andaluces; en otro un Barrio de Tetuán; aquí el retrato de un amigo y compatriota mío; allí uniformes de nuestro Ejército; y, colgados en las paredes y rodando por el suelo, cien objetos curiosos, recogidos en su expedición por España y África; armas, muebles, ropas; el ros, el sombrero calañés, la faja árabe ó cordobesa, y mi cama de campaña, que le regalé al dejar el Campamento, y la vajilla mora que compramos juntos en la Judería, y la gumía que él cogió en una batalla, y libros españoles, y vistas de Madrid....

Sobre un voluminoso manuscrito se leía en gruesos caracteres: «*La société espagnole*».—Era un libro suyo, cuya publicación ya se anunciaba.

«*Sous la tente (Bajo la tienda)*» decía el letrero de otro legajo.—Era nuestra particular ó personal historia de Africa, preparada ya también para imprimirse; escrita por él, y dedicada á mí.

Las entregas de mi *Diario*, ó sea de nuestro *Diario de un Testigo*, andaban revueltas con dibujos suyos que yo le sugerí, ó con los que él había hecho más tarde, recordándome indudablemente....

Toda la habitación, en fin, como toda la vida de M. Iriarte, estaba consagrada á España.... ¡La noche antes se acostaría pensando en mi patria, después de haberle dedicado larga vigilia con el lápiz ó la pluma en la mano!... ¡En aquel momento, quizás soñaba hallarse en Tánger, en Madrid ó en Andalucía!....

Considerad, pues, cuál sería su emoción al sentirse turbado por mi voz amiga y por mi habla española, que le decían, como en otro tiempo:

—¡Arriba, Carlos! ¡Ya tocan *diana!*

.....

Algunos minutos después, era cosa convenida que M. Iriarte me acompañaría á Italia.

—¡La vida de París es insoportable! (me decía mi amigo, poeta en acción, de índole más española que francesa, como su sangre y como su apellido.) ¡No hay más existencia honrosa que la que hemos llevado juntos y vamos á volver á llevar!—¡Mira cómo vivo! ¡Pues así y todo me devora una singular nostalgia: la nostalgia de la tienda!

En esto ya se había vestido.

—Ven (me dijo). Te voy á llevar *á mi comedor:* almorzaremos juntos, y en seguida nos iremos á París.

El *comedor* de Iriarte no estaba en su casa.—Salimos á la calle: atravesamos la vía principal del pueblo; bajamos una cuesta que se torcía entre dos tapias, y me hallé como por encanto á las orillas del Sena, en un paraje solitario y verdaderamente campestre, donde no había ya viviendas humanas. — La margen opuesta del río era un cerrado bosque, cuyo ramaje obscuro se retrataba en las tranquilas ondas.

—¡Luís! ¡Luís!—gritó M. Iriarte.

Y su voz se dilató vibrante por la soledad.

Yo estaba enajenado de placer. Y era que nunca hubiera imaginado que en Francia quedase tanta na-

turaleza olvidada, en que verse libres de las oficiosidades y previsiones de la actividad nacional.

Abrióse el ramaje á la otra orilla del río, y apareció un joven vestido de batelero, esto es, medio desnudo, descalzo, descubierta la cabeza, con arremangado calzón de lienzo azul y con camisa encarnada que sólo le tapaba los hombros y la cintura; un bellísimo mancebo, en verdad, robusto, blanco, asoleado, con el largo cabello y la incipiente barba de color de oro; un pescador, en fin, no exactamente como los del oficio, sino como lo hubiera idealizado un mal artista....

Aquel joven saludó con cierto inarticulado grito á M. Iriarte; empujó con el pie un barquichuelo medio escondido entre la hierba; saltó dentro de él; asió los remos sin sentarse, y vino hacia nosotros, hendiendo los cristales del río como una exhalación.

Llegado que hubo el barquichuelo á nuestros pies, Iriarte y el pescador se dieron la mano cariñosamente y se tutearon.

Entramos en el bote, y pasamos á la otra orilla.

—¡Estás (me dijo Carlos) en la *Isla de Croissy*, ó lo que es igual, en una isla desierta!—¡Confiesa que nunca hubieras esperado ser otro Robinsón...., á las puertas mismas de París!

Yo no acertaba á creer lo que veía. La tierra en que habíamos desembarcado era, en efecto, una Isla de 300 ó 400 pasos de anchurá por media legua de longitud. Estaba inculta y despoblada. Un pomposo y enmarañado bosque la llenaba de sombra y de misterio, y, sin la luz que penetraba horizontalmente por entre los troncos de los árboles, hubiera reinado allí perpetua noche. Mullida alfombra de verde hierba cubría, en fin, las plazoletas que aparecían á veces entre el arbolado....—¡Y qué paz! ¡qué silencio, sólo tur-

bado por las aves! ¡qué fresco y embalsamado ambiente en aquella afortunada isla!

Pero ¡ay! no.... ¡no tan afortunada tampoco como parecía *prima facie!*....—Y aquí es ya tiempo de que explique el singular fenómeno de hallarse inculta y desatendida tan rica tierra en un país tan aprovechado como Francia.

Parece ser que el último marqués d'Aligre, muerto en 1847, descendiente de aquellos otros del mismo título que figuran tanto en los reinados de Luís XIII y Luís XIV, y famoso él también como dignatario del primer Imperio y como par de Francia que había sido después, legó esta isla (propiedad suya por herencia) á los vecinos de Bougival, *para que se solazaran en ella, con la condición de que nunca edificasen nada en su recinto, ni fuese aquella tierra de dominio particular*.—La razón porque testó así el noble Marqués (cuya antigua y deshabitada vivienda,—especie de castillo,—aún se levanta, no más que los árboles próximos, en un ángulo de la Isla; pero sin que la habite nadie); la razón, digo, de tan feliz humorada fué el deseo de perpetuar los BAILES NOCTURNOS que los pescadores y *canotiers* del Sena daban allí en su tiempo, y en los que de seguro hubo de divertirse grandemente el señor Marqués....—Mas digamos qué son estos *canotiers* del Sena, á quienes ya conocí en 1855, cuando vine por primera vez á Francia.

Entre los innumerables placeres que se han proporcionado los jóvenes parisienses de la clase media, reyes de la inventiva en todo, y muy particularmente cuando se trata de gozar, lo es uno el de salirse de París en una canoa ó piragua, vestidos de marineros, y bogar dos ó tres leguas por el Sena, buscando aventuras, pescando, pasando de balde de una orilla á otra á las mujeres ó á los pobres que andan desalados

por llegar á tal ó cual Puente, concertando regatas y apuestas, paseando á sus amadas, si las tienen, y si no, á las amadas de otros, y, en fin, haciendo todo lo posible porque les suceda algo de lo que se refiere después en las novelas picantes de moda....

Dando por sentado que Luís, el bello pescador que nos había prestado su bote, era uno de estos bateleros de afición, añadiré que, ciertos días festivos de verano, toda esa gente y la mucha que arrastra en pos de sí, como también algunos habitantes de los pueblos circunvecinos, se reunen en la Isla, y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan muy poco, ó dejan en amable sombra, facilitando todo género de lances y sorpresas, y produciendo la bacanal más desenfrenada, deshecha y delirante que registran las historias de Sardanápalo, de Nerón ó de Heliogábalo.—¡Hasta los impúdicos bailes de *Mabille* resultan *soirées* muy ceremoniosas en comparación de una verbena de la isla de Croissy! *Mabille* podrá ser Pompeya ó la *Porta Capuana* de Nápoles; pero Croissy es algo más antiguo, más *natural*, más mitológico. Es Chipre; es la promiscuidad pagana, el ayuntamiento á primera vista.... No es la orgía social; es la orgía animal. Es el amor en los bosques; la realización de los sátiros y las ninfas; la desnudez griega; la Arcadia, sin la inocencia ni la poesía....

De buena gana me hubiera pasado el día entero en la isla entonces desierta, platicando con mi discreto amigo. (Luís el pescador había desaparecido por entre las ramas.)—Creíame en el Paraíso Terrenal, en aquel vergel inculto que habitaron algunos días nuestros primeros padres. Pero (¡oh miseria humana!) el hambre, que principiaba á terciar en nuestra conversación, nos obligó al fin á levantar el campo.—Llegamos, pues, á la otra costa de la Isla.

Allí había un embarcadero y una gran barraca de madera, construídos *dentro del mismo rio*, á fin de no faltar al testamento del Marqués d'Aligre.—Aquel brazo del Sena era aún más ancho que el que separaba á *Chatou* de la Isla, y al otro lado de él divisábase una estrecha llanura, de la cual se levantaban suaves montañas cubiertas de arbolado y sembradas de vistosas quintas, algunas de ellas con honores de palacios y otras con todo el aspecto de castillos.... Por último: enfrente del embarcadero en que nosotros nos hallábamos, había cierta modestísima casa, pintada con almagre y ocre, sobre una de cuyas paredes se leía en enormes letras:

Maurice, pécheur. (Mauricio, pescador.)

M. Iriarte desató una de las canoas que había amarradas al embarcadero; penetramos en ella, y pusimos hacia allí el rumbo.

—Todos los días (me dijo entre tanto) paso cuatro veces el río de la manera que ves: dos de ida y dos de vuelta.—Yo almuerzo y como siempre en casa de este pescador, y trabajo y duermo en *Chatou*.

—¿Y por qué no trabajas y duermes también en casa de Mauricio?—le pregunté.

—Porque entonces no daría un paseo tan delicioso, dos veces por la mañana y dos veces por la tarde.

¡Yo me moría de envidia!....—¿Qué digo? ¡casi me arrepentía ya del proyecto de ir á Italia! ¡Estaba perdidamente enamorado del género de vida que hacía M. Iriarte!—¿Seremos cándidos é impresionables los poetas!

Llegamos á casa de Mauricio.

VI.

EL PESCADOR MAURICIO.—COSTUMBRES PARISIENSES.—UN SUICIDA.—LA MISA DE BOUGIVAL.

Al entrar nosotros, Sofía y Carlos, hijos del pescador, aquélla de diez años de edad y éste de siete; hermosa ella como un ángel, y travieso él como un demonio, recibían el beso de su abuela paterna y se disponían á partir juntos á la escuela de *Bougival*, gracioso pueblo que se divisaba como á un cuarto de legua en aquella misma orilla del río. — Todos los días hacían los dos niños este viaje de ida y vuelta, provistos de libros, de alguna labor femenil y de la correspondiente merienda; que, por cierto, Carlos quería llevar aquel día, y que la prudente Sofía le negaba, temiendo se la comiera antes de la hora en que sería de verdadera necesidad.—Los dos hermanos hicieron muchas caricias á Iriarte, y se alejaron finalmente, triscando como dos corderos.

Mauricio se hallaba pescando. Su mujer había marchado á París en el primer tren de la mañana. La abuelita, pues, se encargó de disponernos el almuerzo.

—Queremos (dijo Iriarte) pesca de hoy.... Nosotros buscaremos huevos en el corral, pues oigo cacarear á las gallinas, y cogeremos fruta en la huerta.... Hoy no he podido buscar setas en la isla: las sustituiremos con patatas.... Del vino ¡nada tengo que decir!

—¿Y dónde almorzarán Vds.?— preguntó la anciana, que se reía como una bendita de Dios.

—¡En la *glorieta!* — respondió mi amigo, indicándome que lo siguiese.

Buscamos los huevos y las frutas; volvimos á la cocina; agregamos algunos perfiles á nuestro almuerzo,

y nos fuímos por último á esperarlo en la *glorieta* (ó jaula de cañas) construída al remate del jardín, detrás de la casa del pescador.

En este jardín, asaz pequeño y descuidado, había dos ó tres mesas rodeadas de sillas caídas por el suelo, signo rememorativo, según me explicó Iriarte, de la larga broma que habrían tenido allí el día anterior los *canotiers* y sus amadas.

Porque el día anterior había sido domingo....—Y aquí debo hacer constar que mi buen Iriarte no solía ir los domingos á casa del pescador, sino que almorzaba y comía en París.

Nos posesionamos de la *glorieta*, y llegó el almuerzo.

En esto oímos crujido de faldas de seda, y aparecieron en el jardín dos elegantísimas damas, bastante bellas, pero sin abrigo ni sombrero, poco peinadas, y con los pies mojados de rocío,—circunstancia esta última que mucho las preocupaba en aquel momento....

Desde luego comprendimos que eran dos parisienses que habían pasado la noche en casa de Mauricio y volvían de dar un paseo por el campo.—Y, en efecto, la abuela nos acabó de explicar que los *amantes* (textual y clarito) de aquellas damas tenían alquilados dos aposentos de la casa del pescador, adonde ellas iban á esperarlos todos los sábados en la tarde.—Dichos señores eran personas *honradísimas* de París, y hasta *de cierta gravedad*, que pasaban la semana dedicados á sus negocios y aparecían allí el domingo al amanecer, tripulando una preciosa barca.... (Todo textual.)—Ellas los aguardaban á la orilla del río: pasaban juntos el día paseando ó navegando; almorzaban y comían en los pueblos de la ribera, si hacía buen tiempo, y, si no, en casa de Mauricio; y, á la caída de la tarde, se marchaban todos á París; ellos en la misma barca en que habían venido, y ellas por el camino de hierro, to-

mándolo en Rueil.—El día anterior habían llegado tarde á la Estación (tal vez de intento) y vístose obligadas á quedarse en el campo, *contra las instrucciones de sus amantes*.... —Dicho se está, por consiguiente, que se hallaban contentísimas.... ¡La mera idea de que estaban procediendo mal, las volvía locas de placer!—Por otra parte, ellas sabrían que, fuera del domingo, no se ve un alma en casa del pescador.... (explicación de M. Iriarte), y contaban con pasar un día de libertad ilimitada, espansión y retozo....—*¡No estaban ellos!*.... ¡Esto bastaba para la felicidad de aquellas tristes mercenarias, que por la primera vez de su vida reirían en casa de Mauricio *espontáneamente*, y no para alegrar á sus señores!.... (Comentario mío.)

Nuestra presencia en el jardín las contrarió, pues, mucho....—Ellas se conocían y conocían al hombre.... ¡Nosotros les recordábamos el sexo tirano de que aquel día se creían libres, y la sola contingencia de que las volviésemos á su condición habitual echaba por tierra todos sus planes de pasar *un día digno* en el seno de la naturaleza!—Entraron, pues, en la casa, haciendo como si no nos hubieran visto.

Nosotros seguimos con nuestros peces, y yo me di á pensar en estas cabañas de pescadores de Francia, que son á un propio tiempo *restaurants*, templos del amor y casas de dormir, no obstante albergarse en ellas niños tan graciosos como Sofía y Carlos....

Entonces procuré que M. Iriarte me explicara todo un tratado de *entretenidas*.

Síntesis.—La *entretenida* es una *especie de esposa de alquiler*; una esposa dentro de las condiciones de la vida parisiense; la esposa, según la *civilización*; la esposa, según la naturaleza; todo lo contrario de la esposa según el cristianismo, con que suelen contentarse los españoles.—No la confundáis, sin embargo, con otra mu-

jer *peor*.... ¡Heriríais la dignidad de la tercera parte de las mujeres elegantes de París!—Pero sabed que yo, á fuer de *salvaje*, vulgo *español*, creo más funesta á la *entretenida* que á la otra miserable vigilada por el Gobierno.... ¡Porque la *entretenida* es la manifestación de un partido social, ó sea antisocial, que cunde y avanza en contra del Matrimonio, á la manera del comunismo en contra de la propiedad, y revela además una cosa terrible, de que en mis anteriores viajes á París había ya notado otros muchos síntomas: el abandono en que gime el alma humana en medio de esta brillante civilización; el ningún cultivo que se da aquí á sus más nobles facultades; el olvido de sus más santos intereses!....

Hay en todo esto algo peor que el paganismo:—El pagano, aunque se creía superior á la mujer, le exigía amor, reclamaba de ella virtud, la hacía su esposa para toda la vida.—Hay también algo peor que el islamismo:—El mahometano, si no emplea *su alma* en el amor á la mujer, tiene amor y *alma* para adorar á Dios....—Mientras que el incrédulo ó civilizado del siglo XIX, en el mero hecho de tomar á *sueldo* una mujer, ni la ama con el espíritu (pues que este amor no existe sin admiración ó aprecio), ni aspira á ser amado de ella; puesto que el amor del alma no se compra, se alquila, ni se vende.—¡Y, á pesar de todo, ese *civilizado* redúcese á vivir de esta manera, y engorda, y el *ocio del alma* no lo mata de melancolía!....

Conque volvamos á nuestro almuerzo.

Aconteció, pues, que las damas de los pies mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardín (sin mirarnos).... é instalarse, no muy lejos de nosotros, frente á otra mesa, donde al poco rato les sirvieron también de almorzar.

La mesa de las parisienes estaba al sol; la nuestra

á la sombra. Les propusimos, pues, galantemente cambiar de sitio.

Al principio se resistieron; pero instamos nosotros...., y al fin se transigió el caso, *trayendo ellas sus platos á nuestra mesa*.... bajo las condiciones siguientes:

—Según nuestras *noticias* (dijeron), Vds. piensan permanecer aquí todo el día. Nosotras *teníamos* el mismo plan. Pero Vds. nos estorban sobremanera, puesto que contábamos con estar solas y no oir, siquiera durante un día, el necio lenguaje del *amor*.—Sin embargo: si nos prometen no hacernos la corte y tratarnos como si fuéramos dos antiguos *amigos* suyos, nos avenimos á almorzar con Vds. y á que pasemos todo el día reunidos dando vueltas por esos campos....

Juramos nosotros no hablarles ni una palabra de amor y tratarlas como si no nos gustasen ó como si fuesen hombres....—Reunimos, pues, almuerzos (que mejoraron al juntarse): bebieron ellas vino hasta dejarme asombrado: tomamos todos café: aceptaron cigarros (sin duda por representar mejor su papel masculino): pidiéronnos permiso para peinarse: se lo otorgamos: subieron á sus habitaciones; y, al cabo de unos momentos, volvieron á bajar, tan compuestas y lindas, que daba gloria verlas; con mangas y puños limpios, con preciosos sombreros, con elegantes sombrillas, con aristocráticos guantes, con fantásticos abrigos, con todo el aire, en fin, de unas verdaderas heroinas de novela.

A pesar de nuestro juramento, les ofrecimos el brazo, que ellas aceptaron maquinalmente: con lo cual salimos al campo por la puerta de la huerta y comenzamos á andar á la ventura, dirigiéndonos siempre á la verde montaña que limitaba el horizonte....—¡Yo no cesaba de acordarme de Paul de Kock!

Nuestras compañeras iban contentísimas, y hablaban hasta por los codos.—La una se llamaba Alicia y

la otra Lucila....—Voy á contaros la historia de Alicia, ó sea la de mi pareja;—historia que, según sus propias palabras, se parece á la de *cien mil* mujeres de París.

—«Yo (dijo Alicia, parándome debajo de un frondoso árbol, á cuya sombra contaba ya Lucila su vida y aventuras á M. Iriarte)....: yo soy de Burdeos. Mi padre era un comerciante medio arruinado. En mi niñez leí muchas novelas. Á los quince años me consideré muy pobre y muy bonita, y, por consiguiente, muy desgraciada. ¡Amaba el lujo, y carecía hasta de guantes!—Resolví, pues, venir á París á hacer fortuna. Pinté abanicos durante un año; rehusé mi mano á un oficial de la abaniquería; reuní dinero suficiente para el viaje; comuniqué á mis padres el proyecto; hallárronlo juicioso; y, dándome cartas de recomendación para algunos comerciantes de París y la bendición consiguiente, dejáronme en libertad de luchar sola con mi destino.—Llegué á París. Á los tres días estaba colocada en el mostrador de una fábrica de guantes. Mi vida entonces consistía en madrugar mucho, acostarme muy temprano y despachar guantes todo el día; ¡existencia que me pareció monótona, y, sobre todo, poco á propósito para hacer fortuna y tener coche!—Á fuerza de severas economías, algunos domingos iba al teatro. Este era mi único placer, y esta fué mi salvación.—En el teatro reparó en mí el Conde de ***, joven, hermoso y rico.—Esto sucedió á los cuatro meses de mi llegada á París.—Informóse de quién era yo, y, algunos días después de haberme mirado y saludado en la *Opera Cómica* (única inteligencia que había habido entre nosotros), se presentó en la tienda; me pidió unos guantes; y, en tanto que yo se los ponía, me dijo estas palabras:—«Señorita: yo soy el Conde de ***. »Tengo 20,000 francos de renta. Soy soltero. Mi

»madre es joven y robusta, y, por consiguiente, tar-
»dará en morirse. Yo no pienso casarme hasta que se
»muera mi madre. Entonces heredaré otros 20,000
»francos de renta, y podré aspirar á la mano de una
»rica heredera que triplique mi fortuna; pues mi título
»entrará por algo en el contrato.—He visto á V. en
»la *Opera Cómica*, y sé que es V. hija de una familia
»honrada.—V., por su hermosura y por su educación,
»es digna de gozar de la vida, de vestir con elegancia,
»de brillar en los teatros y en los paseos, y de tener
»lindos sombreros, una bonita casa, dos criados, y
»carruaje los domingos. También merece V. contar,
»durante el verano, con una habitación en el campo y
»pasar allí dos días por semana.—Esto es lo que co-
»rresponde á una mujer de las virtudes y demás cua-
»lidades que á V. la adornan.—Yo se lo ofrezco á V.
»todo, confiado en que será prudente y aceptará. Le
»señalaré un sueldo de 500 francos al mes, después de
»pagarle casa, criados, muebles, etc. Los regalos que
»yo le haga serán cuenta aparte y dependerán de su con-
»ducta conmigo y del amor que llegue á tenerle. Si,
»al cabo de dos años, hallo que V. se ha portado bien,
»le daré una inscripción que le asegure alguna renta
»para el resto de su vida; y, de este modo, cuando
»yo me case, tendrá V. un dote regular, que, unido á
»su hermosura, cuya índole es duradera, le propor-
»cionará un buen enlace con un abogado, que la lle-
»vará á reinar á una provincia en que nadie la conozca
»y donde no podamos nunca saber el uno del otro.—
»V. no tiene reloj.... Yo le ruego que admita este.—
»Es de oro.... No lo dude. Me ha costado 600 francos.
»—Mañana tendré el honor de volver por aquí, y me
»dirá V. su resolución.»—Dijo, y partió, dejándome
el reloj en la mano y la felicidad en el alma.—¡Oh!
¡si viera V. qué lindo era el reloj! ¡Algún ángel le ha-

bía dicho á aquel hombre que yo deseaba tener hora! —Mis compañeras de mostrador me miraban con curiosidad, deseando saber y casi adivinando lo que el Conde me había dicho.—Yo se lo conté extensamente, y se llenaron de envidia.—Por darme importancia, les dije que no sabía si aceptar la vida que se me proponía, y todas me llamaron á una voz «*estúpida*».—Consulté á los dueños del Establecimiento, y estos me aconsejaron que no desperdiciase mi buena suerte, añadiendo que yo era muy afortunada y estaba llamada á grandes cosas, y encargándome, por último, que no los echase en olvido, pues ya sabía lo bien que me habían tratado.—«V. puede (me dijeron) hacer que el »Conde y sus amigos y todas las damas elegantes que »tratará V. con el tiempo, se surtan en nuestra casa, »y nosotros, en cambio, le daremos siempre á V. los »guantes al precio de fábrica, sin ganarnos cosa ninguna. En cuanto al reloj, es un *Merian* muy bonito, con »doce centros en rubíes y todas las cajas de verdadero »oro.—Aunque esta noche no es domingo, puede V. »ir al teatro, si gusta, y hasta invitar á sus compañeras en señal de despedida.... El haber líquido de V. en »la casa es todavía de 30 francos, gracias á su econo»mía y excelente orden.—¡Conque.... abrácenos!»— ¡Oh! (continuó Alicia, muy conmovida....) Aquella era muy buena gente.... ¡Yo no los olvidaré nunca! Unos padres cariñosos no hubieran sido mejores con su hija....—Al día siguiente fué á buscarme el Conde. Iba en carruaje. Salí con él. Encontramos casa. Compramos muebles. Se mejoró mi vestuario, y pocos días después quedé instalada como una reina.—Mi vida desde entonces no puede ser más feliz. El Conde me visita todos los días de cuatro á seis de la tarde. Los martes se queda á comer conmigo. Los jueves me acompaña al teatro, y los domingos los pasamos jun-

tos en casa de Mauricio.—El resto de la semana estoy libre. Tengo algunas amigas. Hago visitas, y voy á paseo. Doy te los viernes, y á él acuden muchas personas *comm'il faut*.—Dentro de poco tiempo se cumplirán los dos años, al fin de los cuales me prometió *mi esposo* darme la *inscripción* que asegurará mi porvenir.—Entonces me casaré con Ricardo.»

—¿Y quién es ese Ricardo?—le pregunté á Alicia al cabo de un momento.

—¡Un estudiante á quien amo mucho!—Tiene un tío senador, que lo colocará cuando sea abogado.

—¿Y sabe Ricardo sus amores de V. con el Conde?

—Seguramente. Pero el Conde ignora mis amores con Ricardo.

—¿Y Ricardo se casará con V.?

—¡Ya lo creo!—En primer lugar, si no fuese por mí, el pobre no lo pasaría muy bien.... ¡Yo le ayudo á seguir su carrera!—Y, por otro lado, la inscripción que me ha prometido el Conde me asegurará 2,500 francos de renta.

—Y esa inscripción.... ¿está V. segura de conseguirla?

—Sin duda alguna.—El Conde me quiere mucho.

—¿Cuántos años tiene el Conde?

—Veinticinco.

—¿Y no tiene otros amores?

—No, señor. Lo que sí creo que tiene es novia.—El Conde vive ahora entregado á los negocios; juega á la Bolsa, y gana casi siempre. — El otro día me dijo que tal vez se casaría...., no recuerdo con quién...., antes de que muriese su madre.—Ya tiene 60,000 francos de renta.

—¿Y no es celoso? ¿No duda de V.?

—No piensa en eso.—Siempre que me busca, me encuentra amable.—Esto le basta.

—¿Y dice V. que la ama?

—¿Pues no ha de amarme?

—¿Pero no se le ocurre á ese hombre que, si suprimiese la renta y la inscripción, V. no seguiría recibiéndole?

—Sí que se le ocurrirá; pero se le ocurrirá al mismo tiempo que yo necesito comer y vestir.

—¿Luego V. subordina su alma á su cuerpo?....

—¡Oh.... no, señor! Mi alma es libre, y se emplea en amar á Ricardo.

—¡Pero Ricardo no la ama á V.!—Ricardo la explota á V. como V. explota al Conde. ¡Si V. no costease la carrera á Ricardo, ni contase con la inscripción, ya la habría olvidado hace mucho tiempo!

—¿Pues qué? ¿no soy yo bonita?

—Sí que lo es V. Pero cuando *se ama* á una mujer bonita, no se permite que pertenezca á otro.

—¡Pero es que Ricardo no puede darme el bienestar que me da el Conde!—Yo necesito comer y vestir.

—¡Lo mismo le dirá Ricardo á otra, cuando ésta otra le haga cargos por sus relaciones con V.!

—Yo no tengo celos.

—Ya lo veo: ¡ni Ricardo! ¡ni el Conde tampoco! —Todo esto quiere decir que no tienen Vds. alma.

—¡El alma! ¡Siempre el alma!—¡He aquí la palabrota!.... *(le gros mot.)*—¿Y qué es el alma?

—El alma, señorita, es una cosa que no come ni viste. Una inquietud, una sed de nuestra naturaleza, que sólo se calma y se satisface con verdades, con afectos, con creencias. El alma es aquello que gime muchas veces dentro de nosotros cuando hemos comido bien, y vamos muy elegantes, y nos paseamos en coche, teniendo á nuestro lado una mujer hermosísima, de esas que cuestan, no digo 2,500 francos al año como V. (que es muy barata), sino 100,000 francos

ó 100,000 luíses, como algunas notabilidades de la Ópera. El alma es la tristeza de los ricos, el tedio de los poderosos, el malestar de los saludables. El alma es un personaje tan exigente, que, cuando ama (y no puede vivir sin amar), tiene celos del pasado de la mujer preferida, de su porvenir, de sus intenciones, de todo lo que no sea poseerla de un modo absoluto, infinito, ilimitado. Esta posesión es punto menos que irrealizable; pero el alma es poeta, vive de ilusiones, se satisface con apariencias, quiere ser engañada, y, cuando ama á una mujer, se contenta con que ésta nos diga que nunca amó á nadie como nos ama en aquel momento, y que siempre nos amará de la propia manera.—*Siempre* y *nunca* son dos palabras que se ríen del que las pronuncia; mas, para el alma enamorada, tienen una música divina.—«Yo te amaré *siempre;* yo *moriré* cuando me abandones; yo te he buscado y esperado *toda mi vida*»....: estas lisonjeras frases, que son verdad aunque sean falsas, pues que expresan el sentimiento actual de los que las dicen, constituyen la esencia y la vida del amor.—Yo comprendo que el amante tolere al marido. ¡El lazo del matrimonio es sagrado é indisoluble!—Lo que no comprendo es que Ricardo tolere al Conde, en consideración á unos trajes y á unos alimentos. ¡Por eso digo que no la ama á V.!—Y V. no puede amar tampoco á Ricardo; porque el materialista que transige de ese modo en cuestiones de sentimiento, sólo merece desprecio y burla.—Y el Conde no puede amarla á V.; porque el Conde tiene motivos para creer que su amor de V. es interesado, y para despreciarla por consiguiente.—Ni V. tampoco puede amar al Conde, sino aborrecerlo; primero: porque es V. su esclava; y segundo: porque él no se ha cuidado nunca de conocer, de halagar ni de adquirir lo que V. debe respetar, amar y reveren-

ciar más en sí misma....: ¡hablo otra vez de *su alma!*— Para el Conde es V. un mueble, una fiera hermosa, una estatua de carne. ¡Desgraciada de V., que se deja tratar de este modo por el Conde y es al mismo tiempo una especulación para Ricardo! ¡Mengua para el Conde, que nada echa de menos en V. y no se avergüenza de servirle de industria! ¡Ignominia para Ricardo, que, siendo hombre, se halla en igual y peor caso que V.; pues vive estafando á su rival, y piensa llegar al matrimonio por el camino de un anticipado adulterio!— ¡Me pregunta V. *qué es el alma!*....—Yo pregunto á mi vez cómo se puede vivir sin ella.

Alicia, que me había oído con suma atención, soltó una brusca risotada al remate de mi discurso.

Luego rompió á cantar un estribillo de *vaudeville*, que principiaba de este modo:

La paix est faite....
¡Ma foi!.... tant pire....

En seguida se interrumpió, y, poniéndose muy enojada, dijo, volviéndose á M. Iriarte:

—¡Caballero, su español de V. es un salvaje!

Y, cambiando de nuevo de fisonomía, y con voz solemne y apesarada, añadió, cogiéndome una mano:

—¡Yo también tengo mis ideas!.... *¡Yo creo en el buen Dios!....*

Por último, reparó en sus pies, admirablemente calzados, y me los mostró, diciendo:

—¡Mire V. qué bonitas botas!.... Dicen que las españolas tienen el pie muy pequeño.... ¿Es esto verdad?

M. Iriarte se reía de mí, al ver mi asombro.

Lucila, que también me había escuchado, procuraba pasar á mis ojos por más sublime que su compañera, y afectaba profunda melancolía.

Alicia se sintió mal en medio del silencio que había

seguido á su risa, á su canto, á su *credo* y á su pregunta; y, cogiéndose de mi brazo y llevándome aparte, me dijo:

—La señorita Lucila es una hipócrita. Quiere hacernos pasar por virtud lo que en ella es natural desventaja.—La señorita Lucila vale poco.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que su *esposo* no le da más que 300 francos al mes, y sólo la visita dos veces por semana.—Yo tengo ya 8,000 francos de economías, y ella no puede contar con un *sou*.—Cuando Ricardo se case conmigo, me llevará á su país, en donde lo colocará su tío, y allí ganará reputación y ahorrará dinero.—Yo seré muy buena, y viviré convenientemente. Todo el mundo nos respetará. Yo daré buenos consejos á Ricardo y estimularé su ambición. De este modo, andando el tiempo. el Gobierno lo designará para Diputado.—Volveremos á París. Mi belleza es sólida, como V. ve, y durará todavía para entonces.—Una vez en París, nadie me reconocerá, pues aquella sociedad se remuda cada cuatro años, y además nosotros viviremos en círculos á que hoy somos completamente ajenos.—Ricardo es elocuente.... Hablará en el Cuerpo Legislativo.... ¡y quién sabe!—Ya ve V. que mis proyectos son honrados.—¡Y cómo me admirarán los hombres en los bailes de las Tullerías! Yo tengo una espalda y unos hombros muy aristocráticos, y el Conde me dice que con el vestido de Corte pareceré una Duquesa.—Yo fuí escotada una noche á los Italianos, á palco de primer piso, que cuesta muy caro...., y todo el mundo reparó en mí, tomándome por una señora de verdad.—A mí me gustan mucho el campo, las mariposas y las flores, que le hacen pensar á una en el buen Dios.—Yo quisiera tener una quinta que me costase 15,000 francos de alquiler, con una cascada artificial,

una gruta, dos cabras y un bosque bastante grande para que no la viesen á una cuando se escondiese allí con un libro de Alfonso Karr.—¡Oh!.... Yo amo mucho la naturaleza!....—¡Yo soy buena, Dios mío!.... Yo le he enviado una vez á mi madre, á Burdeos, un chal que sólo me había puesto diez ó doce veces, y que le costó á mi *esposo* 300 francos....: ¡un chal muy bonito, que me iba muy bien con cierto sombrero blanco que le vendí á Lucila por la mitad de su precio!—¡Oh! caballero.... ¡Yo tengo mi alma! ¡Yo sé que hay *algo!*.... *Nosotros* no somos como los perros.—Yo he llorado en el teatro una porción de veces.

En esto habíamos subido por obscuras y retorcidas calles de árboles hasta lo alto de una montaña que se llama, me parece, *la Celle-Saint-Cloud*, toda ella cubierta de palacios y quintas y de bosques de dominio particular.

En lo alto de la cuesta había un *restaurant*.... ¿Qué digo? ¡Toda una fonda! ¡todo un *hôtel!*

Las señoritas se manifestaron muy cansadas.... Eran ya la dos de la tarde. Hicimos, pues, alto en aquella fonda.... *ad hoc*, como en otros tiempos hubiéramos descansado en tal ó cual monasterio campestre....

Mas ¿á qué referiros otros pormenores de esta malhadada aventura?—Básteos saber que pasamos allí la tarde jugando al billar; que comimos en un precioso jardín del Establecimienio; que, viéndonos á legua y media de la casa de Mauricio, no nos atrevimos á volver á ella en la obscuridad de la noche, por miedo de extraviarnos; que, á la mañana siguiente, á eso de las nueve, estábamos otra vez jugando al billar, esperando el almuerzo, el cual fué magnífico; que, después de almorzar, jugamos al *ecarté* y perdimos los caballeros; que á la tarde bajamos á casa de Mauricio; que, cuando llegamos, había partido ya el último tren hacia

París; que nos vimos, por consiguiente, obligados á dormir también aquella noche en el campo, y que, por consideración al pescador y á su familia, decidimos Iriarte y yo irnos solos á pernoctar en su gran casa-lavadero de *Chatou*.

Alicia y Lucila fueron á despedirnos hasta la orilla del Sena.

—Mañana á las ocho nos reuniremos en la Isla para marchar juntos á París.... (les dijimos al embarcarnos). Almorzaremos bajo los árboles, y partiremos en el tren de las diez.

—¡Está convenido!—respondieron ellas.

Bogamos, pues. —Eran las seis de la tarde.... Apenas quedaba en el cielo una leve claridad del agonizante crepúsculo....

La Isla, hacia la cual nos dirigíamos sesgando las aguas contra corriente, aparecía negra y silenciosa como un inmenso ataud. —En la orilla que abandonábamos se percibían aún las graciosas figuras de las dos parisienses, que cantaban con argentinas voces aquel malicioso estribillo:

La paix est faite....
¡ma foi!.... tant pire....

De pronto, y cuando nos hallábamos en medio del Sena, tropezó nuestra barca con un objeto que bajaba lentamente por el río.

—¿Qué es eso?—preguntó Iriarte, el cual remaba de pie en medio del bote.

Yo iba sentado á proa; pero el horror no me dejó decir al pronto lo que había visto....—¡Había visto una faz amoratada, una barba y unos cabellos negros, unos ojos en blanco, un cuello de camisa y una corbata: una lúgubre cabeza, en fin, que salía de entre las turbias

aguas como de entre los pliegues de inconmensurable sudario!....

—¡Es un ahogado!—exclamé por último.

—¡*Un noyé!*—gritó M. Iriarte.

El canto de las jóvenes se convirtió en gritos espantosos.

—¡*Un noyé! ¡un noyé!*—repitieron varias voces en casa de Mauricio.

Nosotros pugnábamos por echar mano al cadáver; pero nos faltaban serenidad y maña.

Un momento después se hallaba Mauricio en otra barca al lado de la nuestra.

—¿Qué van Vds. á hacer?—nos dijo.

—¡Queremos sacarlo!—respondí yo.

—¿Para qué? ¿No ven Vds. que está bien muerto?—replicó el pescador.

—¿Qué importa? (repuse.) ¿Hemos de dejarlo en el río?—¡Ayúdenos V. á sacarlo!

—¡De manera alguna! (respondió Mauricio.) ¡Ni les aconsejo á Vds. que lo hagan!.... Tendríamos que avisar al alcalde de *Bougival;* éste nos llevaría *detenidos* al pueblo; pasaríamos la noche y el día de mañana en interrogatorios insultantes; y, quién sabe si reconocerían al cabo nuestra inocencia! ¡Yo tengo enemigos en Bougival!—Ese desgraciado se tiraría probablemente por un puente.... allá en París.—¡No tendría dinero, ó lo perseguirían por deudas!—No es el primero ni el centésimo que ha pasado por aquí desde que soy pescador.—Mañana, con la luz del día, verán cruzar ese cadáver desde algún pueblo de la ribera, y lo sacarán otras gentes sin exponerse á nada.—Lo más sorprendente es que este cuerpo haya estado en el río todo el día de hoy sin que nadie lo vea, ¡y esta misma reflexión nos haría la justicia de Bougival!—¡Ah! Es un mal negocio.... Dejémosle así, y procu-

remos nosotros dormir hoy más abrigados que ese caballero.

—Mauricio tiene razón.... (dijo Iriarte.) Esta aventura nos atraería muchos compromisos. ¡Repara en que hace días llevamos una vida que no tiene fácil explicación.... ¡sobre todo á los ojos de un Alcalde!

Yo había resuelto ya también dejar á Dios todo aquel drama de tan funesto desenlace. Pero seguí con la mirada el punto negro que marcaba sobre las ondas la cabeza del suicida, hasta que lo vi desaparecer en un recodo del río....

Con esto, dimos las buenas noches al pescador, que gobernó en dirección á su casa, y nosotros seguimos bogando hacia la isla de Croissy.

Diez minutos después estábamos en *Chatou*.

Al día siguiente, cuando nos levantamos, de todo teníamos gana M. Iriarte y yo menos de volver á ver á las *entretenidas*.—El encuentro con el ahogado nos había ennegrecido la imaginación.

Cumplimos, sin embargo, nuestra promesa, también por consideración á Mauricio y á su gente, y concurrimos á la cita á la hora prefijada.

La Isla estaba desierta.

Fuimos en casa de Mauricio, y allí supimos que nuestras dos amigas habían levantado el vuelo hacia París en el primer tren de la mañana, encargando á la viejecita que nos presentase sus excusas.

Mucho nos alegramos de esto.—Pero, además, yo no sentía el menor deseo de volver á París.

El día estaba hermoso.... *Bougival* se distinguía allá abajo, á la orilla del río, tan gracioso y sonriente como una creación de artista.... Mi *toilette* se había reparado, gracias á M. Iriarte; lo cual era ya muy urgente, pues recordaréis que, cuando salí de mi casa, *¡hacía tres*

días!, sólo trataba de hacer una visita dentro de la Ciudad.... En la serena atmósfera de la mañana vibraban los ecos de una campana remota que tocaba á misa.... En fin, Sofía y Carlos, los hijos de Mauricio, se disponían ya para ir á la escuela del Pueblo....

—¡Vámonos á *Bougival!*—dije, pues, de pronto á M. Iriarte.

—¡Sí, vengan Vds.!.... (exclamaron los niños.) ¡Hoy hay una misa solemne en la iglesia, aunque es día de trabajo!

—Vamos á *Bougival*.... —respondió mi amigo.

Y emprendimos la marcha.

Por el camino fuimos encontrando mucha gente que acudía á misa desde las Casas de campo de la comarca.—Algunas elegantísimas y *verdaderas* damas iban en soberbios carruajes.—Sofía nos dijo el nombre de la mayor parte de ellas, y entre estos nombres oímos varios muy ilustres en la historia de Francia....

—Porque la alta sociedad parisién estaba todavía veraneando en sus *chateaux* antiguos ó modernos, salvo las familias que recorrían á aquella hora las orillas del Rhin ó las montañas de Escocia, con el mismo afán de mudar de aires que empuja á los madrileños hacia Biarritz ó Normandía....

Una vez en *Bougival*, dejamos á los niños en la Escuela, y nos dirigimos al Templo.

Éste es antiquísimo y de severa arquitectura. Todo él estaba ocupado por hileras de sillas, á modo de *teatro* casero. Cada silla tenía escrito el nombre del *abonado* á quien pertenecía. ¡Es decir, que por sentarse en la iglesia se paga en Francia un tanto al año, como por una butaca de la Gran Ópera ó por un nicho del cementerio! Un *acomodador* cuidaba de que cada uno ocupase el lugar que le correspondía.—Á nosotros, pues, nos correspondió estar de pie ó arrodillados.

Todo el público leía....—¡Dijérase que Francia estaba aprendiendo nuevamente á rezar!

Salió la Misa: Misa de tres, con órgano y orquesta, costeada por un Duque legitimista, que celebraba la mejoría de un nieto suyo.

Naturalmente habían de chocarme allí muchas cosas.—La música me pareció muy profana, y la manera de cantar melodramática y ridícula.—El latín, pronunciado á la francesa, me resultaba ininteligible, ó me hacía reir á pesar mío....—Las reverencias del Sacerdote tenían mucho de mundano, de galante, de palaciego: parecía que no iban dirigidas á Dios, sino al Duque.—La plática que dirigió al auditorio (después de la Consagración) tuvo tal carácter de domesticidad ó cortesanía, que no me infundió ningún respeto: su merced habló con temor, aduló á sus ovejas, y empleó, en fin, aquellas frases comunes, estereotipadas sobre los labios de todos los franceses, que hacen semejantes, si no idénticos, á los discursos del Emperador los anuncios de los perfumistas, y á las arengas de los Generales los manifiestos de las mujeres sensibles.

Acaso me dejo arrastrar por una preocupación mía; pero yo creo que en toda Francia no hay más que una conversación (hecha ya y fiambre) que todos saben de memoria y repiten como papagayos.—Tal vez consista semejante monotonía en que el lenguaje francés está muy trabajado, muy batido, muy formado por tantos años de cultura, de periodismo, de Parlamento, de Sociedades y de comunicación y trato con todo el mundo; pero también entrará por algo en ello la poca abundancia de caracteres, la abdicación individual ante el poder público ó el dinero, la triste mudez de las conciencias, y el absoluto escepticismo de que adolecen los galos de hoy, como los de hace dos mil años....

Inoportuno me parece referiros prolijamente todo lo demás que me ocurrió durante los tres días que permanecí aún en el campo sin resolverme á volver á *París;* pues supongo que vosotros, por el contrario, estais ansiosos de regresar á la gran Metrópoli. Os dispenso, por tanto, de acompañarme en mi excursión á la magnífica Quinta de *Monte-Cristo,* construída por Alejandro Dumas cuando escribía *Los Mosqueteros,* y en que empleó muchos millones.—¡Ya no pertenece al gran novelista, sino á un comerciante, aquel conjunto fantástico de palacio, fortaleza y *villa* italiana, cuya descripción habréis leído alguna vez!

También os dispenso de recorrer conmigo otros muchos parajes campestres, en que nunca dejé de encontrar una fonda, cuando menos, y periódicos del día y de la noche, y Alicias y Lucilas, y toda clase de novelas en acción, muy en desacuerdo siempre con mis extravagancias españolas.—Regresemos, pues, á la Capital del mundo civilizado.

VII.

DOS CONCIERTOS. — MUERTE Y ENTIERRO DE LA DUQUESA DE ALBA.

Mes y medio permanecí en *París,* esgrimiendo las variadas cartas de presentación que llevaba para toda clase de gente, desde magnates del *Faubourg Saint-Germain,* hasta literatos del *Barrio Latino ;* ora visitando los Monumentos, Museos, Academias y Gabinetes científicos de la gran Capital ; ora estudiando las costumbres, preocupaciones y despreocupaciones de sus moradores ; dejándome llevar siempre por el acaso y penetrando indistintamente en todas las esferas. Llevé, pues, la vida de corbata blanca y la vida sin

corbata ; fuí á los bailes más encopetados y á los bailes de las *Barreras*, á los templos y á los cafés, á los *restaurants* de primer orden y los establecimientos de *Bouillon*, á los entierros y ¡al *Casino!* (rue Cadet), al Teatro Francés y al teatro *Seraphin ;* pasé la velada cada noche en un barrio diferente ; hablé con muchos cantantes y con algunos príncipes, con bailarinas y con Hermanas de la Caridad ; paseé por el *Bosque de Boloña* y por el *Jardín de Plantas ;* conocí al literato de reputación europea y al bohemio sin reputación; aproveché y exploté la locuacidad de todo el mundo, haciendo que me contasen su historia desde los cocheros de alquiler hasta el centinela que me volvió atrás con un *c'est defendu*, desde el charlatán que me vendió pomadas hasta el pobre que me pidió limosna, desde la actriz hasta la modista, desde el General hasta el obrero ; y por la noche, ó en mis ratos de soledad, ó en mis excursiones al campo, me dediqué con afán sumo á fundir tan diversos elementos, á convertirlos en substancia moral y á darme cuenta del producto líquido que rendían tantas observaciones, ó sea de la plata y de la escoria que resultan cuando se copela en un cerebro español cierta cantidad de vida de *París*.

Y ¿qué encontré? — Pronto lo sabréis.... — Pero, antes, séame lícito entreteneros un poco con la descripción de dos inolvidables Conciertos.

Fué, pues, el caso que, habiendo encontrado en París á mi ilustre y antiguo amigo Jorge Ronconi, el más inspirado cantante y actor que ha pisado las tablas, recibí cierto sábado una carta suya en que me llamaba á comer, con expresa recomendación de que fuese vestido de ceremonia.

Ronconi es uno de los hombres de mejor humor que andan por el mundo : creíme, por tanto, objeto

de una de tantas bromas como nos habíamos dado en su célebre *carmen* de Granada; pero, por lo que pudiera ocurrir, echéme una corbata blanca en el bolsillo, y acudí á su casa á la hora de comer.

El esposo de *Maria di Rohan* me aguardaba vestido de rigurosa etiqueta, aunque no tenía más convidado que yo.—Era indudable que pensaba llevarme á alguna casa luego que comiéramos.

No una vez sola le rogué me dijese de qué se trataba; pero no me lo quiso declarar. Hablóme, sí, de que me aguardaba una gran *sorpresa*.—Y de este modo transcurrió la comida, y salimos á la calle.

En la plaza de la Magdalena, donde él vivía, tomamos un carruaje de alquiler.

—¡Al ferrocarril del Oeste!—dijo al cochero.

Mi curiosidad subió de punto.—¿Ibamos á esperar á alguien? ¿Tenía aquello algo que ver con mis aventuras en casa de Mauricio?

Ronconi se reía.

A eso de las ocho llegamos á la Estación. Mi amigo tomó unos billetes en el despacho, sin que yo pudiese oir para qué punto; díjome que lo siguiera, y entramos en un tren que se disponía á partir.

Corrió el tren como unos cinco kilómetros; paróse luego, y los empleados de la Estación gritaron:—*¡Passy! ¡Passy! ¡tres minutos!*

Ronconi me indicó que *habíamos llegado*.—Echamos pie á tierra, partió el tren, y nos quedamos solos y á obscuras en mitad del campo.

Yo estaba en mis glorias.—¡Convendréis conmigo en que la aventura era singularísima!—Ronconi se orientó como pudo, y anduvimos un poco bajo los árboles; pasamos luego una verja de hierro; entramos en un diminuto jardín, y entonces apareció á nuestros ojos un pequeñísimo hotel cuya fachada

algo artística alumbraban profusamente dos enormes candelabros de gas.

En la misma puerta (pues la recepción era en el piso bajo), criados muy elegantes se apoderaron de nuestros abrigos....

—Sígueme....—dijo Ronconi.

Y empujó una mampara que había en el vestíbulo, al través de la cual se oían risas y murmullos....

La habitación en que penetramos era pequeña y cuadrada; estaba estucada de blanco y oro; tenía *parquet* en vez de alfombra, y adornábanla sillones y cortinas de seda encarnada y negra. Enfrente de la puerta había un gran piano vertical, cuyas luces estaban encendidas.

Hallábanse reunidas en aquel aposento unas treinta personas de muy distinguido porte y elegantemente vestidas. Entre ellas había diez ó doce damas.

Cerca del piano estaba de pie un viejo alto, grueso, fuerte, con gran peluca rubia y unas ligeras patillas blancas, sin un hueso en la boca, de grandes y nobles facciones, y ojos muy vivos y penetrantes. Vestía *redingote* castaño, de alto cuello; ancho corbatín de forma antigua, y holgado pantalón obscuro. Llevaba en el ojal el botón de la Legión de Honor; tenía en la mano una caja de rapé, y su voz era destemplada, dominante, agresiva.—Hablaba en italiano.

No bien divisó á Ronconi, dejó la conversación que sostenía con una dama, y vino hacia él con los brazos abiertos.

—¡Gran canalla! ¡Jorge mío!—exclamó abrazándolo.

—¡Viejo lobo! ¡Joaquín!—respondió Ronconi.

Y se besaron.

Yo había reconocido ya á aquel viejo, cuyo retrato había visto mil veces....

Era Rossini. ¡Era el autor del *Barbero de Sevilla*, de *Otelo*, de *Moisés*, de *Semiramis*, de *Guillermo Tell*, del *Stabat Mater*, de tantas y tantas inmortales obras! ¡Era el que despertó en el alma de nuestros padres aquel amor de que nosotros fuimos hijos! ¡Era el cantor de sus pasiones y sentimientos; el que, durante miles de noches, recibió adoración entusiasta en teatros que brotaban á su voz como las ciudades de Grecia á la voz de Orfeo! ¡Era el sol de aquellos días melancólicamente recordados por las decrépitas beatas de hoy; el héroe de innumerables campañas artísticas y galantes; el que compartió con Goethe, Byron, Napoleón y Nelson los aplausos del siglo XIX, cuando el siglo XIX estaba en la adolescencia y acariciaba sueños de amor, de gloria y de poesía! ¡Era el Dios músico de la aurora del romanticismo, de aquel romanticismo cuyo lúgubre anochecer nos ha tocado presenciar á nosotros; el creador de los cantos que nos arrullaron en la cuna; el nombre mágico que aprendimos á venerar en nuestra niñez; el maestro de Donizetti y de Bellini! ¡Era, finalmente, el que se ha sobrevivido á sí mismo, el que ha querido ser la posteridad de su propio genio, el que hoy goza de su fama póstuma bajo el nombre del *Cisne de Pessaro*....! ¡Era Rossini, y esto lo dice todo! —Considerad, pues, con cuánta sorpresa, júbilo y turbación me vería enfrente de él.

Entre tanto, Ronconi le había dicho mi nombre, mi patria, y otras cosas que no entendí.—El Maestro me tendió su mano, que yo estreché con fanatismo.—Mas no por ello me propasé á cansarle con necios elogios.... ¿Qué podía yo decirle que no le hubiesen repetido hasta la saciedad, durante cincuenta años, todos los sabios, todos los poetas, todos los artistas, todos los héroes, todos los reyes y emperadores de este siglo?—Rossini ha apurado, como pocos mortales, la dorada

copa de la gloria: él ha sido llevado en triunfo mil veces desde el teatro á su casa; él ha sido amado y requerido por las mujeres más bellas y célebres de su tiempo (pues su figura física no ha tenido nada que envidiar á la de Apolo); él ha sido adulado y mimado por los Soberanos más poderosos y adustos de la Europa contemporánea; él ha sido aclamado en calles y paseos por la muchedumbre; de él, en fin, se han publicado más historias que de la vida de Napoleón I. ¡Y él ha desdeñado todo esto; él se ha burlado de sí mismo y del entusiasmo que producía; él se ha complacido siempre en desencantar á sus admiradores y panegiristas; él se ha reído con la risa del Voltaire, con la de Anacreonte y con la de Polichinela, y, riéndose de este modo, ha hecho temblar y gemir al mundo entero, ha amasado una respetable cantidad de millones de francos, y se ha divertido como pocos hombres sobre la tierra!

Cuéntase, y está escrito, que Rossini no ha tenido nunca corazón, ni cariño al arte, ni amores serios, ni fe en nada inmaterial, ni respetos de ninguna especie. Añádese que su única pasión ha sido la avaricia, su único ideal el oro, su único Dios el *franco*....— ¡Yo no lo creo!.... No se debe juzgar á nadie por sus palabras, ni tampoco el carácter es la expresión de los sentimientos del espíritu.... ¡Quién sabe la reconcentrada ternura, la oculta poesía, la honda tristeza que habrá habido siempre en el fondo del alma del sarcástico autor de la *Donna del Lago!* —Decidme que es misántropo; que despreció á la humanidad desde niño; que la fortuna lo hizo cruel; que las glorias de la tierra le parecieron ridículas....—Todo eso es muy verosímil.—¡Pero yo no admitiré nunca que pueda el genio, y un genio innovador y revolucionario como el suyo, dar á cada afecto su canto, á cada pasión su lloro, á

cada dolor su gemido, voz á la naturaleza é himnos á Dios, sin que su alma y su corazón encierren todo el fuego y todas las lágrimas que forman la esencia de sus obras y que estas mismas obras hacen germinar en el público!—¡Lo demás sería monstruoso!

Rossini era tratado en su tertulia como un verdadero rey de otros tiempos. Él atacaba á todo el mundo con sus sangrientos chistes, con su ácida burla, con sus mordaces epigramas, y nadie le devolvía ningún golpe: todos tenían á mucha honra las familiaridades del gran Maestro.—Sólo Ronconi era respetado y osaba contestar con bromas á sus bromas.

Constituían la reunión: la esposa de Rossini, dos muy conocidos Dignatarios del Imperio; el Alcalde de Passy; una vieja Condesa, dueña de la casa de campo contigua y varios Cantantes y Cantatrices de *primo cartello*, entre los cuales yo conocía á unos por haberlos oído en el Teatro Real de Madrid, y á otros por las trompetas de la fama.

Todos aquellos ruiseñores de frac ó con abanico se hallaban de paso en la capital de Francia, de donde iban á partir ya muy pronto, cada uno con rumbo diferente, según la Escritura que había firmado aquel verano.—Cuál iba á Berlín, cuál á San Petersburgo, cuál á América, cuál á Nápoles; éste á Madrid, aquél á Londres; el uno á Viena, el otro á Copenhague....—Yo pensé un momento en el invierno que se acercaba; en el frío y en la obscuridad de nebulosas capitales cubiertas de nieve; en el alumbrado, en la música, en los caloríferos y en el amor que animarían aquellos teatros; en la elegantísima concurrencia que los poblaría; en los paroxismos de religioso silencio ó estallidos de ruidoso aplauso que producirían aquellos *Genaros*, aquellos *Edgardos*, aquellas *Desdémonas*, aquellas *Lucías*, todos aquellos héroes y heroínas de alquiler, al

entonar tal *aria* ó tal *romanza;* y pensé también en los amores que nacerían al son de sus cantos; en el fin de la *lírica temporada;* en el verano que llegaría después; en entierros y casamientos; en el sueño de la vida ó de la muerte...., y no pude darme cuenta, ni me la doy en este instante, de la acerba poesía que encontró mi imaginación en tan extensas consideraciones. ¡Había en ella afán de ubicuidad, curiosidad de viajero, compasión hacia el género humano, y aquella delirante codicia que le hacía desear á lord Byron que todas las mujeres del Norte y del Mediodía se compendiasen en una sola!....

Por ser amigo de Ronconi y recién presentado en la tertulia, merecí yo también alguna circunspección de parte de Rossini....—Contribuiría además á ello la profunda simpatía que le merece España.... Todo el mundo sabe que su primera mujer, la famosa Isabel Colbrand, era española, y que el insigne Maestro habla perfectamente nuestra lengua.

Mi conversación con el autor del *Barbero de Sevilla* versó, pues, casi toda acerca de España.—Por cierto, que cada vez que me oía nombrar á Guadix ó á Granada, tarareaba un pasaje de su *Otelo*....

Hablóme de las catalanas, y me dijo que había visto pocas mujeres que le gustaran tanto: y luego añadió:

—Yo estuve en Madrid ocho días, hace treinta años. V. no habría nacido, y la mayor parte de las personas que yo conocí ya se habrán muerto.—Lo que no puedo olvidar es el jamón de la Alpujarra.... ¿No está la Alpujarra cerca de su pueblo de V.?

—Todo es Sierra Nevada.... (le respondí); y si V. permite que le envíe....

—Eso le corresponde á éste.... (repuso, acariciando á Ronconi.) Él me los envía con frecuencia.—¿Y qué opinan Vds. por allí de los asuntos de Italia?

—Cada cual opina su cosa, como en todas partes....—contesté bastante aturdido.

(Por entonces se hablaba mucho de que al Rey de Nápoles le había ofrecido refugio nuestra Familia Real en el Palacio de San Telmo de Sevilla.)

Rossini creyó sin duda ver en mi contestación alguna falta de franqueza, y me castigó con esta frase:

—Yo he oído decir que han ajustado Vds. á Francisco II para que les cante el *Barbero de Sevilla*.

—Podrá ser muy bien, maestro.... (le contesté); pues en España gusta mucho esa ópera....

Esta galantería lo desarmó.

—¡Oh! ¡la bella España! (exclamó con dulzura.) Yo estuve allá en 1831, en compañía de mi grande amigo el banquero Aguado, y nunca podré agradecer bastante las atenciones de que fuí objeto. Fernando VII y María Cristina me obsequiaron mucho, mucho, y yo dediqué á ésta una *romanza* titulada *La Passegiata*....

Aquí me hizo graves preguntas y lanzó varios sarcasmos políticos....—Luego continuó:

—Todavía anda entre mis papeles una Real Orden, refrendada por el ministro Ballesteros, en que se me concede el uso de uniforme de Maestro del Conservatorio de María Cristina....—¡Bien me divertí allí la noche que me dedicaron un Concierto, todo compuesto de piezas de mis óperas! ¡Qué lindas mujeres había entonces en España!—Ya estarán viejas como yo....; pero supongo que habrá otras nuevas [1].—Carnicer, mi pobre Carnicer, á quien yo quería mucho, y que era un grande artista, dirigía el Concierto.... La Grandeza me dió bailes y comidas.... Y Varela...., el buen Varela...., el Comisario de Cruzada, me ofreció un banquete musical suntuosísimo, al que asistió medio Ma-

1 Rossini nació en 1792.

drid. Á aquel excelente hombre y á aquella magnífica fiesta se debió mi *Stabat Mater*, que, como sabrá V., le dediqué á Varela y se estrenó dos años más tarde en *San Felipe el Real de Madrid*.—Después estuve en Barcelona, en la famosa Barcelona...., donde los catalanes hicieron locuras conmigo....—Yo comprendo que este mal sujeto (añadió, por último, señalando á Ronconi) haya fijado sus cuarteles de invierno en España.... ¡Aquella es una noble tierra!—Conque...., anda, Jorge, preséntale tu *moro* á mi mujer, y luego haremos un poco ruído en ese piano.

Mad. Rossini, la segunda esposa del gran maestro, data de 1847 : antes se llamaba Mad. Pelissier.—La Colbrand murió en 1845.

Mad. Rossini habrá sido muy bella. Hoy es agradabilísima y sumamente elegante.—Táchasela de codiciosa, y se dice que obliga á Rossini á escribir todas las semanas alguna melodía, alguna *romanza*, algún coro, cualquier cosa, con tal que sea *música*. Dícese también que estas composiciones del ilustre Maestro se tocan una sola vez en la tertulia, y luego desaparecen, sin que se vuelva á hablar de ellas. Y dícese, en fin, que su mujer las agrega á un volumen que forma silenciosamente, bajo el título de *Obras póstumas de Rossini*, comprendiendo que, cuando muera el autor de *La Gazza ladra*, se venderán por un precio fabuloso....

Yo no sé si todo esto será verdad; pero lo que sí digo es que, en tal caso, Mad. Rossini le está haciendo un gran favor al mundo filarmónico, y que aquella noche se estrenaba un *Lamento* que el inmortal artista había escrito por la mañana.

Cuando lo vi sentado al piano para interpretar su nueva obra, experimenté una emoción que adivinaréis fácilmente.—¡Ver á Rossini delante del teclado equivalía á ver á Mirabeau en la tribuna, á Napoleón á

caballo, á lord Byron escribiendo un poema sobre el derribado muro de Corinto!....

El *Lamento* era una melodía sencillísima y llena de sentimiento, en que no faltaban aquella gracia y fluidez, ó sublime facilidad, que caracterizan la inspiración de Rossini.—El ilustre músico indicaba vagamente su idea hiriendo las teclas con sobria precisión, como los grandes pintores fijan su concepto con dos ó tres rasgos magistrales.— Por lo demás, su rostro no expresaba ya burla ni ironía.

—¡Mira cómo se le alarga la cara!—me dijo Ronconi al oído.

Y, en efecto, el semblante del Compositor ostentaba una seriedad, una unción, una ternura extraordinarias.—Y ¡con qué respeto, con qué veneración se escuchaba aquella música! ¡Qué imponente silencio la recogía! ¡Qué aplauso tan amoroso la siguió!

Pero Rossini se reia ya de sí mismo y de nuestro entusiasmo.

Después cantó Ronconi una *romanza* bufa de Donizetti, titulada *El Trovador*.—Rossini mismo se la acompañó; y, mientras todos reían al oir las sales cómicas del gran barítono, el autor del *Barbero* (que unía á veces su cascada voz á la de Ronconi) exclamó dos ó tres veces en los pasajes más hermosos:

—¡Pobre Donizetti! *¡Povero Gaettano!*

Cantóse, por último, el famoso terceto de *La Italiana en Argel*, que hizo reir mucho á su mismo Autor; sirvióse el te; hablóse de política; dieron las once, y se disolvió la tertulia.

Media hora después me despedía yo de Ronconi en la plaza de la Magdalena, dándole millones de gracias por aquella inolvidable noche.

Al día siguiente asistí á otro Concierto, que tampoco llegaré á olvidar, por mucho que viva.

Venía yo del Bosque de Boloña, al que todas las tardes concurrían en aquella estación centenares de familias españolas de las más conocidas en la sociedad de Madrid....—El tiempo era hermoso, y, aunque el otoño se acercaba, las aves seguían alegres y canoras, el cielo azul y puro, el aire perfumado y tibio y las damas principales en carretela descubierta.

Hacía ya algunas semanas que, en aquellas largas calles de árboles tendidas á las orillas del Lago, los Españoles buscábamos todas las tardes, con el afán más tierno y el interés más respetuoso, un carruaje ocupado por dos señoras, que cuatro veces cruzaba como una exhalación entre las filas de coches, y desaparecía por el Arco de la Estrella, poco antes de la puesta del sol, para no volver hasta el día siguiente....—Hasta los que no trataban á aquellas dos señoras, quitábanse el sombrero generosamente al verlas pasar, revelando en su actitud la más honda melancolía.... — Y era que una de aquellas dos damas, elegante sobre toda ponderación, y bella como una fantasía de artista, iba reclinada en la carretela, inmóvil, pálida, moribunda, con los ojos y los labios entreabiertos, cual si le sobrase luz y le faltase aire para vivir. Era que todos sabíamos que aquella mujer huiría del mundo en breve plazo; que sus horas estaban contadas; que ni su juventud, ni sus encantos, ni su grande alma, ni la esplendente vida de la eterna naturaleza que nos rodeaba, serían bastantes á salvarla de la muerte.... Era que todos recordábamos haberla visto reinar en los salones de Madrid, brillar en los teatros, lucir en los paseos, adorada siempre hasta el fanatismo, imitada, envidiada, obedecida....; ¡irresistible dictadora donde quiera que apareció, donde quiera que alcanzaron sus miradas....!

Indudablemente ya la habéis conocido.... Hablo de la Duquesa de Alba, de la hermana de la Emperatriz Eugenia.—La otra señora era su madre; su pobre madre, la ilustre Condesa del Montijo.

La tarde que digo era ya la octava en que la infortunada Duquesa no había sido vista en el Bosque de Boloña....—¡Estaba muriéndose!

Al pasar yo por los Campos Elíseos, de vuelta de paseo, me detuve, como todos los días, delante de su Palacio, á fin de saber de ella.... Pero los melodiosos acordes del *Concierto Musard*, establecido, al aire libre, á pocos pasos de la morada de la enferma, me hicieron detenerme un poco, pues la orquesta tocaba admirablemente en aquel instante un *potpourri* de los más apasionados y tiernos *aires* de Donizetti.

Detúveme, sí, como magnetizado por unos cantos tan familiares y siempre tan queridos, que me recordaban muchas temporadas de Teatro Real y afectos y personas que se relacionaban con tales tiempos....—¡Y pensaba también en que la joven Duquesa estaría escuchando asimismo desde su lecho de agonía aquellos ecos de sus pasadas agitaciones, aquellos suaves cánticos que compendiaban la existencia que iba á perder, aquellas voces de amor que le recordarían su largo reinado sobre el alma de cuantos la conocieron y á quienes ya no volverían á enajenar sus hechizos!....

—¡Feliz ella (dije para mí), si estas melodías que van á sobrevivirle le hacen pensar en la vanidad de las cosas humanas y levantan su espíritu al afán y deseo de más grandes y perdurables goces! ¡Feliz ella, si considera estos cantos como el ruído de una tempestad que se aleja, y presta oído atento á los himnos de la Inmortalidad!

Pensando de este modo, me aparté del *Concierto*, y penetré en el *Hôtel de Alba*.

Hacía dos minutos que la Duquesa había espirado.

Su muerte había sido envidiable por la completa resignación cristiana con que aquella mujer sublime la vió llegar....; y ¡todavía, todavía en tan doloroso momento, escuchaba yo desde lo interior del Palacio los postreros acordes de aquel aria final de *Lucía* que empezaron á preludiar cuando el alma de la Duquesa se hallaba aún en este mundo!....

. . . . . .

Dos días después se verificó el Entierro; y, como quiera que la Emperatriz se hallase en la Argelia con el Emperador, la última demostración en honor de su hermana se redujo á un homenaje rendido por las Casas de Alba y de Montijo y por todos los españoles residentes á la sazón en París á la idolatrada prenda que lloraban verdaderamente!....

Esta fúnebre ceremonia y el concierto de Rossini fueron las dos únicas escenas que presencié en París con afectuosa emoción y simpático sentimiento.—Todo lo demás que me salió al paso, por desconsolador y horrible que fuese, sólo me produjo desdén ó miedo.

Y es que en París llega á tanto la presuntuosa soberbia del hombre, que sus mayores males no os causan compasión, sino que veis en ellos un justo castigo, como en las *plagas* que nos refiere la Escritura.

Pero esto requiere capítulo aparte.

VIII.

LA RIGOLBOCHE, GARIBALDI Y OTROS NÚMENES.

Llevaba ya, por aquella vez, cuarenta y tantos días de permanencia en París, y, con asombro mío, sus maravillas y placeres iban depositando en el fondo de mi alma una hez de disgusto y amargura, cuyo ori-

gen adivinaba algunas veces y otras se me ocultaba.

Yo no podía desconocer que París era el pueblo más divertido del mundo; que en él no se carecía de nada.... cuando se tenía dinero; que el Gobierno era un verdadero padre de aquellos ciudadanos que sólo aspiraban á ser ricos, y que éstos vivían tan libremente bajo la ley del llamado *Déspota* domiciliado en las Tullerías (con tal que no contradijesen el menor de sus antojos), como las tribus sin casa, ley, Dios, ni vergüenza que vagan por los desiertos de África....

Había visto el mayor orden y policía en todas partes; la previsión y la exactitud resplandeciendo en todas las cosas; el rigor legal y la igualdad filosófica nivelando *en teoría* á todos los individuos, y la paz, la limpieza, la abundancia, el placer y el negocio resultando armónicamente de una sabia combinación de treinta y tantos millones de egoismos.

Había admirado, pues, los Establecimientos de Beneficencia civiles y militares, oficiales y privados....

En el *Hôtel de los Inválidos*, por ejemplo, había visto convertidos en verdaderos prebendados á los que se inutilizaron en defensa y gloria de la patria...., y casi divinizados á los pocos y decrépitos veteranos que aún quedan del primer Imperio....

En los Hospitales me habían conmovido el lujo y el bienestar que rodea á los desdichados enfermos....

En los Museos y Bibliotecas había tenido ocasión de elogiar el respeto y aprecio que dispensa la Francia á los timbres de su historia, á sus capitanes, á sus artistas, á sus escritores, á todo lo suyo....

En Versalles vi salones inmensos llenos de grandes lienzos y hermosas estatuas, que representaban hechos de armas de las recientes guerras de la Argelia, Crimea é Italia, y á sus famosos héroes.

Debajo del monumental Mercado que acaba de cons-

truirse, había contemplado con asombro el depósito de agua del mar en que se mantienen vivos los pescados para el consumo de París, y, no lejos, los ferrocarriles subterráneos que lo abastecen de carnes, legumbres y otras vituallas....—¡La antigua Roma se quedaba en mantillas!

En las imprentas de primer orden había visto nacer libros y periódicos en tal multitud y con tanta celeridad como si los produjese milagroso *fiat*....

Á los cinco minutos de caer un espantoso aguacero, había encontrado á París tan limpio, tan bello, tan brillante como una casa recién arreglada para recibir á dos novios...., ó más bien á dos amancebados....

En las Fábricas me había sorprendido la simplificación del trabajo, la enormidad de la producción, la baratura de los artículos y la ferocidad antisocial de los operarios, todos éstos enemigos de sus Principales....

En los *restaurants* había visto por mañana y tarde á más de la mitad de la población de París comiendo á una misma hora, por un precio ínfimo ó por un precio fabuloso y en menos tiempo del que se emplea en España para servir un sorbete en un café.—Diríase que en las casas particulares se había suprimido la lumbre....¡ó sea aquello que antes se llamaba el fuego sagrado del hogar!

En el *Hôtel del Louvre* había comido *regiamente* en una mesa redonda de cuatrocientos cubiertos, que manejaban magnates de todas las naciones del globo, al lado de jugadores enriquecidos, pródigos contumaces, ladrones impunes, hermosuras demasiado célebres, y otras eminencias respetables ó despreciables, —á siete francos por persona.

En los *Establecimientos de Bouillon* había reverenciado aquella gran caldera, en torno de la cual se apilan al anochecer millares y millares de vergonzantes pa-

rroquianos, que comen, como si dijéramos, *mecánicamente* y al pie de fábrica...., á modo de irracionales que toman el pienso.

En los Teatros había asistido á comedias, dramas, óperas cómicas, *vaudevilles*, bailes, ejercicios gimnásticos, juegos malabares, hechicerías, exposiciones geológicas y astronómicas, prestidigitación, simulacros, fuegos artificiales, habilidades de fieras, danzas ecuestres y cuantos espectáculos pueda excogitar la imaginación.... ¡Y en todos ellos, aun en los más formales, advertí que la representación había de ser *abundante* dentro de un tiempo limitado, y que era de rigor que se bailase en ella, y que este baile fuese el *Cancán*, ó algo parecido!

¡El *Cancán*...., que es indescriptible; que es el retozo bestial convertido en arte; que es el más grosero sensualismo llevado á la escena ó paseado por los sitios públicos; que es, sin embargo, el *non plus ultra* del entusiasmo del pueblo parisién!....

Dicho se está, por consiguiente, que había visto también á *la Rigolboche*, á la gran reputación de la época, á la bailarina fea y desvergonzada que guiaba un cochecillo por el *Bosque de Boloña*, entre los aplausos de la multitud más encopetada, y que á la noche hacía su extraordinaria pirueta en el *Chateau Rouge*, en el *Casino-Cadet* ó en el *Jardin Mabille*....

¡Ah! ¡*la Rigolboche!*....—(Séame lícito hablar un poco más de ella.) ¡Sus retratos inundaban á París: sus *memorias* habían sido publicadas; sus dichos, sus modas, sus aventuras eran la conversación constante de la juventud divertida de la capital de Francia! Los periódicos, algunos libros graves, muchas comedias, todos los *vaudevilles* y cientos de canciones citaban por su nombre á esta mujer fenomenal, cuya sonrisa había

arruinado ya á varios capitalistas y á muchos jóvenes aristócratas.—«*Rigolboche*» era ya un adjetivo. —Personas decentes decían : «Tal ó cual cosa es muy *rigolboche*....» «¡Qué chiste tan *rigolboche!*»

Ahora bien : ¿sabéis cuál era el mérito, cuáles los títulos, cuál el fundamento de la reputación de aquella mozuela, que no es bella, que no tiene talento, que no ama la virtud y que ni tan siquiera sabe bailar?—¡Pues todo consistía en que la *Rigolboche*, en el *solo* del *Cancan*, levanta la pierna á tal altura, que derriba el sombrero á sus admiradores!.... ¡Y en que se emborracha, y en que fuma, y en que no es hermosa, ni noble, ni honrada, ni discreta!.... Más claro : en que constituye por sí misma la negación de todas las costumbres, la abolición de toda autoridad, el desconocimiento de toda ley, la subversión contra las reglas estéticas, morales y religiosas que componen el mecanismo de la llamada sociedad humana.

Tal es la *Rigolboche;* tal era la figura más popular que encontré en París, aun por encima de la figura política de Garibaldi....

Porque también Garibaldi recibía culto de la gran mayoría de la opinión parisiense.—La Rigolboche reinaba sobre los cuerpos: Garibaldi sobre las almas. La Rigolboche era el ideal artístico, el ideal poético, la suprema expresión de la belleza.... Garibaldi era el ideal moral, el redentor político, el ejecutor de la justicia en las abominaciones de la Historia....

Pero sigamos refiriendo las grandes cosas de París que tan preocupado me traían....

La noche de la apertura del *Teatro de los Italianos* había revisado á aquella intolerante alta sociedad legitimista que da la moda al mundo, y cuyas encantadoras mujeres nos ha retratado Balzac con rasgos

tan seductores y tan sombríos, que el mero vislumbre de su existencia deja en nuestra alma rastros de fuego que no se extinguen nunca....—Aquellas mujeres aplaudían á la Alboni en la *Sonámbula*.... ¿Por qué? ¿En nombre de qué ideal, de qué afecto del corazón? —No pude discernirlo....—Tal vez el lujo, la soberbia, la molicie, tienen también su nostalgia.... (nostalgia de los sentimientos del espíritu puro....), y por eso las blasonadas del *Faubourg Saint-Germain* aplaudían á la Alboni cuando interpretaba magistralmente la inocencia de la púdica *Amina*.—¡O puede que sólo aplaudiesen la materialidad de los gorgoritos!

Un domingo había recorrido el Sena en bote, desde París á Bougival, y hallado en el río millares de nadadores desnudos, que excitaban la admiración de esposas honestas y hasta de garantizadas vírgenes, no por lo bien que nadaban, sino por la belleza de sus formas, por su robusta complexión, por su perfección anatómica y artística, ¡todo ello considerado desde un punto de vista escultural y sin intervención alguna del pudor; ni más ni menos que hubiera acontecido en Grecia hace dos mil años!....—¡Baste decir que había oído á unas señoritas elogiar el nacimiento de la barba de un hombre, la musculatura de su brazo, la amplitud de su pecho, la traza de su pierna y el modelado de su espalda!

En la Opera había reparado en que la regla estética á que se sujetaban los filarmónicos *á la moda,* los partidarios de Verdi, para estimar el mérito del íntimo lenguaje de la música, no era ya la intuición misteriosa de las almas, sino la armonía imitativa, la onomatopeya, la efectividad de los sonidos...., considerados como ruídos....

En la Novela había encontrado una servil imitación de la realidad; la fotografía del vulgo; la prosa de la

vida, elevada á la categoría del romance....—¡El modelo se titulaba *Fanny!*....

En el arte dramático, aun en el más burlón y descreído, había notado marcada tendencia á resucitar la Mitología, gran familiaridad con todo lo pagano, y singular complacencia en repetir al público de hoy las fábulas del gentilismo, abriendo así en la historia de las costumbres un paréntesis de veinte centurias; paréntesis que comprendía toda la Era Vulgar....

En las platerías, en las tiendas de bronces, en los almacenes de muebles, había echado de ver que ya no se rendía culto á la forma gótica, ni á la oriental, ni á la bizantina; sino que todas las creaciones del gusto, lo mismo las joyas que las lámparas, lo mismo los vasos y ánforas que los objetos de tocador ó de escritorio, y todos los útiles de la vida en que la moda imprime el sello del arte, eran también copia de la Antigüedad greco-romana, ó sea una repetición de todo lo encontrado en Pompeya....

Por ningún lado, ni en los espectáculos, ni en los folletines, ni en las aficiones populares, ni en la pintura, ni en la escultura, hallé rastro alguno del Romanticismo, recuerdos de la Edad Media, poesía cristiana, para decirlo de una vez.—El Romanticismo fué el último resplandor de una luz que se apagaba: las evocaciones caballerescas de 1830 á 1848 pueden considerarse como delirios de una civilización que perecía, como el crepúsculo melancólico de un día pasado; *aegri somnia*....—sueños de un mundo enfermo....

Estudiando la política del Gobierno imperial, advertí la ausencia de todo principio, de toda doctrina, de todo credo, de todo dogma. El secreto de Napoleón era el *empirismo*, quiero decir, el *experimento*, el éxito; el eclecticismo en teoría y la posibilidad en la práctica.

He aquí un resumen de su sistema:—Ni bien ni mal

abstractos : un criterio de verdad acomodaticio, supeditado á las circunstancias.—Todo lo útil y fácil era bueno : todo lo molesto era malo. — El pueblo tenía derecho á cuanto quisiese, menos á alzarse en armas materiales ó intelectuales....—Cuando el *derecho* creaba un conflicto, se le mutilaba. ¡Y el comercio y la industria aplaudían!—El Emperador debía su poder al sufragio universal ; el pueblo, que lo ungió Soberano, *podía* destituirlo ; pero ¡ay del pueblo si escribía, hablaba ó se reunía para tratar del asunto! — ¡Publicáranse enhorabuena libros enteros contra Dios ; pero ni una palabra contra el César!—¡Muy santo y muy bueno que hubiera un pacto llamado *derecho de gentes*....; pero, cuando á Francia le acomodase, se podría violar en Nápoles ó en Roma, como ya se había violado en otros puntos!—La Libertad.... ¡cosa rica!.... ¡Debíase, pues, exigir á los italianos que fuesen libres! Pero Napoleón, en casa, tenía que ser déspota.—Con todo lo cual, y merced á las grandes demoliciones y construcciones que el Estado y el Ayuntamiento traían entre manos, podía asegurarse que los 300,000 obreros de París, sublevados contra el orden social en nombre de su *derecho á comer*, fundado en los títulos que les dió la Naturaleza al criarlos con dientes y con estómago, tendrían paciencia otros pocos años....

Tal era, durante mi última estancia en París (y supongo que todavía seguirá siendo), el régimen político del segundo Gobierno napoleónico.—Y, como, por lo demás, había ya visto y analizado, según he dicho, otras muchas singularidades y maravillas de la gran capital, resultó que, lejos de levantarse mi ánimo y apaciguarse mi corazón con aquellos prodigios que tan vasta idea hacían formar del *poder humano*, sentí que una honda tristeza se apoderaba de mi ser, y pedí á Dios, con todas las fuerzas del amor patrio, que retra-

sase para España la hora de su completa *civilización*, si esta civilización ha de producir siempre resultados por el estilo de los que había contemplado en Francia....

Porque entonces, y sólo entonces, me di entera cuenta de la enfermedad de nuestro siglo, ó sea del cáncer que corroe á la moderna Europa; entonces, y sólo entonces, me convertí repentinamente de demócrata en conservador, tomándole miedo al espíritu revolucionario de que tan prendado estuve en mi primera juventud y del que tan apartado había vivido luego, por instinto, durante seis años de inactividad política; y entonces también hallaron fórmula en mi conciencia las siguientes indiscutibles conclusiones:

IX.

EL HUMANISMO.

Desde que los Enciclopedistas del siglo pasado preconizaron el libre examen; desde que la Razón del hombre fué aclamada como único criterio de verdad; desde que la fiebre del pensamiento, empeñada en discernir la esencia de todas las cosas, secó en el alma del pueblo bajo de Francia las fuentes del sentimiento (y con ellas, la fe en lo sobrenatural), perdió aquí su eficacia aquella sublime doctrina, base del cristianismo, que hace amable la pobreza, grato el dolor, dulce la injusticia y despreciables y de poco momento las felicidades terrenas, en comparación de las bienaventuranzas de la otra vida.—Es decir, que cundieron entre las clases pobres de Francia la duda y hasta el descreimiento acerca del porvenir del alma; que nadie se resignó ya á sufrir en este mundo, desconfiando de recompensas en el otro; que la especie humana empezó á considerarse á sí propia como una

raza de fieras esparcida por el globo terráqueo, sin otro destino que la satisfacción de sus apetitos corporales; y que, en consecuencia de esto, todos aspiraron á gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de una vida finita, y, naturalmente, empezaron á reclamar de los Poderes cubierto en el banquete de la existencia terrenal, primero con el nombre de derechos políticos (1789), y después con el nombre de derechos sociales (1848).

¡Pero la demanda de «pan.... por derecho propio», ó sea el derecho al trabajo, era horrible y no podía satisfacerse!.... Reuniéronse, pues, todos los elementos de reacción, los históricos, los religiosos, los de gloria patria (la Clase media, que tenía ya mucho que perder; el Ejército, cuyo jornal está siempre asegurado, y el Clero, que veía aniquilarse la sociedad cristiana), y batieron al Pueblo, y lo vencieron, y constituyóse, sobre la anarquía filosófica, social y política, el imperio discrecional de la fuerza.

Napoleón III, caudillo triunfador en aquella batalla, no supo, sin embargo, aprovecharse de la victoria material, para poner remedio al espíritu de los necesitados y destruir los gérmenes del conflicto, en evitación de tribulaciones venideras, que cada vez serán más formidables....—Hubiera bastado, en verdad, á la consecución de semejantes fines, fortificar los intereses morales; espiritualizar, digámoslo así, las costumbres; levantar las almas á aspiraciones más nobles que el dinero; despertar en los corazones metalizados las dormidas raíces de la fe en Dios; aumentar la vida del alma; retrotraer, en fin, las clases menesterosas á su antiguo venturoso estado de paciencia, respetos y esperanza....

¡Napoleón III ha hecho todo lo contrario! No sólo ha negado al pueblo los derechos *políticos* (que siquiera

son cosa digna en cuanto inmaterial), sino que ha reconocido en él los derechos *animales*; y perdonadme la expresión, aunque os parezca dura.—Napoleón está dando de comer al pueblo hace diez años, como se da cebada á las bestias. El obrero no busca trabajo: se lo busca el Emperador. El pan no sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el exceso de precio, y el obrero sigue comiéndolo barato.—¡Así trabaja un buey y así recibe el pienso!—Este remedio empírico no hace más que aumentar el materialismo grosero de una raza embrutecida. ¡Napoleón ha convenido con la vil filosofía de la plebe en que lo *esencial* de la vida terrena está reducido á comer bien!

Reina, pues, en París el *humanismo*.—La altiva ciencia política se desvive por prevenirlo, por reglamentarlo, por remediarlo todo. ¡Los filántropos declaran que la *caridad* es un casuismo injusto, y la sustituyen con la teoría socialista ó con la comunista! Ya no se consuela á los pobres ni á los desgraciados con palabras de amor ni con esperanzas de recompensas celestiales, sino con anuncios de extirpar la gran iniquidad llamada *pobreza*....; de la cual dejó, sin embargo, dicho un poeta español de la edad de hierro:

«¡Oh vida segura! ¡la mansa pobreza!
¡dádiva santa desagradecida!»

Quién pretende, por tanto, volvernos al estado animal; quién formar una familia con todos los hombres; quién abolir la propiedad particular; quién hacernos á todos ricos propietarios.—¡Entre tanto, la Filosofía importada de Alemania se afana por explicar los misterios de la Creación y por razonarlo y analizarlo todo: la vida, la muerte, la eternidad, lo conocido, lo desconocido, el alma, el universo, Dios!—Y uno dice que cada hombre es un Dios, y otro que Dios no es

sino la humanidad, y otros que todo es Dios y Dios es todo, y algunos que Dios no es nada ni nadie....

¡Ah! ¡el *humanismo!*.... El humanismo quitó á los pobres su caudal de miedos y respetos.... ¡La sublevación de los desgraciados ha sido la consecuencia!—¡Y cuenta que el *hombre* ha dado á Francia muy grandes cosas desde que representa el papel de *Dios*!.... Él la ha llenado de Hospicios, Hospitales y otros Establecimientos de Beneficencia; él ha fundado Sociedades de Seguros contra incendios y contra la quinta; él ha creado las Cajas de Ahorros; él instituirá con el tiempo alguna cosa que asegure á sus semejantes contra la melancolía, contra los disgustos domésticos y hasta contra el dolor de muelas; él ha propuesto los Premios á la Virtud!!!....; él ha planteado asociaciones de Socorros mutuos; él vela por la salubridad de las Mujeres públicas; él recoge á las Arrepentidas; él fomenta la cría de las Ostras; él perfecciona la Estadística universal, y sabe (como Dios lo sabía antiguamente) cuántos seres hay sobre la tierra, cuántos de ellos son criminales, cuántos se han casado jóvenes, cuántos enviudaron, y hasta quizás cuántos están tristes, cuántos creen en la amistad, y cuántos son aficionados á la música!....

—¡Y bien! (exclamarán, al llegar á este punto, mis antiguos amigos los Revolucionarios:) ¿Á qué tanto hablar? ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? ¿Qué nos das? ¿Qué nos exiges? ¿Cuál es tu creencia? ¿Cuál tu filosofía? ¿Hemos de renegar de la Civilización? ¿Hemos de abominar de las fuerzas creadoras del entendimiento humano? ¿Hemos de anular nuestra Razón? ¿Hemos de volver al Absolutismo? ¿Quieres restablecer las antiguas autoridades? ¿Quieres que abdiquemos nuestra inteligencia, nuestra libertad, nuestros derechos, en manos de falaces augures, de crueles tiranos, de supersticiosas invenciones? ¿Nos hemos de arrojar

de cabeza en las hogueras del Santo Oficio?—¿Ó hemos de ser hipócritas de profesión?

—¡Ah! No.... ¡Yo no os aconsejo semejante cosa!.... ¡Ni acaso ya es tiempo de aconsejaros nada!—Yo lamento la enfermedad; pero no conozco la medicina....: ó, si entreveo alguna, no es de tal índole que vosotros pudiérais aplicarla [1]. — Yo ¡latinos! me limito ahora á negar con todas las fuerzas de mi alma las ventajas de nuestra llamada *civilización*, basada en la impiedad. ¡Yo anuncio á gritos que vamos por un camino espantoso, y que en él fenecerán todos los pueblos que tengan la insensatez de seguirlo!....

Y aquí termina mi cuadro de *París en 1860*.

[1] «*El que la puede aplicar está en Roma....*» — añadía yo en el manuscrito original de MADRID Á NÁPOLES.—Pero no me atreví á imprimir tales palabras bajo el Pontificado de Pío IX, cuando aun humeaba la sangre de Castelfidardo....

Hoy, que es Papa León XIII, restablezco unas palabras que tanta luz dan al presente libro, del propio modo que acabo de revelar en la última edición de LA ALPUJARRA la frase que dije al oído al Cura de Albondón, tratando también de la cuestión social y religiosa:

«*Democratizar la Iglesia*,» indiqué entonces (y he pensado siempre) que era el único remedio contra el Comunismo, hijo legítimo del Descreimiento y la Ignorancia.

(Nota de esta tercera edición.)

LIBRO SEGUNDO

SABOYA Y SUÍZA

I.

EL MONTE-JURA. — ¡BENDITAS SEAN LAS MONTAÑAS!

No había ya tiempo que perder, y demasiado había perdido en Francia.... Los grandes acontecimientos que ocurrían al lado allá de los Alpes me llamaban con altas voces.... Lamoricière había sido derrotado en Castelfidardo, y Garibaldi se apoderaba del reino de Nápoles. — ¡La Italia antigua se derrumbaba, y muchas cosas que yo deseaba conocer iban á desaparecer para siempre!

Iriarte y yo hicimos, pues, nuestros preparativos de viaje.

Estos preparativos se redujeron á trasladar mis maletas á su casa y dejarlas allí en compañía del ajuar y equipaje de mi amigo, quedándonos sólo con lo puesto y con aquellos más indispensables objetos que buenamente pudimos meter en un saco de mano.

Lo propio debe hacer todo hombre que piense viajar sin familia y con fines puramente artísticos ó poéticos, por países en que nadie le conozca.... ¡Más barato es comprar en cualquier parte un frac y un som-

brero de copa, si por acaso sois convidados á un baile ó á una gran comida, que gastar todos los días un dineral en *exceso de peso* y en mozos que lleven y traigan, suban y bajen vuestras inútiles maletas! Y todavía lo del dineral es de poca importancia en comparación con las molestias, los cuidados, el tiempo y el embarazo continuo que os ahorraréis viajando *á la ligera*, como me permito aconsejaros.... Un hombre solo, con su saco en la mano, se baja del tren donde se le antoja; penetra en él, sin detenerse á recoger ni á facturar baules; puede viajar en un cochecillo de plaza, á caballo y hasta á pie; se queda, si quiere, en mitad de los caminos; almuerza en una cabaña, come en un molino, duerme debajo de un árbol (con su maletín por almohada) ó en donde mejor le acomode; es el primero, al llegar á una ciudad (suponiendo que vaya en ferrocarril), que coge un coche de alquiler y elige habitación en la fonda ó puesto en la mesa, y es el último que está expuesto á que le roben, á que se le pierda algo, ó á que le detengan horas mortales en las aduanas, tomándolo por contrabandista. — Y la perfección de este modo de viajar (á la que nosotros llegamos pocos días después) consiste en *comprar ropa blanca nueva, en vez de dar á lavar la sucia*.... ¡En todas partes venden camisas!.... Aquellas que os quitáis deben pasar inmediatamente á poder de los criados de los hoteles, por vía de propina, ó á poder de los pobres, por vía de limosna.... ¡Con el dinero y el tiempo que habéis de gastar en tal ó cuál punto, esperando á que os laven y planchen la ropa, tenéis de sobra para ver una ciudad más, ó para recorrer en ferrocarril un reinecillo como el de Etruria (que Dios perdone)!

No menos militarmente trazamos también nuestro itinerario.—Sabido tendréis que entre Italia y el resto de Europa se levanta la gigante cordillera de los Alpes,

siempre nevados y sólo transitables, en invierno, por dos ó tres puntos.... Pues ahora os advierto que estábamos á 14 de Octubre y principiaba á hacer frío.... Sin embargo, no éramos nosotros hombres de pasar á la vista de los más grandes montes de Europa sin penetrar en ellos y contemplar sus maravillosos panoramas, aun á costa de los mayores peligros.... — Decidimos, pues, salir de Francia por la parte de Ginebra; penetrar en el corazón de los Alpes por Saboya; llegar á su gran nudo y eminente cima del *Mont-Blanc*, y, una vez allí, saltar á Italia por donde se pudiera; por el *San Bernardo* ó por el *Simplón*, según que estuviesen más ó menos recientemente nevados....

—¡Seamos (nos dijimos) los Aníbales ó los Napoleones del Arte!

En virtud de este plan, salimos de París á las siete de la mañana, y fuimos á dormir á *Macon*.

Bien podíamos haber ido á dormir á Ginebra; pero no queríamos pasar el Monte-Jura y la frontera suíza en las tinieblas de la noche.... ¡Deseábamos ver cómo se acercaban á nosotros pausada y majestuosamente las corpulentas montañas, y apreciar al mismo tiempo las circunstancias más pequeñas del tránsito de un Estado á otro!

De *Macon* sólo recuerdo que en el hotel donde paramos hacía frío; que el vino que roció nuestra cena era excelente; que nos acostamos muy temprano, y que pasé la noche soñando con los lagos y los montes que iba á empezar á ver al otro día, lo cual significa que, antes de rayar la aurora, estábamos ya (con nuestros sacos en la mano) camino del Ferrocarril....

El tren partió al amanecer con dirección al Este.

—Dentro de algunas horas.... (le dije á Iriarte con

crueldad), ¡tú también serás extranjero!—¡Ya me parece respirar el aire de Suíza!

Poco después llegábamos á *Amberieu*, pueblo pequeño, distante doce leguas de la frontera helvética. —Allí empezó ya á rizarse y encresparse el terreno.... El *Monte-Jura*, cordillera secundaria desprendida de la gran cadena de los Alpes, dibujábase en el horizonte.... La tierra estaba algo más húmeda, y el viento arrastraba balsámicas esencias.

La mañana era hermosa, bien que algo fría.—Poco á poco fué penetrando el tren en una serie de terraplenes y desmontes, cada vez más importantes. Luego empezaron los viaductos y los túneles....—¡Estábamos en plena montaña! El agua bullía por todas partes: los zócalos de las rocas se vestían de amenísima verdura: las hondonadas se iban llenando de árboles....

En *Culoz* (todavía Francia) el paisaje era ya grandioso. Las altas cumbres ostentaban alguna nieve: de las casas rústicas esparcidas en los quebrados valles salía aquel azulado humo que parece llevar al cielo las santas afecciones del hogar, y sobre algunos arduos picos de las tajadas peñas se veían imágenes de la Virgen ó de los Santos Patronos de la comarca....—La naturaleza recobraba su augusto imperio, y el hombre sus inmortales instintos....

—*¡Benditas sean las montañas!*—exclamé yo entonces, recordando mis amargas impresiones de París.

Á nuestra derecha corría velozmente el impetuoso *Ródano*, cuya otra margen era tierra de Saboya.

El *Ródano* salía de Suíza, de donde estábamos ya muy cerca.... Su cauce es un profundo foso, obra suya, en que ha empleado muchos miles de años de trabajo no interrumpido; mientras que nosotros caminábamos

en sentido opuesto á la corriente, por largos túneles, obra del hombre, realizada en dos ó tres años.

Dicho foso ha sido durante muchos siglos la frontera de Italia y Francia....—¡Pero la Saboya no pertenece ya á Italia! ¡La Saboya empezaba en aquellos días su existencia francesa!.... Todavía no hacía tres semanas que Napoleón III la había recorrido de parte á parte, tomando posesión de su mísero territorio....

Verdaderamente, causaba pena contemplar aquellos verdes prados que se extendían al otro lado del río. ¡Ninguna vivienda humana se descubría en ellos! Dijérase que la antigua heredad patrimonial de los Reyes del Piamonte protestaba, con la ausencia de sus hijos, contra su triste suerte de haber sido vendida como una esclava por el implacable Víctor-Manuel.

El tren avanzaba en tanto, sin dejar la antigua *margen* francesa del Ródano.... Una maravilla sucedía á otra: los peñascos y las nubes se miraban, como en tersos espejos, en mil pequeñísimos lagos producidos por las destilaciones de las montañas; y, en todas partes, lo mismo en la choza de paja del pastor que en la casa de madera del cortijero, así en la estación del ferrocarril como en la graciosa quinta del hombre acaudalado, seguíamos viendo cruces ó imágenes sagradas, signos piadosos de una fe sencilla, exaltación espontánea de una creencia indestructible....

Facilísimamente me explicaba yo que, entre la atea Francia y la politeista Ginebra, subsistiese tal fervor religioso.... Todos los pueblos de montaña son místicos, afectuosos y buenos, por una especie de razón física. El hombre que vive lidiando siempre con todo el furor de los elementos y con el rigor de las estaciones; rodeado de peligros; forzado á permanecer días y días dentro de su cabaña, enterrada bajo la nieve; testigo á todas horas de las maravillas de la Creación; pe-

netrado, como debe de estarlo, de su propia flaqueza y nulidad al lado de tanta fuerza y de tanta vida como le abruman por todas partes....; este hombre, digo, no puede desechar de su alma el *temor de Dios*.

Pero el tren penetra ya en Suíza, y no es cosa de distraernos en instante tan deseado.

II.

GINEBRA.— UNA TARDE EN EL LAGO.

El tránsito de Francia á Suíza, ó sea el paso de la frontera, no se determina por ningún acto oficial.... Ni esbirros os piden el pasaporte, ni aduaneros se apoderan de vuestro equipaje.... Pasa, pues, el formidable tren de una nación á otra sin que os deis cuenta de ello, hasta que, al llegar á la estación de *Chancy*, v. gr., echáis de ver que en el pobrísimo Escudo de armas que la decora campea una gran *cruz blanca*, en lugar del *águila francesa*....

—¿Es esto ya Suíza?—preguntáis entonces.

—¡Sí, señor; hemos salido de Francia!....—os responden vuestros compañeros de viaje, mudando de postura, respirando de otra manera, y como disponiendo su espíritu á ciertas emociones prohibidas por Napoleón III.

Entre tanto, la imaginación, sabedora de la mudanza que acaba de verificarse, se afana por descubrir diferencias en las cosas y por hallar demostraciones de que ya no estáis en un Imperio, sino en una República; de que habéis salido de un Estado Católico y entrado en otro Protestante; de que ya vivís *más libremente*, y de otros diversos fenómenos menos visibles con los ojos que con el pensamiento....

Afortunadamente, á mí me sacó del apuro la me-

moria, presentándome juntas todas las impresiones de mi vida referentes á aquella tierra.

—*Suíza* (dije, pues, entre mí) es la patria de Guillermo Tell;—el país de Europa más elevado sobre el nivel del mar; —el más pintoresco; el más grandioso; el templo de la naturaleza, por decirlo así;—la Ciudadela natural de Europa;—la tierra clásica de las vacas, del queso y de las casas rústicas;—la cuna de muchos grandes ríos;—la República patriarcal;—el refugio de los que padecen persecuciones *por* la Justicia y *de* la Justicia;—la región de las nieves eternas;—una fábrica de relojes y de instrumentos matemáticos y quirúrgicos;—un criadero de filósofos;—un vivero de dueños de pastelerías y *cafés-suízos* establecidos en toda Europa, hasta en Granada, hasta en Málaga, hasta en Valladolid, hasta en Burgos;—y el pueblo que da nombre á los célebres *suízos*, esto es, á aquellos soldados mercenarios de todos tiempos, que montaron la guardia en los Palacios Reales de Madrid, de París y de otras muchas cortes y que todavía la dan al Papa en el Vaticano....—Suíza ha sido siempre fecunda en grandes hombres; pero ha hecho con ellos lo que con sus ríos y con sus soldados: los ha enviado lejos de sí, para que sirvan á otras naciones.... Precisamente, esta ciudad de Ginebra en que vamos á entrar cuenta entre sus hijos á Rousseau, á Say, á Sismondi, á Necker; todos ellos prohijados por extraña tierra;—lo cual se explica con sólo decir que los suízos no tienen idioma propio, sino que hablan el francés, el italiano ó el alemán, según que sus cantones lindan con Francia, con Italia ó con Alemania.—En cambio, Ginebra acogió y adoptó á Calvino, el terrible reformista, y reivindicó á Mad. Stäel, suíza de origen, y albergó á Voltaire, y retuvo á Goethe, á Byron y á Jorge Sand, y fué siempre como horno encendido en que

se forjaron las ideas que más han agitado á Europa desde los tiempos de Lutero.—«¡Suíza!.... ¡Suíza!».... (me seguía diciendo).... Suíza es una Confederación de veinte y dos Repúblicas que forman una sola, nueve de ellas católicas, siete protestantes y seis mixtas. La de Ginebra es protestante.—Los suízos son muy fieles y muy valientes, y lo han demostrado en todas las naciones en que han servido.... no importa á qué Rey.—Los suízos triunfaron del Imperio alemán y de *Carlos el Temerario*, conquistando su independencia. ¡La Historia presenta pocos ejemplos de lucha tan tenaz y gloriosa!—Los suízos, en fin, aman á su país sobre toda ponderación, y el *Ranz des vaches* (la canción de sus montañas, obra maestra de la música y del dialecto helvéticos) les hace morir de melancolía cuando, expatriados por la pobreza del suelo nativo, la oyen en lejas tierras....»

Mientras que yo recopilaba de este modo todas mis ideas relativas á Suíza (y ya veis que mi caudal era bien escaso), el tren menudeaba sus silbidos, indicándonos el término de nuestro viaje...., ó sea la proximidad de *Ginebra*.

Llegamos al fin.

Y aquí declaro que, no bien puse el pie en tierra, ya tuve pruebas materiales de que la nueva Nación en que había entrado era eminentemente *libre*....

Una nube de mercaderes callejeros nos rodeó á los recién llegados.

—«*¡Napoleón el Pequeño...., por Víctor Hugo, obra prohibida en Francia!*» — He aquí las primeras palabras que hirieron mis oídos, mientras que un hombre me alargaba el célebre libelo.

—«*¡El Papa y el Congreso!* ....»—exclamaba otro.

—«*¡Tabaco español!*»....—gritaba un tercero, os-

tentando, colgado de sus hombros, todo un estanco.... ó sea todo un *desestanco* de aquel importante artículo.

—¿Quiere V. ver el templo de los *Francmasones?*—Aquí tengo un carruaje....—decía el de más allá.

—¡A *Ferney!* ¡Vamos á *Ferney!* ¡Á la casa de *Voltaire!*

—¡*Biblias en todas las lenguas!*—¡El busto de *Calvino!*

—Caballero, ¿es V. católico?—Yo le diré dónde está *su* iglesia.

—Caballero, ¿es V. judío?—Yo le diré dónde está la *Sinagoga.*

—Caballero.... ¡Por cinco francos, un paseo de extremo á extremo del Lago!....—Iremos al *Castillo de Chillon*, cantado por lord Byron....

—Caballero, desde mi barco le haré divisar á lo lejos el *Mont-Blanc*....

—¿Quién viene á la *Isla de Juan Jacobo Rousseau?*

—¡Venga V. á *Clarens*, donde habitó *Julia!*....—Verá V. el bosque de castaños que describe en la *Nueva Eloísa* el gran Filósofo....

—¡Un coche para *Chamounix!*.... ¡En cuatro días verá V. lo más notable de los Alpes!

Todas estas proposiciones, y otras muchas más, referentes á hoteles, restaurants, baños y excursiones á mil puntos célebres, cayeron sobre nosotros como una granizada.—Aguantamos el chubasco de la manera que mejor pudimos, y nos encaminamos al *Hôtel del Lago;* el cual, por llamarse así, nos pareció el más conveniente, ó sea el que tendría mejores vistas.

Ginebra, la ciudad más rica y poblada de Suíza, está asentada en el extremo occidental del *Lago Leman.*

Este Lago se dilata de Poniente á Levante en forma de media luna. Lo surten principalmente las aguas del Ródano, que entran en él por el extremo opuesto al

en que se encuentra *Ginebra*, y salen escapadas por esta Ciudad con dirección á Francia. Tiene diez y ocho leguas de longitud, por tres de anchura en su parte máxima. Cerca ya de Ginebra es muy estrecho, y en la remota *Villeneuve*, donde concluye, su latitud no pasa de media legua.—(Siempre que hable de leguas, entiéndase *francesas*, ó sea de á cuatro kilómetros cada una.)—La profundidad del Lago varía mucho, según el lugar donde se echa la sonda : por unas partes mide trescientos pies; por otras, quinientos, y llega hasta seiscientos, cerca de *Meillerie*. Tiene la particularidad de parecer muy azul, y no verde como los demás lagos de Suíza. Sus ondulantes márgenes están bordadas de lindas poblaciones, que se miran en el agua como en un espejo.... Pero también suele encolerizarse este *mar en miniatura*, como lo llama un poeta alemán, y entonces las ciudades de la ribera reciben, no solamente feroces acometidas de las olas, sino también restos de lúgubres naufragios.

Cuando nosotros llegamos á *Ginebra*, el Lago estaba muy tranquilo, y el sol del mediodía reverberaba en él de tal modo, que apenas podía resistirse el brillo de las aguas. Entre ellas y el cielo, azul también y radiante, extendíase la ondulosa cadena del *Jura*, mientras que á la derecha y por detrás de la Ciudad se descubrían los estribos de *los Alpes*, de un verde muy obscuro, y allá...., más lejos, algunas blancas y eminentes cimas, que no eran todavía los verdaderos reyes de la gran Cordillera.

Iriarte y yo acordamos dejar para la tarde nuestra excursión al Lago, y dedicar antes algunas horas á recorrer la Ciudad.

Ginebra, llamada en cierto tiempo *la Roma del calvinismo*, tiene (contando más de doce mil extranjeros) unos cuarenta mil habitantes; pero su actividad y bu-

llicio son tales, que el recién llegado se cree en una capital de trescientas mil almas. Fabrica muchas cosas y comercia *en todas:* es un gran centro de industria, y también uno de los mayores focos del saber humano: está inundada de libros, á más de la enorme *Biblioteca pública*, famosa por los manuscritos que encierra de San Vicente Paul, de San Francisco de Sales, de Lutero, de Calvino, de Rousseau y del prior Bonivard, así como por las preciosidades paleográficas y artísticas que conserva desde los tiempos de Carlos el Temerario: da trabajo á infinidad de imprentas, sobre todo con las obras que no pueden publicarse en los países vecinos: tiene un *Museo Académico*, notable por los objetos de Historia Natural que coleccionaron los sabios ginebrinos *de Candolle, Saussure, Boissier* y otros; y encierra, en fin, *Jardín botánico*, el *Museo Rath* (ó de pinturas), *Arsenal*, buenas casas de educación, y otros muchos establecimientos públicos.

La Ciudad está dividida por el Ródano en tres partes desiguales; lo cual consiste en que, donde acaba en Lago y empieza el Río, se levanta una gran Isla, cubierta de casas, enlazada por seis puentes á Ginebra la *Vieja*, de un lado, y del otro á Ginebra la *Nueva*.—Algo más dentro del Lago hay otra Isla, sumamente pequeña, unida por un puente colgante á otro puente de sillería, que comunica también entre sí las dos grandes mitades de la Ciudad.—Esta es la llamada *Isla Rousseau*.... Hállase plantada de árboles, y sirve de Paseo público. En su centro se levanta una Estatua de bronce del autor del *Contrato social*, esculpida por Padrier, y alrededor de la Isla corre un balcón de hierro, cuyas vistas son verdaderamente admirables.... ¡Básteos saber que desde allí se percibe, á doce leguas de distancia, la soberana cúspide del *Mont-Blanc!*

Por cierto que es tan imponente la serenidad de

aquella excelsa cumbre y son tan sublimes las regiones de la atmósfera en que penetra, que no parece sino que se eleva verticalmente sobre el Lago; que os encontráis á sus pies; que os amenaza; que os abruma.... —Y es que *Mont-Blanc* se os acerca, por ilusión óptica; es que su grandeza desvanece y anula todas las cordilleras secundarias que se interponen entre él y vos; es que os atrae; es que os fascina!....

Así fué que nosotros, desde el instante que lo columbramos á lo lejos, coloreado por el sol que empezaba á declinar, nos sentimos impulsados hacia él de tal modo, que decidimos marchar en su busca á la mañana siguiente, dejando para cuando Dios quisiera nuestra visita á los parajes célebres del Lago Leman.

Y procedimos con tanta premura, por el temor de que las nieves nos impidieran de un momento á otro visitar el *Valle de Chamounix* y subir desde él al *Mont-Blanc*. Las noticias que nos daban todos los *ciceroni* convenían en que las salidas de aquel valle estaban ya obstruídas; en que pronto lo estarían también las entradas; en que hacía ya algunos días que los Hoteles de Chamounix no albergaban ni un solo inglés, y en que no tardarían en cerrarlos y abandonarlos sus propios dueños, como hacen todos los años á mediados de Octubre....—Nos hallábamos, por consiguiente, en el caso de aprovechar las horas....

Pero todavía pudimos aquella tarde visitar la *Catedral protestante*, edificada hace más de ochocientos años.... y que, por ende, fué Iglesia *católica* durante algunos siglos.—Hoy no contiene ya imágenes de *Santos*; pero sí algunas tumbas de *hombres*. —El púlpito es aún el mismo en que Juan Calvino explicó al pueblo la *Reforma*....—Digo más: en la calle de los *Canónigos*

nos designaron al paso la casa donde el gran hereje vivió sus últimos veinte y un años.

Después vimos el actual Templo Católico, dedicado á *Nuestra Señora*.—Su estilo gótico, sus naves obscuras, sus sagradas imágenes, el órgano que sonaba en aquel momento respondiendo á los Sacerdotes que cantaban *vísperas*, el incienso, las luces del altar, los ornamentos y la liturgia de *nuestro clero*, me impresionaron más vivamente que nunca, confirmándome en la idea de que el Cristianismo no revestirá nunca en España la forma protestante.—«Toda religión (me dije) tiene más de sentimiento que de raciocinio, y España será siempre la patria del sentimiento.»

Al caer la tarde tomamos un bote y dimos un corto paseo por el Lago, aprovechando el solemne momento de la puesta del sol....

Y aquí me permitiréis que ceda la palabra á lord Byron, quien pasó también una tarde en aquellas aguas contemplando los Alpes y disponiéndose á atravesarlos....—Cerca de medio siglo ha transcurrido desde entonces, y todas las personas de buen gusto que saben hablar el inglés (yo no lo hablo) repiten todavía estas inspiradas estrofas de *Childe-Harold*:

«....Sobre mi cabeza se elevan los Alpes, palacio »de la naturaleza, cuyas vastas murallas corona una »cornisa de hielos perdidos en las nubes....; trono su»blime y frío de la Eternidad, donde se forma y de »donde cae el alud, ¡ese rayo de nieve! En torno de »aquellas cimas se ve reunido todo lo que puede ele»var el espíritu y espantarlo, como para demostrar »que la tierra goza en aproximarse al cielo y dejar al »hombre aquí abajo, mal que le pese á su orgullo....

»El Lago Leman me sonríe.... Su frente de cristal

»parece un espejo en que las estrellas y las montañas »reflejan la calma de su aspecto, sus elevadas cumbres, »sus variadas tintas.... La presencia del hombre se deja »aún sentir aquí demasiado para que yo pueda aban- »donarme á la contemplación del grande espectáculo »que se ofrece ante mis ojos.... Pero pronto la soledad »despertará en mi alma pensamientos ocultos....

.....

»¡Limpio y traquilo Leman! Tus ondas, contras- »tando con el mundo tempestuoso en que siempre he »vivido, me dicen tácitamente que cambie las turbu- »lentas aguas de la tierra por una fuente más pura.... »La vela de esta pacífica barca es como un ala silen- »ciosa que podría alejarme de la desesperación....— »Hubo un tiempo en que yo amaba los mugidos del »Océano furioso ; pero hoy tu dulce murmullo me en- »ternece como la voz de una hermana que me echase »en cara el haber corrido demasiado tiempo detrás de »sombríos placeres....

»Ya desciende la noche silenciosa ; y desde tus ori- »llas hasta las montañas, todos los objetos se envuel- »ven en el crepúsculo....»

III.

SABOYA RECIÉN ANEXIONADA Á FRANCIA.—TIPOS Y COSTUMBRES.—ARCOS TRIUNFALES.—LOS ALPES.—¡EL MONT-BLANC!—CHAMOUNIX.—DONIZETTI.—LA NOCHE Y LA NIEVE.

Á la siguiente mañana, á eso de las siete, ocupábamos ya Iriarte y yo el pescante ó *banqueta* de una enorme Diligencia, que, con ser tan enorme, no había reclutado más pasajeros que nosotros dos.—Habíamos, sin embargo, elegido aquellos asientos, en que se va completamente al aire libre, para ver mejor los panoramas que fuésemos descubriendo.

El día había amanecido frío y nebuloso; pero el Mayoral nos aseguraba que saldría el sol y llevaríamos un tiempo magnífico....—En cambio, el Dueño del hotel nos despedía anunciándonos que hacíamos un viaje inútil, pues los alrededores de Chamounix se hallarían intransitables, los Alpes inaccesibles, y, de consiguiente, cerrados por aquella parte los caminos de Italia....—Y yo opinaba que el Mayoral de la Diligencia era optimista, porque su interés estaba en que hiciésemos el viaje, y que el Dueño del hotel era pesimista, porque deseaba retenernos en su casa.—Partimos, pues, á la buena de Dios.

La jornada había de ser de diez y siete leguas.... De ellas, la Diligencia recorrería sólo once, ó sea hasta *Sallanches*. Allí nos trasladaríamos á otro coche más ligero, acomodado á las pésimas condiciones del resto del camino.

Á una legua de Ginebra, y al lado allá de *Chêne*, entramos en Saboya.—Algunos meses antes, esto hubiera sido *entrar en Italia*; pero, después de la *cesión* famosa, al atravesar aquella línea no hacíamos más que *volver á penetrar en Francia*.

Pocos momentos después llegamos á *Annemasse*, donde se hallaba *en otro tiempo* la Aduana sarda....—Á la sazón no había allí Aduana ninguna; pues las leyes francesas no debían regir en Saboya hasta el 1.º de Enero de 1861.

Desde luego contristaron mi ánimo la soledad y el silencio que reinaban por todas partes, el abandono en que se hallaban los caminos y los campos, y la pobreza y pequeñez de las obras del hombre al lado del lujo y poderío de la naturaleza. Parte de esto consistiría en las vicisitudes de aquel Estado, que sólo en lo que va de siglo ha sido ya dos veces *francés*, sin haberse podido llamar nunca verdaderamente *italiano*.

Á poca distancia de *Annemasse*, distinguimos á lo lejos, al pie del azulado Jura, el precioso pueblo de *Mornex*, en donde pasan el verano las gentes acomodadas de Ginebra.

Aquel era como el postrer suspiro de la vida actual. En adelante sólo vimos castillos en ruínas, míseras aldeas que nos parecían despobladas, sendas que no pisaba nadie, prados en que no pacía ganado alguno.... —Hubiérase dicho que la Saboya era una casa deshabitada, de donde había salido el antiguo inquilino, y en la cual no había entrado todavía el nuevo.

Para mayor melancolía, el último huésped se había dejado olvidada alguna *Cruz de Saboya*, ora en un porche que fué portazgo, ora en una casa que fué alcaldía, ora en el Escudo de armas que adornaba la esquina de una iglesia....—En cambio, encontrábamos á veces, á la entrada de míseros pueblos, ó en los más selváticos parajes, algunos arcos de triunfo, construídos con ramas y flores y adornados con imperiales banderines franceses, por debajo de los cuales habían pasado pocas semanas antes Napoleón y Eugenia, también de camino para el Mont-Blanc.... Pero los arcos empezaban ya á caerse, deshechos por los últimos temporales; las flores y las ramas estaban secas, y las banderas yacían por el abandonado suelo....; todo lo cual era tan triste como los salones en que ha habido baile, vistos á la mañana siguiente con luz del sol.

Al pasar nosotros bajo uno de aquellos arcos de triunfo, el Mayoral tarareó vagamente un canto parecido al *Ranz des Vaches* de los suízos, y parecido también, sin que esto sea ilusión mía, al canto que *Pierotto* se acompaña con la gaita en *Linda de Chamounix*....—¡El Mayoral era saboyano!....—No bien lo supimos, trabamos íntima conversación con él.

Contra lo que esperábamos, el auriga se mostró

partidario acérrimo de la anexión.—«¡Todo esto es pura Francia! (nos dijo.) Nosotros hablamos el francés: nosotros hemos emigrado á Francia siempre que nos ha ido mal en nuestro país: á nosotros no se nos ocurrió nunca emigrar á Italia. ¡Entre Italia y Saboya se levantan formidables montes, colocados por Dios para separar á dos pueblos, ¡mientras que de Saboya á Francia no hay más que un fácil paseo!—Por otra parte, Víctor Manuel nos tenía olvidados, y más pensaba *en lo que no era suyo*, que en lo que le encomendaron sus padres, nuestros señores, ¡mientras que Napoleón hará de este país uno de los más ricos departamentos de Francia!—¡Sólo nos duele que nuestros hijos hayan de servir como soldados en una nación cuyo gobierno es despótico, cuando nosotros preferiríamos verlos alistados en el ejército de la libre Italia!.... Pero ¿qué hacer? ¡No se puede reunir todo en una hora!»

Estas complicadas razones del pobre mayoral despertaron muchas ideas en mi mente:—Primero, trajéronme á la memoria aquellos saboyanos, tan despreciados en París, que se emplean en limpiar chimeneas, en vender libros á domicilio y en hacer comisiones á medio franco la carrera. Luego pensé en su fama universal de honrados, de amantes de su tierra, y de humildes y fieles servidores. Después consideré que aquella raza era degenerado resto de los terribles montañeses que, acaudillados por sus Condes ó por sus Duques (desde Humberto *el de las manos blancas*, fundador de la Dinastía piamontesa, hasta Emmanuel Filiberto de Saboya, el vencedor de San Quintín), batieron á los Franceses en muchas ocasiones, conquistaron ciudades y reinos, y eternizaron su nombre en la historia. Y me complací, por último, al recordar que aquel suelo había pertenecido á España, como tantos otros que íbamos á recorrer, y que aquel Emmanuel

Filiberto y los mejores de sus soldados sirvieron á las órdenes de Carlos V y de Felipe II, cuya dominación prefirieron siempre á la de los Reyes de Francia.... (ideas todas que me guardé muy bien de comunicar á mi querido amigo Iriarte).

Á todo esto, la Diligencia avanzaba y el país se embellecía cada vez más. En el fondo de la sucesión de valles por donde serpenteaba el camino, había aparecido ya una imponente montaña, primera avanzada de los Alpes, y la cual no era otra que la *Pirámide de Mole*, alzada 5,745 pies sobre el nivel del mar.... El sol había roto la niebla entre tanto: la soledad empezaba á gemir con la melancólica voz de las aguas; y allá, muy lejos, sonaban profundos rumores que hubieran podido confundirse con bramidos del viento encerrado entre las montañas vecinas, si la atmósfera no hubiese estado inmóvil y como extática ante la hermosura del astro rey....

Aquellos solemnes y lejanos ruídos provenían de las cascadas, de los aludes y de *otra cosa* que ya diré luego.... De cualquier modo era indudable que el misterio de los grandes montes había empezado á dominarnos.... ¡Estábamos á pocas leguas de bulliciosas capitales, y ya creíamos hallarnos á inmensa distancia del mundo habitado!.... —Un vago y religioso terror se iba apoderando de nuestra alma.

Llegamos á *Contamina*.—En esta aldea, como en las demás que habíamos atravesado, casi toda la población se componía (¡singular contraste!) de pastores y relojeros....—Y allí, como en todas partes, la gente, aun la más acomodada, se quitaba el sombrero al ver pasar la Diligencia, y nos saludaba con gravedad.... Y, si el que saludaba era pobre (y casi todos lo eran), alargaba hacia nosotros el dicho sombrero, pidiéndonos limosna con humilde ademán y triste sonrisa.

Ni creáis que tales limosnas las pedían solamente mendigos que vagaban por las calles.... ¡Familias enteras, agrupadas en la puerta de sus casas, tendían la mano á un mismo tiempo, murmurando no sé qué oración; y, si se hallaban á la ventana, pedían desde la ventana!—¡Siempre recordaré á un niño que dejó el pecho de su madre y extendió hacia nosotros su manecita, en que no cabía una moneda!—Las jóvenes, que volvían de la fuente, dejaban el cántaro en tierra y hacían la misma demanda.—¡Todo el mundo pedía! —Pero nadie instaba. Hubiérase dicho que cumplían un voto, ó la ley fatal de su destino.

Hacía calor. La carretera había entrado en un vallejuelo hondo y angosto, que sólo recibe la visita del sol durante cuatro ó cinco horas diarias, y por en medio del cual corre el *Arbe*....—¡En aquel momento estaba el sol haciendo allí su visita!

Así caminamos hasta *Bonneville*, capital de Provincia, sentada al pie de otro gigante, casi de igual altura que la *Pirámide de Mole* y cuyo nombre no recuerdo.—Nosotros entramos en la Ciudad por un hermoso puente construído sobre el *Arbe*, cerca de una alta Columna, levantada en honor de Carlos Félix de Cerdeña y coronada por su Estatua; monumento que preconizaba la gratitud de los habitantes del valle á aquel gran Rey y solícito saboyano, por las magníficas obras que construyó para preservar á *Bonneville* de las tremendas avenidas del *Arbe*.

Aquí ya empezó á llamar nuestra atención un raro fenómeno, á que no tardamos en acostumbrarnos.—Hablo del *goitre* ó gran papera que afea á mucha parte de los habitantes del centro de Saboya.—Dícese que esta superabundancia de papada proviene de beber nieve recién derretida: ello es que abunda más en las mujeres que en los hombres, y contribuye á infundir en

el ánimo del viajero honda conmiseración hacia los hijos de aquella helada tierra; conmiseración que sube de punto cuando se conoce á los *cretinos* del *Valais*, de que ya hablaremos.

Entretanto, llegaba el país á un inconcebible grado de hermosura. El pino especial de aquellos montes empezaba á extender el gracioso plumaje de sus horizontales ramas sobre laderas tapizadas de nieve. Las cascadas, ya muy caudalosas, se desprendían del flanco de las peñas, velando el sol con sus vapores, lo cual producía una y cien veces el *arco-iris*. Los verdes prados, en fin, *esmaltados* de rubias vacas, que pacían bajo obscuros árboles y á la margen de cristalinos arroyos, formaban cuadros tan graciosos é *inocentes*, cual si fueran el verdadero *original* copiado por la musa bucólica de todos los tiempos.

Más allá de *Balme*, donde media el camino, nos sorprendió extraordinariamente ver dos cañones á la puerta de una casa rústica.—Hallábanse montados sobre sus cureñas y como amenazando al que llegase.

—¿Qué significa esto?— preguntamos al conductor.

—Esos cañones (dijo el saboyano) son de un pobre hombre que se gana la vida con ellos.

—¡Dios de Israel! ¿Y de qué modo?

—¡De un modo muy sencillo! Las montañas circunvecinas producen largos y repetidos ecos, que muchos señores viajeros gustan de oir.—Si Vds. quieren, pueden pagar algunos cañonazos, á medio franco cada uno, y juzgarán si la cosa tiene mérito.

—¡Pues fuego en seguida, si no han de espantarse los caballos!

—Descuiden Vds.... Están acostumbrados.

Entonces apareció un campesino, que maldito el aire que tenía de artillero, y disparó una pieza.

La detonación fué espantosa; y, como si aquel estampido hubiese dado la señal de una batalla, siguiéronle otros muchos, que resonaron á lo lejos simultáneamente, atronando los montes, prolongándose de eco en eco y volviendo á arreciar cuando parecían debilitados; hasta que, por último, se fueron apagando en la distancia, al modo de tempestad que se aleja.

¡Lo menos tres minutos duraría el estruendo del primer cañonazo!—Mandamos disparar la otra pieza, y partimos.

¡Aquello era maravilloso! Hubiérase dicho que los Alpes estaban ocupados por un Ejército, cuya artillería jugaba toda en aquel instante....—Iriarte y yo creíamos hallarnos otra vez en Sierra-Bullones, en medio de uno de aquellos combates que tan caro costaban á los temerarios marroquíes.... y también, á veces, á los no marroquíes.

Poco después de *Mayland*, y en una estrecha garganta formada por altísimos peñascos verticales, nos esperaba otra sorpresa; y éra se un río, ¡todo un río!, que brotaba por la hendedura de una roca, como si Moisés la hubiese tocado con su milagrosa vara.—El sabio Saussure, que conocía los Alpes como nadie, opinó que esterío era una filtración del Lago de *Flaine*, situado allá en encrespada altura, á 4,400 pies sobre el nivel del mar, donde contadísimas personas habrán llegado á verlo.

No lejos de allí, aparece sin anunciarse la famosa Cascada de *Arpenaz*.—Y digo que no se anuncia, porque el copiosísimo caudal de agua que se desprende de lo alto no llega ni con mucho al suelo, ni produce por consiguiente ruído alguno, sino que se deshace *en el camino*, ó sea en el aire, convirtiéndose en una especie de tamo ó niebla, que humedece luego una gran superficie del valle, forma en él mil y mil endebles

arroyos, y amasa de nuevo el mismo potente río que se había desvanecido en la atmósfera....—Supongo que nadie ignorará la razón física de este fenómeno, y, por consiguiente, no la explico.... Pero, como la imaginación no entiende de semejantes razones, resulta que no puede uno ver sin asombro aquel agua colgada que se precipita desde lo alto de una peña, y que enmudece y se disipa de pronto en medio del espacio, trocándose en invisible y silencioso rocío....

Á todo esto, seguían creciendo los Alpes, y ya distinguíamos cumbres de 8,400 pies de altura.—Eran las *Agujas de Varens*, cuyas cúspides afiladísimas brillaban al sol como plateadas flechas.

Pasó otra hora, abriéronse los montes, y nos dejaron ver un nuevo valle, por en medio del cual cruzaba aún el violento y calamitoso *Arbe*.

Cerca de él se halla la aldea de *San Martín*, de cuya remota contemplación nos distrajo el Mayoral haciéndonos seña de que mirásemos al lado izquierdo, donde, por la abertura que formaban dos montañas cubiertas de negro bosque, se alcanzaba á ver una lejana cima, deslumbradora de blancura y fulgencia.

¡Ah! ¡Ya la conocíamos!.... La víspera la habíamos divisado desde el Lago de Ginebra, y mes y medio antes desde Lyón y Macon....—¡Era el *Mont-Blanc!*

Aún distábamos de él siete leguas; pero ya era seguro que dormiríamos aquella noche á sus plantas, puesto que, según nuevos informes, el *Valle de Chamounix* había vuelto á estar transitable.

Á un kilómetro de *San Martín* perdimos de vista aquella redonda cumbre, que era como el polo de nuestra peregrinación, y ya no volvimos á divisarla hasta que llegamos á *Sallanches*, donde se la veía tan

distintamente, que parecía tocarse con la mano.—¡Y sin embargo, distaba aun cuatro leguas en línea recta, y seis, contando los rodeos del camino!

En *Sallanches* dejamos la Diligencia y montamos en una especie de cabriolé tirado por dos caballos....—¡Ibamos á empezar á subir de veras!.... — En aquel momento nos hallábamos á 1,861 pies sobre el nivel del mar.... Es decir, que en las primeras once leguas sólo habíamos subido 700 pies.

Casi todos los viajeros suelen comer en *Sallanches;* pero nosotros preferimos dejarlo para *Chamounix*.—Llevábamos algún retraso, y no queríamos que nos anocheciera antes de escalar el alcázar de las montañas.

El país en que entramos luego conservaba las huellas de atroces terremotos.—Á la derecha dejamos los renombrados baños de *San Gervais*, en que siempre hay por aquel tiempo algunas familias españolas.—Estos baños se hallan escondidos en el seno de un monte sumamente feraz y pintoresco, y son, al decir de los que los conocen, uno de los parajes más deliciosos del mundo....

A poco de pasar por enfrente de *San Gervais*, nuestro viaje empezó á ser laboriosa ascensión por ásperas y retorcidas cuestas.—¡Había llegado el momento del asalto! ¡Teníamos que subir otros 1,500 pies para llegar al *Valle de Chamounix*, que, con toda su elevación, sólo es el *pedestal* del Rey de los Montes!

En *Servoz* nos vimos obligados á echar pie á tierra; pues los caballos no adelantaban casi nada.—El suelo empezaba á estar helado....—Mas el cochero, que todo lo tenía previsto, nos proveyó de recios bastones, terminados en agudas puntas de hierro.

El camino flanqueaba un monte cubierto de pinos, que á veces formaba bóveda sobre nuestra cabeza. Este monte se levantaba á nuestra izquierda casi vertical-

mente, mientras que á nuestra derecha, por el contrario, abríase un hondo abismo en que rugían torrentes y cascadas.—¡Todo, todo era ya aterrador en aquella monstruosa naturaleza; y, como para advertir al viajero los riesgos que podía correr más adelante, había en aquel camino un pobre Monumento, erigido al poeta *Eschen*, que murió en 1801 al tratar de subir á una de las vecinas eminencias!

Las cumbres que salvábamos en aquel instante se llaman *les Montets*, y eran ya el último obstáculo que se levantaba entre nosotros y el *Mont-Blanc*.... Mucho tiempo hacía que reinaba la noche en los hondos valles, y aun en la misma cuesta que subíamos empezaba también á obscurecer....; pero el sol doraba todavía las blancas cimas que descollaban á lo lejos!....

La tarde era tranquila, solemne, majestuosa.... Nosotros andábamos en silencio, escuchando los augustos rumores de aquella sublime soledad.... Las cuestas se presentaban cada vez más ásperas, y el frío y la fatiga comenzaban á entorpecernos....

Finalmente, después de mucho bajar y subir, y de subir siempre mucho más que bajábamos, llegamos á una alta cima; hizo el camino una revuelta, y lanzamos un grito de asombro....—¡El *Valle de Chamounix* acababa de aparecer ante nuestra vista: el *Mont-Blanc* se levantaba sobre nuestra frente: la Cordillera nos rodeaba: la nieve nos desvanecía con su refulgente blancura!

En el Valle era ya de noche. ¡*Chamounix*, su río, sus puentes rústicos, sus pobres sembrados, todo lo que sabíamos que había en aquella triste comarca, yacía sumido en densas tiniebas, menos los helados titanes!—Digo más: ¡la luz del sol, que ya no veía nadie en Saboya, circundaba las sienes del Viejo Rey con un turbante de rosa y oro! Su blanca túnica resplan-

decía como el cristal, ofreciendo á la vista un desierto de nieves, que empezaba en el valle y terminaba más allá de las nubes.... Las nubes ceñían su cintura, sin lograr alzarse hasta su frente, que se erguía desdeñosa sobre las tempestades de la tierra....

Pronto fué también de noche en el cielo. La tierra y el espacio habían desaparecido en la obscuridad....—¡Y aún se percibían claros y distintos, en medio de las tinieblas, aquellos colosales fantasmas, aquellos blancos espectros, que absorbían toda la claridad de las estrellas y del agonizante crepúsculo y brillaban como si tuviesen luz propia!

Todo esto significa (si he de hablar con la debida franqueza) que habíamos llegado un poco tarde al *Valle de Chamounix*; pero también es verdad que nos alegramos de ello; pues ninguna impresión tan grande y fantástica podía producir de día el *Mont-Blanc* como la que causaba en medio de la noche....

—Además....(dijimos) ¡tiempo tendremos mañana, desde que salga el sol hasta que se ponga, para ver á su luz todo el alcázar de la nieve!

Y, como el cabriolé acabase en aquel momento de subir la cuesta, y hacía un frío que nos penetraba hasta los huesos, montamos en seguida, y salimos hacia el invisible pueblo de *Chamounix*, atravesando en prosa, hija de la obscuridad, aquel poético valle, como hubiéramos podido atravesar el más feo pedazo de la Mancha.

Media hora después estábamos en la patria de *Linda*.

Chamounix es una mísera aldea, compuesta de pobrísimas casas, en medio de las cuales se levantan algunos *Palacios*, que contrastan vivamente con el resto de

la población.—Estos *Palacios* son *Hoteles* de primer orden, de cinco ó seis pisos cada uno, donde (según la *Guía)* podríamos hallar todas las comodidades de la vida moderna, ó sea todo el *confort* de un buen Hotel de Londres ó de París.

Nuestra llegada al Lugar fué un acontecimiento.

—¡Ingleses! ¡Ingleses!—empezaron á gritar los chiquillos.

Y todas las iluminadas puertas y ventanas de las casas rústicas se cuajaron de cabezas curiosas.

¡Ah! *Chamounix* no tiene más riqueza que el *Mont-Blanc*, ni otra industria que exhibirlo á los *ingleses*. (La denominación de *ingleses* comprende á todos los humanos que viajan por placer, aunque sean patagones ó kalmukos.)—«Y por esta razón (fueron palabras del Mayoral) los habitantes de *Chamounix* pasan el invierno labrando baratijas de madera, haciendo bastones como los que nosotros habíamos adquirido, engordando vacas, echando pienso á los mulos y esperando á que llegue el verano.»—No bien llega el verano, *Chamounix* se llena de *ingleses*, y todos los habitantes del valle se convierten en *Guías;* todos los mulos hallan quien los alquile para subir á los Montes; las vacas dan leche, queso y manteca; sus tiernas hijas son cocidas ó asadas; todas las manufacturas del invierno hallan comprador, y el oro *inglés* cae como un maná sobre la comarca.... (Esto último lo agrego yo.)

En el *Hôtel Real de la Unión* (único que ya quedaba abierto) nos recibieron con tanto agasajo y tan profundas cortesías, que temblamos por nuestra bolsa. —Pero también es verdad que nunca nos hubiera sido tan grato dar cien reinos que tuviéramos por un techo, una chimenea, una cama, un pedazo de pan y un vaso de vino, como en aquel momento en que no sabíamos qué nos agobiaba más, si el hambre ó el cansancio, si

el frío ó la gana de dormir.—Poco tiempo después nos convencimos de que lo que más teníamos era hambre.

Conque dejémonos por ahora de *relatar*, y leamos ciertos borradores de primera intención, escritos con lápiz en los mismos sitios y en los mismos instantes á que hacen referencia.

Mi *Álbum de viaje* dice así al llegar á este punto:

.....

«CHAMOUNIX.—*Hôtel royal de l'Union.*—16 de Octubre de 1860.

»Henos en el *Mont-Blanc*, en la patria de la nieve, en el imperial alcázar del invierno.

La música de *Linda* resuena sin cesar en el fondo de mi alma.... *¡Chamounix* y *Donizetti* son dos nombres inseparables....—¡Quizás ahora mismo (á las nueve y cuarto de la noche) mis amigos de Madrid ven pintados estos sitios en los telones del Teatro Real, y saborean, en los apasionados cantos del loco de Bérgamo, toda la inocente poesía de los Alpes y de la afectuosa raza saboyana!....

Pero también es delicioso hallarse, como yo me hallo, en abrigadísima habitación, al amor de bien repuesta chimenea, enfrente de una humeante comida y de algunas botellas de excelente mosto, á la vista de mullida cama y con buenos libros al alcance de la mano, y pensar al mismo tiempo en el mucho frío que hará en este instante fuera del Hotel, en lo próximos que se hallan los ventisqueros y las neveras, en el penoso camino que hemos traído para llegar hasta aquí, y en que por esa ventana se ve el *Mont-Blanc* desde su base hasta su cima....

Á propósito: oigamos....

Una larga detonación, semejante á muchos truenos simultáneos, retumba sobre nuestra cabeza....—¿Qué

ocurre?—Pronto nos lo cuenta el camarero.... ¡Es una *avalanche*, ó bien lo que en castellano llamamos un *alud!* —Algún poco de hielo, ó algún ave muerta, se ha desprendido de lo alto; ha ido aumentando de volumen al rodar por los ventisqueros en creciente bola de nieve; ha llegado á tener un tamaño desmesurado; se ha partido en muchos fragmentos al dar tumbos por los barrancos; estos fragmentos han servido de núcleo á otras tantas enormes bolas, y todas ellas, engordando, partiéndose y multiplicándose continuamente durante una legua de caída, producen ese estrépito formidable, magnífico, espantoso.

¿En dónde caerá el alud?—¡Ay de los árboles! ¡ay de las cabañas! ¡ay de los alcázares sobre que descargue esa descomunal tormenta!

Sirvan empero de garantía á nuestra temeridad los muchos años que llevan de existencia estos hoteles, sin que ningún alud haya caído sobre ellos....—Durmamos, pues, confiadamente....; que no son menos relativas las seguridades en cuya virtud esperamos todas las noches, al dormirnos, despertar á la siguiente mañana.

.....

Post scriptum.—Antes de acostarnos hoy, dirijamos una última mirada por esos cristales al bárbaro coloso que reina sobre toda Europa.

¡Helo allí!—¡Aquel titán no duerme nunca! ¡Para él no llega jamás la noche!....—¡Helo allí coronado de su plácida aureola, vestido de su propia luz, resplandeciente y cándido en medio de las tinieblas, como las apariciones luminosas de los místicos!.... ¡Helo allí, inmóvil, silencioso, eterno, dominando todo el antiguo mundo!....

Sin embargo, yo concibo que todavía pudiera ser un poco más alto.—El Himalaya (sin ir á otro plane-

ta) mide 28,000 pies de elevación; es decir, casi doble estatura que el *Mont-Blanc*....—Y aun el mismo Himalaya pudiera tener algunos metros más.... Y, aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera podría, sin grande esfuerzo, imaginárselo un poco mayor....—¡Tal es la excelencia del espíritu humano!....

Pero hago mal en revelar al público estos secretos, y en disminuir con semejantes reflexiones la importancia de mi viaje....

Dice bien el refrán: «El que mucho habla, mucho yerra.»—Y yo hubiera debido limitarme á decir que, para igualar en altura al *Mont-Blanc*, habría que colocar sobre nuestra célebre *Sierra Nevada* (la más alta de la Península española) otra sierra de 4,900 pies.

IV.

FISIOLOGÍA DEL MULO, DEL JUMENTO Y DEL CABALLO.—LA MAR DE HIELO.—EL ÁLBUM DE LA FLECHÈRE.—PUESTA DEL SOL.

CHAMOUNIX, 17 Octubre.

Han pasado algunas horas de sueño para mi molido cuerpo, durante las cuales mi alma ha viajado por donde mejor le ha parecido, á la manera de un criado que aprovecha las horas en que su amo no lo necesita, para salir en busca de sus amigos particulares.

Pero las gallinas cacarean ya á la puerta del hotel.... y mi reloj marca las seis....—Paréceme que es cosa de levantarse.

Abro la ventana....—¡Oh, qué día tan magnífico!.... El sol argenta, ó, por mejor decir, bruñe la cumbre del *Mont-Blanc*. El cielo está limpio y azul

como en un día de primavera en Granada. Los Alpes recortan el horizonte con su nevado perfil, tan puro, tan neto, de tan claros y precisos contornos, como si fuera un recamado de plata del pabellón del firmamento....—¡Qué inmaculada nitidez! ¡qué virginidad en ese panorama! Se diría que es un mundo recién salido de las manos del Criador, y que ni mirada de hombre ni vuelo de ave ha profanado todavía el inefable misterio de sus horas.

En esto llaman á nuestra puerta.—Son los *Guías* que vienen á ofrecérsenos....—¡Cuidadito!....

El plan está formado. Destinaremos la mañana á la *Mar de Hielo:* á las doce vendremos á almorzar al Hotel, y á la tarde subiremos á la *Flechère*, desde donde contemplaremos toda la magnificencia del *Mont-Blanc*. —Total: dos viajes en mulo, que suman cuarenta kilómetros de bajadas y subidas por entre hielos y nieves....—¡Valor, qué diablo!

También el ajuste está hecho....—¡Un ojo de la cara!—Pero llevaremos dos mulos y tres Guías, zapatos herrados, y los bastones consabidos: ¡un tren, en fin, de príncipes!

Cosa de merienda no hace falta; pues, al decir de esta gente, ya encontraremos en esas neveras alguna choza en que nos den un pedazo de queso y un vaso de mosto con que espantar el frío.—Por lo demás, y como hombres cautos, nosotros nos hemos desayunado más que medianamente....

Conque henos ya caballeros en los mulos.—Así atravesamos el pueblo, cuyos moradores empiezan á vagar por las calles, tapizadas de hielo y escarcha, y nos dicen con agorera cortesía: «*¡feliz regreso!*»

Entre las rollizas muchachotas que salen á las puertas, hay algunas tan blancas y rosadas como la aurora en la nieve; pero no veo precisamente á *Linda*, ni cosa que se le parezca....—¡Bien es cierto que la mujer de *Carlos* debe de haber envejecido!

Á poca distancia de nuestro Hotel, pasamos el río por endeblucho puente de madera.—Este río es también el *Arbe*.... Pero no todavía aquel Arbe potente y devastador que conocimos ayer, sino un riachuelo alegre, inofensivo y bullicioso: ¡una especie de Alarico en mantillas!

Luego atravesamos extensas praderas, y llegamos al pie del *Montanvert*, formidable mole de seis mil pies de elevación, á cuya cumbre nos proponemos subir para caer desde ella en la *Mar de Hielo*.

La ascensión no es penosa al principio; pero sí arriesgada, en atención á que ha nevado últimamente y á que hoy el sol ha de calentar bastante. ¡Podrá ser, por tanto, que haya desprendimientos ó aludes en esta misma cuesta que vamos subiendo!.... Reparad, si no, en estos colosales abetos que nos cercan, y hallaréis algunos tronchados como débiles cañas.... Reparad en esas peñas removidas de sus antiguos cimientos.... Reparad en aquellas calles abiertas entre los bosques de pinos.... ¡Pues todo eso lo han hecho las *avalanchas*, procedentes de la altísima *Aguja de Charmoz!*

La cuesta va siendo cada vez más angosta y escarpada. El mulo encuentra apenas una estrecha y sinuosa cornisa en que caminar.... Ya vemos siempre un hondo precipicio á nuestra izquierda.... ¡Si al pobre animal se le fuera un pie, ó si cediese cualquier pedrusco de los que elige para apoyarse, nuestra humanidad hecha pedazos aumentaría el largo catálogo de los viajeros que han pagado con la vida su amor á los

grandes panoramas!—Y hay tanto más motivo para pensar en esto, cuanto que los *Guías* nos dijeron hace poco, que «los que se dedican á su oficio acaban siempre por ser víctimas de él».

—¿Ve V. aquel pico? (nos indicó uno.) Pues allí murió mi padre acompañando á unos ingleses.

—Á mi hermano le aplastó una *avalancha*....—añadió otro.

—Yo me he caído ya una vez (dijo el tercero), y mi fortuna fué que la nieve era reciente y no se había helado.... ¡De lo contrario, no lo contaría ahora fumándome esta pipa!

Pues, sin embargo.... (ahora hablo yo), nuestros mulos se están portando como tales: quiero decir, que procuran ir siempre por el sitio más peligroso, arrimados á bordes de los despeñaderos y desatendiendo obstinadamente toda insinuación juiciosa de nuestros talones.

¡Ah! ¡Los mulos son iguales en todos los países, y yo los aborrezco de muerte! ¡Para mí el mulo es inferior al burro, y mucho más burro que él; pues es un burro con pretensiones de caballo!—El mulo no es grande ni por la bondad ni por el genio; no sirve para mandar ni para ser mandado; es inútil y díscolo, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario....—Y lo mismo acontece en la especie bípeda-implume: también consta de tres familias; hombres-burros, hombres-mulos y hombres-caballos. ¡Y bien sabe Dios que yo prefiero, y preferiré siempre, á los hombres burros, y los amaré con infinita evangélica ternura!

Pero dejemos esto, ¡no sea que mi cabalgadura se entere de lo que voy pensando, y me tire por las orejas!

Poco agradable sería; pues nos hallamos á fa-

bulosa altura, y el abismo sigue abierto siempre bajo nuestros pies, ó, más bien, bajo los pies de los mencionados mulos.

Hace bastante frío, y principia á soplar mucho viento, no obstante la serenidad de la mañana.... Verdad es que este viento no se sentirá allá en el valle, de cuyas chimeneas vemos alzarse rectamente el humo.

¡Ah! ¡el valle parece desde aquí un juguete de niños! El río, las cabañas, la antigua Abadía, los vastos Hoteles y los prados y colinas que los cercan, forman un paisaje cuyo tamaño no excede aparentemente del de un *país* de abanico.

Ya caminamos sobre densas nieves.... Ya terminó toda vegetación.... Vamos tocando á la cima del *Montanvert*.—El *Mont-Blanc* queda á nuestra espalda.... La *Mar de Hielo* va á presentarse ante nosotros.

¡Alto!—Hemos llegado....

La emoción no puede estar dispuesta con mejor arte.... La áspera senda termina á la puerta de una especie de ventorrillo edificado sobre el mismísimo borde del monte.... Las ventanas posteriores de tal caseta dan al maravilloso *glacier* [1].

Asomaos.... ¡Ved qué asombro!

Su nombre lo dice: ¡esta es una *Mar de Hielo!*....—¡Pero una mar en cólera, petrificada en el momento del combate!—Fuera de ella, no se ve tampoco más que hielo y nieve; blancas montañas en derredor; rocas de cristal por todas partes; agujas de plata que penetran en las altas regiones de la atmósfera; y, por en medio de una y otra mole, torrentes de alabastro

1 No se traduzca *Ventisquero*. El *glacier* de los Alpes es otra cosa.

bajando á abastecer un piélago mudo, inmóvil, aterrador como la muerte.—Mas, lo repito: en algún tiempo esta mar ha sido líquida; esos torrentes han fluído; esos montes han palpitado; esta soledad, hoy amortajada, ha tenido voz y aromas, vida y actividad; hasta que, repentinamente, en trágico momento, el Invierno asomó por encima de las sierras su cabeza de Medusa, congelando, cristalizando, petrificando la naturaleza.—La *Mar de Hielo*, pues (y aquí terminan por ahora las metáforas), parece un mundo muerto, un planeta tallado en mármol, la estatua sepulcral de nuestro mismo globo, ó la cara fúnebre de la Luna, tal como la vemos en remotísima apariencia....

Conque descendamos ya al *glacier*.

Verdaderamente, la excursión es tan difícil como peligrosa.... Hace pocos días que ha nevado, y las grietas pequeñas se hallan todavía obstruídas de nieve. —Pero para algo llevamos los bastones con punta de hierro.... ¡Tantearemos el piso como los que no ven!

Mucho más cuidado merecen los *pozos* llamados *embudos*.—Yo me he asomado á uno de ellos, tendiéndome en el helado borde, y me ha espantado su lóbrega profundidad!....

—«Allá...., en lo hondo.... (he pensado); debajo »de esta enorme costra de hielo de mil pies de espesor, »fluye un río sobre la verdadera haz de la tierra....»— Y he querido oir aquel rumor de vida, sentir la palpitación de aquella profunda vena; y he estado escuchando mucho tiempo, y no he percibido nada.—Entonces he arrojado al pozo un pedazo de hielo, y he puesto la mayor atención....—¡Al cabo de cinco segundos, el eco me ha traído el son del agua herida por el témpano!

Esto me ha conmovido sin saber por qué.... ¿Quién es capaz de definir las íntimas relaciones de nuestras

ideas con nuestros afectos? ¡Acaso.... lo que yo acabo de sentir es un impulso de amor filial hacia la tierra habitable y productora que yace envuelta en este helado sudario! ¡Quizás mi alegría, al percibir la voz de la vida debajo de tanta muerte, puede compararse al placer que nos causa hallar la bondad en el fondo de un carácter brusco, el amor detrás del coquetismo, el manantial del llanto en el alma del escéptico, ó latidos vitales en el corazón de un niño dormido, cuya palidez é inmovilidad nos hicieron temer que estuviera muerto!....

Al extremo inferior de la *Mar de Hielo*, adonde hemos descendido con gran trabajo, nace, ó, mejor dicho, *aparece* por debajo del inmenso témpano, el río *Aveiron*.—Su salida al valle no puede ser más artística.... Alto arco de hielo sirve de entrada á una gruta azul, que allá se pierde de vista en las tinieblas, y que es, cual si dijéramos, vieja urna alegórica de donde se vuelcan las nobles aguas, ó más bien la regia morada de uno de aquellos Ríos que en la *Iliada* y en otros poemas revisten humanas formas y pronuncian elocuentísimos discursos....—Nosotros hemos querido aventurar algunos pasos dentro de aquel antro de zafiro; pero los *Guias* se han opuesto, diciéndonos que ya está demasiado avanzada la estación para acometer tal empresa impunemente.... Y, á este propósito, nos han referido historias de viajeros aplastados por desprendimientos de la helada bóveda....

Apartémonos, pues, de estos sitios: montemos en nuestros mulos; atravesemos otra vez el *Valle de Chamounix*, y emprendamos la subida á la *Flechère*, donde nos aguarda la mejor vista que puede disfrutarse de toda la Cordillera del Mont-Blanc.—¡Porque dicho se está que nosotros no vamos á subir á la cumbre del Coloso!.... Tal excursión, que requiere tres días de escalamiento, pasando dos noches en medio de las nieves,

sólo puede realizarse en Julio, y aun así es peligrosísima.... ¡De unos cien naturalistas que la han hecho, habrán perecido allí sesenta!

La *Flechère*, adonde nosotros modestamente nos dirigimos, mide seis mil pies de elevación y se levanta frente por frente del *Mont-Blanc*.... La *Asociación de Guías* ha edificado en su cumbre una buena Casa, que viene á ser como un palco ó un observatorio, y también como un Refugio y Hospicio, en tan inclementes alturas.

—¡Ya no esperábamos volver á subir este año á la *Flechère!*.... (nos dicen los *Guías*). ¡Así es que lo habíamos encerrado todo, hasta el verano venidero! Durante el invierno, la nieve sirve de guardián á los muchos enseres que tenemos allí....—¡Vds. serán los últimos que visiten este año aquella casa!

Entre tanto, ya hemos atravesado el valle y principiado á subir á la *Flechère*.—¡Por cierto que son ya las doce, y el sol sale en este momento para los habitantes de *Chamounix!*

La áspera cuesta (la más áspera que he subido en mi vida) hace redoblados *zig-zags* por un bosque de pinos que parecen hijos de la misma nieve.... Á la salida de este bosque, ya nos encontramos á extraordinaria altura sobre el valle.

Á cada momento volvemos la cabeza para ver el *Mont-Blanc;* y reparamos que, á medida que nosotros subimos, el *Mont-Blanc* parece subir también; ¡es decir, que, cuanto más nos elevamos, más por debajo de su cima nos creemos!—Lo mismo sucede cuando se discute con altas inteligencias, ó cuando se leen muchos libros: que, á medida que se instruye y remonta uno, figúrasele más y más inaccesible el pináculo de la sabiduría.

Seguimos escalando el monte. Los mulos no pueden más.... La senda tiene una inclinación horrorosa, y ondula sobre riscos cubiertos de hielo y nieve....

Echamos, pues, pie á tierra....

—¡Vamos! Esto es otra cosa.... Así hay menos peligro....

—Pero ¡qué fatiga!—¡Y qué hambre!....—¿Cuándo llegaremos á lo alto?

Han pasado dos horas.—Henos al fin en la *Flechère*.

Desde aquí vemos toda la blanca cordillera del *Mont-Blanc*, todos los *glaciers*, todos los picos en su verdadera altura; todo el valle, en fin...., desde el punto por donde ayer entramos en él, hasta el *Col de Balme*, por donde saldremos mañana....

(Porque ya es indudable que podemos saltar desde aquí á Italia, atravesando parte de la Suíza, hasta hallar el Simplón.—La *Tête-Noire* (dicen) está menos nevada que temíamos.)

Pero mirad al *Mont-Blanc*.... ¡Vedlo ahora, levantado sobre todos sus émulos!—Aunque el día no puede ser más sereno, hay una especie de blanquecina nube sobre la cima del gigante. ¡Desde esta mañana la estoy observando, pero hasta este momento no me he convencido de que los Guías tenían razón al asegurarme que no es una nube, sino una cosa como humo, un vapor plateado, una irradiación semejante á la que en algunas noches purísimas de Enero vemos alrededor de la luna!—De un modo ó de otro, esa leve nube permanente recuerda el humeante penacho que ondea sobre los volcanes.

Después de contemplar durante mucho tiempo el espectáculo de tanta y tanta blancura (contemplación en que se van las horas sin sentir, como en la del mar,

en la de las estrellas y en la de todo lo realmente sublime), entramos en la Casa de los *Guías*, donde éstos nos han preparado ya una mesa, cubierta de galleta, queso, nueces y un vinillo delicioso, que, por el solo hecho de estar aquí, se halla casi helado.

—Si quieren Vds. descansar (nos dicen nuestros conductores), allá tenemos hasta tres camas para viajeros; pero, si prefieren Vds. ver el *Album de la Flechère*, que es curiosísimo, encenderemos la chimenea y estarán con más comodidad.

Nosotros optamos por esto último.

El *Álbum de la Flechère* es un grueso volumen, en que cada viajero escribe lo que se le antoja. Ya está casi lleno, y hállase redactado en todos los idiomas europeos, desde el portugués hasta el ruso y desde el griego hasta el inglés.—La traducción de aquel tomo á una sola lengua, constituiría un precioso libro, lleno de originalidad, de ingenio, de gracia y hasta de ciencia y de poesía. El asunto tratado por todos es la hermosura del *Mont-Blanc:* unos la cantan; otros la niegan; estos maldicen las incomodidades que les ha costado; aquéllos la comparan con otras maravillas del globo; quién le dedica versos, quién caricaturas; muchos se contentan con escribir un nombre; no pocos refieren toda una historia.... Pero lo que más llama la atención es las ardientes polémicas que se han armado en este libro entre personas que no se conocen.

Figuraos que llegó un *inglés* y dijo, v. gr.:

—«*Hay una cosa blanca que me gusta más que el* MONT-BLANC, *y es la espuma de la cerveza.*»

Leyólo un *francés*, y puso por debajo:

—«*Este inglés es un imbécil.*»

Pero vino otro *inglés*, y dijo:

—«*¡Para imbéciles, V. y toda la Francia!*»

A lo que añadió un *ruso* algunos sarcasmos acerca

de la alianza anglo-francesa, y un *polaco* una maldición contra la Rusia, y un *alemán* una burla del *polaco*, y un *italiano* una mofa del *alemán*, y un *español* una censura al *italiano*, y un *portugués* un insulto al *español*, y otro *inglés* un discurso filosófico acerca de la paz universal, la fraternidad humana y la abolición de los ejércitos....

De aquí se deduce que el *Álbum de la Flechère* y todos los de su clase son unos temibles periódicos clandestinos en que se escriben apreciaciones que no pueden hacerse en los diarios legalizados; ó como la estatua en que los romanos fijaban los pasquines; ó una especie de carnaval en que todos se dicen la verdad impunemente.... ¡Ni la Autoridad ve nunca estos libros, ni nadie es responsable de lo que en ellos se escribe; y, sin embargo, puede leerlos y copiarlos todo el mundo!....

Recreándonos estamos en tales desahogos, cuando oímos algunos terribles estampidos, mucho más fragorosos que los de anoche....

—¡*Avalanche!* ¡*Avalanche!* (gritan los Guías.) ¡Miren Vds..... allá!.... en la *Mar de Hielo!*....

Salimos á la puerta, y, entre renovados truenos de la nieve, vemos caer de la *Aguja Verde* grandes moles, que levantan, al chocar con el hielo, una especie de polvo blanco.... Al mismo tiempo, y cual si el alud le hubiese abierto camino, aparece la luna detrás de una nevada loma que va á morir en lejanos bosques....

—¡Pobre *casta diva!* ¡También viajas tú por aquí!

Son las tres y media de la tarde, y el sol ha desaparecido ya de este angosto horizonte; pero su luz dorará todavía durante dos horas toda la alta región de las montañas....

La luna está en creciente, y, por tanto, sólo pre-

senta un estrecho semicírculo luminoso.... Su blancura no iguala ni con mucho la del monte de que se destaca lentamente; pero, así y todo, hace el efecto de mal peinada pluma en las alas de gigantesca paloma....

Conque volvamos á *Chamounix;* que, con chimenea y todo, en esta elevación, donde no puede vivir ni el heroico pino, hace ya un frío de todos los diablos!

Pero no creáis que vamos á bajar como hemos subido.... ¡Quédese esto para las mujeres, para los viejos ó para los que no conozcan la vida de las montañas nevadas!—Vamos á bajar por *escotillón;* quiero decir; no vamos á bajar, sino á precipitarnos de golpe en el valle....—He aquí el lecho de un torrente, seco todo el año, menos la primavera, durante la cual da paso al agua producida por el derretimiento de las nieves.... Coloquémonos en medio de él; echemos el cuerpo atrás, apoyándonos en el bastón ferrado; clavemos los talones en la nieve; hagamos un esfuerzo, y dejémonos ir....

¡Esto es delicioso, y no ofrece ningún peligro!.... ¡Así deben bajarse las cuestas muy pendientes!—Cuando os canséis, ó tropecéis con cualquier obstáculo, nada os será más fácil que sentaros ó tenderos.... ¡Y de este modo (ya lo veis) se desanda en quince minutos todo lo que se anduvo en tres horas!....

Aún no son las cuatro de la tarde, y ya estamos de vuelta en *Chamounix*.—Los mulos no llegarán aquí hasta las seis.—Entre tanto, nosotros hacemos con el viejo capataz de los *Guías* el ajuste del viaje de mañana; viaje que no se puede verificar sino *en mulo,* pues el camino es infernal y casi tan áspero como los

que hemos andado hoy.... ¡Se trata de salir del dédalo de montañas en que nos hemos metido!

— Mañana á la tarde (nos ha dicho el honrado jefe) llegarán Vds. á terreno llano, habitable y muy frondoso: pasado mañana á la noche dormirán en la Suíza alemana; y al día siguiente volverán á enfrascarse en nieves y hielos, atravesarán el *Simplón*, y bajarán á hacer noche en Italia....

— ¡Italia! — hemos exclamado Iriarte y yo con verdadera idolatría.

— Sí; pero antes de llegar á aquella hermosa tierra (nos ha replicado el anciano Guía con cierta emulación), aún tienen Vds. que admirar muchas maravillas en el seno de los Alpes. ¡Mañana, la *Tête-Noire!* ¡Pasado mañana, el *Valle del Ródano!* ¡Y al otro día, el soberbio camino abierto por Napoleón el Grande en la región de las nieves eternas!....—¡Oh! ¡Ya verán Vds.!

Después de esta conversación, que ha reanimado nuestras fuerzas y nos ha hecho desear el día de mañana con todas sus anunciadas fatigas, he venido á sentarme en unos trojes, en mitad del valle, donde escribo estas líneas, presenciando uno de los cuadros más grandes que puede ofrecer la Naturaleza, y sintiendo en el alma no ser el primer paisajista del mundo para trasladarlo al lienzo con todas sus tintas, con todos sus fulgores....

Por vía de despedida del *Mont-Blanc*, y en tanto que nos preparan la comida en el Hotel, voy á procurar daros idea de este momento, que no olvidaré nunca, y cuyas solemnes emociones llenan mi corazón de inefable poesía....

Son las cinco. El sol, que, como dije, desapareció hace hora y media de este limitado horizonte, ilumina

aún toda la blanca cordillera, de cuyo fulgor ó reverberación proviene la fantástica luz que tan claramente alumbra todavía estos parajes.... El cielo, hacia la parte de Poniente, ostenta un color verde claro que nunca habían admirado en él mis ojos.... Una montaña negra, tapada de abetos, y otra montaña blanca, abrumada de nieve, se tocan allí por sus bases, dejando arriba ancho camino á las remotas luces del ocaso.... —¡Todo esto es soberanamente hermoso!

Mientras he afilado el lápiz, la decoración ha cambiado completamente. — La nieve se ha vestido de color de fuego, y aquella nube que todo el día ha coronado la eminente cima del gigante parece ahora un velo de oro.... — ¡Oh Dios mío! ¡qué pureza y variedad de reflejos! ¡qué fulgor! ¡qué hermosura!.... ¡Diríase que toda la disforme sierra se ha inflamado, en el momento de ocultarse el sol también para ella!

¡Sublime apoteosis!.... ¡Estos son ya resplandores de gloria!.... ¡La nieve arde en una especie de amor divino!.... —¡Yo no había soñado nunca semejante magnificencia! — Y todavía.... ¡todavía es *luz directa* del sol aquella que enciende la excelsa y soberana cumbre del *Mont-Blanc!*.... — ¡Ah! El dios de los astros defiere todos los días á la majestad del dios de los montes, y se queda en su cima algunos instantes más que sobre las otras alturas! ¡Y qué grato es ver, desde la noche de los valles, aquella plácida luz, recuerdo de un día pasado; aquel sol de nuestro *ayer!*.... ¡Son las últimas caricias que Febo enamorado hace á la cándida montaña!.... ¡Es una tierna despedida, en que los besos del osado amante enrojecen la faz de la inmaculada nieve!....

Entre tanto, resuenan por el angosto valle los ecos de mil voces concertadas, que parece cuentan la sencilla y poética historia del día que acaba de morir. Las

esquilas de los ganados que regresan á sus rediles, los murmullos de espumosas aguas, los gritos de cien pastores que se buscan entre los hielos y los riscos, el vibrante son de la campana de la Abadía que llama á los fieles al *Rosario*, todo se combina en triste y solemne coro; todo habla de los afanes de la vida, de los años pasados por estos pobres rústicos en tal ó cuál monótona tarea, y de la inevitable muerte que, en Saboya como en los demás países del mundo, pone término á los cotidianos empeños del hombre.

Pero ya no veo.... — Entremos en el Hotel.... — ¡Adiós para siempre, inolvidable día! ¡Adiós, deseos ya cumplidos! ¡Adiós, esperanzas trocadas en recuerdos!.... Adiós....»

.....

Y, tan cierto es que ya no veía, que hoy no puedo descifrar la última línea que escribí á tientas en aquella hoja de mi Cartera de viaje.

V.

EL HOTEL DE LA CASCADA.—OTRA VEZ SUÍZA.—LA TÊTE-NOIRE.—UNAS INGLESAS.—EL VALLE DEL RÓDANO.—EL MONTE SAN BERNARDO.—MARTIGNI.—SOBRE LOS TONTOS.—SIÓN.—BRIGG.—ENTREVEMOS LA ALEMANIA.—PRISIONEROS DE CASTELFIDARDO.—PASO DEL SIMPLÓN.—EL HOSPICIO.—LOS PERROS.—APARICIÓN DE ITALIA.

Á la mañana siguiente, muy tempranito, salimos de *Chamounix*, jinetes en los mulos que ya conocéis.

Á eso de las diez, llegamos á la cabeza oriental del valle, y viendo allí un abrigado sitio en que penetraba el sol por entre dos montañas, echamos pie á tierra; desliamos una merienda que la noche antes nos habían

preparado en el Hotel de la Unión, y almorzamos perfectísimamente.... sobre el duro suelo.

Luego volvimos á montar, y emprendimos una subida no menos áspera y peligrosa que la de la *Flechère*.

Á las doce perdimos de vista el Valle de *Chamounix* y la Cadena del *Mont-Blanc*, y nos engolfamos en un laberinto de nieves y peñas que parecía no tener salida. Pero al cabo llegamos á una despejada cumbre, donde campeaba una enorme cruz, y luego volvimos á caminar por terrenos quebrados y llenos de precipicios, en cuyo fondo se veían algunas cabañas, y hasta pueblecillos de pastores....;—pueblos y cabañas que sólo tienen habitantes durante el verano, y que, por consiguiente, estaban ya cerrados y desiertos.

Las casas de estos que he llamado *pueblos* son de madera, y no descansan en el suelo, sino en altos zancos, á fin de que los torrentes, que en otro caso se las llevarían durante las grandes lluvias, pasen por debajo.—Sobre las techumbres, que son de ramas, hay gruesos peñones, puestos allí á fin de que el viento no las arranque, y aún así y todo, vimos hechas pedazos muchas de estas viviendas.

Según avanzábamos, el país y el camino eran cada vez más atroces.... Á nuestra izquierda, siempre abría un abismo su lóbrega boca; y allá, en formidable hondura que causaba vértigos, bramaba un río misterioso, que lleva el lúgubre nombre de *El Agua Negra*....

Así caminamos hasta descubrir una casita de aspecto inglés, en cuya fachada decía un letrero: «*Hotel de la Cascada*.»—Nuestra jornada había mediado.

Echamos pie á tierra; y, mientras que los mulos tomaban pienso, nos dirigimos en busca de la *cascada* que da nombre á aquel Hotel.

La excursión fué de media legua y por un camino

de palomas; pero el espectáculo valió la pena de tan dura subida.... ¡Otro río *(la Barberine)*, nacido de altísima montaña, se precipitaba de un solo salto sobre *El Agua Negra!* La violencia de la corriente era espantosa y la altura de la cascada inmensa. Un monte de granito, labrado incesantemente por las despeñadas aguas, se había partido en dos, formando el hondo tajo en que hervían y rabiaban blanquísimas espumas.—El estruendo de esta continua catástrofe asordaba toda la comarca.

Nosotros nos hallábamos en un balcón de palo, osadamente construído sobre aquel abismo, de tal manera, que podíamos tocar con la mano la recia columna de cristal que el río formaba en medio del aire.—Era una situación conmovedora...., y realmente el balcón se *conmovía* sin cesar, como si fuera á hundirse.... Pero, desgraciadamente para nuestra futura gloria, aquel balcón artificial estaba reconocido y garantido por un ingeniero, y el asomarse á él costaba.... medio franco por persona, sin ningún género de peligro.

De vuelta en el Hotel (donde nos dijeron que *todos los ingleses* tomaban allí una copa de cognac, para reparar las fuerzas perdidas al subir á la Cascada, y que, por tanto, *nosotros debíamos hacer lo propio)*, volvimos á montar en los mulos (con los cuales habíamos transigido, al extremo de poner yo al mío el nombre de *anexionado)*, y seguimos nuestro camino....

Á un tiro de fusil del *Hotel de la Cascada*, pasamos *El Agua Negra* (que no lo era sino de nombre) por un puentecillo de mala muerte, en el cual, al decir de nuestros conductores, terminaba Saboya, esto es, Francia (antes Italia), y principiaba el *Cantón del Valais*....

Volvíamos, pues, á entrar en Suíza.

Ningún signo artificial ni natural nos demostró al principio semejante tránsito....; pero un poco más le-

jos hallamos las ruínas del muro en que antiguamente hubo una puerta...., y donde hay ahora, en pobre casucha, un viejo soldado suízo, vestido con cierto *negligé* de guerra y provisto de la indispensable pierna de palo, el cual pide con muy buenos modos el pasaporte; lo sella sin mirarlo; recibe una peseta ó cosa tal, y saluda....—No pudo, pues, cabernos duda de que habíamos pasado una *frontera*.

Un poco más adelante empezamos á encontrar gente campesina, y *chalets* ó cabañas, cuyas chimeneas humeantes daban indicio de que aquellas viviendas no estaban vacías como las de Saboya.... Por lo demás, la senda que seguíamos era una cornisa tallada en granito: á nuestros pies, á la izquierda, abríase un profundo barranco, donde mugía despeñado el *Trient;* y por todas partes se veían en pintoresca confusión nieves, pinos, arroyos, cabras, pastores, peñas, puentecillos rústicos, escaleras de mano para trepar á las chozas, y mil otros objetos adecuados á la vida de los habitantes de aquella naturaleza convulsa....

¡Y allí fué donde sufrimos una de las humillaciones más grandes por que haya pasado hombre alguno, según que paso á demostrar!

Figuraos que Iriarte y yo, muy orgullosos con la *arriesgada* visita que acabábamos de hacer al *Mont-Blanc* en tan adelantada estación (así lo vociferaban nuestros Guías), habíamos escrito el día anterior en el *Álbum de la Flechère* estas imprudentes palabras:

«*Dia* 17 *de Octubre.*

»*Nosotros seremos los últimos viajeros que este año pon-*»*gan su nombre en el presente libro.*»

¡Y he aquí que, á poco de pasar la frontera suíza, nos cruzamos con tres caminantes que se dirigían á *Chamounix,* provistos de sus mulos, de sus Guías y de sus bastones!—¡Para colmo de mortificación (que des-

de luego presentimos), aquellos caminantes eran.... dos inglesas como dos soles, de quince á veinte años, pulcras y distinguidas hasta en los últimos perfiles de su *toilette*, y un apuesto mozo que frisaría en los veinte y cuatro, y que por la pinta nos pareció hermano de ellas!.... ¡Pues nada digo de la gracia y tranquilidad con que las preciosísimas *ladys* caminaban sobre sus mulos, sin pensar en el abismo que las llamaba, sin grandes precauciones contra el frío, sin mostrar en su rostro, en su ropa ni en su peinado las huellas del penoso viaje que iban haciendo, y sin otra servidumbre que los Guías!....—¡Qué mengua para España!

El camino era tan estrecho, que nos costó trabajo dejarnos pasar recíprocamente.... Ellas no se dignaron saludarnos: hízolo el hermano por toda la familia; preguntó á nuestros Guías, en mal francés, si el Valle de *Chamounix* estaba transitable; respondiéronle éstos afirmativamente, y los tres hermanos siguieron su camino y nosotros el nuestro....

¡Qué bonitas eran las dos inglesas.... y cuán interesantes las hacía el lugar en que las hallamos!....—¡Ay, sí!....; pero ¡qué vergüenza para nosotros! ¡Al día siguiente, aquellas intrépidas amazonas subirían á la *Flechère* y leerían en el *Album* nuestra impertinente fanfarronada!....—¡Y se reirían! ¡Y escribirían debajo nuestra eterna deshonra; como si no fuera bastante la de Gibraltar!

Muy preocupados íbamos con esta idea, cuando logró distraernos uno de los cuadros más grandiosos que habíamos de admirar en los Alpes.—Refiérome á la *Tête-Noire* (en español, la *Cabeza Negra*).

Llámase así un altísimo monte, cubierto de nieve y hielo por la base, y de obscuros pinos por la cumbre,

—singularísima anomalía, que infunde terror.—En este monte hay un paraje llamado *Roche Percée* (Roca Agujereada), especie de túnel que perfora la montaña, pasado el cual la naturaleza llega á tal grado de atrocidad y poderío, que el viajero espantado cree contemplar las ruínas de un mundo ó el embrión informe de la creación.... En cuanto alcanza la vista, sólo se perciben selvas y sombras; rocas inmensas festoneadas de abetos; despeñaderos profundos, cortados verticalmente; moles desgajadas de sus cimientos, amenazando cegar los abismos; abismos cuyo fondo no se distingue, pero donde se oyen lamentos desesperados de torrentes que luchan como titanes hasta abrirse camino entre las peñas; cataratas que rugen en la obscuridad; montañas hechas pedazos, cuyos escombros, estratificados caprichosamente sobre aquella ancha grieta, forman inaccesibles grutas tapizadas de musgo y flores y adornadas de transparentes carámbanos; un río, un misterioso río,—el *Trient,*—Hércules potente, que trabaja y remueve todas aquellas masas ciclópeas, empujándolas, arrastrándolas, hundiéndolas, mojándolas con su sudor y haciéndoles temblar y bambolearse al solo impulso de su aliento, cuyo estertor llena de palpitaciones la comarca....; y, en medio de todo, losas funerales, en que se ve escrito el epitafio del infeliz que pereció en aquellos sitios al querer robar sus secretos al hondo tajo de la *Cabeza Negra!*....

Tal es aquel horrible desfiladero. Y tales son generalmente las condiciones de la gigante cordillera que sirve de alcázar á las puras nieves de donde nacen, para extenderse por Europa, ríos tan ilustres como el Rhin, el Po, el Ródano y el Danubio.

Dos horas tuvimos que andar para salir de aquel

horrible dédalo.—Al cabo de ellas, *humanizóse* el camino, despejóse el terreno y empezamos á hallar aldeas *habitadas*.... Poco después apareció al fin á nuestros ojos un ancho horizonte, y vimos á nuestros pies un extenso valle, cruzado por opulento y manso río, y lleno de pueblos y de praderas....

Era el célebre *Valle del Ródano*.

Al ver allá abajo aquella apacible llanura, aquellas amplias poblaciones, aquella tranquila corriente, aquel dilatado espacio, respiramos con ansia, cual si acabáramos de salir de una prisión....—¡Y, sin embargo, aquello no era todavía la libertad, sino una tregua! Gigantescas montañas cerraban á lo lejos y por todos lados aquel valle pantanoso y descolorido.... ¡Aún estábamos en la patria de los hielos y de las brumas! ¡aún nos faltaban dos jornadas para descubrir la tierra favorita del amoroso cielo de Italia! ¡aún se extendían los Alpes ante nuestros ojos, como una muralla levantada entre el Norte y el Mediodía!

En esto principió á anochecer; y nosotros, más aquejados de frío que de cansancio, nos apeamos de los mulos y emprendimos á pie el descenso á *Martigni*, término de nuestra jornada, y primer pueblo de la llanura ó *Valle del Ródano*.—La bajada era tan pendiente como lo había sido la subida; pero á mí me la hizo llevadera el constante pensamiento de que me hallaba al pie del *Gran San Bernardo* y de que aquellas nieves que veía sobre mi cabeza, teñidas de oro y rosa por el agonizante crepúsculo, eran las mismas con que había soñado cuando niño, al leer la *Historia de Napoleón*, ó al ver en el teatro de mi pueblo el drama titulado: *Los Perros del Monte San Bernardo*.

Ya era muy de noche cuando entramos en *Martigni*....—Por cierto que el pito del Ferrocarril que pasa por esta Ciudad, y que recorre casi todo el *Valle del Ró-*

dano, resonó en nuestros oídos como la más regalada música....—¡Considerad que llevábamos dos días de viaje *en mulo!*

Martigni, Silla episcopal del *Valais*, no encierra nada de particular, fuera de sus renombrados *cretinos*, infelices hijos de Dios, afectados de cierta enfermedad moral y material, endémica de este Cantón y de algunos otros países análogos, acerca de la cual se ha escrito muchísimo....

Yo no podré decir qué es más deforme en los *cretinos*, si el alma ó el cuerpo. Su *idiotismo* raya en embrutecimiento y estupidez: apenas hablan algunas palabras incoherentes: de sus cinco sentidos, sólo la vista goza de completa percepción: andan vacilando y penosamente, como si estuviesen catalépticos ó beodos: cuando cambia el tiempo, sufren convulsiones horribles y dolores de huesos, que los ponen á las puertas de la muerte, y su única, perpetua y delirante manía consiste en un desenfrenado apetito sensual, terror y espanto de cuantas mujeres topan á solas con ellos, aun de aquellas que no tienen fama de muy asustadizas!....

La monstruosa figura de estos desgraciados ofrece uno de dos tipos, á cual más repugnante: ó son de pequeña estatura, cabeza ancha y deforme, piernas estevadas y muy cortas, quebrada cintura y escasísimo cuello, ó extraordinariamente altos y endebles, muy zambos, de cráneo angosto, cuello de jirafa y brazos larguísimos y oscilantes. Unos y otros tienen de común una carne muerta, fofa, de color térreo y surcada de arrugas que se cruzan en todas direcciones; una fea boca entreabierta, de que fluyen asquerosas babas; unos ojos pequeños, hundidos, llenos de imbecilidad y de lujuria; los dientes afilados; la barba rala y en-

fermiza, brotando en inconexos mechones; una enorme papera; la nariz aplastada; pobrísima frente, y un prematuro sello de senectud en toda la fisonomía.

Vestid ahora á estos *hombres* con el traje habitual de los paisanos del *Valais* (ancho pantalón de pana, casaquilla corta, chaleco de paño encarnado, gran corbata de vivísimos colores y una ridícula gorra ó cachucha), y decidme si concebís nada más grotesco, más estrambótico, más horrible! ¡Viendo á aquellas espantosas criaturas, se comprenden todos los cuentos de trasgos, gnomos, duendes y *martinicos* de la mitología de las viejas!....—¡Os digo que dan miedo!

Para concluir: el *cretinismo* se atribuye por unos á exceso de greda en la composición del terreno; por otros á falta de *iodo*, y, por la generalidad, á crudeza del agua potable.—Ello es que esta enfermedad, ó lo que sea, después de haber afligido el *Valais* desde una época inmemorial (á veces hereditariamente), ha empezado á extinguirse de algún tiempo á esta parte; tanto, que apenas se encuentra ya en él un *cretino* menor de veinte años.—Los médicos se explican tal fenómeno por el mayor aseo y aumento de comodidades y recursos que la civilización ha introducido en la comarca....—Puede que tengan razón los médicos.

Aquella noche dormimos en *Martigni*, y á la mañana siguiente salimos en el primer tren para *Sión*, adonde llegamos en menos de una hora.—¡Qué grato es viajar en Ferrocarril después de haber andado en mulo! ¡Y qué grato andar.... hasta en mulo, después de haber viajado en Ferrocarril!

La *Sión* de que hablo no es la de Tierra Santa, ni tampoco la *Sión Eterna* (que á todos os deseo), sino pura y simplemente la Cabeza del Cantón del *Valais*,

coronada por dos venerables Castillos que dominan todo el *Valle del Ródano*.—Vista por fuera, parece muy alegre Ciudad: vista por dentro, llaman la atención su silencio, la triste severidad de los edificios, el reposo en que viven sus habitantes, y no sé qué aire solemne, contemplativo, filosófico, que se advierte en todas las cosas....—Y es que en *Sión* empieza verdaderamente la *Suiza alemana;* pues aunque casi todos sus moradores hablan todavía francés, tienen ya más de sajones que de latinos.—¡Así lo pregonan aquellas caras tranquilas, aquel andar sosegado de los transeuntes, y aquel *fumar* y *pensar* de los bebedores, agrupados silenciosamente en torno de grandes jarros de cerveza y envueltos en densa atmósfera de humo!

La Ciudad no encierra arriba de tres mil almas, y nosotros la recorrimos varias veces en todos sentidos, buscando un carruaje que nos condujese á *Brigg*, donde pensábamos hacer noche....—¡noche que sería ya la última que pasáramos fuera de Italia!

Pero digamos un poquillo más de *Sión*.—Eran en ella las diez de la mañana, de una mañana rica de sol; y recuerdo, no sin cierta nostalgia muy peregrina, que, en cuantas calles penetramos,—casi todas desiertas,—oímos resonar más de un piano al través de las celosías de los balcones....

¡No sé por qué, aquella música matutina me hizo envidiar la existencia de los habitantes de *Sión* y suspirar por una paz y una dicha de que acaso carecían también ellos!....—Son melancolías de caminante, indefinibles como la vida en conjunto.

Y basta ya de *Sión*.

Á eso de las doce salimos para *Brigg* en carretela descubierta, como si fuéramos de paseo y no de

viaje.—Bien es verdad que el camino era excelente.

Pasamos por *Sierre*, pequeña ciudad, menos latina aún que Sión, y asiento de la nobleza del *Alto-Valais*. —También allí se oían acordes de piano en todas las calles que recorrimos.... ¡Ah! ¡las alemanas! ¡las alemanas!

Fraguando en la imaginación novelas é idilios sobre tan poético tema, tomamos en *Sierre* un vaso de cerveza fuerte, oímos tocar un *vals de Straus* á la vecina (ó al vecino) que vivía enfrente de la Casa de Postas, y proseguimos nuestro viaje, lamentando yo con todas las fuerzas de mi alma no vivir y morir en aquella Ciudad,—como pocas horas antes había lamentado no vivir y morir en *Sión*, y como había de lamentar consecutivamente no ser natural y vecino de otros varios pueblos....

¡Á la verdad, yo quisiera vivir á un mismo tiempo *en todas partes!*—Lo demás no es vivir.

Después atravesamos una selva bastante obscura, célebre por los muchos bandidos que ha albergado en diversos tiempos, y por el combate heroico que los Suízos sostuvieron allí, defendiendo su independencia contra los Ejércitos republicanos de Francia....; y al salir de aquel romántico paraje, nos hallamos en *Finges*, pintoresco pueblecillo en que ya no se habla más que alemán.—¡Habíamos pasado la vaga frontera de los dos idiomas...., ambos ajenos, que se enseñorean de la independiente Suíza!—¡También hacía algún tiempo que habíamos penetrado en país católico, dejando las que un cantar andaluz llama *tierras de herejía!*....

En *Finges* mudamos tiro y, sin más detención, seguimos adelante.

El terreno que recorríamos era amenísimo. Las próximas montañas estaban cultivadas hasta una altura increíble, y en ellas, como en el valle, se notaba á la sazón gran movimiento agrícola, al que por cierto no eran extrañas las mujeres.

El traje de estas es allí muy semejante al de las judías de Tetuán en *día de sábado*: saya de *medio paso*; talle altísimo, á la manera del primer Imperio; enorme corona, parecida á mitra oriental, y recias hombreras, formadas por la rizada manga de la camisa.

Algunas iban acompañadas de un magnífico buey, que se había dejado cargar de hierba, leña ó legumbres, como el más humilde jumento; ¡y en Dios y mi ánima que ambas rarezas tenían su melancólico significado!.... ¡La mujer y el buey, nacidos para superiores destinos (ella para el hogar, y él para el arado ó para el carro), se inclinaban con idéntica resignación ante la dura ley de su desdicha; por donde aquella alianza en la mansedumbre encerraba no sé qué piadoso encanto, aun de parte del mismo buey!....

Á todo esto íbamos llegando al *Simplón*, gigantesca mole de 14,000 pies sobre el nivel del mar, que nos cerraba ya el horizonte hacia el Sur, y que hasta parecía que á la postre nos cerraría también el paso.

Había empezado á obscurecer, y al pie del gran coloso se percibía un grupo de lucecillas....—Era el alumbrado de *Brigg*, pueblo en que terminaría nuestra jornada.—Pero antes de su terminación, notamos que el camino se ensanchó mucho y comenzó á ofrecer tal aspecto de solidez y grandeza, que más parecía monumento artístico que obra de mera utilidad....

¡Era que entrábamos en la maravillosa *carretera* de universal renombre, concebida por Napoleón el Grande para poner á Italia en fácil contacto con el centro de Europa!....

Pero henos ya en *Brigg*.... Mañana seguiremos recorriendo ese camino de titanes, que no consta de menos de 611 puentes, aparte de los túneles y galerías....—Procurémonos ahora alojamiento en que pasar la noche, y soñemos en que estamos *pared por medio* con Italia, de la cual nos separa ya únicamente un muro de granito de nueve leguas de espesor.

El mejor Hotel que encontramos en *Brigg* era muy malo; pero á mí me agradó mucho por tres razones: primera, porque á buen hambre no hay pan duro; segunda, por el carácter septentrional y alemanesco que todo tenía en él; y tercera, por la escena interesantísima que nos ofreció allí la casualidad.

Las diez de la noche serían cuando nosotros penetramos en el salón que servía de comedor.—Aquel salón era muy grande y negro, y estaba alumbrado en parte por los reflejos de una enorme chimenea, de forma antigua, en que se quemaba dando chasquidos todo un abeto. El resto de la iluminación consistía en una sola vela, colocada sobre la mesa redonda; de modo que el techo y los ángulos del aposento quedaban en tinieblas.—Noté, sin embargo, que los muebles eran de nogal liso, grandes, obscuros y de anticuada forma, y que las ahumadas paredes ostentaban alguna vista del *Simplón* ó de las principales batallas napoleónicas.

Medio envueltos en espesa nube de humo de tabaco, y medio alumbrados por el fulgor rojizo de la chimenea, veíanse alrededor del fuego quince ó veinte hombres, todos provistos de su correspondiente pipa, vestidos unos con destrozado uniforme militar, otros con la casaquilla del paisano suízo, y dos ó tres con sucios capotes, gorras de pieles y muy altas botas enlo-

dadas, al modo de correos ó de postillones.—La gente *civil* prestaba suma atención á uno de los soldados, que refería en alemán no sé qué cosa, mientras que sus compañeros meditaban lúgubremente.

Nosotros nos sentamos á la mesa, dando la espalda al grupo, muertos de curiosidad por saber quiénes eran aquellos derrotados militares y por *conocer* la historia que tanto interesaba á los paisanos.... — Lo cual equivale á decir que ni Iriarte ni yo entendemos el idioma alemán.

Pronto vinieron á sacarnos de dudas algunos nombres propios de que estaba salpicada la relación.... «*Castelfidardo.... Pimodan.... Lamoricière.... Cialdini....*» —decía á cada momento el soldado, en medio de otras palabras que no comprendíamos....—¡ Era claro como la luz del sol que aquel hombre contaba la reciente Batalla de Castelfidardo, perdida por las engañadas tropas pontificias!

En esto penetraron en el comedor dos viajeros, cuyo aire nos hizo adivinar en seguida su respectiva patria.... —Eran un Inglés y un Francés.

El Inglés, hombre de unos cuarenta años, de cómica fisonomía.... sumamente seria; alto como un varal; con el pantalón muy corto y la camisa deslumbrante de blancura; recién afeitado y muerto de frío, principió por dirigir una tímida ojeada á la chimenea, y la vió completamente ocupada. Luego nos miró á todos, de aquella manera filosófica con que los ingleses miran á los demás animales, y dió muestras de dolor al observar que todo el mundo fumaba. Entonces intentó irse; pero le temió al frío que hacía fuera, y retrocedió. Por resultas de todo lo cual, calóse la gorra hasta los ojos; se metió las manos en los bolsillos de su levitilla de color de café con leche, y emprendió una especie de baile, que no paseo, alrededor de la ha-

bitación, dando saltitos muy menudos con el fin de calentarse los pies....—¡Estaba divino!

El Francés, joven, elegante, de vulgar fisonomía y con apariencias de *commis voyageur*, adoptó el sistema contrario. Llegóse á la chimenea; interrumpió la conversación, diciendo:—«*¡Ah! ¡Diablo! ¡Hace un frío!....* »—*Perdón, señores*....—No se incomoden Vds....—»¡Heme aquí!—Ya estoy bien....—Les suplico que si-»gan como estaban....»—Y se metió en medio de los suízos, ocupó el mejor lugar, empezó á dar vueltas para calentarse por todos lados, y, cuando ya entró en calor, dirigióse á uno de los soldados, como si lo conociese de toda la vida, y le preguntó en francés:

—¿Qué uniforme *ha sido* ese, bravo militar?—¿Adónde se va?—¿De dónde se viene?—¡Mal tiempo empieza para la tropa!—*¡Sapristi!* ¡Yo me alegro de ser paisano! El ejército francés está pasando muy malos ratos en Argel, no á causa del frío, sino del calor....—En fin.... *¡Ustedes* acaban por acostumbrarse!.... ¡El hombre es como los maridos; se acostumbra *á todo!*....

Y se puso á tararear un *couplet de vaudeville*.

El Suízo no respondió palabra á este discurso, y su compañero siguió la relación de la batalla....

El Inglés miraba al Francés con odio mezclado de desprecio, y quizás también con envidia, al verlo en posesión del mejor sitio de la chimenea, ¡mientras que él estaba reducido á caminar á brincos, sin conseguir meter sus pies en calor!....

El Francés no reparaba en nada ni en nadie; mas, como echase de menos cualquier respuesta, volvió á tomar la palabra, y dijo á los soldados:

—Perdón, señores; alguno de Vds. ¿habla francés?

—¡Yo hablo francés! (dijo uno de los militares con visible impaciencia.)—¿Qué hay?

—Perdone V. si le molesto.... (replicó el galo.)—

¿V. será tan fino que tenga la bondad de tomarse el trabajo de hacerme el favor de decirme qué diablos está refiriendo ese bravo camarada de V., para ser escuchado con tanta atención?

—Caballero.... (respondió seriamente el Suízo.) Nosotros hemos sido hechos prisioneros en la Batalla de Castelfidardo.

—¡Ah! ¡Castelfidardo! ¡Hé aquí un mal negocio para la Francia! (repuso el impertinente hablador.) Ese pobre diablo de Lamoricière ha buscado á las armas francesas.... (porque al fin y al cabo, franceses eran él y los suyos, aunque enemigos del Emperador....), les ha buscado, digo, la ignominia de una derrota; ignominia que no conocían hace muchos años!

Estas palabras, dichas con cierta solemnidad, interrumpieron la narración del otro Suízo, el cual también comprendía el francés. ¡Digo más: poco á poco fuí advirtiendo que no había en la habitación persona alguna que no supiese hablarlo!—El *commis* iba, pues, á lograr convertir á su lengua propia una tertulia que se había iniciado en alemán.

—¡Señores! (exclamó entonces enfáticamente.) Como buen francés, no puedo menos de simpatizar con Vds., que, en medio de todo, han derramado su sangre á las órdenes de un hijo de la Francia!

—¡Á las órdenes de un hijo de la Iglesia!.... (replicó gravemente otro Suízo). ¡Nosotros servíamos al Papa!

—¡Eso era lo peor! (repuso el *commis-voyageur*.) ¡Dios no quiere que la bandera francesa cobije poderes abominables, y por eso la abandonó en Castelfidardo!

—¡Lo único abominable que ha habido en Castelfidardo ha sido la traición; lo único malo, la perfidia; y V., que es francés, debe respetar un hecho de armas que honra á muchos franceses, aunque no honre á

toda la Francia, ó sea al Gobierno imperial!—exclamó con airada voz otro de los presentes.

Entendió el Comerciante que iba á ser derrotado en aquel terreno, é hizo con la mayor frescura un cuarto de conversión.

—Ciertamente.... ciertamente.... (dijo, mirando al techo.) Lamoricière representaba en aquella lucha la política histórica de la Francia, y Pimodan ha muerto en un puesto de gloria que todos debemos envidiar....

—¡Yo le vi morir! —murmuró uno de los soldados.

—¿Cómo fué?—Permitidme.... Yo tendré mis ideas....; pero soy francés, y me interesa la suerte de todos mis compatriotas....—¿Murió como un bravo?.... ¿eh?—*¡Allons, enfants de la patrie!*....

No había remedio. El *Commis* se había empeñado en que los Suízos le contasen en francés la Batalla de Castelfidardo, y mi amigo Iriarte y yo lo deseábamos también.... Terciamos, pues, en la conversación; restablecimos el buen acuerdo entre todos (exceptuando al Inglés, que seguía bailando), y acabamos por averiguar.... todo lo que ya sabe la Historia.

En cuanto á aquellos pobres y leales Suizos, diré que se habían afiliado como Voluntarios en el Ejército de Lamoricière, abandonando patria y familia, no por entusiasmo político, sino por devoción al Jefe de la Iglesia.—En la batalla referida fueron hechos prisioneros con otros muchos compatriotas suyos, y el Gobierno piamontés, por desembarazarse de ellos, los había conducido á la frontera suíza, dándoles libertad bajo promesa de que en dos años no volverían á tomar parte en ninguna guerra italiana.—Habían, pues, pasado aquel día el San Bernardo, á pie, con nieve hasta la cintura y diseminádose en seguida, cada cual

con dirección á su pueblo.—Los que esto nos contaban eran del Cantón de Lucerna.

Excuso decir que aquella tosca y auténtica relación, echa por unos pobres hijos de los Alpes, tan fuertes y rudos como los antiguos francos, me impresionó vivísimamente....

—Hace más de mil años.... (pensé, cuando hubieron acabado de hablar aquellos héroes sin ventura); hace once siglos que, en una noche como esta, y acaso en este propio paraje, gente de guerra contaba una historia muy parecida á la que estoy oyendo.... El asunto era el mismo, é idénticos también los personajes del drama: de una parte, un Rey del Norte de Italia invadiendo los Estados de la Iglesia: de la otra, un Guerrero francés pasando los Alpes con gente reclutada en la Rhetia y en la Galia y yendo á socorrer al Sumo Pontífice.... Y el mismo combate sangriento; y la misma vuelta de los hombres del Norte á su país; y la misma conversación en estos lugares, la noche solemne en que pudieron decir á sus familias: —«El sol que nos ha »visto esta tarde bajar de los Montes y estrecharos en »nuestros brazos, nos vió esta mañana en tierra de »Italia!»—¡Todo, todo es igual!.... Sólo el resultado de la acción ha cambiado: entonces, los defensores del Papa volvían vencedores: en 1860 vienen vencidos y dispersos....

Pero habíase hecho muy tarde, y nosotros teníamos que levantarnos á las tres de la madrugada, hora de salida de la Diligencia que ¡en diez y ocho horas! nos trasladaría al otro lado del Simplón, pasando por su mismísima cumbre....

El Francés contaba su biografía; el Inglés seguía bailando, sin atreverse á acercarse á la chimenea, y los Suízos empezaban á desfilar ó á dormirse.

Desfilamos, pues, también por nuestra parte, y

nos acostamos en seguida, no sin pensar de nuevo que á la noche siguiente dormiríamos en Italia, á orillas del famoso *Lago Mayor*.

Tres horas después nos despertó la que yo llamo *diana del viajero*, ó sea el incesante chasquido del látigo del Mayoral.

Todavía era muy de noche, y hacía un frío de todos los diablos; por lo cual entramos en el comedor en busca de la chimenea.

El Inglés seguía paseándose del mismo modo que lo dejamos, sin haber logrado todavía calentarse los pies, á pesar de hallarse ya solo en el comedor....

¡Porque la chimenea estaba apagada!.... ¡El Francés la atizó y revolvió tanto antes de acostarse, que no dejó en ella más que tizones muertos y ceniza!

Yo estoy seguro de que el Inglés pasó la noche acariciando la idea de una guerra entre Inglaterra y Francia, y jurando servir en ella como voluntario.

Sin otra novedad, montamos en el interior de la *Diligencia de Italia*, que por cierto era pequeñísima, y emprendimos la marcha entre las sombras de la noche.

Dicho se está que nos dormimos.

.....

Cuando despertamos, habíamos ya subido tantas retorcidas cuestas, que nos hallábamos á tres mil pies sobre *Brigg*.

El sol naciente reflejaba sus luces en las perpétuas nieves del *Simplón* y en el macilento rostro del pobre Inglés....—que iba dormido en la berlina.

Detrás de nosotros se descubrían las lejanas cumbres del *Breithorn*, del *Jungfrau* y del *Monch*.... ¡Es decir, que la Suíza se nos aparecía entera.... en el mismo instante que íbamos á abandonarla!

:

La Diligencia rodaba ya sobre nieves y hielos, y las *casas* de posta en que se mudaba tiro tenían el nombre de *Refugios*; lo cual significaba que dependían de la benéfica Asociación que fundó los *Hospicios* del *San-Bernardo*, del *Simplón* y de otros montes.

Pero lo que más nos sorprendía y maravillaba en este viaje era la propia Carretera que íbamos recorriendo y de que ya os he hablado algo.—El trazado no podía ser más atrevido, y las obras de fábrica asombraban por su grandiosa solidez.... En todo el camino no hay un solo palmo de terreno en que no se hayan vencido inmensas dificultades: unas veces se pasa por anchas cornisas taliadas en la roca; otras por puentes de extraordinaria altura tendidos sobre abismos espantosos; ora bajo galerías que protegen á los viajeros contra los aludes; ora por túneles abiertos en el hielo y el granito. En ciertos parajes tropezó el Ingeniero con lechos de torrentes que servían de desagüe á *glaciers* elevadísimos, y venció la dificultad construyendo acueductos que, arrancando de los mismos hielos, conducen el agua sobre un arco por cima del camino y la precipitan al lado allá como cascada. En otros, la carretera es un corredor, con balcones que dan á profundos despeñaderos, en los cuales la vegetación, las rocas y las aguas presentan á cada momento preciosísimos cuadros. Así camináis horas enteras, bajo techado y de balcón en balcón, cual si fuérais llevado en Diligencia por los claustros de un convento ó por las galerías de un palacio.... Poco después, marcháis sobre una muralla que arranca del hondo barranco y que parece obra de titanes.... Antes, rugía la catarata sobre vuestra cabeza: ahora, rueda el alud bajo vuestros pies. En tales sitios os veis sepultados bajo corpulentas moles que amenazan cerrar la vía: en cuales otros os creéis suspendidos en el aire

y próximos á caer despeñados en tenebrosos precipicios.... Y, cuando lleváis muchas horas de andar de esta manera, volvéis la cabeza atrás, y os encontráis con *Brigg* á vuestros pies,—muy por *debajo* de vosotros....es verdad....; pero también muy *cerca;*—como tenéis *cerca* una ciudad cuando subís al alto campanario que la domina....

Llegamos al fin á la cumbre, señalada por una Cruz de madera....—Hacía allí un frío espantoso.... En derredor nuestro no se descubría más que nieve.... Ya no veíamos á *Brigg*, ni el valle del Ródano, ni tan siquiera el *horizonte* de la Suíza.... ¡Habíamos entrado en la gran meseta que constituye la cima del *Simplón*, á 14,000 pies sobre el nivel del mar!....—¡Dijérase que viajábamos por el cielo!

Y ¡qué frió hacía tan lejos de la Tierra!—El sol, que se acercaba al cenit, lucía muy espléndidamente; pero ni calentaba nuestros ateridos miembros ni conseguía derretir un sólo átomo de nieve.... Sus rayos caían sobre nuestro rostro y sobre la dura y helada tierra blancos y fríos como los de la triste luna.

En esto hirió nuestros oídos el son de una campana, cuyo religioso eco nos llenó de espanto....—¿Quién podía vivir en aquella soledad melancólica? ¿Cómo resonaba allí la oración de los mortales? ¿Qué alma en pena habitaba en aquel páramo, especie de Limbo entre la Tierra y el Cielo?

—¡Vamos, señores! ¡Estamos en el *Hospicio!*.... (exclamó el Mayoral, abriendo la portezuela.)—¡Esa campana nos advierte que pasemos adelante, si queremos, á calentarnos y tomar un poco de sopa!

El *Hospicio del Simplón,* comenzado por orden de Napoleón I, fué terminado á expensas del Convento de

Agustinos de Martigni, con las mismas condiciones del famoso Hospicio del Monte San Bernardo.—En uno y otro habitan diez ó doce Religiosos de una Congregación, compuesta de cuarenta hermanos, que se fundó con el solo objeto de auxiliar á los viajeros que pasan los Alpes.—El iniciador de tan piadoso pensamiento fué San Bernardo de Menthor, el cual hizo levantar el primer Hospicio sobre el Monte que lleva su nombre, el año de 962.—Los Padres que enferman en tan ruda vida y los imposibilitados por la edad hallan á su vez asilo en el citado Convento de Martigni.—En cuanto á aquellos heroicos *perros* que tan importantes servicios prestaban á los hombres (buscando á los viajeros perdidos, sacándolos de entre la nieve, y dando aviso de ello á los Frailes), tengo el sentimiento de anunciaros que su raza se ha extinguido completamente....—Hoy se piensa en sustituirlos con otros perros alemanes, muy hermosos y de extraordinario instinto; pero, al decir de los mismos monjes que los aleccionan, no llegarán nunca al grado de valor, inteligencia y laboriosidad que alcanzaron sus ilustres predecesores.

Estas noticias nos las dió un venerable Religioso, que salió á recibirnos á la puerta del *Hospicio*, invitándonos á descansar en él, y que llevó su amabilidad hasta enseñarnos todo el Establecimiento.

El edificio es excelente.—Tiene magnífica enfermería, Capilla, muchos aposentos con chimenea, cocina económica, refectorio, biblioteca, un pequeño taller para remediar las averías de los coches, y varias otras dependencias.

Á cualquier hora que llega allí el caminante, los padres Agustinos le ofrecen lumbre y sopa; y, si es á la hora en que comen ellos, lo colocan á su lado en el refectorio.—Ni en el uno ni en el otro caso se le permite pagar cosa alguna; y, para colmo de edifica-

ción, los mismos Frailes sirven la mesa como criados.

Esta última circunstancia me conmovió profundamente. Nosotros (por novelería poética, no por otra cosa) habíamos cedido á las instancias de los Religiosos y aceptado una sopa de leche, que por cierto estaba exquisita.... Pero, cuando observé que un respetable Sacerdote nos ponía y quitaba platos, la vergüenza y el remordimiento, la gratitud y el asombro me infundieron impulsos de coger la mano que me servía y de besarla humildísimamente....

¡Ahora me pesa no haberlo hecho! —¡Ah! si hubiese en la redondez de la tierra multiplicados ejemplos de la caridad que se ejerce en la cumbre de los Alpes, la paz y la dicha serían posibles en la raza de Adán!

Nota: por si hacéis alguna vez este mismo viaje, debo advertiros que en la Capilla ú Oratorio del *Hospicio del Simplón* hay un cepillo de madera, donde, si os place, podéis dejar una limosna, que será germen de otras muchas.

Conque ya estamos otra vez en marcha y en lo más interesante y solemne del viaje.... —¡Terminada esta gran meseta, descubriremos el horizonte de Italia y empezaremos á bajar la inclinada cuesta que va á morir en el *Lago Mayor!*....

.....

Á los veinte minutos de camino, pasamos cerca de una Torre.—Es el *Antiguo Hospicio*, propiedad ahora de algunos pastores de los vecinos valles....

Pero observo que hemos empezado á bajar....—¡Demos un *adiós* á Suíza y á Francia y al invierno que para aquellas tierras ya avanzaba por el Norte!....—¡Hemos salvado la cumbre! ¡Estamos en el lado meridional de los Alpes!....—La interposición de escalona-

das estribaciones nos impide todavía ver el suelo de Italia; pero el cielo que descubrimos.... ¡ya es su cielo!....

Ha transcurrido una hora; hemos bajado 2,000 pies, y estamos llegando á un melancólico pueblo enclavado en la montaña.

Llámase *El Simplón*, y habítanlo pastores que utilizan la incipiente vejetación de los profundos barrancos que lo cercan.—El invierno dura aquí ocho meses.... Pero nosotros no nos detenemos ni un segundo allí donde el Invierno se detiene tanto....

Vamos despeñados.... La cuesta se retuerce como una culebra que pugnase por no dejarnos descender á la llanura....

Cruzamos la magnífica *Galería de Gondo*, término de una garganta estrechísima y atroz que produce miedo y asombro, así como exceden á toda ponderación el atrevimiento y grandeza de la Galería, en cuya entrada recuerda una Lápida monumental, que Napoleón la construyó en 1805, «*aere italo*» (con dinero italiano). —La salida está artillada con recios morteros, puestos allí por la Suíza.

Un poco más lejos, salta (casi al alcance de la mano) la vistosa cascada de *Fressinone*, cuyas espumas rugen y se despedazan al chocar con ciclópeas moles de granito.—Sobre ella hay tendido un ligero puente de madera, que tiembla al solo impulso del aire agitado por el salto del agua.

Pero henos en *Gondo*, último pueblo suízo.—¡Si el horizonte no siguiese cerrado por altas rocas, ya estaríamos viendo el suelo de Italia!

Minutos después pasamos cerca de una Columna en que se ve grabada esta inscripción:

Italia.—Stati sardi.

¡Estamos, pues, oficialmente en Italia; en los Estados Sardos!....—Pero todavía los Alpes siguen defendiéndose, siquier en retirada....—¡Fieles amantes de la beldad que ocultan al mundo, no permitirán que nadie la vea mientras á ellos les quede un instante de resistencia!....

Desde el *Hospicio* hasta aquí hemos bajado 4,500 pies.—Nos faltan 1,000 para llegar á la llanura.

Mas he allí el primer pueblo italiano....—Llámase *San Marco*, y es una pobre aldea por el estilo de *El Simplón* (quiero decir, de aspecto suízo).... Sus habitantes hablan el *patois* piamontés, más cargado de palabras francesas que de italianas.

Seguimos rodando precipitados....

Á los pocos momentos llegamos á *Isselle*, pueblo algo más importante, pero tampoco de fisonomía meridional, tampoco distinto de los alpestres.

Sin embargo, en él se halla la *Aduana Sarda*, y nos piden el pasaporte....

También se leen ya aquí edictos y muestras de tiendas en italiano, y tenemos, por consiguiente, ocasión de utilizar nuestra afición á la música y á los poetas de Italia....—Lo diré más claro: en *Iselle* empezamos á hablar un italiano de *libretto* y de poema, que por cierto no sirve para pedir un plato de sopa....

Caminamos de nuevo....

La tenacidad con que las montañas limitan el horizonte nos llena de impaciencia....—¡Y aún pasamos hora y media de este modo! ¡Siempre bajando, sin llegar nunca á la llanura! ¡Siempre dejándonos atrás

montes y montes, sin que los tales montes parezcan tener fin!

Así cruzamos otra garganta feroz, otra sorprendente galería, otro altísimo puente, hasta que, por último, en una revuelta del camino, sepáranse de pronto las montañas, bájase la línea del horizonte, dilátanse la tierra y el cielo, y una mar de luz inunda nuestros ojos....

—¡Italia!.... ¡Italia!....—gritamos Iriarte y yo jubilosamente.

—¡Ahí tienen Vds. á Italia!—exclama el Mayoral, muy orgulloso de haber vencido á los Alpes y pasado á la otra banda de ellos....

Hasta el Inglés se permite entusiasmarse y sacar la cabeza fuera del coche....

—¡Italia!....—dice, y se quita el gabán, debajo del cual lleva otro más pequeño.

¡Oh! sí.... ¡aquella es Italia!.... ¡Aquel cielo turquí, aquel fulgurante sol, aquella riente campiña cruzada por plateados ríos, aquellas verdes colinas coronadas de blancos palacios, aquellos olivares obscuros, aquellas praderas de esmeralda, aquellas graciosas quintas, todo aquello es lo que yo me imaginaba desde niño!—¡Cómo se comprende que esta tierra sea tan codiciada! ¡Cuán bella la verían todos los Conquistadores, desde Aníbal hasta Napoleón, al asomar por encima de los Alpes! ¡Cuán hermosa la encontrarán sus hijos, al volver de largo destierro!

El Inglés se quita el segundo gabán, y nosotros nos aligeramos también de ropa.—Hace calor, cual si de pronto hubiésemos penetrado en una estufa para exóticas plantas....

En medio del gran triángulo de llanura que divisamos á lo lejos, se divisa sobre verde colina un magnífico Palacio blanco, de riente y gracioso aspecto....

—¿Ven Vds. aquel Palacio? (nos dice el conductor.) Pues es de una persona muy notable, á quien habrán oído Vds. nombrar mucho....

—¿De quién es?

—*De Juan María Farina*, del gran fabricante de Agua de Colonia.

¡Bien por el conductor!—¡La noticia que acaba de darnos vale un mundo!

El Inglés toma nota en su cartera de viaje, y se quita el tercer gabán, quedando ya de levita.

Yo me contento con repetir esta frase de una melancólica epístola de Ventura de la Vega: «*¡Todo es verdad!....*»

Y, en prueba de tan profundo dicho, ya empezamos á ver hombres pálidos, de melodramáticas barbas y líricos ojos negros....; ya principian á sonar en nuestros oídos y á parecer ante nuestra vista palabras acabadas en *ini;* ya se acabaron las humildes casaquillas helvéticas, y comienzan los tragicómicos chaquetones italianos....

Estamos en *Domo d'Ossola*.—Sus lánguidas mujeres llevan mantilla negra.... El gentío grita, bulle y salta, como donde quiera que abunda el sol.... Los muchachos atruenan las calles con sus gritos.... Las aves revuelan cantando perdurables amores....Las casas ostentan fachadas con columnas.... Castaños y nogales crecen á la salida del pueblo....

¡Nosotros seguimos adelante....; pues tenemos firme propósito de ir á dormir á *Baveno*, á orillas del mismísimo *Lago Mayor!*....

Y así pasa la tarde.... ¡tarde embalsamada y bella!.... Y así llega la noche.... ¡noche sublime, coronada de límpidos luceros!....

.....

Serían las nueve cuando el Mayoral abrió la porte-

zuela del coche y nos halló dormidos como unos bienaventurados....

—¿Á qué Hotel vamos, señores?—nos preguntó en su dialecto suízo.

Habíamos llegado á *Baveno*.

—¡Á un Hotel cuyos balcones den al *Lago Mayor!*—respondimos Iriarte y yo á un mismo tiempo, aun antes de despertar enteramente....

Á los pocos minutos estábamos ya alojados según nuestros deseos; con lo que, dejando íntegra para el día siguiente la deseadísima contemplación del Lago, nos acostamos y seguimos durmiendo, como duerme por la noche todo aquel que se ha levantado muy de mañana.

LIBRO TERCERO.

EL PIAMONTE.

I.

EL LAGO MAYOR.—UN DOMINGO EN LAS ISLAS BORROMEAS.—LA FAMILIA DE SAN CARLOS.—MILICIA NACIONAL.—LA CUESTIÓN DE ITALIA.—NOVARA Y MAGENTA.—LLEGADA Á TURÍN.



PENAS *la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase*, Mr. Iriarte sacó la cabeza de entre el sudario nocturno que llamamos sábanas, y exclamó solemnemente desde su alcoba, separada de la mía por un saloncillo:

—¡Buenos días!

—¡Dios te los dé muy buenos! — respondió mi humanidad, compareciendo de pronto en este mundo, ó sea despertando repentinamente.

—¿No sabes qué hora es? — continuó gritando mi amigo.

—Serán las cinco, sobre poco más ó menos....

—¡Son las seis, señor perezoso! — Por las rendijas de los balcones se filtra la luz del día....

En efecto: algunas hebras de oro ó agujas de fuego

penetraban en el salón contiguo, en señal de que había salido el sol.

Una campana tocaba á misa.... allá.... muy lejos....; pero su son se dilataba puro y melodioso sobre la vibrante superficie del Lago, llegando á nuestros oídos como una nota musical. El canto de los pájaros y los gritos de los hombres se esparcían limpios y sonoros por una atmósfera tensa, plácida, tranquila.... — Todo nos indicaba un día delicioso.

Nuestro diálogo continuó de esta manera:

— ¿Carlos?

— ¿Qué?

— ¡Estamos en el Piamonte!....

— ¡Muy mal dicho! ¡Estamos en *Italia!*

— ¡Quiéralo Dios!

— ¡Ya lo veremos! — Y, á propósito, creo que debemos levantarnos.

— ¡Feliz idea! — Pero hagamos antes un poquito programa....

— ¡Eso es lo primero!.... — respondió Iriarte, bostezando.

— Pues orientémonos. ¿Sabes tú lo que hay debajo de nuestros balcones?

—Me lo figuro, porque hace media hora que estoy oyendo el ruído de los remos en el agua....

— Perfectamente. — ¿Sabes tú lo que hay un poco más allá?

— Más allá.... deben de distinguirse las *Islas Borromeas*, brotando de en medio del Lago como graciosas macetas de flores....

— ¡Justo y cabal! — ¿Y sabes que en *Isola Bella*, la mayor de las cuatro Islas, hay un Hotel en que se almuerza perfectamente?

— Sé más que eso.... ¡Sé que nosotros vamos á almorzar en ese Hotel!

—¿Y sabes que hoy es domingo?

—Eso lo ignoraba; pero me alegro de saberlo; pues, si no mienten mis apuntes, todos los domingos recorren varios vaporcitos el *Lago Mayor*, llevando de orilla á orilla, y de un pueblo á otro pueblo, y de una Isla á otra Isla, infinidad de gentes de Turín y de Milán, que llegan en Ferrocarril á estas márgenes encantadas....

—¡De manera que nosotros podemos vestirnos, cargar con nuestro diminuto equipaje, meternos en un bote á la puerta misma de este Hotel, visitar las Islas, oir misa en cualquiera de ellas, almorzar donde hemos dicho, acechar el paso de un Vapor, unirnos á gentes que vayan de vuelta á Turín, tomar el Ferrocarril en Arona, y llegar esta noche á la Capital de Cerdeña....

—¡Sí que podemos!.... Y, á fin de demostrárselo á nuestros enemigos, vamos á levantarnos....

—Te comunicaré antes una cosa, —observé yo.

—Soy todo orejas.

—¡Estamos en país excomulgado!

—¡Lo sabía!

—¡Pues no se te conoce!.... —Yo estoy nervioso desde que me he acordado de ello.

—¿Y cuándo te has acordado?

—Cuando me dijiste que no estábamos en el Piamonte, sino en *Italia*. —¡Yo bien sabía que el Piamonte era *Italia;* pero tú has querido darme á entender que *Italia es el Piamonte!*

—¡*Italia* es Italia! —No hablemos de política: lo convinimos en Saboya.

—¡Pero yo estoy nervioso sin poderlo remediar! ¡Tú no sabes dónde nos hemos metido! ¡Estos piamonteses son el demonio! —Empieza porque están excomulgados, como te acabo de decir.... Añade que están enredados en dos guerras: la una contra un Rey

amigo; la otra contra el Padre Santo.... Recuerda, en fin, que han armado la Milicia Nacional.... ¡Figúrate, pues, qué barahunda vamos á encontrar por todas partes; cuántos peligros, cuántos contratiempos....! —¡Digo! ¡Y yo, que soy español!.... —Porque has de saber que, en esta tierra, *español* es sinónimo de reaccionario, de borbónico, de *antonellista*, de napolitano, de inquisidor....

—Según eso, ¿no quieres levantarte?....

—No me atrevo....

—Pues yo sí; y en prueba de ello....

—En prueba de ello.... ¿qué?

—¡Aquí me tienes vestido y en marcha!

—No más vestido ni más en marcha que yo!—respondí, apareciendo en el salón al mismo tiempo que mi amigo.

Los dos habíamos tenido la idea de sorprendernos uno á otro, vistiéndonos con disimulo.

Abrimos, pues, un balcón,—que por cierto daba á Levante.

Un mar de sol inundó la sala y nos dejó ciegos por unos segundos....

El Lago, que empezaba debajo del mismo balcón, relucía como un espejo, ó más bien como una llama.... El sol se levantaba frente á frente de nosotros, radiante, alborozado, risueño, empezando su carrera por un cielo limpio de nieblas y de nubes.

Cuando mis ojos pudieron ya resistir tan vivos resplandores, quedéme extático ante la peregrina hermosura de un panorama sin rival en el mundo....

Procuremos fotografiarlo con palabras.

Mirad.—El Lago se dilata quince leguas de Norte á Sur; pero, desde la orilla en que estamos hasta la de

enfrente (que es la mayor anchura), sólo hay dos leguas cortas.... Parece, pues, un amplísimo río canalizado.... Y, en efecto, no es otra cosa que un anchurón y remanso del *Tesino*, el cual entra allí por el Norte, y sale por el Sur con dirección al Po.

Las inmóviles aguas del Lago semejan bruñida lámina de plata.—En medio de ellas se levantan cuatro pequeñas y graciosas Islas, amorosamente agrupadas, cuyos palacios y jardines se copian con admirable minuciosidad en el diáfano elemento....—Son las *Islas Borromeas*.... Pero diríase más bien que son cuatro mágicas naves en que voluptuosa reina (una Cleopatra, una Semíramis ó una Faustina) ha reunido todas las delicias de la tierra.

Más allá descubrimos clarísimamente toda la margen oriental del Lago, determinada por suaves colinas verdes, coronadas de árboles y de quintas, á cuyo pie se recuestan blancas Ciudades, que brillan al sol, como si fueran de alabastro, y luego fulguran dentro de las cristalinas ondas, cual si se bañaran en ellas.... —¡Es la *Lombardía!*—¡Salud á esa margen y á esos pueblos!.... Ayer pertenecían al Austria, *siendo Italia:* ayer amenazaban desde allí cañones extranjeros á su hermano el Piamonte: ayer salían de aquella orilla Vapores austriacos y paseaban su aborrecido pabellón delante de la indignada tierra gobernada por Víctor-Manuel: ayer Piamonteses y Lombardos se tendían los brazos desde una costa á la otra; éstos pidiendo auxilio, aquéllos ofreciéndoselo; los primeros lamentando su horrible esclavitud, los segundos jurando vengar el infortunio de Novara.... Hoy las hermosas ciudades hermanas que se miran desde las dos orillas del *Lago Mayor* viven en paz, libres y contentas, bajo la bandera tricolor de la madre Italia....—¡Salud, salud á esos pueblos!.... Los patriotas españoles que

veneramos el glorioso recuerdo de Bailén, de Zaragoza y de Arapiles, no podemos menos de considerar justa y santa la *independencia* de los italianos, cuya sangre ha corrido á torrentes en Pallestro y Solferino, como hace once años corrió en Venecia y Novara.... ¡Todo el que haya maldecido la memoria de Murat en Madrid, tiene que maldecir la memoria de Radetzki en Milán!

Al Mediodía de la formidable Plaza de *Laveno* (donde el año pasado fracasó Garibaldi, y sólo rendida después de la batalla de Magenta), descúbrese un vasto horizonte sobre una tierra lisa, verde, extensísima.... —Son las llanuras famosas del Milanesado, en medio de las cuales nos imaginamos ya ver á Milán.

Hacia el Norte, el paisaje es muy diferente. El Lago penetra por entre altos y tajados montes, que proyectan su sombra sobre las aguas, dándoles un tinte verde y misterioso. —Los barcos que suben en aquella dirección, y que desaparecen *en el interior de la montaña,* se dirigen á Suíza, á la cual pertenece la parte septentrional del *Lago Mayor*.

En la misma orilla donde nosotros nos hallamos, se extiende á la izquierda un ancho golfo, al través del cual divisamos á *Pallanza*, pintoresca Ciudad del Piamonte; mientras que al lado derecho descubrimos á *Stresa* con su magnífico Palacio y deliciosas *Villas*.

Por todas partes, en fin, vense caseríos, alcázares ó aldeas, cuya reproducción en el cristal del Lago hace soñar con los Palacios submarinos de las Nereidas; pues no parece sino que debajo del nivel de las aguas hay otro mundo, con sus montes, sus árboles, sus casas, sus iglesias, su cielo, y hasta sus aves, que cruzan en todas direcciones....

¡Y qué intensa luz, qué gozoso ambiente, qué dulce calor, qué acordados ruídos inundan la comarca!....

Pero cata aquí que, mientras nosotros estamos absortos, se ha reunido debajo del balcón toda una escuadra de botes, gobernados por gallardos mancebos y hasta por hermosos niños, vestidos con una sencillez que no carece de gracia, —descubierta la frente, el pecho desnudo, descalzos de pie y pierna, con largos cabellos flotando sobre los hombros y con los brazos al aire, extendidos hacia nuestro balcón....

—¡Señor!.... ¡Señor!.... ¡Tome mi barca!.... ¡Vamos á las *Islas Borromeas!* —exclaman todos los patrones á un tiempo.

—¡Vamos á las *Islas Borromeas!* —respondemos nosotros, bajando en el acto.

El barquero en cuyo bote nos metimos (sirviéndonos de muelle ó embarcadero el tranco mismo de la puerta de nuestro Hotel) tendría quince años. No bien se aseguró de que *éramos suyos*, agitó los remos, permaneciendo de pie en medio del esquife; y la tajante quilla empezó á romper el unido y terso cristal de aquel tranquilo estanque....

El movimiento era tan leve, que, durante la travesía, Iriarte iba dibujando las líneas generales de tan sublime cuadro, y yo escribía estas impresiones en mi cartera de viaje, para que no las borraran otras impresiones que ya presentía.

Nos dirigíamos á *Isola Madre*, la *mayor* del encantado archipiélago, y que, sin embargo, no tendrá un kilómetro de circunferencia.—Un cuarto de hora después atracábamos al pie de ancha escalera tallada en la roca, cuyas gradas conducían á una puerta del Renacimiento, sobre la cual se veía el escudo de armas del Propietario de la Isla; del Conde Borromeo, descendiente por línea recta del mismísimo *San Carlos*.

Saltamos, pues, del bote á la escalinata, y llamamos á la puerta.

Un jardinero vino á abrirnos.—No habia por el momento ningún otro habitante de aquella mansión deleitable...., y aun de éste diré que, no bien abrió la boca, nos percatamos de que era tonto; ¡pero tonto imbécil, como los que no reciben sacramentos ni tienen personalidad jurídica!—¡Isla verdaderamente afortunada! ¡Envidiable edén! ¡Asilo seguro de la paz y de la inocencia!.... ¡Su único habitante era idiota!

Entramos en la Isla,—y digo *entramos*, porque está cercada ó amurallada.

Yo le había dado en broma el nombre de *edén;* pero es lo cierto que ningún otro le cuadraba mejor.—Desde luego nos hallamos dentro de un bosque de laureles, por en medio del cual serpenteaba arrecifada cuesta.... Tan espeso era aquel bosque, que por ninguna parte se descubría la bóveda celeste.... Miles de ruiseñores, en fin, ocultos en las frescas sombras del aromático ramaje, prestaban voces de amor á su alto silencio....

Habia en esto un encanto, un misterio, una poesía, que traia á la memoria el jardín de la Inmortalidad imaginado por los vates de Grecia, la sagrada mansión de Apolo, el *Parnaso*, pintado por Rafael Urbino. —Los ruiseñores, cantando en los laureles, recordábanme los poetas inmortales, reunidos en Delphos en torno del Hijo de Latona; ó bien creía haber desembarcado en la Isla de Delos, y halládola, no tal como hoy se encuentra, deshabitada y pobre, sino tan rica y bella como debió de ser en otro tiempo, cuando la respetaban las devastadoras haces de Xerxes y Darío y le rendían homenaje los atenienses.

Terminada la cuesta, y fuera ya de la sacra mansión de los cantores, *Isola Madre* se nos presentó bajo otro aspecto no menos delicioso.—Altos cedros; li-

moneros y naranjos, cargados de fruto, y bellos y pomposos áloes sustituyeron á los laureles. Las palomas reemplazaron á los ruiseñores. El cielo se veía por los claros de las ramas, y la luz del sol lograba penetrar hasta los prados de flores que se extendían en rededor de los troncos seculares.... Por consiguiente, si el bosque de laureles me había recordado el Templo de la Gloria, el otro bosque me recordó el Templo del Amor. Las palomas se arrullaban y besaban volando de árbol en árbol: los faisanes y los pavos reales se perseguían dando vueltas en torno de camas de jazmines, luciendo, con la ufanía propia de enamorados correspondidos, las galas de su espléndido plumaje: el aroma del azahar prestaba al ambiente una plácida dulzura que penetraba hasta el corazón: la inmovilidad de las hojas, el sosiego y soledad del vergel y hasta la ininteligente ó *extra-humana* condición del guardián de tantas maravillas, daban, en fin, un aire monumental y *apoteótico* á aquella artificial naturaleza....—Y yo pensaba en la *Isla Afortunada* donde Reinaldo vivió preso entre los brazos de Armida, y en la Isla de Chipre, consagrada á Venus, y en el Paraíso de Mahoma, y en los jardines fantásticos de los cuentos persas, y en Circe y en el esposo de Penélope, y en todo lo demás que podéis figuraros y que yo no debo decir.

En medio de *Isola Madre* álzase un vasto *Palacio*, medio ruinoso, deshabitado y sin muebles, donde sólo viven los ecos de antiguas fiestas y los suspiros de pasados amores....—El actual Conde Borromeo habita en *Isola Bella*.

—¡Nada más natural! (pensé yo.) Es la ley del mundo: es la ley de Dios: dejar á la *madre* por la *bella*. —«Dejarás á tu padre y á tu madre....», dice la Sagrada Escritura.

En poco más de media hora dimos la vuelta á toda la Isla y llegamos á la puerta por donde habíamos entrado....

Saltamos al bote, y pusimos el rumbo á *Isola Bella*.

Durante la travesía, el barquero nos fué dando noticias acerca del Archipiélago Borromeo.—Aquel rapaz se sabía de memoria todo el *Lago Mayor*.

—De estas cuatro Islas (nos decía en verdadero italiano), las dos más grandes, ó sean *Isola Madre* é *Isola Bella*, pertenecen al Conde Borromeo, el cual viene á ellas los otoños con su familia y muchos convidados, que bailan y se divierten hasta más no poder. Unas veces pasan la noche damas y galanes persiguiéndose por el Lago en ligeras canoas; otras iluminan los jardines: ya queman arbolillos de pólvora; ya dan conciertos que se oyen desde todas las riberas y no nos dejan dormir.—Anoche, sin ir más lejos, hubo una de estas funciones, y yo he estado hasta la madrugada tendido en mi barca (pegada como una sombra á las peñas de la Isla), oyendo cantar á las hijas del señor Conde, á las cuales conozco ya en la voz; y, en verdad, en verdad digo á Vds. que aquello valía la pena de ser escuchado por alguien que no fuese un pobre pescador como yo....

¿Conocéis las novelas de Jorge Sand?—(Ahora soy yo quien habla: y me dirijo á vosotros, lectores míos.)—¿Conocéis á *Consuelo*, á *Lelia*, *Los dos amores*...., sobre todo *Los dos amores?* ¿No es verdad que, al oir á este barquero de quince años, bello como un Apolo y medio desnudo como él, hablar de música y de Condesas con tan fogoso entusiasmo, en el seno de una naturaleza tan ardiente y provocativa, cree uno ver realizarse los más apasionados *ensueños* ó re-

petirse las más deliciosas *aventuras* de aquella especie de *don Juan* con faldas.... y hasta con pantalones? ¡Oh! ¡Jorge Sand! — Él, ó sea *ella*, vivió mucho tiempo en las orillas de este Lago, y colocó aquí la acción de muchas obras suyas....— ¡Lástima grande que tan gran poeta fuera mujer, ó que tan hermosa mujer fuera poetisa!

Pero sigamos oyendo al barquero.

—*Isola Bella* é *Isola Madre* eran hace doscientos años dos áridas rocas completamente despobladas. En 1670, el conde Vitalio Borromeo las cubrió de tierra y construyó el Palacio de *Isola Bella* y los jardines de una y otra isla. Desde este tiempo, todos los Condes se han afanado por hermosearlas, trayendo á ellas plantas y flores de lejanos países y estatuas y cuadros de sus Palacios de Turín y Milán. — Aquella tercera isla, más distante y cubierta de casas, se llama *dei Pescatori,* por ser propiedad de los pescadores del Lago, y constituye todo un pueblo, con su Iglesia, sus Autoridades y demás cosas que hay en los pueblos; menos algún terreno en que plantar un árbol, pues las viviendas nos dejan apenas lugar para tender las redes al sol.—En fin, aquella otra isla, llamada de *San Giovanni* (San Juan), que se ve allá lejos, enfrente de *Pallanza*, es tan pequeña, que bastan á llenarla una capilla, una casa y un jardín. Toda ella ha pertenecido hasta ahora á los canónigos de *Pallanza;* pero hace pocos meses la ha comprado el Conde Borromeo.—Estos Condes Borromeo descienden del *mejor Santo* que ha habido sobre la tierra.— ¡Ya verán Vds. luego su estatua colosal, cerca de Arona!—Dicho Santo existió hace tres siglos, y era sobrino del Papa. Inventó el *Catecismo* que aprendemos en la escuela, y estuvo en el Concilio de Trento, donde trabajó como nadie contra los herejes enemigos de la *Madonna* (la Virgen

María). En premio de esto, la *Madonna* le libró del puñal de unos frailes muy malos, que trataron de asesinarlo, sólo porque se empeñó en meterlos por vereda y corregirlos de las malas mañas que habían adquirido. —En fin, después que murió, que fué á los cuarenta y seis años, Dios concedió á su sepulcro la virtud milagrosa de curar enfermedades mortales, por lo cual se vino en conocimiento de que aquel hombre tan bueno era un Santo, y Pablo V, Pontífice muy célebre, lo canonizó tal como hoy se halla.... —Yo me llamo Carlos, para servir á los señores, y el Lago, en el lugar por donde vamos ahora mismo, tiene 700 pies de profundidad.

Mientras así hablaba el joven, pasamos cerca de una nueva Isla, tan insignificante y diminuta, que no figura en los Mapas, ni en las Guías, ni en los Diccionarios.—¡El mismo barquero la había juzgado indigna de mención, creyendo sin duda que nosotros no repararíamos en ella!

Aquella Isla, que parece una hija recién nacida de las *Borromeas*, tendrá cincuenta pasos de circunferencia y apenas sobresale un pie del nivel del Lago.—En ella crecen dos sauces y medio, extremadamente endebles y muy pálidos....

Cuando nosotros cruzamos á su vista, *habitábala*, á guisa de Robinsón, un barquerillo de diez á doce años, que había amarrado su ligera barca á uno de los sauces, y tomaba el sol, tendido boca arriba sobre la arena, *fumando* y cantando alternativamente.

Los sauces, la Isla, la barca y el muchacho formaban un cuadro tan gracioso, tan sencillo, tan artísticamente dibujado sobre las brillantes aguas, y por añadidura tan pequeño, que todo ello junto parecía un

juguete figulino, de esos que venden en las mesillas de las ferias.

Réstame decir que la tal islilla suele dar sus capuzones en el agua y quedar sumergida durante meses enteros; pues la superficie del *Lago Mayor* sube algunos años, en la época de las grandes lluvias, hasta tres metros y medio sobre su nivel habitual.—De aquí que los dos sauces y medio sean tan débiles y enfermizos.... ¡Los baños largos debilitan mucho!

Por lo demás, aquel paraje anfibio ha merecido los honores de llevar un nombre.... Se llama la *Isla de Malghera*.

Bogando, bogando...., como íbamos, con rumbo fijo á *Isola Bella*, no dejaba yo de mirar de vez en cuando la Cordillera de los Alpes, que cerraba el horizonte al Noroeste, complaciéndome en ver asomar, sobre las brumas que coronaban todas las cumbres, una cima blanca, limpia de nubes, que reflejaba como un espejo la luz ardiente del sol, próximo ya al meridiano....

—¡Aquella cima es el *Sempione* (el Simplón)!—exclamó el barquerillo, siguiendo la dirección de mi vista.

—¡Ayer á estas horas estábamos nosotros allá arriba!—respondimos nosotros ufanamente.

¡Parecía imposible...., y era verdad!

Á todo esto el Lago empezaba á poblarse de botes que cruzaban de Pueblo á Pueblo y de Isla á Isla, llevando y trayendo pasajeros de los muchos que un Vaporcito iba dejando donde quiera que tocaba....

Aquel Vapor había salido de *Arona*, Estación de Ferrocarril, que dista de Milan dos horas y de Turín menos de cuatro....—Veíase, pues, en el Vapor y en los botes infinidad de gentes que por la mañana habían salido de aquellas Capitales, á fin de pasar como quien

dice «un *dia de campo* en el *Lago Mayor*».... Y ora topábamos con la alegre *partida* de la amistad, ora con el gracioso grupo del amor, ora con el santo cuadro de la familia; ya con gentes del pueblo; ya con damas elegantes; en un lado con las célebres hermosuras milanesas, que parecen nobilísimas estatuas; en otro con las hijas del Piamonte, de franca y risueña fisonomía....

El Vapor lucía la bandera tricolor de *Italia*, blanca, encarnada y verde, con la *Cruz de Saboya* en medio....—¡De Saboya, vendida á Francia!!—Sin embargo, ¡con qué placer se verían juntos en aquel Lago los Piamonteses y los Lombardos, antes separados por la policía austriaca!

Entre los hombres, había muchos vestidos con el uniforme de Guardias Nacionales y condecorados con cierta Medalla pendiente de una cinta blanca y roja.—Aquella condecoración significaba que habían tomado parte en la última guerra contra el enemigo común.

¡Salud á los héroes de Pallestro y Solferino! (exclamé yo en mis adentros, acordándome otra vez de Bailén y Talavera.) ¡Salud á los defensores de la independencia de su patria!

Los demás Sardos y Milaneses llevaban el universal traje ó uniforme *europeo*, quiero decir, este pantalón, este sombrero y esta levita, que son los mismos en Madrid que en París, en Roma que en San Petersburgo.—Sólo la gente del tercero y cuarto estado ostentaba en su vestido algún carácter nacional. Entre ella también había tipos soberbios, cuyos rasgos principales eran los siguientes: grande nariz aguileña; ojos negros y sombríos los de Milán, y azules y graves los de Turín; barba y cabellos largos; atlética complexión, y muy noble estatura. Su pintoresco traje consistía en sombrero chambergo, de castor ó de paja, corbata roja, larga chaqueta de terciopelo y anchuroso

pantalón de lo mismo.—Estas figuras, campeando sobre la popa de las barcas, dibujándose en el diáfano Lago, ó perfilándose sobre un cielo esplendente, eran en ocasiones hasta hermosas.

Se acercaban las doce, y de todos los pueblos esparcidos en una y otra ribera llegaban á nosotros, claras y vibrantes, las voces de las campanas que llamaban á misa.—Hacía calor. La comarca entera rebosaba placer y regocijo. Todos los barqueros cantaban. Todos los pasajeros reían. Sólo callaban, mirándose, las parejas de enamorados que cruzaban acá y allá los cristales del Lago sobre ligeras barcas, recordándome á las palomas que vagaban libres por los bosques perfumados de *Isola Madre*....—¡Deliciosa mañana!.... ¡El recuerdo de sus inefables encantos vivirá eternamente en mi imaginación!

Llegamos á *Isola Bella*.

En aquel instante dieron las doce....

La plegaria del *Ave-María* resonó en todos los campanarios de los innumerables pueblos que bordan las dos márgenes del Lago y las azuladas faldas de los montes....—Parecía que la Naturaleza por sí sola entonaba aquel himno á la Santa Madre de Jesús.

La solemne emoción que nos produjo tal concierto triunfó de la mucha hambre que teníamos....

—¿Adónde vamos? ¿Al Hotel?—nos preguntó el batelero, amarrando la barca y preparándose á servirnos de *cirerone*.

—¡No tal! (respondimos heroicamente.) Primero vamos á oir Misa.

Isola Bella puede dividirse en dos partes: la una ocupada por el vasto Palacio y magníficos Jardines de los Condes Borromeo, y la otra cedida al público, que

tiene en ella una especie de Ciudad, con su Iglesia, su Hotel y su Mercado.

En la Iglesia conté unas cincuenta personas oyendo Misa....; casi todas mujeres.

Entre estas las había con mantilla, al modo de nuestro país....

Eran las avecindadas en la Isla.

Otras llevaban sombreros medio húngaros, medio calañeses....

Eran damas de Turín y de Milán.

Algunas se paseaban, viendo los cuadros y los altares, sin prestar atención á la Ceremonia....

Eran *touristes* inglesas.

Las pescadoras del Lago se distinguían por sus talles largos y esbeltos, por su cabeza adornada de flores, y por sus corpiños negros y sayas azules ó encarnadas.

Después de la Misa, fuimos al *Hotel del Delfin*, en el que ya nos esperaba el almuerzo, en virtud de aviso de nuestro *cicerone* y batelero.

La mesa se hallaba colocada en un balcón, cuya vista sobre el Jardín y el Lago era sublime....

Pero nosotros no estábamos ya para *vistas*, pues casi no veíamos de hambre. Hablaré, por tanto, de la mesa, y diré que el sol bañaba los limpios manteles y los apetecidos manjares (huevos, peces y pollo), mientras que un ramo de flores y una soberbia pirámide de frutas coronaban la sencillez de aquel almuerzo, que no hubiéramos cambiado por los festines de Lúculo. —¡Verdaderamente, la pesca del *Lago Mayor* es exquisita, y nosotros le debíamos los *dobles honores* consiguientes á un largo ayuno!—El vino era de Asti, y tampoco nos portamos mal con él....

Á los postres nos sirvieron la *Opinione* de Turín y la *Perseveranza* de Milán, periódicos del día, que nos die-

ron noticias del estado de la guerra de Nápoles.—Aquel *Reino* había sido invitado á decir, por medio del sufragio universal, si quería ó no unirse al Piamonte y á los demás Estados de Italia que se habían ya agrupado bajo la bandera de *Independencia* y *Unidad*.—Entre tanto, Víctor Manuel y Francisco II se hallaban frente á frente, cada uno á la cabeza de su ejército, á las orillas del Volturno.—Los Estados Pontificios habían quedado reducidos al Patrimonio de San Pedro.—El Papa redoblaba sus anatemas sobre el Rey y sobre el pueblo de Cerdeña, por haber tomado la iniciativa en contra del antiguo orden de cosas.—Parma, Toscana Módena, la Lombardía, las Legaciones, las Marcas, la Umbría, Sicilia y Nápoles se habían fundido en una sola nación.—¡Los Príncipes de los extinguidos Estados habían pagado cara su insensata afición al enemigo natural de los mismos pueblos por ellos regidos, al tirano de Milán y de Venecia, al aborrecido Emperador de Austria!—Sólo era de lamentar que el Papa....

Pero esto no lo decían aquellos periódicos.

Terminada tan interesante lectura, dejamos el Hotel y nos dirigimos al *Palacio*, que es verdaderamente regio, aunque, al decir de peritos, *demasiado grande para tan pequeña Isla*.

Su severa entrada ó portal fué en otro tiempo Cuerpo de guardia, donde se reunirían los soldados del Conde á jugar y beber, en tanto que velaban el sueño de su ilustre amo.—Allí se ven hoy, colgadas de las paredes, algunas viejas armaduras, que parecen el férreo esqueleto de aquella gente venal y pendenciera. Sus armas, ennegrecidas por el moho, forman en otro lado lúgubres trofeos.... Debajo de ellos hay una enorme chimenea que trae á la imaginación noches de

otros siglos y las historias de batallas y galanteos que *i condottieri* contarían allí al amor de la lumbre y entre el azar de los dados....

Los muros de la monumental escalera están adornados con disformes escudos de piedra, que llegan desde el suelo al techo, en los cuales se hallan esculpidas de relieve las armas de la familia Borromeo. — El lema de estas armas es la palabra *Humilitas*, que se ve repetido en todos los muebles, en las cortinas, en las paredes, donde quiera que se fijan los ojos.

El salón principal es magnífico. En medio de él se alza el viejo Trono condal, que, como todos los muebles de la casa, cuenta más de trescientos años.

Soberbias camas del siglo XVI, que fueron mucho tiempo lechos nupciales, sólo sirven hoy de catafalcos, donde se expone el cadáver del Conde ó Condesa á quien por acaso sorprende la muerte en la Isla.... — Para dormir en vida, tienen Sus Excelencias (palabras del Conserje) *camas doradas de estilo moderno*, allá en sus habitaciones reservadas.

En uno de los otros lechos, no sé si antes ó después de ser relegados al servicio fúnebre, descansó en el presente siglo un ilustre Huésped, y de él se levantó al otro día para ganar la batalla de Marengo.... — Ese mismo Huésped había escrito con un puñal la tarde antes, en un laurel del Jardín de la propia *Isola Bella*, la palabra *Battaglia* (Batalla).... Por cierto que hoy sólo queda ya la primera letra de aquella profecía de gloria: la parte de corteza en que figuraban las restantes, se la han llevado poco á poco los Ingleses. — Nosotros, más piadosos que ellos, respetamos la B.

También es notable en el Palacio la Galería de Cuadros, en que se ven lienzos de *Lucas Jordán*, *Le Brun*, *Ticiano* y otros famosos artistas de toda Europa.

Como los Condes estaban en la Isla, no pudimos

ver las habitaciones en que al presente moran.... Nos dirigimos, pues, á los Jardines, pasando por un segundo Palacio, casi subterráneo, que consiste en una sucesión de grutas, revestidas de mosaico y de caprichosos riscos. — Estos aposentos se hallan al nivel del agua, y son fresquísimos hasta en el verano. Adórnanlos muebles rústicos.

Los renombrados Jardines de *Isola Bella* (que para mi gusto son inferiores en hermosura á los de *Isola Madre*) se levantan, al modo de pensil babilónico, en diez y seis terrados construídos unos sobre otros hasta formar una especie de Torre de Babel. El Jardín más alto se halla á cien metros sobre el nivel del *Lago Mayor*, y en él, como en los demás, admírase una variada multitud de fuentes, estatuas, macetas, árboles de las cinco partes del mundo, flores de todas clases, glorietas umbrosas y cuanto puede soñar la imaginación y combinar el arte para trocar áridas peñas y simétricas murallas en una mansión de delicias.

Pero ahora entra lo principal.—Desde la cúspide de aquella torre encantada vimos, en una fértil huerta que linda con el Palacio, algunas damas vestidas con peinadores blancos (lo que en el dialecto elegante quiere decir *no vestidas*), las cuales andaban de un lado á otro cogiendo flores y frutas....—¡Eran las castellanas de *Isola Bella* (por cierto muy bonitas)! ¡Eran la mujer, hijas y sobrinas del Conde Borromeo! — Sus voces argentinas llegaban claramente hasta nosotros.... Pero ¡ay! ¡las diosas de aquel mágico recinto hablaban en prosáico francés!—¡Maldita *façon!* ¡Cuánto más grato nos hubiera sido su propio idioma...., el melodioso y dulce idioma de Petrarca!

Item: Al volver de los Jardines al Palacio, nos encontramos, en la meseta de una ancha escalera, con un caballero, vestido como cualquiera otro, con levita,

pantalón y chaleco al estilo de París.... — Él subía y nosotros bajábamos. — Al pasar á nuestro lado, se quitó el sombrero ligeramente....

Nosotros le contestamos del propio modo, sin saber quién era y creyendo no estar obligados á más. Pero el criado que nos guiaba le hizo una reverencia muy profunda, y no tardó en decirnos que aquel caballero era el Rey del Archipiélago, el Dios de aquel Edén, el Señor á quien cantaban los ruiseñores y perfumaban los mirtos y laureles de *Isola Madre* é *Isola Bella*, —el actual Conde Borromeo, en fin....

Cuando lo supimos, ya no era tiempo de saludarlo con mayor ceremonia.

El heredero de San Carlos se llama *Vitaliano* ó *Vitalio*, como algunos de sus mayores, y es hombre de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y de severo aspecto. — Antes de 1848 vivía en Milán, como casi todos los patricios lombardos. Cuando estalló la Revolución de aquel memorable año, tomó en ella parte muy activa, y, una vez expulsados los austriacos después de cinco días de horrible combate, fué elegido miembro del Gobierno Provisional de Lombardía, que duró desde el 18 de Marzo hasta el 6 de Agosto de dicho año. Dueños nuevamente de Milán los extranjeros, el Conde Borromeo tuvo que emigrar al Piamonte, y el Austria se vengó entonces de él secuestrándole todos los bienes que poseía en territorio lombardo. En cambio, el Gobierno de Turín premió su patriótico esfuerzo, nombrándolo Senador y Gran Cruz de la orden de San Mauricio.

Vitalio Borromeo Aprese casó con una hija del Marqués d' Adda, de la cual ha tenido muchos hijos. Uno de ellos es Camarero Secreto del Santo Padre; otro es Diputado, y los demás sirven en el Ejército de la nueva Italia; el menor, como Ayudante del General Cialdini.

—En cuanto á las hijas, contentaos con haberlas visto coger flores en la huerta del Palacio....

Diré, por último, que la familia Borromeo tiene parientes en España,—y que entre ellos se cuenta mi distinguido amigo el Duque de Fernán-Núñez.

Á eso de las dos abandonamos la Isla, y nos dirigimos á *Stresa*, á fuerza de remo, ó sea en el mismo bote que tripulaba el muchacho de quince años.

En *Stresa* pasamos una hora aguardando el Vapor que debía llevarnos á *Arona*, Estación del Camino de hierro que conduce á Turín.

Durante aquella hora visitamos el magnífico *Palacio Bolongaro* (en que vive ordinariamente la Duquesa viuda de Génova, cuñada del Rey Víctor Manuel) y el famoso *Convento de Rosminienses*, donde murió en 1855 el célebre Obispo Rosmini, fundador de esta Orden y amigo íntimo del inmortal Manzoni,—quien solía venir á visitarlo desde Milán.

De vuelta en la margen del Lago, y en tanto que nos recogía el Vapor, cuyo penacho de humo se divisaba ya detrás de un cerro, nos sentamos á la puerta de cierto Café, á la orilla misma del agua....

Desde allí se veía el *Lago Mayor* en casi toda su longitud, ó sea desde *Sexto Calenda*, por donde se escapa el *Tessino* con dirección al *Po*, hasta las aguas suízas, que toman el nombre de *Lago de Locarno*.

El sol hería de frente los Pueblos y los Palacios asentados en la ribera lombarda, marcando vivamente sobre el verde obscuro de viñedos y olivares las blancas siluetas de los edificios. Los altos Alpes empezaban á festonearse de rosada niebla. El Lago dormía suavemente, y sobre su brillante superficie trazaban largas estelas mil y mil pequeñas embarcaciones, que

se dirigían á los puntos en que debía tocar el Vapor. Cerca de nosotros, un grupo de Guardias Nacionales hablaba de política en la armoniosa lengua italiana. No lejos jugaba y alborotaba un gracioso escuadrón de chiquillos. En los balcones del Café y de una Fonda vecina veíanse algunos extravagantes Ingleses y lindas Inglesas que habían de embarcarse con nosotros. En otro lado cantaban millares de pájaros en hermosísimas arboledas tendidas á lo largo de un ancho y magnífico arrecife, continuación de la Carretera napoleónica que nosotros habíamos abandonado en *Baveno* la noche antes. En una casa próxima sonaba un piano, que tocó sucesivamente el *himno de Garibaldi*, cierta canción tirolesa muy repetida por los organillos callejeros de Madrid, y el Coro de Guerreros de *Norma*.... —Todos estos ruídos, y las campanas de la Iglesia de *Stresa*, acordadas musicalmente, formaban un concierto, una gran voz, un acento jubiloso y prolongado, que murmuraba en mis oídos una sola palabra mágica, llena de promesas para la imaginación:— «*¡Italia! ¡Italia!*»

¡Todo, todo era amor, todo belleza, todo alboroZo!....—Buscaba yo en torno mío algo que me hablara de guerra, de muerte, de excomunión, de sobresaltos, de lutos, de ruínas, de remordimientos...., y por donde quiera que miraba sólo veía placer, tranquilidad y confianza....—Indudablemente, los sardos tienen muchísimo juicio....

Á las tres llegó el Vapor enfrente de *Stresa;* recogiónos á los muchos viajeros que lo aguardábamos, y siguió su marcha hacia el Sur.

Diez minutos después pasamos por delante de una *punta* de la ribera *lombarda*, poco distante allí de la

ribera *piamontesa*.... Sobre aquella punta se levanta una Fortificación, cuyo nombre nos recordó sitios muy remotos.... Llámase *Anghera*, como aquel boquete de Sierra-Bullones por donde los Moros atacaban nuestro Campamento del *Serrallo*....

Pero nuestra atención estaba fija en cosa más notable, ó sea en la famosa *Estatua colosal de San Carlos Borromeo*, que habíamos descubierto á poco de entrar en el Vapor, y que, á medida que nos acercábamos á *Arona*, iba desarrollando á nuestros ojos su desmedida corpulencia.—Este Monumento, célebre á un mismo tiempo por su grandeza y por su grandor, se eleva sobre el frondosísimo monte á cuya falda se recuesta cariñosamente *Arona*.... La *Estatua* representa al Santo en actitud de bendecir esta Ciudad (que fué su cuna), el Lago en que se mira y los risueños campos que la rodean.... El pedestal tiene cuarenta pies de altura, y la Estatua sesenta y seis. La cabeza y las manos son de bronce, y el resto del cuerpo de cobre forjado. El interior es hueco, y, aunque con gran trabajo, pueden subir los curiosos hasta la cabeza, trepando por los pilares de piedra que la sostienen.... Una vez arriba, las aberturas de los ojos sirven de balcones, desde los cuales se disfruta una magnífica vista, si el que se asoma no carece de ella;—pues la pobre Estatua no ve nada por sí sola, á pesar de tener tan grandes ojos....—La longitud de la cara es de siete pies y medio; la nariz no baja de dos pies y siete pulgadas, y en cuanto á la boca.... ¡desgraciado el que tuviese que alimentar aquel abismo!—Finalmente: dentro de la cabeza caben cuatro personas de talla ordinaria....

Este émulo del Coloso de Rodas fué erigido en 1697; costó unos 4.000,000 de reales, y fué modelado por Cerano y ejecutado por Ciro Zanella y B. Falconi.

En Arona, donde desembarcamos felizmente, no encontramos nada de particular, fuera de un magnífico Retablo de Guadenzio Vinci, que vale todo lo que cuesta el subir á *Santa María*.—Iriarte y yo subimos, á pesar de hallarnos muy cansados.

Después nos dirigimos al Camino de hierro (*Strada-ferrata* en italiano), y tomamos billetes para *Turín*; lo cual no se verificó sin que yo palpitase de gozo, y quién sabe si de pena, al darme cuenta de que con aquel paso acababa de comprometerme á *realizar* en pocas horas algunos deseos de larga fecha....

—Cuando esta noche me acueste (pensaba yo), habré pasado ya por los históricos campos de *Novara*; habré visto los también históricos campos de *Magenta*, y habré dejado de desear y esperar conocer á *Turín*.... —¡Así somos! ¡Todos estimamos el *mañana* más que el *hoy*, y el *ayer* más que el *hoy* y que el *mañana!*—¡Si hay algo más bello que lo que se desea, es lo que se pierde! Á lo menos yo, cuando deseo una cosa, la creo plata; cuando la tengo, se me figura cobre; y cuando la recuerdo, me parece oro.

En tal estado de mis reflexiones, dieron las cuatro y la campana de la Estación nos llamó al tren.

Un empleado del Ferrocarril pregonaba en tanto á grandes voces los principales puntos para donde se admitian pasajeros:

—*¡Novara!*—*¡Vercelli!*—*¡Torino!* (Turín.)—*¡Milano!* (Milán)—*¡Alessandría!*—*¡Génova!*....—gritaba aquel hombre, sin adivinar el combate de deseos y de impaciencias que sus palabras provocaban en mi imaginacion!—Dígolo, porque el tren á que habíamos subido se dividiría en *Novara* en tres partes, de las que una se dirigiría á *Milán*, otra á *Turín*, y la tercera á *Génova:* de modo que, sólo con desearlo, podía ir á dormir aquella noche (y hasta llegar á la hora del tea-

tro) á cualquiera de tan famosas Capitales!.... ¡*Génova*, que era la más lejana, distaba seis horas del lugar en que nos hallábamos!....

Pero ya no había que dudar. Nuestros billetes eran para Turín....

De *Arona* á *Novara* se emplea una hora.

Á la izquierda del camino de hierro corre el *Tessino*, célebre río que nace en el *San Gotardo*, da nombre á un cantón de Suíza, alimenta el *Lago Mayor*, traza la frontera de la Lombardía y del Piamonte, y va á morir en el Po, á poca distancia de los muros de Pavía.

¡Y cuánta sangre ha teñido sus ondas en todos tiempos! ¡Cuántas veces lo han pasado ejércitos poderosos, ora en son de guerra y de conquista, ora fugitivos y deshechos!—Aquellos verdes campos de la Lombardía que mirábamos á la margen opuesta y también la llanura que íbamos atravesando habían visto luchar á Aníbal con Escipión, á los Lombardos con Carlo-Magno, á Güelfos y Gibelinos, á la *Liga Lombarda* con Barbarroja, á Francisco I con Carlos V, y á Napoleón el Grande con el Austria....

Hay más: ¡en *Novara*, á la cual estábamos llegando, fué precisamente donde, hace once años, Carlos Alberto sufrió su terrible y gloriosa derrota!.... ¡Y no lejos está el sitio en que, el año pasado, el rey Víctor Manuel vengó á su padre y á su patria, enseñoreándose de la llanura de *Magenta*, cubierta de cadáveres austriacos!—Porque habéis de saber que *Magenta* y *Novara* se miran frente á frente.... ¡El Tessino corre majestuoso entre los dos campos de batalla, y el Puente que los une es el de *Bufarola*, de inmortal renombre!....

Á las cinco entramos en *Novara*, donde teníamos que esperar hora y media hasta la salida del tren directo para *Turín*.

Novara es una viejísima Ciudad defendida por un *Castillo*.—Tendrá de quince á veinte mil almas.—Su *Catedral*, que visitamos, fué construída en el siglo v; pero las restauraciones le han arrebatado completamente el noble sello de tan venerable senectud.—En el *Bautisterio*, ó Capilla bautismal (que en todas las Catedrales antiguas de Italia es un edificio separado, aunque próximo á ellas), se ve representada la Pasión por unos grupos de *esculturas pintadas*, más célebres entre la gente lega en artes, que de mérito á los ojos de los artistas.

Como todavía era domingo, las calles de *Novara* estaban llenas de gente que volvía de paseo, luciendo el fondo del baul, ó sea sus mejores trajes.—La lentitud y majestad con que andaban señoras y caballeros; las conversaciones casi al oído que mantenian entre sí las jóvenes hermosas; las escoltas de galanes que las seguían en silencio, y los saludos y largas miradas que se cruzaban doquiera, como proyectiles, daban perfecta idea de la sentimental vida de provincias.

Las damas de *Novara* iban *en cuerpo*, y llevaban mantilla negra de blonda, que no les cubría más que la mitad de la graciosa espalda, dejando ver unos talles largos y esbeltos, voluptuosos como los de las hijas de Valencia. Este sencillo traje, compuesto solamente del vestido y de la mantilla, cuadraba perfectamente á la elevada estatura, á los negros cabellos y al descolorido rostro de aquellas beldades un tanto novelescas....—Muchas de ellas hubieran podido servir para heroínas de ópera.

En hacer estas observaciones y tomar algo en un Café pasamos el resto de la tarde.—Por cierto que, du-

rante nuestra permanencia en el Café, nos llamó la atención el gran número de clérigos que en él había, todos vestidos con levita, calzón corto, zapatos de hebilla y sombrero de anchas alas, bien que no de canal ó de teja....—Aquellos clérigos no se parecían á los de España, ni aun prescindiendo del traje. Su aspecto era alegre, expansivo, desembarazado, hasta picaresco.... Unos fumaban; otros reían y charlaban ruidosamente; quiénes tomaban sus copitas; quiénes leían y comentaban los periódicos.... ¡Los había también que jugaban al billar!!

Los paisanos veían todo esto sin extrañeza.... Se diría que en aquella tierra los clérigos y los seglares se tratan con más confianza que en nuestro país.... ¡Ni de una parte hay tanta reserva, ni de la otra tanto respeto!.... El traje mismo de los eclesiásticos contribuye mucho á despojarlos de severidad.... ¡Yo lo hallo hasta más elegante que el de la gente laica!....

Á las siete salimos definitivamente para *Turín*.

Hacía luna, y el astro melancólico blanqueaba las llanuras que hay cerca de *Novara;* llanuras que fueron teatro de la heroica y lúgubre batalla á que aludimos más arriba....—Allí están enterrados miles de austriacos y de piamonteses.... De allí apartaron á Carlos Alberto la triste noche del 23 de Marzo de 1849...., aquella noche en que el *Rey magnánimo,* como se le llama en Cerdeña, buscaba la muerte entre las bayonetas enemigas, no queriendo sobrevivir á su hermosa ilusión de hacer independientes y libres á todos los italianos.... Y en aquel campo pensaría el bravo monarca, cuando, después de abdicar en el hijo que había de vengarle, moría de pesar y amor patrio en el perpetuo destierro que se impuso.

Á poca distancia de *Novara*, el camino de hierro dejó de dirigirse al Sur y giró hacia Poniente, entrando en unos arrozales extensísimos...., á la terminación de los cuales hicimos alto en *Vercelli*.

Este nombre suscitó en mi mente pálidos recuerdos de cosas que aprendí cuando viajaba.... por la Historia.—Allí derrotó Mario á los Cimbrios....—Es decir, que hace veinte siglos ya corría en estos campos sangre teutona mezclada con sangre latina....—Los Cimbrios que escaparon de aquel terrible combate, tuvieron por conveniente refugiarse en España, donde, ó mucho me engaño ó no fueron mejor recibidos....—Ahora: de lo que me acuerdo muy bien es de que *Vercelli* ha sido tomado dos veces por los Españoles: la primera, en tiempo de Felipe IV, y la segunda, durante la Guerra de Sucesión....

¡Pero fuera el cuento de nunca acabar, si yo hubiese de referir una por una todas las glorias de España que recuerda el suelo italiano! ¡Baste decir que, desde los Alpes hasta el Etna, apenas hay un pueblo, un arroyo, una montaña, que no hayan regado con su sangre nuestros mayores!.... En Turín como en Milán, en Nápoles como en la misma Roma, tremoló un tiempo la bandera de Castilla, y, cuando el Nieto de los Reyes Católicos daba sus leyes á dos Mundos, todo este poderoso Reino de Italia, que hoy se quiere constituir, era una de tantas provincias españolas....—¡Ay! ¿qué nos valió!!

Dándole vueltas estaba yo á esta pregunta, con los ojos fijos en las luces que se veían sobre las murallas de *Vercelli*, cuando el pito de la máquina me sacó de inútiles cavilaciones, y el tren prosiguió su camino.

Hora y media después llegábamos á *Chivasso*.

De allí en adelante empezamos á ver á nuestra izquierda un ancho y poderoso río, que ya no nos abandonó hasta *Turín*....

Era el *Po*.

—¡Salud al *Po!* (dije al columbrarlo.) ¡Salud al viejo *Eridano*, sepulcro de la soberbia de Faetón! ¡Salud al más potente río de Italia!

El *Po* nace en el *Monte Viso*, á pocas leguas de Turín; recibe en su seno más de cien ríos desprendidos de toda la cadena de los Alpes, y recorre la Alta Italia de un extremo á otro, hasta ir á fenecer en el Adriático.

En aquel momento viajaba yo contra su corriente, ó sea en inverso sentido que él; pero más adelante veréis que al cabo seguí un día su mismo camino; lo acompañé en su marcha de cien leguas; lo saludé en *Pavía*, en *Piacenza* y en *Ferrara*, y llegué con él á las saladas ondas que rodean á *Venecia*.

.....

Á todo esto *Turín* se nos venía encima....

Hermosas casas de campo principiaban á menudear á los dos lados de la vía férrea.... Largas hileras de luces de gas brillaban tenuemente en el brumoso horizonte.... Los ruídos de la Capital empezaban á percibirse á lo lejos.... Y la máquina silbaba como un dragón en agonía.

—¡*Torino!* ¡*Torino!* (gritaron al poco tiempo los empleados.) ¡Preparad los billetes!

—¡Estamos en *Turín!*—dijimos á nuestra vez los viajeros.

Y el techo de la Estación resonó sobre nosotros; y el tren hizo alto; y la máquina dió un largo y final resoplido, como si se muriese; y se abrieron las portezuelas de los coches; y todos saltamos al andén.... del pro-

pio modo que si hubiéramos llegado á cualquiera otra parte....

En la Capital de la reciente *Italia* eran las diez y tres minutos de la noche.

Al salir de la Estación nos hallamos en una anchísima explanada, toda llena de coches de alquiler, entre los que había muchos en cuyos faroles se leía el nombre de los principales Hoteles de *Turín*.

Nosotros habíamos decidido ir á parar al *Hôtel d'Europe*, dirigido por el *señor Trombetta*, de fama universal.—Nos dirigimos, pues, á su coche, y, ya ponía yo el pie en el estribo, cuando me sentí detenido por unos robustos brazos, y oí que una voz, nada española, me decía en mediano español:

—*¿Cómo estás?*

Me volví, y á la doble luz de la luna y del alumbrado público, halléme en brazos de un personaje flamantemente vestido de negro á la europea, alto y fuerte como un Goliat, moreno hasta rayar en mulato, y cuyos ojos de león, dientes de marfil y hermosa barba, azulada como las plumas del cuervo, recordaba yo haber visto en otra parte....

—*¿Y Caballero? ¿No venir contigo?*—siguió preguntándome aquel hombre, con una expresión de cariño, inocencia y bondad que no parecían propias de su formidable figura.

—*¡Jussuf!*.... ¿Eres tú?—exclamé entonces, reconociéndole.

—Sí, sí.... ¡Yo soy!—respondió el bárbaro con una alegría infantil.

¡Imaginaos mi sorpresa! Jussuf era un marroquí de pura sangre, que yo había conocido en África, donde vestía jaique, turbante y babuchas.... Durante la tre-

gua que medió entre la Batalla de Tetuán y la de Vadras, aquel moro, que hasta entonces nos había combatido ferozmente, vino, como otros varios, á nuestro Campamento; se aficionó á nuestras costumbres; intimó mucho con mi amigo Caballero (por quien acababa de preguntarme); vivió en su tienda; declaróse *neutral* en la última batalla, y allá se quedó cuando dejé el Ejército....

En cuanto al resto de su historia posterior, él mismo se apresuró á contármela, resultando de todo: que Caballero se lo había traído á Europa en calidad de picador; que había recorrido con él media España, media Francia y toda Suíza; que en España había hablado con la Reina; que en el *Mont-Blanc* (donde se hallaba, vestido todavía de moro, cuando lo visitaron los Emperadores franceses) había conversado con Napoleón y Eugenia; que, en virtud de estos antecedentes, había solicitado de su amo (él decía *de su amigo*) que lo vistiese á la europea; que esta metamorfosis se realizó en Milán á los pocos días; que con aquel traje y su belleza arábiga estaba siendo el rey, ó mejor dicho, el sultán de todas las doncellas y criadas de los Hoteles en que paraba; que conocía ya la Capital del Piamonte como si hubiera nacido en ella; que vivía en el mismo Hotel á que nosotros nos dirigíamos; que nos serviría de *cicerone* y nos diría dónde estaban *el Gobierno* de España (la Legación Española), *el Teatro, el Paseo, el Café*, etc.; y, en fin, que ya empezaba á hablar el francés y el italiano, y á hacerse entender de todo el mundo; pero que se aburría mucho sin Caballero, á quien esperaba en Turín hacía dos semanas.

Esta relación, dicha medio en español, medio en árabe, y salpicada de algunas frases francesas é italia-

nas, nos ha entretenido desde la Estación hasta el Hotel.... Sin embargo, yo no he dejado de notar que hemos venido por hermosísimas calles, todas rectas y profusamente alumbradas, llenas de gente, de carruajes y de lujosas tiendas, y que el *Hotel de Europa*, en cuyo patio penetró el coche, y donde escribo estas líneas, se halla situado en una extensa Plaza, rodeada de pórticos como la Plaza Mayor de Madrid.—Mañana os diré su nombre y os la describiré.

La primera impresión que me ha causado la Capital del Piamonte es sumamente favorable.... Todo lo que he observado, desde la Estación hasta mi aposento, revela tanta seriedad como cultura.—Por ejemplo: los empleados del Ferrocarril y los del Hotel no ceden en serviciales y atentos á los franceses; pero son menos charlatanes: el cochero me ha parecido un buen hombre: los agentes de orden público tienen cara de padres de familia, y los cuadros que adornan nuestra habitación representan nobles escenas de Alfieri...., en lugar de los asuntos eróticos que causan asco ó desprecio en los mejores hoteles de Francia.

Para concluir por hoy, os diré que, cuando, ahora poco, cenábamos en el comedor (que es un vasto salón, verdaderamente regio), hemos visto cruzar por él una elegantísima dama, de singular hermosura, coronada de flores y envuelta en lujoso capuchón blanco, la cual iba precedida de un criado con luces y seguida de un lacayo muy peripuesto....

Era una Duquesa florentina, que volvía del teatro, según nos dijo el camarero que nos servía....—Esto nos ha entusiasmado mucho (después de tantos días de rodar por montes y valles, lejos de los encantos de la vida social), y más de una vez hemos exclamado ya Iriarte y yo, restregándonos las manos:

—¡Estamos otra vez en el mundo! ¡Aquí hay teatros,

y paseos, y periódicos, y Museos, y de todo lo que Dios crió!—¡Cuánto nos vamos á divertir! ¡Cuánto vamos á aprender!....

De cualquier modo que sea, ya sólo debemos pensar en acostarnos.—¡Harto hemos visto y pensado durante el larguísimo día que terminará dentro de pocos minutos! ¡Á mí me parece que ha pasado un año desde que amaneció hasta ahora, y que ya he recorrido la mitad de Italia!....

Y, sin embargo, no hemos hecho más que *llegar* á la primera y menos interesante y famosa de las muchas Capitales que tenemos que conocer; no hemos pasado de *entrar* en la Península italiana; estamos todavía al pie de los Alpes....—Tomemos, pues, las cosas despacio, comenzando por dormir muchísimo esta noche.

II.

TURÍN.—RESUMEN DE SU HISTORIA.—UN PASEO POR LA CIUDAD.—EMMANUEL FILIBERTO.—EL PALACIO REAL POR DENTRO.—TURÍN Á VISTA DE PÁJARO.—OTRA VEZ LAS INGLESAS.—UNA ÓPERA EN ITALIA.—JUSSUF.

TURÍN, 22 de Octubre de 1860.

Mi primer cuidado esta mañana,—no bien Dios y su profeta Morfeo me permitieron abrir los ojos,—fué hacerme traer una *Guía* y un *Plano de Turín*.

Con auxilio del *Plano* y de algunas explicaciones de Jussuf, me enteré en un momento de la estructura de la Ciudad, así como del punto de ella en que me hallaba y de los caminos que debía seguir para regularizar mis excursiones.—Averigüé, pues, antes de

verlo por mí mismo, que había pasado la noche en el centro de *Turín*; que mis balcones daban á su Plaza principal (la *Piazza Castello*), y que á pocos pasos de ésta se encontraban los Edificios públicos y Monumentos más curiosos de la corte de Víctor Manuel.

En la *Guía* aprendí que *Turín* se hallaba situado á 230 metros sobre el nivel del mar:—que hace cincuenta años sólo encerraba 65,000 habitantes;—que hoy la población pasa de 160,000,—y que entre ellos hay 1,200 protestantes y sobre unos 2,000 y tantos judíos.

Repasando luego ciertos apuntes que tomé en Madrid, y que traigo en cartera, para que me den luz en todo este viaje, recordé los siguientes hechos:—Que *Turín* se llama *Turín*, porque la fundaron los Taurinos; como el *Piamonte* se llama *Piamonte* por hallarse al pie de los Alpes (*Pie-di-monte* en italiano):—Que Aníbal destruyó esta Ciudad, porque no quiso aliarse con él contra los Romanos:—Que César la conquistó (sin duda en recompensa), llamándola primero *Colonia Julia*, y después *Colonia Augusta Taurinorum*:—Que luego cayó en poder de los *longobardos* (á los que no hay que confundir con los lombardos de hoy, por más que éstos les deban su nombre y la levadura de su sangre; pues aquellos eran unos germanos, vulgo *¡tedeschi!*...., recién llegados de su país):—Que, andando los tiempos, Carlo-Magno la libró de aquella gente y se la guardó para sí, dándola á los Señores de Susa, feudatarios de su Imperio:—Que, en el siglo XI, esta desventuradísima Turín fué á parar por herencia á manos de un nuevo amo, es á saber: á manos de los Duques de Saboya:—Que, en 1418, la tan llevada y traída Ciudad empezó á ser Capital de la Saboya y el Piamonte reunidos:—Que después Francia se apoderó de ella:—Que más adelante la ganó Espa-

ña, y se la regaló ó devolvió á Emmanuel Filiberto de Saboya, General insigne que había estado al servicio de nuestros reyes Carlos V y Felipe II:—Que, en 1675, Turín empezó á ser Capital de un Reino, por haber tomado los Duques de Saboya el título de *Reyes de Cerdeña*:—Que la tal Capital hubo todavía de serlo de una Provincia, bajo la República francesa y durante el Imperio del primer Napoleón:—Que, en 1815, el Congreso de Viena (¡sin saber lo que se hacía!) la restituyó á la Casa de Saboya, aumentando sus dominios con la que fué en un tiempo República de Génova, y que desde entonces el Reino que Turín preside tomó la denominación de *Estados Sardos*:—Que el Rey Carlos Alberto dijo un dia: «*La Italia fará da se....*» (y ya hemos visto lo que *la Italia ha dispuesto de sí*, según afirman unos, ó lo que el Piamonte *ha dispuesto de la Italia*, según pretenden otros):—Que, hasta hace pocos años, el idioma oficial y popular de Turín era *el francés*, y que sólo se empezó á legislar y hablar *en italiano* cuando el dicho Carlos Alberto dió el *Estatuto* y empezó á acariciar la idea de Napoleón I de hacer un solo Reino con toda la Italia, idea que había tenido sus apóstoles, sus mártires y sus guerreros desde épocas muy remotas....—Y que....

Pero lo demás que recordé lo habéis leído en los periódicos de estos últimos años, y hasta de estos últimos días....—Terminaré, pues, diciendo que, hechos aquellos estudios, me eché á la calle, ó, por mejor decir, salí á la Plaza.

La *Piazza Castello* es el punto céntrico de Turín; tiene 225 metros de longitud por 166 de anchura, y debe su nombre á un Castillo ó Palacio que se levanta en medio de ella.—Los edificios que determinan tan

vasto cuadrilongo se alzan, por los lados Sur, Oriente y Poniente, sobre elegantes pórticos, que forman tres galerías llenas de tiendas.—El lado Norte lo ocupan: una gran verja (que da entrada á otra Plaza más pequeña, en cuyo fondo se levanta el *Palacio Real*), los *Ministerios* de Estado, de la Guerra, de Marina y de Hacienda, y la *Dirección de Artillería y Fortificaciones*.—Por último: al fin de la galería del Este se halla el *Teatro Regio*, que no tiene fachada, y que, dicho sea de paso, no se abre ningún año hasta Navidad, en que principia lo que aquí se llama *Carnavalone*, ó sea la verdadera temporada lírica, durante la cual da también sus bailes la aristocracia.

En cuanto al edificio que campea en el centro, diré que se llama ahora *il Palazzo Madama* (antes *le Palais Madame*), y que debe su nombre á la circunstancia de haberlo vivido y restaurado la madre de Amadeo II, denominada *Madame Reale*, como todas las Reinas-madres del Piamonte.—Este Palacio es antiquísimo; está fortificado por recias torres, y sirve hoy de residencia al Senado, á la Prefectura de Policía y al Museo de Pinturas. (¡Qué revoltillo!)

En resumen: la *Piazza Castello* es digna de una gran Capital, y de ella arrancan las principales calles de *Turín*, que son la del *Po*, la de *Dora Grossa* y la *Via Nuova*, las cuales corren en línea recta hasta los confines de la Ciudad, pasando por Plazas no menos bellas que la que acabo de describir.

La *Via di Po*, indudablemente la más hermosa, tiene diez y ocho metros y medio de anchura y una galería de pórticos á cada lado.—Al término de ella se divisan la espaciosísima *Piazza de Vittorio Emmanuele*, las riberas y el Puente del *Po* y una verde colina que cierra el horizonte.... Pero, como yo había de subir esta tarde á aquella colina, desde donde se ve *Turín* á

vista de pájaro, dejé para entonces el recorrer la parte meridional de la Ciudad, y, girando dentro de la *Piazza Castello*, me asomé á la embocadura de otra calle.

Aquella era de la de *Dora Grossa*, cuya longitud pasa de un kilómetro.—Á su remate se distingue la *Piazza dello Statuto*; después una alameda; detrás un campo que se eleva gradualmente, y allá, en lo último, las nevadas cumbres del *Mont-Cenis* y del *Mont-Genevre*, levantándose muy por encima de la desembocadura de la calle, como una decoración de teatro....—Tampoco entraba en mi plan dirigirme por aquel lado, y seguí dando la vuelta á la *Piazza Castello* hasta llegar á la embocadura de la *Via Nuova*.

La *Via Nuova* ofrece un golpe de vista que no cede en hermosura á las dos que hemos señalado.—Es también recta y ancha, y termina en otra soberbia Plaza (*Piazza San Carlo*), en medio de la cual campea una airosa Estatua ecuestre. Al otro lado de la Plaza, sigue la Calle con el nombre de *Via di Porta Nuova*, de modo que la Estatua descuella en el espacio de aquella segunda vía, que por su parte va á terminar en la magnífica Plaza de *Carlo Felice*, ornada de árboles, detrás de los cuales asoma el *Embarcadero del Ferrocarril*....—Esta sucesión de Plazas y Calles, cuyo límite definitivo es la conjunción aparente del verde campo y del cielo azul, presenta un aspecto majestuoso, muy superior á la decantada vista de la Calle de la Paz, la Columna-Vendôme y la Calle de Castiglione de París.

Bajando, pues, por la *Via Nuova*, llegué á la *Piazza San Carlo* y al pie de aquella Estatua ecuestre que tan airosa me había parecido desde lejos.

La *Piazza San Carlo* es, para mi gusto, la más bella

de Turín. Los edificios que la forman no son ya notables solamente por el tamaño y la regularidad, sino también por su noble arquitectura y conjunto armonioso. Las alas laterales son dos grandes Palacios, levantados sobre amplios pórticos, mucho más artísticos que los de la *Piazza Castello*. El ala del Sur, —partida, como hemos dicho, por la *Via di porta Nuova*, —se compone de dos Iglesias: la de *San Carlos* y la de *Santa Cristina*. Al principio y al fin de la Plaza entran en ella simétricamente, aislando los dos Palacios citados, cuatro Calles transversales, por las que se descubren también, ora el Po, ora otras Plazas, ora extensas campiñas y altísimos montes....

Depende esto de la regularísima planta de *Turín*, cuyas Calles todas, tiradas rigurosamente á cordel, se cortan en ángulos rectos, cual si la Capital entera hubiese sido hecha *de una vez*, como se hace un solo edificio.—Y la verdad no es otra: la Capital del Piamonte, arrasada repetidas veces por los conquistadores (una de ellas, al principio del siglo pasado), puede llamarse hoy la Corte *más moderna* de Europa, aunque se levante sobre cimientos tan antiguos.

El empedrado es de primer orden por su perfecta disposición y por lo rico de la piedra; la cual, al decir de los inteligentes, podría servir, pulimentada, para adorno interior de alcázares y templos. — Aparte de los Pórticos, que tanto abundan en *Turín*, y que protegen al transeunte contra el sol del verano y las nieves del invierno, las Calles tienen aceras, y además una especie de carril (y hasta dos, en las muy anchas) trazado por hileras de losas, á fin de marcar su derrotero á los coches. — En cuanto á las casas, puede decirse que todas son buenas, bien que ninguna extraordinariamente hermosa.... El carácter especial de la población consiste principalmente en esto: lo cual de-

muestra que en *Turín* son tan raros los pobres de solemnidad como los Cresos y los Midas....

Pero hablemos ya de la mencionada Estatua ecuestre que decora la *Plaza de San Carlos*.

El Jinete de bronce que con noble ufanía envaina allí su espada representa á un hombre tan venerado en España como en Cerdeña, y á quien los españoles no debemos menos amor y gratitud que sus compatriotas. —Es el famoso General *Emmanuel Filiberto de Saboya*, apellidado *Cabeza de hierro*, quien, desposeído de sus Estados por los Franceses (como ya hemos indicado), entró al servicio de Carlos V, y después al de Felipe II, y tuvo la gloria de mandar á los Españoles en la Batalla de San Quintín.... Allí derrotó completamente á nuestros enemigos, que también eran los suyos, y esta victoria y otros memorables hechos de armas, que eternizaron la memoria del *ilustre saboyano* (como lo nombra Mariana), produjeron la paz de Chateau-Cambrésis, tan ventajosa para la política de Felipe II, y en la cual se le devolvieron á Filiberto sus Estados. —Ha sido, pues, muy feliz la idea del escultor de representar á *Emmanuel* en ademán de envainar la espada después de haber concluído una paz tan gloriosa.... Y por eso dice la inscripción del pedestal que «Carlos Aberto dedicó aquel monumento *al vengador y salvador de su familia*.» —Por lo demás, la Estatua es también muy bella como obra de arte. La figura del Guerrero está llena de vida y majestad, no obstante lo violento de la actitud, y expresa perfectamente la bien sentida intención de su autor, el famoso *Marochetti*. La armadura es copia fiel de la que usó Filiberto.... (Ya la veremos en el Museo de Armas.) En el pedestal hay dos bajo-relieves, de los cuales uno representa la *Batalla de San Quintín* y el otro la Paz de *Chateau-Cambrésis*.

De la *Piazza San Carlo* regresé hacia el *Palacio Real.*

He dicho antes que una alta verja de hierro sirve de entrada á la Plaza que lo precede, y ahora añado que sobre los pilares que hay en medio de esta verja, vense dos Grupos de Caballos de bronce, más buenos ó más malos, pero que allí hacen muy buen efecto....

El Palacio es de ladrillo al descubierto (pues la fachada no ha sido todavía revestida, ni tan siquiera repellada); lo cual, como supondréis fácilmente, le da un aire tan pobre é insignificante, que nadie lo creería morada de un Rey.—Por dentro ya varía: desde que se entra en él, empiezan á llamar la atención sus grandiosas y bien concertadas proporciones y el lujo con que se halla decorado.

Cerca de la escalera vese, en una gran hornacina, la *Estatua ecuestre de Víctor Amadeo I,* primer Rey de Cerdeña.—La Estatua es de bronce y el caballo de mármol blanco. Sirven de palafreneros dos Esclavos bastante bien esculpidos.

Mientras subía la ancha escalera, experimenté una rara emoción, no sé si de tristeza ó de miedo, al considerar que el en otro tiempo pacífico Habitante de aquella soberbia morada hállase en territorio napolitano, al frente de sus tropas, comprometido en la más temeraria empresa; anatematizado y maldecido por clases enteras de la sociedad; mirado con odio por fortísimas Potencias, que acechan el momento de aniquilarlo: ¡instrumento fatal, elegido por la Revolución para dar el asalto al Poder Temporal del Papa!....

¡Oh! ¡sí! Al recorrer aquel Palacio desierto, hame causado espanto la tremenda posición en que se ha colocado el Héroe de Pallestro y San Martino; aquel hombre á quien todos saludábamos con estusiasta admiración cuando juraba no visitar el sepulcro de su Padre hasta vengar su muerte y el desastre que la pro-

dujo; cuando enviaba á Crimea el puñado de bravos que tanta gloria alcanzó á orillas del Tchernaia; cuando Milán lo aclamaba su Rey, después de la Batalla de Magenta, y cuando derribaba de sus tronos á Príncipes desnaturalizados y parricidas, que atentaban á la independencia de la Madre Patria!....

Pero sigamos adelante.—El Palacio del que ya se denomina *Rey de Italia* se halla hoy todo revuelto y desordenado, á causa de estarse enviando á Nápoles algunos de sus muebles. Han llamado, sin embargo, mi atención, por su magnificencia y por otras consideraciones, primeramente: el *Salón del Trono*, donde hace pocos días resonaron tan importantes mensajes y discursos, con motivo de las anexiones de Parma, Módena, Toscana y parte de los Estados Pontificios, y después la *Sala del Consejo*, donde el Rey trataría el año pasado con sus Ministros todas estas cosas que nosotros vamos leyendo hoy en los periódicos á medida que ocurren....

Y es cuanto tenía que contaros acerca del *Palacio Real* de Turín.

—Pues ¿y las habitaciones del Rey? (podréis preguntarme:)—Os responderé á esto, que Víctor Manuel no es en su Palacio más que una especie de empleado; que, cuando está en Turín, vive en el piso segundo, en modestos cuartos, amueblados á la moderna y sin gran lujo; que de allí baja al piso principal á desempeñar su oficio de *Rey*, como van los Ministros á sus Ministerios, y que en su casa y en la calle hace la vida de cualquier particular.

Víctor Manuel, el llamado *Rey Galantuomo* (hombre de bien; bella persona; buen sujeto), recibió una severa educación militar y científica, que lo inclinó á la rudeza y á la sencillez de costumbres. En vida de su Padre mandaba un Regimiento, no en el nombre, sino

real y efectivamente. Por tradición de esta familia, siempre que el Rey sale á campaña tiene que llevar consigo á su hijo mayor: así lo hizo Carlos Albérto en 1848, y Víctor Manuel recibió un balazo en una pierna en la Batalla de Goito, que precedió á la de Novara. Éste, por su parte, ha cumplido también con el precepto tradicional, confiando en 1854 el mando de una brigada á su hijo Humberto, presunto heredero del trono, á pesar de que sólo tenía quince años; y el joven príncipe demostró en las Batallas de Palestro, de Magenta y Solferino que corría por sus venas la sangre de Filiberto de Saboya.

La gran afición de Víctor Manuel es la caza, á tal punto, que se le ha visto muchas veces, solo y á pie, muy lejos ya de los Sitios Reales, llegar á pastoriles cabañas á pedir algún frugal alimento, y continuar después su ruda tarea, hasta que la noche le ha sorprendido, obligándole á buscar coche ó cabalgadura en que volver á la Corte, inquieta ya con su tardanza....—Por cierto que tal género de vida ha dado ocasión á raros encuentros y singulares aventuras, dignas del romance y de la novela, que os recomiendo leáis en las historias que tratan de este Rey, á quien se tiene por el primer cazador, el mejor soldado y el más constante madrugador de su reino....

Finalmente: detrás del Palacio hay un magnífico Jardín *(il Giardino Reale)*, abierto al público desde las once hasta las cuatro; pero, como yo acababa de verlo desde un balcón, renuncié á bajar á él, prefiriendo emplear aquel tiempo en visitar el *Museo de Armas*, que está tocando al mismo Palacio.

Allí he tenido el placer de contemplar, entre otras muchas cosas, la *armadura* de Emmanuel Filiberto; un hermoso *escudo* cincelado por Benvenuto Cellini; una *montura* de terciopelo, que perteneció á Carlos V,

y una *armadura* de colosal tamaño, con la cual asistió á la Batalla de Pavía cierto escudero del rey de Francia.—El tal escudero debía de ser un gigante.

De vuelta en el Hotel, donde me aguardaba Iriarte retratando á Jussuf, discutimos el programa del resto del día, dándole voz y voto al nunca bien ponderado sectario de Mahoma, y de la conferencia resultó que lo más urgente para nosotros era buscar una altura que dominara á *todo Turin*, á fin de contemplarlo á vista de pájaro y formar idea de su *aspecto general*.—No nos bastaba el plano: necesitábamos la *perspectiva*.—Convinimos, pues, en subir á las cuatro al convento de *Capuchinos del Monte*, que, según creo haberos dicho, está situado en lo alto de una colina, al otro lado del Po.

—Desde ahora hasta las cuatro (dije yo entonces), podemos ver algunas iglesias, algún museo, algún....

—¡De ningún modo! (replicó mi amigo.) No involucremos las sensaciones....—¡Lo primero es ver la Ciudad por fuera, comprenderla, sentirla, dominarla!... Después la desmenuzaremos.—Hoy estamos en el período de síntesis: mañana entraremos en el de análisis.—Pido, pues, que vaguemos por las Calles hasta la hora de subir á *Cappuccini*.

Aprobóse tan juiciosa observación.

Entonces propuso Jussuf que fuésemos á la noche *á un Teatro que él conocia*, en el cual se cantaba *una cosa*, que por las señas que nos dió el avisado marroquí, comprendimos debía de ser la *Norma*.

—¡Veréis qué bien cantan!—exclamó el Moro.

—¿Quién lo duda, si estamos en la fuente?—respondimos nosotros con indecible alegría.

Y, como en esto hubiésemos ya acabado de tomar el café y la copa, nos pusimos en la del rey, más li-

bres, sin cuidados y dichosos que los gorriones del Jardín del *Palacio Real.*

Hacia un hermoso día de sol : habíamos almorzado como se almuerza en el *Hotel Trombetta :* aún nos quedaban cigarros españoles : teníamos buenas y recientes noticias de nuestras familias : carecíamos de equipaje en que pensar : el dinero que llevábamos encima nos parecía inagotable : veíamos á nuestra disposición toda una hermosa Capital en que nadie nos conocía : podíamos disponer de un idioma que los demás ignoraban (el español), mientras que nosotros éramos capaces de entender á medio mundo, á favor de seis lenguas que hablábamos entre los tres ; y , por último, para un caso de necesidad, contábamos con los puños del Moro, que deshace las piedras con los dedos y echa por tierra al caballo que le desobedece.... — ¿Quién soñó nunca tan completa felicidad?

Ufanos, pues, y alegres como triunfadores por país conquistado, entramos en la *Via di Po,* en cuyas anchas galerías (llenas de gente, de tiendas, de anuncios, etc.), vagamos á la ventura, observando, leyendo, comprando, haciendo preguntas, juicios y comparaciones, y , sobre todo , procurando extraer de tantas cosas el espíritu popular, la opinión pública, la conciencia y deseos de la Nación.

Y por cierto que nuestro juício puede resumirse ya en estas dos fórmulas: Turín celebra con todo entusiasmo los rápidos progresos de la Unidad italiana, y al propio tiempo adivina y llora que la capitalidad del nuevo Reino residirá en Florencia, Nápoles ó Roma, quedando ella de simple capital de Provincia. Ni hemos tenido que pensar mucho para comprender estos sentimientos; pues clarísimamente los expresa estos días en caricaturas, artículos y canciones el célebre *Gianduja,* personaje imaginario, de invención

popular, equivalente al *Arlequin* de Bérgamo, al *Girolamo* de Milán y al *Pulcinella* de Nápoles, y del cual puede decirse que personifica genuinamente al Piamonte.

Terminada la *Via di Po*, llegamos á la *Piazza Vitorio Emanuelle*, de 360 metros de longitud por 111 de anchura, al fin de la cual corre el *Po* y se halla un magnífico Puente de cinco arcos, construído á principios de este siglo, cuando *Turín* formaba parte del imperio de Napoleón.

Las vistas que se disfrutan ya desde el promedio de aquel Puente, son verdaderamente hermosas.— Dejáis atrás á *Turin*, hasta cuyo centro pueden penetrar todavía vuestras miradas.... Á un lado y otro corre el río, majestuoso y opulento, de entre cuyas ondas brotan dos islas largas y estrechas como esquifes.... Pomposas alamedas embellecen ambas márgenes, sobre todo por la parte de la derecha, ó sea *río arriba*.... Detiénense luego con placer los ojos en los lindos barrios del *Rubatto* y *Borgo di Po*, en el *Asilo de Mendicidad*, la *Vanchiglia* y el *Puente de Hierro*,—lejanas perspectivas de uno y otro pretil; —y allá, en último término, descúbrense los jardines y los muros del *Castel del Valentino*, Real Casa de Campo, tan ilustre por su antigüedad como reputada por su hermosura....

Al otro lado del Puente nos aguardaba una suave colina, cubierta de árboles, flores, Iglesias y Palacios, en la que pasan el verano muchas familias aristocráticas de *Turín*, y á la cual nos dirigíamos nosotros para gozar de la vista panorámica de toda la población.... —Pero antes de subir allí, paramos mientes en la Iglesia de la *Gran Madre di Dio*, que se alzaba cerca de nosotros, y á la que conducía una anchísima escalinata. —Este famoso templo fué erigido en 1814 por la Ciudad y por el Gobierno para celebrar el fin de la domi-

nación francesa y la vuelta de Víctor Manuel I á su antigua Corte. El *Pantheon* de Roma le sirvió de modelo. Delante del pórtico se ven dos Grupos de escultura, que simbolizan la Fe y el Amor.—Por último: á nuestra izquierda descubríase entre los árboles, y ya en la altura, la *Viña de la Reina*, Residencia de Estío, sumamente celebrada; mientras que al otro lado divisábamos el Convento de *Capuchinos del Monte*, objetivo de nuestro paseo....

Subimos, pues, en esta dirección, echándonos para ello al cuerpo una pendientísima cuesta, sombreada por altos álamos y trazada en redobladas eses....

Una vez arriba, nuestra primera operación fué asomarnos al balcón de piedra que rodea la plazoleta ó *compás* del Convento, y sin exageración os digo que lanzamos una exclamación de entusiasmo al ver el extenso y grandiosísimo cuadro que se descorrió entonces á nuestros ojos.

Primeramente veíamos, debajo del balcón, un bosque muy espeso, dispuesto en anfiteatro, de tal modo que, empezando al alcance de nuestra mano, iba á morir al pie de la colina, á la orilla misma del Po.... Después interponíase el sosegado río, brillante como amplísimo espejo y perdiéndose de vista hacia Poniente y Levante.... En seguida descubríamos el cinturón de árboles y paseos que rodea á *Turín*, en sustitución de sus antiguas murallas.... Luego se divisaba la Ciudad, pacíficamente asentada en la llanura, mostrándose entera, Calle por Calle y Plaza por Plaza, cual si todavía estuviésemos estudiándola en el Plano....— Por cierto que, como su caserío, mirado á vista de pájaro, es sumamente rojo, por estar cubierto de tejas barnizadas de este color, y todas sus Calles se cortan

en ángulos rectos, le cuadra á las mil maravillas la metáfora de aquel chusco que comparó á *Turín* con media libra de chocolate.—Á la izquierda de la Ciudad, y detrás de ella, serpenteaba otro gran rio (el *Dora*, cuyas aguas entran en el *Po* á las puertas mismas de *Turín*)....; y, en fin, más allá se dilata el llano, cubierto de olivos, cuajado de quintas y de aldeas, y cruzado en todas direcciones por acequias y canales, hasta que la vista tropieza con una cordillera subalterna de montes obscuros, que á su vez se destacan en la gran línea semicircular de los nevados Alpes.

La esplendidez del día,—verdadero día italiano;—la majestad de la hora.... (el sol empezaba á declinar); las variadas tintas del Otoño; el sosiego del aire; la paz de nuestro espíritu...., todo contribuía á engrandecer y hermosear el espectáculo de la gran metrópoli, de los campos, de los ríos y de los bosques tendidos ante nosotros, bajo la bóveda transparente del cielo....—Á nuestros oídos llegaba el alto rumor del *Po*, ó más bien, de una gran presa que interrumpía el solemne curso de sus aguas. Á aquel rumor se mezclaban el ruído de los talleres, las voces de los hombres, los ecos de alguna campana, el crugido de los látigos, el rodar de los carruajes...., la respiración, en fin, de aquella gran Capital, que llegaba al término de un día más de trabajo, de lucha con la vida, de elaboración histórica.... Los dichos hombres y carruajes, empequeñecidos por la distancia, iban y venían por Calles y Plazas, como indecisos y medrosos, al modo de atribulado ejército de hormigas.... Por último; de los cuarteles, y acaso también de algún *Campo de Instrucción* que nosotros no descubríamos, salían á veces agudos toques de corneta, que, unidos al sordo estruendo de uno que otro tiro disparado por cazadores ocultos en los sotos cercanos, traían á la mente

vagas ideas de combates, sensaciones de gloria, ráfagas de muerte, inciertas profecías, que extraviaban el alma en dudosas é incoherentes meditaciones....

Jussuff creyó sin duda que me dormía, y dióme un codazo, que me volvió á la vida real.

—¡Mira!—exclamó, señalando á dos viejos Capuchinos, de largas barbas y descoloridos hábitos, que se paseaban delante del Convento.

Aquella era otra faz de la existencia humana; y el Moro constituía una tercera.—Pensé, pues, en la vida contemplativa y descuidada del claustro y del desierto; en Jussuff, cuando aún no vestía levita, y en los Frailes, cuando aún eran dueños de impedir que subiese el público á turbar su soledad en aquel monte.... Y suspiré por una libertad individual, una paz y una quietud que ya son muy raras sobre la tierra.... ¡Suspiré, sí, por lugares ignorados, por asilos inviolables, por destierros de la sociedad!... Suspiré, finalmente, de amor á lo infinito, cuya posesión pierde el hombre á medida que se aleja de sí y corre por el mundo de las mortales idolatrías....

Sin duda estaba fatigado.... ¡Era una reacción consiguiente á las extensas consideraciones en que había ejercitado mi espíritu, primero en *Turín*, analizando nimiedades, y después, en aquella montaña, resumiendo la Capital entera en una sola sensación!—Dichosamente, estas convulsiones del alma duran poco.

Cuando ya nos disponíamos á bajar, reparamos en que otros dos Frailes se hallaban rodeados de hombres, mujeres y niños, quienes les mostraban la boca abierta....

Preguntamos á un chico la significación de aquello, y entonces supimos que, de tiempo inmemorial, los Capuchinos del Monte ejercen caritativamente el oficio de sacamuelas.

—¿Y las sacan bien?—le pregunté, sin darme cuenta de mis pensamientos.

—¡Admirablemente! (me respondió el muchacho.) Á mí me acaban de sacar una....

—¡Pues poco ganarán los dentistas de *Turín!*

—¡Tanto mejor para los pobres! ¡Así no perdemos más muelas que las verdaderamente dañadas!....

—Chico, ¿sabes que no eres tonto?—exclamé, dándole unos cuartos.

—De Génova, señor....—dijo el tunante, haciendo un mohín, que terminó en grave reverencia.

Cuando llegamos al Hotel, el tercer toque de campana llamaba á los huéspedes á la mesa redonda, y las puertas de todos los cuartos se abrían, dando paso á damas y caballeros de diversos países.—Estaba yo todavía tan preocupado con los Capuchinos, que parecióme ver á una Comunidad que salía de sus celdas y se dirigía al refectorio....

Pocos momentos después, el soberbio comedor de que hemos hablado contenía de ochenta á cien personas, sentadas á una misma mesa, sin embargo de no haberse visto en toda su vida.—Allí había familias alemanas, suízas, francesas, inglesas, ¡hasta rusas! Allí había tres jóvenes que hablaban español, pero que no se decían *españoles*, sino *americanos*, ¡lo cual me llenaba de pena! Allí estaba la Duquesa florentina que vimos anoche. Y allí encontramos.... ¡oh rubor!, tres caras conocidas,—dos de mujer y una de hombre,—las de mujer sumamente hermosas, y la de hombre un tanto burlona á costa nuestra....

¡Porque aquellas tres caras estaban vueltas hacia nosotros!.... ¡Porque aquellas tres personas nos miraban! ¡Porque eran estas tres personas las dos ingle-

sas y el inglés con quienes nos cruzamos hace pocos días en el camino de *Martigni!*

La expresión de sus rostros nos decía claramente que habían leído en el *Album de la Flechère* aquellas imprudentes palabras nuestras: «*Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre este año en el presente libro.*»—¡Y ellos habrían escrito después el suyo! ¡Y ellos se habrían reído de nuestra necia baladronada!

—¿Cuándo han llegado al Hotel aquellos jóvenes ingleses?—preguntamos á uno de los criados que servían la mesa.

—Esta tarde,—nos respondió.

—¿De dónde vienen?

—De Chamounix.

—¿Qué camino han traído?

—El *San-Bernardo.*

—¡El *San-Bernardo!*

—Sí, señor; el camino de Aosta.

¡No nos quedaba más que oir!—¡Aquellas dos divinidades aristocráticas habían hecho lo que Iriarte y yo no nos habíamos atrevido á hacer! ¡Habían pasado el *San-Bernardo* con una vara de nieve, como Bonaparte!—Y, sin embargo, su tez parecía de hojas de rosa, sus manos blanqueaban como las azucenas, sus ojos irradiaban inocencia, reposo y alegría!—¡Era cosa de venerarlas...., aun cuando nos gustaban muchísimo!

Al comprender que las reconocíamos, pusiéronse las dos muy coloradas,—para lo cual necesitan poco las señoritas y hasta las matronas de los Tres Reinos Unidos.—Nosotros devoramos en silencio nuestra humillación y todos los *grissini* que había al alcance de nuestra mano....—(Dejo á vuestro cuidado el averiguar qué cosa se entiende por «*grissini*».)

Después de comer, todas las señoras volvieron á sus habitaciones, en tanto que los hombres nos re-

uniamos en otra pieza á fumar y tomar café.—El joven inglés,—el hermano de sus hermanas,—se dignó entonces también ruborizarse.... y sonreirnos.

Nosotros empezamos á comprender que su sonrisa no era de burla, sino de simpatía....

—Ese inglés quiere hablarnos.... (dijo M. Iriarte). Lo estoy viendo luchar con su temperamento; pero al cabo su curiosidad vencerá. Dejémosle, pues, tomar la iniciativa. ¡Probablemente pasará toda esta noche sin dormir, pensando en las cosas que hubiese podido decirnos, si se hubiera atrevido, y en la manera de abordarnos mañana!

En esto el joven acabó de fumar, y se marchó.

En cambio, Jussuf, que había comido aparte, vino á buscarnos, ganoso de hacernos conocer su *Teatro*.

Nosotros no nos hicimos de rogar.... ¡Oir la *Norma* en Italia equivalía á comer ostras en Ostende, á ir á los toros en Sevilla, á entrar en un serrallo en Asia, á tomar leche en Suíza, á verse vigilado en Venecia, á presenciar un asesinato en Roma, á beber cerveza en Londres, á hablar de filosofía en Viena....

Nos marchamos, pues, al *Teatro Nacionale*, situado en un extremo de *Turín*.

Nuestras sorpresas principiaron en el Despacho de billetes.... Nosotros pedíamos butacas, lunetas (*stalles, fauteuils*), ó cosa por el estilo, y á todo ello nos contestaban alargándonos tres llaves....

—¡No es un palco, ni mucho menos tres, lo que queremos! (gritábamos nosotros:) ¡Queremos butacas, lunetas, *fauteuils d'orchestre*....

—Pues bien: eso les doy.... (respondía el expendedor, que hablaba indistintamente francés é italiano).

Aquí se llaman *sedie chiuse* (sillas cerradas).—Con estas llaves *las abrirán* Vds.

—Pero, señor, ¿cómo se abre una silla?

—Ya se lo dirá el acomodador.

—¿Y son estas las mejores localidades, fuera de los palcos?

—Sí, señor: son las más caras: son lo que se llama en Francia *sillón de orquesta*.

—¿Y cuánto valen?

—Cuatro mutas (*mute*) cada una, comprendida la entrada.

La *muta* es una moneda especial del Piamonte, que no es de cobre ni de plata, sino de plata y cobre mezclados, como la que antiguamente se llamaba *vellón* en España.—Cada *lira*, ó sea cada franco, equivale á cinco mutas.—¡Nos habían, pues, pedido *unos tres reales* por cada sillón de orquesta!

—¡Barata anda la música en este país!—exclamé yo.

—¡Es natural! (me contestó Iriarte.) ¿No ves que aquí se cría?

Entramos.—La sala era espaciosa, altísima de techo y de muy pobre decorado. ¡El público.... de última calidad!—Los ciento diez y seis palcos en que se dividía el anfiteatro estaban llenos de hombres, mujeres y niños. Los niños lloraban ó gritaban...., según su edad. Las mujeres comían castañas. Los hombres conservaban el sombrero puesto.—Esto en cuanto á los palcos.—En la platea había cuatro ó cinco filas de *sedie chiuse*, y otras diez ó doce de asientos de madera lisa, quedando sin localidades más de la tercera parte del *patio*, donde se agrupaban de pie los que sólo habían comprado entrada....—En cuanto á la *sedia chiusa*, se llama así porque su asiento (que se levanta y se baja, como el de las sillas de coro de algunas Catedra-

les) está sujeto al espaldar con una cerradura de hierro, á fin de que únicamente pueda ocuparlo el feliz poseedor de la llave....

Según nos dijeron nuestros vecinos de localidad, este uso y costumbre es extensivo á casi todos los teatros de Italia.... Sin embargo, nosotros no dejamos de conocer desde luego que el pobre Jussuf nos había llevado á un teatro de baja clase.

Ya estaban encendidas las luces de la orquesta, ó sea unos enormes quinqués de aceite, que mucho me engaño ó debieron de conocer á Guido el Aretino.... El telón de boca (¡alegoría apoteótica del *Estatuto Sardo!)* empezaba á menearse.... El público rugía de entusiasmo y de impaciencia al oir templar los instrumentos.... Jussuf se multiplicaba para atender á las muchas *víctimas* que esperaban una mirada de sus africanos ojos.

Los primeros acordes de la Sinfonía restablecieron al fin la calma en el público, ahuyentándola de mi corazón....—¡Dios de Israel! ¡qué orquesta! ¡qué algarabía! ¡qué trompetazos! ¡qué violines, sonando como rabeles! ¡qué furia marcial la del *Direttore!*—¡Ah, perro Moro! ¿para qué nos has traído aquí?—¡Áh, querido Iriarte!.... ¿quién diría que estamos en Italia?—¡Oh, divina Euterpe! ¿cómo toleras semejantes abominaciones?

En esto se corrió el telón.

El público siguió con el sombrero puesto....; descortesía que me habría consolado ó vengado, si no fuera habitual y constante en casi todos los teatros de la Alta Italia, según que nos dijeron los citados vecinos....

Cuatro galos y un cabo, y ocho druidas, seguidos de *Oroveso*, ocuparon la escena.... ¡Uno de los druidas salía temblando como un azogado, á fin de significar que era viejo, cual si no bastase la media arroba de lino que le servía de barba!—En cambio había

otro con bigote y perilla.—Á *Oroveso* le llegaba la barba á las caderas...., y no exagero ni un milímetro!

Toda esta tropa rompió á cantar sin pararse en barras, levantando los brazos con una simultaneidad y un concierto que desgraciadamente no empleaban al levantar la voz....

Sale al fin *Pollione*, terrible sujeto de dos varas y media de estatura, el cual empieza á gritar desaforadamente. Á los pocos momentos desafina: luego da un espantoso gallo....—El público aplaude.... ¡tal vez irónicamente!....—El artista saluda con la mayor seriedad.... Y toda su aria transcurre de este modo.

En seguida sale *Norma*, no trágica, sino patibularia figura, de recios y descarnados huesos, macilenta fisonomía y amanerado traje, y maulla la *Casta diva* de tal manera, que de seguro huyen todos los ratones del barrio.—*E pur*, al fin del aria, aparece un criado en la escena, llevando un gran ramo de flores, que entrega á la *prima donna*...., de parte de no sé qué desgraciado!— El público aplaude á más y mejor, no sé si de veras ó de broma.—Jussuf nos mira con aire de triunfo, como diciéndonos:—*¡Ya veis adónde os he traído: todo esto me lo debéis á mí!*

Yo no puedo más, y abandono el Teatro.—Iriarte, más filósofo, ó menos reverente con Bellini, se queda allí, haciendo estudios de caricatura.

.....

Del *Teatro Nacionale* me dirigí á la *Piazza Castello*, dando un gran rodeo por la orilla del río y con ánimo de venirme á casa á escribir estos apuntes.... Pero, al llegar á los pórticos que hay delante de nuestro Hotel, me encontré de manos á boca con Iriarte.

—¿De dónde vienes?—le pregunté asombrado.

—Del Hotel; de buscarte.

—¿Pues no te divertías tanto en el Teatro?

—¡Oh! No he podido resistir á *Adalgisa*.... ¡Norma es una sublimidad al lado de ella!—Decididamente, no debemos volver á la Opera en Italia hasta el *Carnavalone*, que principia la verdadera temporada lírica.

—¿Y Jussuf?

—¡Allá queda aplaudiendo!—Creo que tiene intereses comprometidos en el cuerpo de coros.

—¿Y dónde vamos?—¡Son las nueve de la noche!

—Podemos ir á otro Teatro, que hay aquí cerca, y delante del cual he visto muchos coches....,

—Será el *Teatro Carignan;* pues, si no me equivoco, la Plaza de este nombre se halla por aquí.—En ese Teatro, construído bajo la dirección de Alfieri, se representaron por primera vez sus tragedias.... ¡Es el segundo Coliseo de Turín, según mis apuntes!....

—Pues mira; aquí lo tenemos.

—Entonces.... ¡adelante!

El *Teatro Carignan* es muy lindo; pero también en él hay una parte de sala sin asientos; también en él asiste el público á la representación con la cabeza cubierta; también en él hay *sedie chiuse*...., por cierto bastante incómodas....—En cambio, los palcos de *primo* y *secondo ordine* se hallaban esta noche ocupados por la mejor sociedad de *Turín;* ó sea por la parte de ella que ha regresado ya del campo.

Dábase un Baile, titulado *La Esmeralda*, basado en el argumento de *Notre Dame de Paris*.—La señorita Salvioni, la heroína de la fiesta, nos pareció desde luego muy hermosa, aunque demasiado alta para sílfide y excesivamente propensa á la transpiración....—Por lo demás, bailaba bien, y era aplaudida con locura.

Pero no ha sido seguramente el espectáculo lo que más acaba de llamarnos la atención en el Teatro *Ca-*

rignan; sino un célebre personaje que estaba solo en un palco-platea de proscenio, de espaldas á los espectadores, repasando infinidad de periódicos....

¡Era el Conde de Cavour!

Siempre que la Salvioni aparecía en escena, el Presidente del Consejo de Ministros dejaba los periódicos, avanzaba al antepecho del palco y fijaba sus gemelos en la voluptuosa *Esmeralda*....—Porque habéis de saber que, según he leído en el *Gianduja*, el noble Conde se perece por el baile y las bailarinas.

Cavour es hombre de unos cincuenta años, grueso, de pequeña estatura, elevada frente y vivísimos ojos, relumbrantes al través de las gafas, y algo descuidado, aunque decoroso, en el vestir. Tiene más aire de bibliómano que de estadista.

Yo comuniqué estas observaciones al inquilino de la *sedia chiusa* inmediata, quien ya había tenido la bondad de decirme espontáneamente, al notar que éramos extranjeros:—«*Mire V.... Aquel es Cavour*»....

—Pues, si conociera V. su vida (contestó mi vecino), vería V. que corresponde perfectamente á su figura.—Cavour se levanta á las cuatro de la mañana y estudia hasta las seis. A esa hora empieza á despachar los dos ó tres Ministerios que tiene siempre á su cargo. A las diez puede V. verlo dando un paseo á pie por las calles de Turín. A las once viene al *Café del Cambio* (que se halla al lado de este Teatro), donde almuerza confundido con la multitud. Después va á Palacio ó al Consejo de Ministros. En seguida al Parlamento. Luego come espléndidamente. Á la noche recibe á los Diplomáticos ó da audiencia pública. A las diez viene un rato á ver bailar, á leer los periódicos extranjeros, á hablar desde su palco con las bailarinas y á aplaudirlas con el furor que V. ve. Desde aquí se va á hacer alguna visita particular, y á las doce se mete en la cama.

—Esto quiere decir que sólo duerme cuatro horas.

Yo sabía por mi parte que el Conde *Camillo Benso di Cavour* es uno de los hombres más ricos de Italia; que su familia pertenece á la primera nobleza del Piamonte, y que el sensato pueblo turinés, que lo quiere y respeta más que á Garibaldi, le llama generalmente:—*Papá Camilo*.

.....

Concluyo por hoy diciéndoos que la Duquesa florentina y las heroicas inglesas de Martigni estaban en el *Teatro Carignan*.

III.

EL SANTO SUDARIO.—PALACIO DEL TASSO.—ARTES Y LETRAS.—ISABEL Y JUANA.—UN ALMUERZO CON ESPAÑOLES.—EL MUSEO EGIPCIO.—LA SUPERGA.—EL CEMENTERIO.—ADIÓS AL PIAMONTE.

TURÍN 30 de Octubre.

Han transcurrido ocho días.

Dentro de dos horas habré abandonado á *Turín*.

Me dirijo á *Milán*, pasando por *Marengo* y *Pavía*.—(Directamente, emplearía cuatro horas. Así emplearé treinta.... Pero *Marengo* y *Pavía* bien se merecen este rodeo.)

Iriarte se habrá embarcado hoy en Génova con dirección á Nápoles.—Va en busca de la guerra, como corresponsal de un periódico de París.

Yo he preferido por ahora la paz y el arte, y no pisaré el suelo napolitano sin haber visitado antes á Venecia, Florencia y Roma.

Jussuf seguirá en *Turín*, esperando á su amo.

En adelante, pues, viajaré solo,—lo cual debe de ser poco alegre....

Pero vamos á lo de hoy ; quiero decir, hablemos de mis estudios en estos últimos ocho días.

La Capital del Piamonte encierra CIENTO NUEVE templos católicos y uno protestante ; ninguno de ellos de verdadero mérito artístico.

La *Catedral* tiene una regular fachada del Renacimiento y un cuadro de Alberto Durero. Lo demás no es digno de atención.—El edificio comunica por un lado con el Palacio Real, y por otro con la famosa Capilla del *Santo Sudario*, que es indudablemente la única obra de notar debida á la profunda devoción piamontesa.... Figuraos una gran rotonda de mármol negro, formada por multitud de columnas, cuyas basas, así como los capiteles, son de bronce dorado.... Cuatro sepulcros de mármol blanco, adornados con estatuas y con figuras alegóricas, se destacan valientemente sobre el fondo obscuro de tan lúgubre columnata y contienen las cenizas de cuatro Duques de Saboya, uno de los cuales es *Emmanuel Filiberto*, de quien ya hablamos la semana anterior al ver su Estatua ecuestre.... La cúpula consiste en una superposición de muchas bóvedas, caladas artificiosamente, de tal manera que la luz del dia finge una gran corona aérea, ó especie de estrella rutilante, cuyo fulgor esclarece la fúnebre capilla y se refleja en el pavimento, que es de mármol celeste, salpicado de estrellas de bronce.—Diríase, pues, que aquel luctuoso recinto se eleva sobre el cielo y que la cúpula trasluce ya un reflejo de la eterna Gloria.—Finalmente : en el *Altar*, y bajo fanal magnífico, hay un gran Relicario de plata, en que se guarda el *Santo Sudario* que envolvió el cuerpo de Jesús.—El Sacristán sostuvo acaloradamente (contestando á necias observaciones de un Inglés) que los otros *Santos Sudarios* que se veneran en San Pedro de Roma, en Besançón y en Cadouin son apócrifos y su-

puestos, y que el único auténtico y verdadero era el que teníamos delante....—Yo quedé enamorado del Sacristán y muy disgustado del Inglés.

En la Calle de la Basílica, álzase el *Palacio del Tasso*, en cuya fachada se lee la siguiente inscripción:

TORQUATO TASSO
NEL CADERE DELL' ANNO MD LXXVIII
ABITÓ QUESTA CASA PER POCHI MESSI E IA
CONSACRO PER TUTTI I SECOLI.

Tan elegante inscripción se refiere á una de las muy contadas épocas felices de la vida del gran poeta, ó sea á la temporada que pasó en la Corte del entonces reinante Emmanuel Filiberto, con ocasión de las famosas *Fiestas de Armida*, imaginadas para honrar y consolar al infortunado Cantor de la *Jerusalén libertada*. Por cierto que, hace pocos años, un inspirado artista, gran literato y célebre político piamontés, *Massimo d'Azeglio*, pintó un magnífico cuadro que representa *Las Fiestas del Jardín de Armida*, tal como la Historia las narra con los retratos de todos los personajes de la corte de Emmanuel Filiberto que tomaron parte en ellas, el del Duque, el de su esposa y el del Poeta laureado.

También he visitado estos días el *Palacio Carignan*, antigua morada de los Príncipes Reales del Piamonte, cedido por Carlos Alberto á la Nación para ser convertido en *Cámara de Diputados*. — El Salón de Sesiones podrá contener apenas *cómodamente* á los Representantes del que era *Reino de Cerdeña* antes de las anexiones famosas; y, sin embargo, *se le ha obligado* á servir últimamente para cuádruple número de Diputados.—Con destino á la reunión del primer Parlamento *italiano*, en que tomarán parte todos los pueblos de la Península, menos Venecia y Roma, se construye hoy en el patio

del mismo Palacio una gran *Cámara Provisional*, ó sea una enorme jaula de madera y telones pintados.... ¡Los pobres Piamonteses no se atreven á hacerla más sólida, comprendiendo que se edificará en otra Capital el Parlamento *definitivo!*

Item:—He vuelto al Palacio Real, donde he registrado la magnífica *Biblioteca del Rey*, compuesta de dos mil manuscritos preciosos y de más de cincuenta mil volúmenes impresos.—Por cierto que, entre los códices que allí he visto, hay uno (hallado últimamente en viejísimo archivo), que me alegraría ver algún día publicado en español.... ¡Es nada menos que el *Diario militar de Emmanuel Filiberto de Saboya!*—Consérvanse además muchas cartas de este Príncipe, algunos autógrafos de Napoleón y de Federico el Grande, é infinidad de cartones y dibujos de Rafael, Leonardo de Vinci, Correggio, Ticiano y otros célebres artistas.

Y, á propósito de arte: — En el *Palais Madame* he recorrido las diez y ocho salas que constituyen la *Galería Real de Cuadros*, compuesta de seiscientos lienzos, más ó menos valiosos, de pintores de todos los países.—En tan numerosa colección, no hay ninguna obra de gran mérito. Son, sin embargo, notables una *Madonna della Tenda*, de Rafael, igual á otra que tenemos en Madrid;—un *Moisés salvado de las aguas*, de Pablo el Veronés;—los *Hijos de Carlos I de Inglaterra*, pintados por Van Dyck; —un buen Rembrandt;—una *Madonna* de Palma el Viejo, rodeada de Ángeles y Santos, y algunos otros cuadros ilustres solamente por el nombre de sus autores....—Me refiero á Ticiano, Francia, Gerard de la Nuit, Rubens y Julio Romano, tristemente representados en este Museo.

¡Á la verdad, estos buenos piamonteses no unen á sus grandes cualidades cívicas, militares y domésticas el sentimiento ideal de la belleza! Así lo aseguran los

propios escritores italianos, y así lo hace patente el hecho, notabilísimo en Italia, de que el Piamonte no haya producido ningún grande artista ni en pintura, ni en escultura, ni en arquitectura, ni en música.—Gaudencio Ferrari y Girolamo Giovenone, de quienes hay varios cuadros en la Sala Piamontesa de la *Galería Real de Cuadros,* son sus pintores eminentes, y, sin embargo, no pasan el nivel de la medianía.—Mucho más vale el citado Azeglio, estadista contemporáneo.

En punto á Letras, el Piamonte puede al menos envanecerse de haber sido cuna de Alfieri y de Silvio Pellico.—(El Conde José de Maistre es saboyano.)—Gioberti, como filósofo, y el mismo Azeglio, como novelista, honran también á Turín.—*Et voilà tout.*

En compensación de su esterilidad artística y limitada producción literaria, el Piamonte ha sido y es fecundo en hombres de ciencia, entre los cuales descuella el famoso matemático Lagrange.—El *Gabinete de mineralogía*, la *Colección numismática*, la *Colección zoológica* y el *Museo egipcio y de antigüedades* de Turín figuran entre los mejores de Europa.—La *Biblioteca de la Universidad* es también importantísima. (Baste decir que empezó á formarse en el siglo x.)—La *Universidad* comprende sesenta y cinco cátedras y tiene un magnífico *Gabinete Anatómico y Patológico*, *Laboratorios y Anfiteatro de Química*, *Gabinete de Física*, *Jardín Botánico* y un patio revestido de bajo-relieves preciosísimos, inscripciones griegas y latinas y otras curiosas Antigüedades.

Además de la *Galería Real de Cuadros*, hay en Turín otras cinco ó seis Galerías particulares, cuyos dueños las abren al público algunos días.—Yo las he recorrido todas, y todas me han parecido tan mediocres como el Museo del *Palazzo Madama.*—¡Amigo! ¡Tenemos los Españoles tal *Museo de Pinturas* en Madrid, que difícilmente nos entusiasma ningún otro!

Los Establecimientos de Beneficencia de esta Capital son sumamente notables.—En el *Hospital Mayor* hay 418 camas. En el de la *Caridad* se albergan hoy 1,500 pobres. El de la *Maternidad* contiene 600 mujeres y otros tantos niños. —Cuéntanse además dos *Hospitales Militares* y el *Manicomio Real*, en que habrá ahora más de 700 dementes....;—y no son muchos, atendidas las circunstancias políticas del país.

Asimismo he visto el *Arsenal*, que es soberbio, y donde se halla un *Museo de armas*, con puentes, barcos y herramientas; una *Escuela de Metalurgia*; un *Depósito de planos* en relieve de las principales fortificaciones de Europa; una *Fábrica de cañones*; un *Gabinete de Historia Natural*, y una *Escuela de Artillería*.—La *Academia Real Militar* no he podido verla; pero me aseguran que es de primer orden.

Turín encierra doce Teatros, de los que casi todos están cerrados todavía.—En ellos se dan, durante el invierno, representaciones de ópera italiana, de bailes franceses, de comedias, dramas y tragedias (en francés y en italiano), de autómatas, de ejercicios ecuestres y de juegos malabares....

Pero esto no es lo convenido: yo no escribo la *Guía de Turín*, sino mis propias impresiones.—Apresurémonos, pues, á referir y copiar aquellas escenas y panoramas que más nos hayan sorprendido en esta Capital, y levantemos el campo sin pérdida de tiempo. —¡El tren de Alejandría sale á las once de la mañana, y ya son las ocho!

Empezaré diciéndoos que los tres hermanos ingleses se humanizaron al fin; que he tomado el te con ellos estas últimas noches; que me he visto obligado á hacerles un plan de *viaje por España*, y que me han

confesado que se rieron mucho á nuestra costa cuando vieron el *Álbum de la Flechère*,—donde se contentaron con escribir, debajo de nuestra frase y de nuestros nombres, esta elocuente y tremebunda nota:

«*Isabel y Juana W....*, MENORES DE EDAD, *naturales de Londres, leyeron las anteriores palabras á los dos dias de ser escritas.*»

—*¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!*....—digo yo con Shakespeare.

En cambio de esta mortificación, las encantadoras inglesas nos han proporcionado muy buenos ratos, ora luciendo su habilidad al piano, ora cantando baladas escocesas, ora mostrándonos sus álbums de dibujo, ora (y esto era lo más delicioso) dejándonos contemplar extáticamente su peregrina hermosura, escuchar su dulce voz, recibir su modesta y tentadora sonrisa, respirar la atmósfera de gracia, de distinción y de pureza que las rodeaba, y, por último, acompañarlas á la Estación del Ferrocarril de Génova, y despedirnos allí de ellas y de su hermano, como buenos amigos, después de cambiar señas y tarjetas....

¡Por qué se han ido!....—¡Ah! ¡Quién sabe si M. Iriarte me habrá abandonado por seguirlas!

Ni han sido estos los únicos ratos de *buena sociedad* que he disfrutado en la Capital del Piamonte; pues he tenido la dicha de hallar en ella, de Ministro Plenipotenciario de España, al distinguido propietario y director de *La Época* D. Diego Coello, con cuya amistad me honro hace algunos años.

Siempre es grato al que viaja por suelo extranjero penetrar en la Casa cobijada por la bandera de su país y á cuya puerta se ven las Armas que simbolizan su nacionalidad. ¡Dentro de aquellos umbrales está la Patria! Allí cree uno respirar el aire amigo que meció su cuna. Á pocos pasos que dé, resonará en sus

oídos la lengua natal ; le acogerán afables compatriotas ; recibirá noticias de la materna tierra.... Pero esta impresión es mucho más dulce cuando se encuentran, como yo encontré en *Turín*, la patria y la amistad reunidas bajo un mismo techo, y hasta un asomo de los perdidos goces de familia....

Además, el Sr. Coello y su amable cuanto bella esposa trasladaron una mañana todo el personal de la Legación y toda su tertulia al Sitio Real de *Stupiniggi*, donde nos dieron un magnífico almuerzo.

Aquella es una Residencia Real de caza, situada á dos leguas de *Turín*.—El Intendente de Palacio la había puesto aquel día á disposición de nuestro Ministro , y nosotros tuvimos el buen gusto de instalarnos, no en el Castillo, sino en una linda glorieta, cerca de un lago artificial, á la sombra de espesísimos árboles, desde donde se gozaba una admirable vista de todos los jardines y de interminables alamedas....

La hermosura de aquel lugar, en que la naturaleza y el arte han acumulado singulares encantos ; la esplendidez y serenidad de un apacible día de otoño ; la alegría de los comensales ; el idioma español, único que se habló desde por la mañana hasta la noche ; la vaga melancolía que nuestra condición de extranjeros no podía menos de infundirnos , y la dulce tristeza que á mí me causaba aquel día de efusión y júbilo después de tantos otros de soledad y en vísperas precisamente de volver á empuñar el báculo de peregrino; todo esto, digo, producía en mi alma tácitos y profundos movimientos de inquietud y ternura que nunca olvidaré....—por mucho que viva.

Al otro día, que fué el de ayer, cambió la decoración completamente.—Tres excursiones hice, y las tres

me pusieron en inmediato contacto con los muertos.

Fué la primera al *Museo Egipcio*, que, según general opinión, no tiene rival en Europa.—En él vi los despojos de todo un pueblo, de toda una civilización, de toda una edad del mundo.... Desde las estatuas de los *Dioses* que se veneraban antes del nacimiento de Moisés, hasta las de los *Reyes* que edificaron las Pirámides; desde las *Esfinges* y los animales inmundos que se adoraban en el valle del Nilo, hasta las *momias* de los mismos que los adoraban; desde las *armas* del guerrero hasta las *telas* preciosas y las *alhajas* que adornaron á las Reinas; desde los *manuscritos* en *papyrus* y los *jeroglíficos* en piedra que han revelado la historia de tan remotos tiempos, hasta los *instrumentos* de agricultura, el ajuar doméstico, los *vasos* llenos de *pinturas* y los *emblemas mitológicos* que han descubierto el misterio íntimo de aquella vida y de aquellas costumbres....; todo, todo lo encontré en tan magnífico Museo; todo acreditaba allí las más peregrinas aseveraciones de los arqueólogos; todo hablaba un severo lenguaje que llenó mi espíritu de fría tristeza.

¡Porque esta es la verdad! Cuando los testimonios del tiempo pasado se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, producen en el alma poéticas resonancias; pero cuando se extienden más allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan otro mundo completamente extraño á nuestra geneología histórica, lo que despiertan en el espíritu es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y substancia de la imaginación.—Un sepulcro de la Edad Media, por ejemplo, se contempla por todo latino con amor, con devoción, con reverente melancolía.... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religio-

so.... ¡Pero las ruínas de Palmira, una sepultura pelasga, un jeroglífico de Tebas, nos inspiran graves y áridos pensamientos y una indiferencia estoica muy semejante á la misantropía!

Tal pensaba yo por lo menos al mirar las Momias del *Museo Egipcio*.—¡Tenía ante mi vista infinidad de cadáveres, cuya carne, cuyos ojos, cuyos cabellos, cuyos dientes, cuya fisonomía entera se conserva de modo, que, si volviesen á la vida tal y como se hallan, de seguro se reconocerían hijos y padres, amigos y enemigos, amantes y amadas, deudores y acreedores, vasallos y reyes!....—¡Y, sin embargo, hace *cuatro mil años* que aquellos cuerpos se despidieron de sus almas! ¡Hace *cuarenta siglos* que yacen en aquella postura, que duermen con aquel gesto, que están liados con aquellas fajas de engomada tela!—No me corrrespondía, pues, á mí interesarme en historias tan ajenas y trasnochadas.

Ruego encarecidamente á mis albaceas testamentarios que ni me embalsamen, ni tan siquiera me encierren en un nicho de los que se estilan hoy.—¡Vuélvanme á la tierra cuando la tierra me llame!.... ¡No me leguen á la sacrílega curiosidad de futuras generaciones! ¡No me vea yo...., esto es; *no me vean á mí las gentes* con el poco amor, con el ningún miedo, con la falta de respeto y hasta de asco con que miraba yo á aquellos infortunados egipcios!—¡Infortunados, sí! ¡Hace cuatro mil años que se les niega la madre *tierra!*—¿Qué *destierro* podrá compararse con el suyo?

Desde el *Museo* me fuí á la *Superga*.

La *Superga* es la más alta de las colinas denominadas *Montes de Turín*, y sobre ella se levanta un hermoso Templo, que se divisa á muchas leguas de dis-

tancia y en el cual duermen el sueño de la muerte los Reyes de Cerdeña.—Es, como si dijéramos, el Escorial de la Dinastía de Saboya.

De Turín á la *Superga* hay dos leguas escasas, pero muy penosas, por componerse de ásperas cuestas y complicados rodeos. Para llegar en carruaje á la misma puerta de la Iglesia, hay precisión de enganchar cuatro caballos, y aun así se va muy lentamente y con gran peligro de rodar cejando hasta estrellarse.—La costumbre inglesa es hacer la excursión en asnos.—Yo hice la mitad en carruaje y la otra mitad á pie.

Sólo la vista que se disfruta desde aquella eminencia, á 1,400 pies sobre *Turín*, vale la pena de la subida. —Por desgracia, el día no era muy transparente; pero, sin embargo, alcancé á ver todo el Piamonte y mucha parte de las llanuras lombardas....

La Iglesia de la *Superga* tiene muy noble aspecto. Precédela un peristilo corintio, al que se sube por bella escalinata. El edificio principal es redondo y termina en elegante cúpula. Á los lados, hay unas casitas cuadradas, coronadas por altas torres.

Los franceses, que no cuentan nunca sino *sus victorias*, se han cuidado muy bien de omitir en sus libros el origen del panteón de la *Superga;* pero yo, como neutral, debo contarlo.—Es el siguiente:

Al amanecer el día 7 de Setiembre de 1706 hallábanse, en el mismo sitio que hoy ocupa la Iglesia, el famoso Príncipe Eugenio (Generalísimo del Emperador de Austria) y el Duque de Saboya (Víctor Amadeo I), observando los movimientos de un Ejército francés que se acercaba á *Turín,* á cuyas puertas estaban acampados los soldados imperiales.—Mandaban las tropas francesas el Duque de Orleans y el Mariscal Marchin, batidos ya muchas veces por el Príncipe, y, como notara éste cierta vacilación en la marcha y maniobras del ene-

migo (cuando aún no había principiado la batalla), exclamó, dirigiéndose á Víctor Amadeo : —«*Señor, se me antoja que aquella gente está ya medio vencida.*»

El Duque de Saboya creyó en el presagio, é hizo en seguida voto de dedicar una Iglesia á María Santísima en el mismo lugar que entonces hollaba, si el Príncipe Eugenio derrotaba aquel día á los franceses.... Así sucedió, en efecto, pocas horas después ; siendo tan decisiva y brillante aquella victoria, que terminó la campaña y le valió al Duque de Saboya el recuperar todos sus Estados y cambiar su título de *Duque* por el de Rey....—En consecuencia, la Iglesia fué edificada ; y, para colmo de piedad , se dispuso hacer un gran Panteón debajo del Templo , en el cual serían sepultados *todos los Reyes de Cerdeña*.

Yace allí, pues, Víctor Amadeo I, acaso en el mismo lugar donde hizo la promesa, y , á continuación del suyo, siguen los Sarcófagos de la regia Dinastía que principió en su ilustre persona....

El Panteón tiene forma de cruz, y en su centro se alza un magnífico Sepulcro, donde es costumbre depositar el cadáver del *último Rey muerto*, hasta que su Heredero viene á relevarlo. Contiene hoy, por tanto, aquel sepulcro, siempre *provisional*, los restos mortales de Carlos Alberto, y excusado es decir que se halla cubierto de coronas, no ya sólo de flores y de laurel, sino de plata y oro, como también de otras ofrendas continuamente renovadas.

Diré, para acabar, que en una Torre contigua á la Iglesia hay un salón cuyas cuatro paredes están completamente tapadas, desde el suelo al techo, con los *Retratos de todos los Papas*....—¿Los tiene allí presos y emparedados el Piamonte?—¿Por qué y para qué?

.....

Cuando bajé á *Turín* serían las tres de la tarde. El tiempo estaba hermoso; mi espíritu se había templado algo filosóficamente, y el coche me pertenecía hasta el obscurecer.

—¿Adónde vamos?—me preguntó el cochero.

—¡Al cementerio!—le contesté sin vacilar.

El *Campo-Santo* de Turín, ó sea el *Cementerio Nuevo*, abierto al *público* (¡qué frase!) en 1829, se halla situado como á media legua de la Capital, á orillas del tortuoso *Dora*.—Cuatro galerías de arcos, revestidas de nichos, *habitados* ya en su mayor parte, encierran un vastísimo cuadrilongo, sembrado de lápidas y cruces y dividido por una quinta galería.

Allí moran, entre otros muchísimos, los cuerpos de cuatro hombres cuyas almas conocí yo y traté en mis pasados tiempos de estudiante, por haber ido ellas á buscarme á Guadix dentro de unos libros tiulados *Las veladas de San Petersburgo*,—*Le mie Prigioni*,—*Francesca de Rimini*,—*Eufemio di Messina*,—*Ensayo sobre lo bello*,—*El Jesuíta moderno*,—*Agamenon* y *Mirra*.—No hay que decir, pues, que los hombres cuya tumba visité ayer tarde se llamaron José de Maistre, Silvio Pellico, el abate Gioberti y Víctor Alfieri.

En punto á Monumentos artísticos, el único digno de mención que encierra aquel Campo-Santo es el de Pier Dionigi Pinelli, dos veces Ministro y otras dos Presidente de la Cámara popular de *Turín*.—Este sepulcro es obra de G. Albertoni....

Pero son las nueve y media.... ¡No hay tiempo que perder!.... Las demás cosas que he visto en *Turín*, así como las que no he visto, serán asunto de otro relato, si por acaso vuelvo á esta Ciudad, lo cual puede muy bien suceder....—¡Pensemos ahora solamente en que esta noche dormiremos en *Pavía* y mañana á la noche

en *Milán*; en que hoy es plenilunio, y en que llegaremos á *Venecia* antes del cuarto menguante, á fin de verla á la luz del astro melancólico!

Adiós, pues, al Piamonte.... Adiós.... ó *¡à rivederssi!*—En medio de todo, fuerza es confesar que este es un gran pueblo.... Su cultura; sus buenas costumbres; el severo carácter, probada moderación y noble compostura de la clase media; la sensatez y laboriosidad de las clases pobres; la ilustración de la aristocracia; el acendrado patriotismo de todos; la paz y la libertad, aquí bien avenidas, sin embargo de la gravedad de las circunstancias, y la prodigiosa rareza de toda clase de crímenes se atraen la simpatía del viajero, haciéndole olvidar lo que haya de violento, desleal y odioso en los *medios* de que, al decir de muchos, se ha valido el Gobierno piamontés para hacer extensivas á toda Italia la libertad, la prosperidad y la independencia que aquí se disfrutan.....

¡Las diez menos cuarto!....—Cojo mi saco de noche; dejo el Hotel; entro en una *vettura*; grito al cochero: «*¡Strada-ferrata di Alessandria!....*»; llego á la Estación del Camino de hierro cuando el tren principia á moverse; lo asalto al paso con mil apuros...., y poco después estoy ya tan lejos de *Turín*, que apenas diviso, por encima de los árboles de *Moncalieri*, la enhiesta cima y mortuorio templo de la *Superga*, paladión de la moribunda autonomía del Piamonte.

LIBRO CUARTO

LA LOMBARDÍA

I.

ALEJANDRÍA.—MARENGO.—UNA TARDE EN PAVÍA.—RECUERDOS DE LA PATRIA.—«EL ALBERGO DELLA CROCE BIANCA.»—LUGAR DE LA BATALLA.—LA CARTUJA.—LA CELDA DE FRANCISCO I.—DIVISO Á MILÁN.

30 de Octubre de 1860.

Ues, señor, heme aquí solo en mi solo cabo, empaquetado en un coche del tren que esta mañana me sacó de Turín; rodeado de extranjeros que no he visto ni volveré á ver en toda mi vida, y reducido á hablar con mi taciturno *Libro de memorias*.

Poco tengo que apuntar hasta de presente.—El Ferrocarril que voy recorriendo es, según fama, uno de los mejores de Europa; pero sus grandes obras se hallan acumuladas cerca de *Génova*, en el paso de los Apeninos; de modo que yo no las veré hasta dentro de algunas semanas.... Hoy dejaré esta línea en *Alejandría*, y tomaré otra que me conducirá á *Casteggio*, por donde pasaré al Milanesado.

Ahora estamos parados en *Asti*, viejísima Ciudad,

rodeada de interminables viñedos, que producen el delicioso vino del mismo nombre.—Hállase situada en la confluencia del Borbore, y del Tanaro, muy conocido éste en nuestra historia, por haberse dado á sus orillas una gran batalla en que españoles y franceses, mandados por el Infante D. Felipe, derrotaron á los piamonteses y á los austriacos en 1745.—¡Singularísimas alianzas una y otra!....

Pero el tren vuelve á marchar...., y pronto divisamos los muros y torres de *Alejandría*, célebre Plaza Fuerte, base de operaciones de muchos ejércitos beligerantes (sin ir más lejos, de los mandados por Napoleón III y Víctor Manuel el año pasado), y llamada así porque, en su origen, cuando el Papa Alejandro III la hizo construir aceleradamente como posición estratégica que tuviera á raya á sus adversarios *los gibelinos*, era toda ella de tierra y paja....—Yo no sé de qué será hoy por dentro; pero su exterior me demuestra que, desde los tiempos del gran Pontífice *güelfo* hasta nuestros días, la Ciudad ha adelantado bastante.

Sin embargo, como mis fidedignos apuntes dicen que *Alejandría «no encierra nada de particular»*, dedico la media hora de parada que aquí se hace, mientras mudan el tren, al honor de almorzar en esta vastísima Estación, llave y centro de cuatro Ferrocarriles de primer orden....—Por cierto que bien se merecen un rápido bosquejo (ya que me sobran algunos minutos) los cuadros animadísimos que estoy contemplando....

Mirad.—El espacioso salón del *buffet* contiene más de 300 viajeros, que comen apresuradamente lo primero que hallan; casi todos de pie; cada cuál vestido á su manera (pues nada hay que se preste tanto al capricho como una *toilette* de viaje); revueltas las familias; confundidos los sexos; mezcladas las clases; hablándose unos á otros con la mayor franqueza, aunque

no se han visto nunca, y gritando la mayor parte, golpeando en la mesa ó en las copas, ó dando recias palmadas, á fin de atraer á los mozos, que contestan desde lejos con no menores gritos....—Toda esta gente se ve reunida aquí por un momento, y partirá dentro de pocos minutos en encontradas direcciones, pues ya he dicho que en *Alejandría* se cruzan cuatro grandes Ferrocarriles. (Uno de ellos viene del Norte, habiendo recogido viajeros del Lago Mayor, de Milán, de Como, del Tirol, de Venecia y de Austria; otro llega de Turín y de Susa, con todo el contingente de franceses que pasan el Mont-Cenis; el tercero sube de Génova, trayendo á remolque toda la Península italiana; y el cuarto acude desde Bolonia, atravesando los Ducados de Módena, de Parma y de Plasencia....—¡Y esto sin contar con el pequeño Camino de hierro de Acqui, tributario también de *Alejandría!*)—De vez en cuando, óyese gritar á la puerta del comedor:—«*¡Partenza!....*» —Y todo el mundo deja de comer y presta oído atento á lo que sigue....—Y lo que sigue es una lista de los pueblos para donde va á salir tren inmediatamente.... —Y cada uno, al oir nombrar el pueblo á que se dirige, tira el tenedor ó la cuchara; arroja unas monedas al mozo, y sale á escape, como si le acabaran de anunciar que su casa está ardiendo....

—*¡Marengo! ¡Spinetta! ¡San Giuliano! ¡Tortona! ¡Pontecurone! ¡Voghera! ¡Casteggio!*—oigo gritar yo...., y hago lo mismo que los demás: echo á correr como un desesperado.

—*¡Marengo! ¡Marengo!*—voy exclamando maquinalmente, mientras me dirijo á tomar el tren.

Y, desde tal instante, mi imaginación ve, en mil lados simultáneamente, á un hombre pálido y delgado, de pequeña estatura, lacios cabellos, ojos claros y

luminosos y naríz aguileña, vestido con largo redingote gris y llevando el clásico sombrero napoleónico.... —Es el Primer Cónsul; es el original de la Estatua de la Columna de *Vendôme;* ¡es Bonaparte!

Algunos minutos después el tren atraviesa una vasta llanura, cubierta toda de interminables y holgadas hileras de olivos y de morales...., mientras que á lo lejos se ve un pueblecillo, dominado por la alta y solitaria torre de su Iglesia....—*¡Es Marengo!*

El Fantasma del redingote gris y del sombrero clásico corre desalado por los campos que median entre el Ferrocarril y aquella aldea....—Y, si no es él quien corre, será la móvil sombra del humo de la máquina.... Pero mi ilusión es completa.... ¡Estoy viendo la batalla del 4 de Junio de 1800, en que murió el bravo Desaix, no sin recomponer antes con su llegada las ya casi vencidas huestes de Napoleón!....—¡Oh, sí!.... El estruendo del tren imita el fragor de la pelea.... El humo de la locomotora representa el de los cañones.... El movimiento aparente del terreno, con sus ordenadas filas de árboles, finge las cargas de caballería, el galope en ala....—¡Pobres Austriacos! ¡Toda la alta Italia pertenecerá esta noche á la República Francesa....—Bonaparte sueña ya con el Trono....

Pero ya ha desaparecido Marengo....—Nos acercamos á *Montebello* (después de haber pasado por *Tortona* y *Voghera); á Montebello*, donde el General Lannes derrotó también á los austriacos y ganó su título de Duque, pocos días antes de la batalla de Marengo, y donde cincuenta y nueve años después, el verano del año pasado, volvieron á luchar franceses y austriacos, venciendo los franceses....

Pocos kilómetros más allá encontramos á *Casteggio*, —otro teatro de la misma reciente lucha; otro laurel del Napoleón de ahora....

Yo echo pie á tierra, y entro en la Ciudad.

El tren sigue entre tanto hacia Levante en busca de *Plasencia*, *Parma* y *Módena*, adonde también iremos nosotros el mes que viene....

La Ciudad de *Casteggio* no tiene para mí ningún atractivo....—En cambio estoy á cinco leguas de *Pavía*, y la silla del Correo oficial me llevará en tres horas!....—¡No hay tiempo que perder!....

Á la verdad, no pierdo ninguno....—Cuando llego á la Administración, encuéntrome enganchados los caballos y al conductor sobre su trono....

Partimos, pues, inmediatamente.

El terreno que atravesamos constituye el punto de intersección de las fronteras del Piamonte, la Lombardía y el Ducado de Parma.

Por donde quiera que miro, sólo veo morales y más morales, muestra patente de la inmensa cantidad de seda que produce este país.

Pronto pasamos el *Po* (no sin espanto de los caballos) por un largo Puente de barcas que amenaza hundirse bajo el peso del carruaje.—El ambicioso río lleva aquí doble caudal del que tenía ayer en Turín, y eso que todavía no han ingresado en él las abundantes aguas del Tesino....—(La confluencia se verifica á legua y media de este Puente.)

El térreno sube un poco.... Los caballos van á escape.... El mayoral los arenga en italiano....

Caminamos bajo la ancha sombra de cenicienta nube; pero allá, á lo lejos, se ve una zona alumbrada por el sol.... En medio de ella distingo una altiva Ciudad, coronada de muchas torres, ceñida por las brillantes aguas de un río, y cercada de frondosas huertas y extensos y verdes campos....

Es PAVÍA.—¡Salud á Antonio de Leyva, su heroico

defensor! ¡Salud á las armas españolas! ¡Salud á Fernando de Ávalos, á Lannoy, á Hernando de Alarcón, al Marqués del Vasto!—¡Salud también al valeroso Rey vencido! ¡Salud á Francisco I!....

Otro Puente....—He aquí el *Gravellona*, que no es más que un brazo del *Tesino*....—El otro brazo ciñe las murallas de *Pavía*.... Y esto me recuerda aquel ardid con que el Rey de Francia reunió en el *Gravellona* todas las aguas del *Tesino*, á fin de asaltar la Ciudad por el álveo seco de la corriente que la defiende al Sur: ardid ingenioso, imitado del que empleó Ciro para entrar en Babilonia; pero que no aprovechó al Rey Francisco; pues las aguas rompieron todos los diques, á consecuencia de una gran lluvia, y tomaron su acostumbrado curso....

El *Gravellona* sirve, ó servía hace poco, de frontera al Piamonte y á la Lombardía.—Aquí, pues, estaban antes las Aduanas sarda y austriaca.—Hoy no hay más que una pobre castañera, establecida con su gran anafre á la cabeza del Puente....

Del otro lado del *Gravellona* principia una alameda, que va á terminar en la almenada puerta de *Pavía*....

La tarde se ha nublado definitivamente, y el viento, frío y húmedo, me trae remotos clamores de campanas que tocan á muerto.—Esto me hace pensar en que pasado mañana es víspera de Difuntos.—¡Debí recordarlo al ver á la castañera! El día de Todos Santos y las castañas son inseparables.

En el *cupé* del coche-correo ha venido conmigo un buen hombre, natural y vecino de *Pavía*, confitero de profesión, que salió anteayer para *Casteggio* á visitar á un hermano suyo y que vuelve á su casa lleno de afán por ver á su mujer y á sus hijos, ¡de quienes está separado hace cuarenta y ocho horas!—El mundo es el mismo en todas partes.

Nuestra conversación por el camino ha versado principalmente sobre el estado de *la confitería* en Italia y en España. — Yo le he explicado las excelencias de esta industria en los Reinos de Granada y de Valencia, y él me ha puesto al corriente de la marcha de sus asuntos, ventajas de su Establecimiento, *géneros* que ha inventado y estudios á que consagra sus insomnios.— El tal confitero es hombre de elevada ambición y de no común inteligencia. Aspira á ser el Carlo-Magno de su oficio, y tiene en más la reputación de su Confitería que los provechos pecuniarios. — Ahora se dedica á perfeccionar el dulce de pimiento.

Al avistar á *Pavía*, le he preguntado hacia dónde cae el lugar de «*la Batalla*»; pero él ha respondido (cual si le hablara de la de Magenta):

— ¡Fué mucho más allá...., en el camino de Milán á Turín!

Entonces le he dicho que se trataba del siglo XVI, y de un Rey de Francia hecho prisionero por los Españoles en el parque de la Cartuja....

—La Cartuja se halla al otro lado de la Ciudad (me ha respondido gravemente); pero yo soy de *Pavía*, y no he oído hablar nunca de semejante batalla ni de la prisión de ningún Rey....

Yo me he dado por satisfecho con esta explicación y he vuelto al capítulo de los confites, hasta que, hace un rato, al topar de pronto en mitad del camino con su amada familia, que había salido á esperarle, mi buen compañero se ha visto arrebatado del coche y cogido en volandas por una tromba de besos y abrazos filiales, conyugales y fraternales, que ni siquiera le han dejado tiempo de decirme *adiós*....

¡Vaya, empero, con Dios el buen confitero!

Penetro, pues, solo en la Ciudad por la Puerta denominada del Tesino *(Porta di Ticino)*, asomándome alternativamente á las cuatro ventanillas del cupé, con el lápiz en una mano y la cartera en la otra....

Son las tres y media de la tarde.

Los vecinos de *Pavía* se asoman á puertas y balcones para ver pasar el Correo, atraídos por sus campanillas; y, al reparar yo en la importancia que dan á un asunto tan insignificante, comprendo que la ilustre *Pavía* no es hoy más que un pueblo falto de animación y vida, que vejeta á la sombra de su pasado.

En efecto: las calles que recorro hasta llegar á la Administración de Correos se distinguen por lo tristes y solitarias. La hierba crece impunemente entre el empedrado. Las casas tienen grandes balcones, muy volados ó salientes, como en muchas ciudades de Andalucía, y estos balcones están llenos de enormes macetas, en que veo, no sólo flores, sino también árboles frutales y otras grandes plantas, entre cuyas hojas plañen su presente desdicha y pasados amores millares de pájaros prisioneros. En fin: sobre las puertas de las casas se ven muchísimos más escudos heráldicos que muestras y rótulos de tiendas.

Todo esto me recuerda innumerables barrios de Valladolid, de Segovia, de Toledo y de otras viejas ciudades de España. — Y es la verdad que tal parecido se justifica por el parentesco.... ¡*Pavía* ha pertenecido durante siglos enteros á la Monarquía Española!

Desde el Correo me han traído al *mejor Hotel* de la Ciudad, ó sea al *Albergo della Croce Bianca*. — (El genuíno *Hotel* italiano se llama *albergo*, así como el *restaurant* ó fonda se llama *trattoria*.)—¡Heme aquí, pues, en el *Albergo della Croce Bianca*, caserón antiquísimo, sumamente incómodo, donde á mi llegada no había ni un solo huésped, y en cuyo aposento principal me han

alojado! — Este aposento es un salón en que pueden correr caballos, adornado con muebles seculares y provisto de dos camas inmensas, altísimas, históricas, en las cuales han debido de dormir Antonio de Leyva y Juan de Urbina y morirse diez ó doce generaciones.... — ¡Afortunadamente, toda esta fúnebre grandeza se disfruta casi de balde!....

Conque no nos emperecemos.... Son las cuatro, y mi obligación de viajero y artista es salir inmediatamente á recorrer la *Ciudad de las cien torres*, á disponer la excursión á la *Cartuja* y al sitio de la *Batalla*, y á preparar el viaje de mañana á *Milán*, — que dista de aquí nueve leguas.

Vengo de visitar todas las cosas notables que encierra *Pavía*. — Sólo me falta ver la *Cartuja*, en la cual me detendré mañana, á mi paso para *Milán*, y, de camino, recorreré el Campo de la Batalla de 1525.

Trabajo me ha costado averiguar la situación de dicho Campo; pues todas las personas á quienes preguntaba por esas calles de Dios, me respondían lo mismo que el confitero.

— ¡Merezco este castigo! (me decía yo al oir tales contestaciones.) ¡Merezco este castigo, por desmemoriado, ó por ignorante,—que es igual!

Ó bien exclamaba,— para vengarme de aquellas gentes:

—¡Comprendo que estos desgraciados no tengan noticia de semejante batalla! ¿Qué les fué á ellos en tan alta gloria?—¡Aquel memorable día no pertenece á los anales de Italia, sino á los de España y Francia! Los italianos (entonces, como otras muchas veces), fueron meros testigos, *en su propia tierra*, de ajenos triunfos y derrotas, y, cuando dejaban de ser esclavos del vencido, era para entrar á serlo del vencedor! —

¡Nada importa, por tanto, á los actuales hijos de *Pavía* el que en 1525 los Españoles vencieran bajo estos muros á los Franceses!.... ¡Pero á fe que en España no se olvidará nunca aquella lid! ¡Á fe que en Francia no la han olvidado tampoco!

Pensando iba yo en esto, cuando quiso Dios que topara con un padre Cura muy entrado en años y de bondadosa fisonomía, el cual salía de una Iglesia al propio tiempo que yo entraba. — Como era natural, tuve levantada la mampara hasta que pasó, y, respondiendo entonces al expresivo saludo y fina frase con que me dió las gracias, me atreví á decirle, sombrero en mano:

—Perdone V., señor Cura....

—Hable V., señor caballero....—contestóme él.

—¿Quisiera V. decirme hacia qué parte de la Ciudad se dió hace tres siglos y medio una batalla?....

El Cura se sonrió cariñosamente, y exclamó, echando los brazos atrás y mirándome de hito en hito:

—¡Lo había adivinado!.... V. es español....

—Para servir á V., padre....—respondí.

—Y, como español.... (continuó el buen viejo), va V. buscando el lugar en que sus compatriotas derrotaron é hicieron prisionero al Rey de Francia....

—¡Justamente! ¡Eso es lo que busco, señor Cura!

—Pues bien, hijo mío; vamos por partes.—¿Viene V. de *Milán?*

—No, señor.—Voy á *Milán.*

—¡Mejor! — ¿V. deseará ver también nuestra famosa *Cartuja?*

—¡Vaya si lo deseo!....

—Perfectísimamente. — ¿V. acabará de llegar?

—Hace media hora....

—Por consiguiente, todavía no ha visto nada....

—Nada....

—¡Buenísimo!—Pues, señor....; de todos modos, yo iba á dar un paseo por las calles, en vista de que la tarde está demasiado fría para ir al *Stradone* (el Paseo público), y además amenaza lluvia.... — Pasearé con V.; le enseñaré las principales cosas que encierra la Ciudad, y luego lo dejaré en su casa.... — ¿Dónde vive el señor caballero?

—En el *Albergo de la Cruz Blanca*, para servir á V.

—¿Y cuándo piensa V. partir?

—Mañana mismo.

—Entonces, lo primero que vamos á hacer (prosiguió mi venerable *cicerone)* es ir á ajustar un carruaje que le conduzca mañana á *Milán*.—Llevando el coche por su cuenta, podrá V. hacer alto en la *Cartuja*, y detenerse todo el tiempo que guste.—Cerca de la *Cartuja*, ó sea en torno de ella, está el *Parque de Miralbello*, en que se dió la Batalla....—Aquél es un paraje amenísimo, donde le aconsejo que almuerce...., para lo cual hará V. que le dispongan esta noche en el *Albergo* un cestito de provisiones. — En el *Parque* podrá V. recordar la Batalla, después de haber visitado la *Cartuja;* y, con tal que prosiga su camino antes del mediodía, llegará V. á *Milán* con sol.—¿Qué le parece mi programa?

—¡Excelente! (dije yo con toda verdad); y sólo siento que V. se incomode ahora....

—Yo no me incomodo.... Al contrario.... ¡Yo tengo particular afecto á los españoles!—Como hijo que soy de *Pavia*, he leído con detención la historia de esta Ciudad, y no he podido menos de entusiasmarme ante los grandes hechos que realizaron aquí los Generales y soldados de Carlos V.—Ni es que yo sea cortesano de la fortuna y me ponga del lado del vencedor; sino que hallo más grandes, nobles y generosos á Pescara y á

Leyva que á los Capitanes con quienes luchaban....—Vea V., si no, lo que hizo el francés Lautrec en 1527 para vengar la derrota de 1525....—¡Entregó á *Pavía* al pillaje de sus tropas durante una semana!.... ¡Permitió el saqueo y la violencia!.... ¡Se ensañó en una ciudad inocente y desarmada!—¡Como si *Pavía* tuviera la culpa de que los franceses no hubieran podido resistir á los españoles en el Parque de *Mirabello!!*—¡En cambio, Antonio de Leyva!.... ¡oh! ¡á mí me enamora Antonio de Leyva!....—Yo me lo figuro encerrado aquí, sin recursos de ningún género, casi moribundo, con casi toda la guarnición sublevada porque no recibía un cuarto hacía muchos meses; con la Plaza casi abierta hacia el Sur, á consecuencia de haber cortado los franceses las aguas del Gravellona; sin noticias del ejército español y amenazado por el hambre....—Pues bien: ¿qué hace aquel insigne caudillo en semejante aprieto?—Leyva empieza por reunir á los Españoles, que constituían la mitad de la guarnición de *Pavía*, y, en vez de pagarles, les pide, y alcanza que le den, ¡todo el dinero que tienen! (Verdad es que los españoles no eran los sublevados.)—Con aquel dinero apacigua á los Alemanes (que componían la otra mitad de la guarnición y que eran los deshonribles), y de esta manera puede contar con todos ellos, á los pocos días, para rechazar un tremendo asalto, en que mataron dos mil franceses y al Duque de Longueville que los mandaba!—¿Pues y sus salidas y sus ataques al campamento enemigo? ¿Y el convertirse de sitiado en sitiador? ¿Y su último rasgo, el día de la Batalla, cuando se hizo llevar á ella en una silla de manos, al frente de la guarnición, que cayó como un rayo á retaguardia de los franceses, y decidió en un momento la victoria?....—¡Ah! ¡bravo! ¡bravo Leyva!—¡Crea V., que, aunque soy eclesiástico y me veo tan viejo, pe-

learía yo todavía con gusto á las órdenes de un hombre semejante!

No tengo que ponderar el gozo con que yo escuchaba, en el mismo Pavía y de labios de un italiano, aquellos elogios de España....—Pero nuestra llegada á la *Plaza Grande* puso fin á la generosa disertación historial del Padre Cura; pues que nos dedicamos al ajuste del coche que ha de conducirme á *Milán*.

La *Piazza Grande* es fea, vieja, sucia, melancólica. Rodéanla unos pórticos enanos, desiguales, de arcos algo apuntados, construídos, se conoce, hace algunos siglos.—Lo único agradable que he visto en ella ha sido unas enormes pilas de hermosísimas frutas de muchas clases, en que no sabía qué admirar más, si el tamaño, si la variedad ó si la abundancia.

En la Casa de Ayuntamiento (que diríamos ahí), llamó también mi atención una imagen de la Virgen María, delante de la cual ardían dos lámparas....

—Veo (le dije al Cura) que los vecinos de *Pavía* son muy devotos....

—Como todos los lombardos.... (me respondió sencillamente). ¡Ya verá V. en Milán!

—Observo también que sus paisanas de V. son extraordinariamente altas....

—Las lombardas lo son por lo general; pero, sobre todo, las hijas de *Pavía*.—¡Las hay que miden seis pies y medio!

El Cura se quedaba corto. En aquel momento cruzaron á mi lado dos señoras que hubieran podido enseñarse como gigantas en cualquier feria de nuestro país.

Las tales señoras, y otras muchas que he hallado esta tarde, llevaban mantilla de tul, y en su rápido andar y desgarbados movimientos había no sé qué fantástica nobleza....—En cuanto á los hombres, he observado que casi todos usan nuestra capa española....

Á este propósito, me recordó el Cura que, hace poco más de un siglo, en 1745, los Españoles se hicieron otra vez dueños de *Pavía*....

—Yo tengo setenta años.... (prosiguió después con tristeza el buen Sacerdote), y, durante ellos, *Pavía* ha cambiado cinco veces de nacionalidad.—Cuando nací, era *austriaca*; luego la hicieron *francesa*; después la devolvieron al *Austria*; en seguida se emancipó, y fué *italiana*; al poco tiempo la recobraron los *austriacos*, y hoy forma parte de los Estados del rey de *Cerdeña*.—¡Tal es el destino de *Pavía!*—Y, sin embargo, ella fué en otros tiempos ilustre y potente como las más grandes Ciudades de Europa. Ella fué primero Capital de la Lombardía, República independiente después, y más tarde Estado feudal del Imperio de Carlo-Magno. Aquí tiene su Palacio la célebre familia Malaspina. Aquí nació Lanfranc, el famoso Arzobispo de Cantorbery, que civilizó la Inglaterra. Y aquí nació Cardan, aquel sabio médico, matemático, astrólogo, visionario, *espiritista*, como se dice hoy, que predijo el día en que habia de morir, y el cual, á fin de no equivocarse, dejó de comer cuando vió que se acercaba el plazo, consiguiendo á la postre que el hambre cumpliera su profecía....

El Cura se sonrió al ver la cara con que oí esto último, y luego prosiguió melancólicamente:

—Hoy sólo le queda á Pavía su renombrada *Universidad* y 25,000 habitantes dedicados á la agricultura, á la sedería y á las ciencias. —Dentro de quince días, la desanimación y tristeza que advierte V. hoy en Calles y Plazas, se tornarán en júbilo y ruído, con la llegada de 1,400 estudiantes que están de vacaciones....—Y así seguirá rodando el mundo.

En estos y otros discursos se nos ha ido la tarde, que, merced á la afabilidad é instrucción del señor

Cura, ha sido una de las más agradables de mi vida.—Al propio tiempo hemos visitado la *Catedral*, la *Universidad*, el *Castillo* y otras obras notables; yo preguntándole lo que no sabía, y él refiriéndome lo que se le alcanzaba.

En la *Catedral* hay un magnífico *Sepulcro* de mármol blanco, adornado con más de trescientas estatuitas de Santos y personajes alegóricos, de un mérito nada común.—Aquel Sepulcro encierra las cenizas de San Agustín, al decir del Sacristán que nos lo ha enseñado; pero muchos libros lo niegan.—«*Pretendu tombeau*», dicen los libros. «*Vera tomba*», sigue repitiendo el Sacristán.—Yo voto con éste, como interesado también en haber visto el Sepulcro del Santo de más talento que creo haya existido en el mundo....—El vecindario de *Pavía* lo llama piadosamente (según el señor Cura) «*L'arca di San Agostino*».

La *Universidad* es muy bella, y una de las más antiguas y reputadas de Europa. Su fundación se atribuye á Carlo-Magno. Comprende cuatro patios espaciosos, multitud de Clases, el mejor *Gabinete Anatómico* de Italia, un *Museo de Historia Natural*, otro de *Física*, una gran *Biblioteca* y un *Jardín Botánico*.

Il Castello, antiguo Palacio de los Visconti, sirve hoy de cuartel.—¿Viviría allí Antonio de Leyva?

Pero la verdadera rareza de *Pavía* no es ninguna de estas, sino sus famosas *cien torres* (ya reducidas á muy pocas), las cuales arrancan de la tierra, en medio de Plazas y Calles, y se levantan solas, escuetas, cuadradas, angostas, altísimas, al modo de colosales maderos clavados en el suelo.—Todas son de ladrillo, y el Arte no entró por nada en su construcción.

—Padre, ¿qué representan esas Torres? (le pregunté, pues, al señor Cura.) ¿Para qué servían? ¿Qué significaban?

—¡No servían de nada, y significaban solamente el ridículo extremo á que puede llegar la vanidad del hombre! Estas Torres eran levantadas por los antiguos magnates de Pavía (los *Botticella, Olevano, Mezzabarba, Brambilla* y otros de que ni aun queda memoria), para conmemorar el nacimiento de sus hijos.—Al principio fueron pequeñas; pero luego los Señores empezaron á competir sobre quién las construía más altas, y llegó á haber algunas de elevación verdaderamente ridícula.... —¡Excuso decir que éstas fueron las que se derrumbaron más pronto, y por cierto no sin graves daños para la Ciudad!

Al hablar así, el Sacerdote sonrió muy finamente.

¡Reconoced que mi *cicerone* de hoy valía un mundo!

Ya obscurecía, cuando hizo una paradita de las suyas, y dijo:

—*Amigo*.... (¡Permítame darle este nombre!) Me retiro á casa.

—Señor Cura.... (le respondí:) Tendré la honra de acompañarle hasta la puerta.

—No lo permito, á menos que acepte V. el hacer conmigo colación....

—Gracias.... ¡Harto he abusado de su finura.!—¿Si quisiera V. venir á cenar en mi *Albergo?*

—Estamos á la puerta....

—¡Oh, qué bondad! ¡Me ha traído V. hasta aquí! —Le ruego que suba....

—¡Nada! ¡Nada! Descanse V.; que mañana tiene que andar mucho....—¡Felicísima noche!

De buena gana seguiría copiando la larga serie, no de *cumplidos*, sino de requiebros y protestas del alma, que nos hemos dirigido todavía antes de separarnos el señor Cura y yo; pero no quiero profanar ciertas frases dándolas á la imprenta, y contaré tan sólo que el buen viejo lloraba cuando me dijo *adiós*, y que

yo me quedé clavado en mitad de la calle, como una de aquellas macilentas Torres, procurando explicarme la rara y profunda emoción con que veía desaparecer para siempre á un pobre clérigo.... que dos horas antes me era desconocido....

¿Quién sabe? ¿Quién conoce los parentescos ignorados, físicos ó espirituales, que mediarán entre personas que se creen extrañas? ¿Quién me dice á mí que este padre Cura no es un alma española en cuerpo italiano? ¿Quién puede responder de que su cuerpo no es renovación del de algún andaluz que murió en Pavía hace 335 años? ¿Quién sabe nada de nada?

Como quiera que sea, he vagado por las calles otra hora más, embozado en mi capa (completamente igual á las que aquí se usan); solo y bastante triste; viendo jugar á los chicos en las plazuelas, á la luz de la luna, y oyendo en todos los campanarios el toque de *Vigilia* con que se recordaba á los fieles de esta Ciudad que mañana es víspera de *Todos los Santos*.

Y como aquel toque, y aquella luna, y aquel juego de los muchachos, y aquellas vetustas casas, y aquellos grandes balcones (al través de cuyos cristales se percibían ya las luces de la velada doméstica, y acaso también la amante sombra de alguna beldad que esperaba á su rondador); como todo esto, digo, era idéntico á lo que pasa al anochecer en las antiguas Ciudades españolas, á lo que ahora mismo pasará en aquella donde yo nací, á lo que constituye el tétrico fondo de la historia de mi niñez...., he tenido momentos de profunda melancolía, en que he suspirado por la patria ausente, y momentos también de ilusión, en que me ha parecido estar en España, y he creído reconocer á los transeuntes, y amar de largo tiempo á tal ó cuál de las pensativas y descontentas hijas de familia que hacían centinela en los balcones, y ser tertulio y

familiar de esta ó aquella casa en cuyo portal acababan de encender un farolillo y á cuya puerta daba un aldabonazo, muy conocido ya sin duda, el padre que volvía de paseo ó el novio que entraba de visita.... — Y este delirio, alimentado á un mismo tiempo por los afectos del hombre y por la imaginación del poeta, se combinaba y fundía con los recuerdos históricos; iba y venía por el tiempo, reflejando lo pasado en lo actual; daba cuerpo y vida á los dramas y leyendas, novelas y pinturas que esta lejana tierra ha inspirado siempre á los ingenios españoles; y, así confundidas la verdad y la ficción, unas generaciones con otras, y la distancia con la antigüedad (cosa sumamente fácil), he llegado á creer que me hallaba en España soñando con una Ciudad quimérica; que la Historia era una grandiosa fábula; que *Pavía* sólo ha existido en los libros, y que, si no hubiera España, no habría *Pavía,* como, si no hubiera ojos, tampoco habría colores.

Al escribir estas últimas líneas, mis ideas son ya muy diferentes.

Acaban de dar las diez de la noche. Hállome sólo en el vasto salón de los dos lechos. La bujía que me alumbra no alcanza á esclarecer los altos artesonados ni los ángulos de la habitación; pero, cerca de mí, en un cuarto contiguo al mío, y separado de él por vieja puerta *condenada* ó clavada, oigo hablar en italiano á unos huéspedes llegados esta tarde al *Albergo*, durante mi paseo con el señor Cura, y que han cenado conmigo en la *mesa redonda*....

Son dos Marqueses, vecinos de *Milán*, soldados voluntarios, sargento el uno y cabo el otro, que vienen de *Florencia* con parte de su Batallón á relevar la guarnición de *Pavía*.—Los demás soldados se han alojado en las casas de la Ciudad.

Por cierto que, cuando aún estábamos á la mesa los Marqueses y yo, entró en el comedor una elegantísima y hermosa joven, que se arrojó en los brazos del Marqués sargento y le llenó de besos toda la cara....—Era una hermana suya, también de Milán, que no lo había visto desde antes de la última guerra, y que, sabedora de que esta noche llegaba á *Pavía*, ha venido á sorprenderlo de aquel modo, haciendo uso de su reciente indemnidad de casada....

De la conversación de los tres jóvenes he deducido que el feliz hermano ha hecho toda la Campaña de 1859; que fué ligeramente herido en *Pallestro*, y que tiene en Milán una novia, amiga de su hermana y hermana de su amigo el aristocrático *cabo*.

Después de las primeras expansiones, han entrado los tres en esa habitación, donde los oigo hablar y reir, ó tocar el piano y cantar....—La Marquesita tiene una voz preciosa...., y llámase *Rosmunda*, como la heroina de Alfieri, ó sea como la representante de los más feroces tiempos de estas tierras.

En medio de su alegre *soirée*, ha venido á interrumpirlos el *sargento segundo*, con otros cabos de la Compañía, á fin de darle cuenta *al primero* del alojamiento de la tropa y pedirle no sé si dinero ú orden para sacar raciones: todo lo cual ha entretenido largo tiempo al pobre Marqués.—Pero, no bien han quedado solos los tres aristócratas, ha vuelto á principiar la fiesta; y en verdad os digo que yo no recuerdo haber oído muchas carcajadas tan argentinas, frescas y tentadoras como las que lanza á cada instante la recién casada Marquesita....

Conque basta por hoy, y acostémonos en cualquiera de esas dos horribles é inconmensurables camas, que, más que para el sueño, parecen dispuestas para la muerte ó para el insomnio....—Acostémonos, sí, re-

signadamente, en la dulce esperanza de que mañana á estas horas, si Dios no lo remedia, estaremos en el *Teatro de la Scala* de Milán, donde, según he leído en un periódico, se canta el grandioso *Guillermo Tell.*

Día 31 de Octubre.

Son las once de una magnífica mañana.

Estoy en el *Parque de Mirabello*, á una legua de *Pavia*, en el mismísimo lugar donde, al decir del Sacristán de la *Cartuja*, «fué hecho prisionero el Rey Francisco I de Francia por el Ejército de Carlos I de España y V de Alemania.»—*Item:* Acabo de pasar dos horas en el *Monasterio*, cuyos altos obeliscos y arrogante cúpula distingo aún desde aquí. — También he almorzado ya...., del modo y manera que me aconsejó el señor Cura.—Por último: el Cochero, que ha participado de mi merienda, ha vuelto á enganchar los caballos al cabriolé ó calesa en que hago este viaje, y me aguarda sosegadamente en medio de la carretera, distante de aquí un tiro de bala....

Voy, pues, á abandonar estos sitios.... Pero, antes, bueno será que me desahogue en mi *Libro de memorias* del entusiasmo con que he visitado la maravillosa *Cartuja* y de los gratos pensamientos que me asaltan en este Parque.

La *Cartuja de Pavía* es indudablemente un prodigio de suntuosidad y de minucioso trabajo. La imaginación no puede soñar monumento más rico ni más acabado. En cuanto á *belleza* ideal, la superan muchos templos españoles; v. gr.: las Catedrales de León, de Sevilla, de Burgos y de Toledo, puesto que hablan más alto á la imaginación, despiertan más nobles sentimientos, y son, por decirlo así, más religiosos.... Pero

la *Cartuja de Pavía* no debe considerarse desde este punto de vista: en ella no hay que atender al espíritu, sino á la forma: su ideal no es la religión; su ideal es el arte.... y también el lujo.—Dicho se está, por consiguiente, que su estilo es del *Renacimiento*.

Para mí, el *Renacimiento* revela un gran fenómeno religioso, moral, social y político, cuyas causas no debo examinar ahora. Baste decir el efecto que me producen sus creaciones más peregrinas. — Yo creo que, durante la Edad Media, el Arte se hallaba al servicio de la Religión, y que, desde el *Renacimiento*, la Religión se puso al servicio del Arte. Así es que en las Iglesias góticas y bizantinas, en las pinturas anteriores á Rafael y hasta en la primera época de este soberano artista, la forma era lo secundario; lo principal el sentimiento. Pintores y arquitectos trabajaban por devoción; y la fe, el amor divino, inspiraba todas sus obras. El mundo espiritual era su mundo; la hermosura del alma su tipo de belleza; la glorificación de Dios su afán y su deseo.—En cambio, el *Renacimiento* (ya lo dice su nombre) fué la vuelta del grande Arte pagano; la restauración de la belleza terrena; el restablecimiento del *arte por el arte*.... ¡El *fin* se había convertido en *medio* y el *medio* en único *fin!* La Religión fué ya el pretexto, la ocasión del Arte, como antes el Arte había sido el auxiliar, el devoto, el sacerdote de la Religión.—*Giotto* ó *Perugino*, por ejemplo, le decían á su paleta: «*dame colores con que pintar á Jesús*». —Ticiano y Miguel Ángel le dijeron después á Jesús: «*dame asunto para pintar un cuadro*».—Y lo mismo aconteció con la Arquitectura y la Escultura. Y lo mismo con la Poesía....

Todo esto sería demasiado largo de exponer y de probar, y la ocasión no se brinda á ello.... Añadiré, pues, únicamente, que la *Cartuja de Pavía*, como obra

de transición (pues está muy lejos de ser puramente clásica ó pagana); como término de enlace entre el gótico y el greco-romano; como hija de fines del siglo XIV; como plateresca, en fin, refleja todavía en muchos de sus *pormenores* la mística piedad de la Edad Media. Sí: los bajo-relieves, esculturas y mosaicos que la revisten reunen generalmente el primor artístico y el sentimiento cristiano, y el aspecto general de la fachada, de las naves y hasta de las Capillas, ofrece aún, gracias á la multitud y finura de los adornos, algo de aquella vaguedad espiritualista que por otro lado se aviene mal con las líneas horizontales, los arcos perfectos, las recias columnas y el triangular frontispicio gentil que ostenta aquella obra....

Pero comencemos por el principio.

Viniendo de *Pavía*, por una carretera espaciosa, que va recta y llanamente á *Milán*, hállase á la derecha, después de andar cosa de tres kilómetros, un camino de segundo orden, que lleva, bajo altos árboles, hasta un Puente echado sobre cierto Canal navegable (en italiano *naviglio*), principal comunicación entre Milán y Pavía.—Al otro lado de él se pasa rica *verja de hierro* y se llega á un *vestíbulo* de hermosa arquitectura, cuyo interior fué pintado al fresco por Luini, el discípulo más aventajado de Leonardo de Vinci.—Ya se está dentro de la *Cartuja*.

Después del vestíbulo, encuéntrase un ancho *patio* ó *compás*, de más de cien metros de longitud, cerrado á derecha é izquierda por altos y regulares edificios (que son Hospederías, Almacenes y otras dependencias del Monasterio), en cuyo fondo se alza la *Fachada principal* de la Iglesia, precioso manto colgado del cielo, velo de gasa y oro, en que los ángeles, no los hombres, han bordado primorosos trasuntos de cuanto vieron en su Patria.—Dígolo, porque, mirada de cerca esta *Fa-*

chada, causan asombro las mil obras maestras de su ornamentación. Los bajo-relieves son tan preciosos, que algunos crueles amantes del Arte (por lo regular Ingleses) no han podido resistir á la tentación de arrancar, ora una cabecita, ora una mano casi imperceptible, ora un ángel entero del tamaño de una mariposa; lo cual ha dado origen á serias reclamaciones diplomáticas, cuando se ha sabido el paradero de la joya robada. Dichos bajo-relieves representan generalmente episodios de la vida de Juan Galeazzo Visconti (fundador de la *Cartuja)*, ó asuntos tomados de la historia de la Orden de San Bruno.

Todo el mundo sabe que este Juan Galeazzo Visconti fué un Duque de Milán, perteneciente á aquella familia de Atridas que por espacio de dos siglos presidió los destinos del Milanesado.—Contentóse el tal, según parece, con asesinar á un tío y á varios primos suyos, á fin de heredar el Trono, y con engendrar dos hijos, Juan María y Felipe María, que dejaron en mantillas en punto á crueldad á todos los Visconti, sin exceptuar al renombrado Azón. Mas, por fortuna suya (de *Galeazzo* hablamos), y por fortuna también de la humanidad y del Arte, casó con mujer piadosa, que logró infundir en su alma el temor de Dios y vivos remordimientos por tamaños crímenes, y, ya en este estado, queriendo el usurpador y asesino desenojar al Cielo, fundó ¡nada menos que la Catedral de Milán y la Cartuja de Pavía!—Para esta última obra dió el solitario *Parque* en que nos hallamos (el cual mide legua y media de circunferencia), disponiendo que se levantara, al lado del Templo, un Monasterio en que cupiesen veinticinco cartujos, asignándoles un millón de renta, á fin de que incesantemente perfeccionasen la maravilla que les dejaba á medio crear....

El *Interior* de la Iglesia no puede describirse, ni

nadie decidirá qué es más notable en él, si el gusto ó si la riqueza; si el primor de los accidentes considerados en sí, ó el armonioso aspecto de su conjunto.—Todas las bóvedas son azules con estrellas de oro. La arquitectura recuerda el estilo gótico, sin ser gótica precisamente. Apellidémosle gótico *italianizado*; pues es más amplio, simétrico y *sólido* que el de España y el del Norte. En la base ó arranque de aquellas bóvedas, que semejan cielos, vense grandes *frescos* del Borgognone, representando *Patriarcas*, *Santos* y *Profetas*. Siete Capillas, separadas de la nave central por verjas de bronce y hierro, y que se comunican entre sí, constituyen cada nave lateral. Cualquiera de estas *Capillas* pasaría en otra parte por un portento. Más de 300 años, una dinastía de grandes artistas (los Sacchi) ha tenido como vinculado el encargo de adornarlas, y son innumerables los mosaicos, las estatuas y los bajo-relieves de gran mérito que han acumulado allí poco á poco. Añádase á esto una soberbia colección de *Cuadros* del mismo Borgognone y del que fué maestro del divino Rafael, ó sea del sublime Perugino (estos cuadros del Perugino son copias: los originales han sido robados por los Conquistadores ó vendidos por los Religiosos en épocas de tribulación); revestid los *Altares* de ricos mármoles, de enormes malaquitas, de pórfido, de alabastro oriental, de serpentina y de piedras aún más preciosas; imaginaos las *Verjas*, de una riqueza y de un gusto artístico que exceden á toda ponderación; salid á la nave central y ved los monumentales *Candelabros* del célebre Fontana; las *Puertas* de concha, nácar, marfil, plata y ébano; los magistrales *Vidrios de colores* y la *Sillería del Coro*, riquísimo museo de escultura en madera; figuraos, en fin, la alta y elegante *Cúpula*, en que Casolani di Sienna pintó al fresco el *Apocalipsis*, con una notable fuerza de fantasía

y de colorido, y aún no tendréis idea de todo lo que la paciencia, el saber, la devoción, el arte y la opulencia han reunido en aquel solitario templo.

Réstame hablar, como de una de sus mejores obras, de la *Capilla mortuoria de Juan Galeazzo*, situada en la nave transversal de la derecha.—Los Religiosos, agradecidos al Fundador de tan suntuosa Iglesia y rico Monasterio, no han escaseado medio alguno de embellecer y realzar el *Mausoleo* de Visconti. Cincuenta ó sesenta años emplearon varios insignes artistas en esculpir su sepulcro, que es una especie de retablo del más delicado estilo plateresco, en el que la piedra ha llegado, bajo el cincel del genio, á conmoverse, á sentir, á idealizarse, á hablar de tal modo, que parece haber desaparecido la primitiva materia de aquella obra milagrosa, para convertirse en flores, ángeles, marciales atributos y otras imágenes y alegorías.

¡Y ved lo que son las cosas humanas!—Juan Galeazzo dispuso en su testamento que llevaran su corazón á Vienne, en el Delfinado; que sus entrañas se sepultasen en la Catedral de Santiago de Galicia, y que sus huesos fueran conservados en la Iglesia de la *Cartuja*, en el lugar donde se levanta el fúnebre monumento que he descrito....—Pues bien: mientras éste se construía, los Religiosos depositaron en otra parte los restos de su Protector, y cata aquí que, una vez terminado el Mausoleo, nadie pudo acordarse del sitio en que habían enterrado *provisionalmente* á Visconti!—¡La suntuosa Urna de que hemos hablado está, por consiguiente, vacía...., y que aquel hombre, que había erigido dos de los Templos más hermosos de la Cristiandad; aquel hombre, que había fundado una Comunidad ricamente dotada, para que fuese su perpetuo albacea y prosiguiese la obra de reconciliarle con Dios; aquel hombre, que murió convencido de que sus restos

dormirían el sueño eterno en grandioso sepulcro y á los pies de su abogada la Virgen María; aquel hombre, en fin, á cuyas cenizas hubieran tributado los Cartujos, durante siglos y siglos, todo linaje de exequias y de honores, yace en ignorada sepultura, sin que ni una sencilla cruz preste sombra á sus despojos mortales, ni una oración, una flor ó una lágrima haya purificado la olvidada tierra que tragó ansiosa al parricida, al asesino, al usurpador, al tirano!—¡Diríase que Dios no quiso admitir al réprobo en su santa casa! ¡Ni faltaria quien imaginase, en aquellos tiempos supersticiosos, que el diablo se había llevado el cuerpo de Visconti á los profundos infiernos, no satisfecho ni pagado con tener allí su alma!

Desde la Iglesia he pasado al *Monasterio*, que es vastísimo.... ¡Sólo el *Claustro grande*, en torno del cual se encuentran las Celdas de los Religiosos, tiene 125 metros de largo por 102 de ancho!—Su arquitectura se distingue por lo austera y majestuosa.—Pero, á decir verdad, al penetrar en el Monasterio, yo no he pensado ya en las artes, sino en los Cartujos.... Una honda paz, nunca sentida, se ha apoderado de mi espíritu.... Reinaba allí un silencio perenne, sublime, deleitoso: la luz del sol se esparcía alborozada por tanta soledad, y únicamente las aves, que cruzaban el alto cielo y pasaban inadvertidamente sobre el patio, daban señal de la vida del mundo y del mundo de la vida....

Todas las *Celdas* (veinte y cuatro, sin contar la del Prior) estaban cerradas, y algunas de ellas vacías, ó sea habitadas por el recuerdo del último Cartujo que fué su habitante....—Así me lo explicó el Sacristán.

En esto se abrió una, y apareció un monje.

Yo me estremecí involuntariamente, creyendo ver un resucitado.

—Es el Padre Ludovico.... (me dijo al oído el Sacristán). Va á la Celda del Padre Prior.

El Religioso avanzaba entre tanto, con los ojos clavados en el suelo: pero, al pasar por delante de mí, bajó aún más la cabeza, y se levantó un poco la capucha, en señal de reglamentario saludo....—Era un hombre alto, moreno, demacrado, todavía joven.... Llevaba afeitada la cabeza, y vestía un sayo blanco de lana, ceñido á la cintura con ancha correa negra.—Si yo hubiera visto sus ojos, podría *conjeturar* algo de su historia.... Pero, como no se los vi, ni aún adivinarla me es dado.

Después entramos en una Celda vacía.—Su postrer morador se murió hace dos meses.

—¿Era viejo?—le pregunté al Sacristán.

—Tendría cuarenta años,—respondió éste.

La Celda, ó, por decir mejor, la *Casa* de cada Cartujo, se compone de dos pisos y un breve jardín. —El piso bajo comprende una habitación con chimenea de campana, y un cuartito para leña; y el piso alto dos aposentos, uno de ellos con chimenea.—El jardín de la Celda que yo veía habría tenido flores....; pero sus secas matas estaban ya cayéndose.— Entre ellas había un pozo, cuyo ocioso acetre y olvidadas aguas me llenaron de melancolía.—No lejos se adivinaba el lugar de la Sepultura, abierta y cegada mil veces por el Monje que allí había vivido, y tapada la última vez por sus compañeros.

En uno de los dos aposentos del piso alto vi tendido en el suelo un jergón de paja, que había servido mucho tiempo de cama al asceta.... ¡Allí se acostó con sus pensamientos; allí se revolvió con sus dolores; allí soñó tal vez con su pasado !.... — Sobre una

pobre mesa se veían un Crucifijo, una calavera, un tosco recado de escribir y un rosario, y completaban el ajuar una silla, una alacena con algunos libros, una pila de agua bendita y una palmatoria.—En el otro aposento había algunas tablas y un banco de carpintería con sus correspondientes herramientas....

¡Y nada más!—¡Y aquello *era*...., es decir, aquello *había sido* toda una vida!

He aquí ahora las noticias que me dió el Sacristán acerca de los Cartujos, refiriéndose sin duda á algún libro; pues su relación fué tan rápida y acompasada, que se conocía que hablaba de memoria.

—«Aquí no se sabe nunca nada de lo que pasa en el mundo durante años y años, hasta que el Prior cree conveniente contarlo. — Los Cartujos son á un mismo tiempo *cenobitas* y *solitarios*. Como *cenobitas*, van todos los días á la Iglesia á celebrar los Santos Misterios y cantar los Divinos Oficios. Los días ordinarios se reunen tres veces: una, á media noche, para rezar Maitines; otra, por la mañana, durante la Misa conventual y Misas privadas; y otra, por la tarde, á la hora de Vísperas, que, en los días *feriados*, van seguidas del Oficio de Difuntos! Los domingos y fiestas comen reunidos en el refectorio, donde uno de ellos lee en alta voz, sin que sea permitido á los demás hablar palabra. Una vez por semana dan juntos un paseo de tres horas, y los días de fiesta gozan de algún recreo, en que están prohibidos los juegos, la música y todo lo que sea contrario á una vida de oración y recogimiento.—Como *solitarios*, los Cartujos pasan todo el tiempo restante metidos en su Celda, en donde no pueden recibir á nadie sin licencia del Prior, y de donde no salen sino para ir á la Iglesia en las horas de Oficios, ó á la Celda prioral, cuando lo re-

clama algún asunto muy importante.—El empleo que hacen de su soledad, se reduce á rezar las *horas* que no se cantan en la Iglesia y un Oficio particular á la Santa Virgen, estudiar la Sagrada Escritura, la Teología y los Santos Padres, y hacer algún trabajo manual que sirva de distracción al espíritu y de ejercicio al cuerpo.—Estos trabajos son generalmente obras de carpintería, ó el cultivo del respectivo jardín, ó cavar y cegar la que ha de ser su sepultura....—En todas las celdas hay un cuadro donde están señalados los deberes y ocupaciones que han de cumplirse en cada hora del día, según las estaciones. —Acuéstanse temprano, y, después de breves horas de sueño, la campana les avisa que se levanten y recen en su celda los maitines del Oficio de María. Tres cuartos de hora después han de estar en la Iglesia, donde se canta á media noche el Oficio canonical. De vuelta en sus habitaciones, rezan aún hasta las tres de la mañana, que se acuestan paza dormir otras dos ó tres horas.—Los Cartujos ayunan ocho meses del año, y comen perpetuamente de vigilia. Durante el Advienta y la Cuaresma, así como todos los viernes y muchos días señalados, se abstienen hasta de lacticinios. —Por último, les está prohibido el uso de ropa blanca, y duermen, siempre vestidos, sobre un pobre jergón como el que acaba V. de ver.»

Esta relación, lejos de espantarme, me ha causado envidia, y he lamentado mi flaqueza de alma, que me impide abrazar una vida semejante.—Su rigor no me asusta.... ¡Ni aquello es rigor!.... ¡El desprecio de la materia, la reducción de las necesidades, la seguridad acerca del porvenir, el coloquio perpetuo del hombre con su alma y de su alma con el Infinito, son goces muy superiores á todos los placeres que encierra la sociedad humana!

—¿Y la mujer?—me diréis.

Es verdad.... Pero yo supongo que, cuando os encerráis en una Cartuja, lleváis ya en la mente un océano de recuerdos.... ¡La mujer pasó ya por vuestra vida, escribiendo adorados nombres en vuestro corazón!.... —Y para el que amó ya; para el que vió morir, ó volverse loca, ó convertirse en lodo viviente á una y otra prenda de su alma, el retiro es la reivindicación de lo pasado; es la vuelta á los primeros amores; es un arreglo á la turca con todas las mujeres de su vida; es un Valle de Josaphat, en que vuelve á ver todo lo que perdió; es una resurrección anticipada; es la *fidelidad de la muerte*....—¿Qué mejor casamiento?

—Pero ¿y los hijos?

Tenéis razón.... ¡La gloria, la majestad y la dicha de tener hijos deben comprarse al precio de la paz de la existencia, y hasta me atrevo á asegurar que se saldrá ganando!.... ¡Tener hijos debe de ser el cielo!—El que tiene hijos no envejece, no pierde el tiempo, no malversa su vida, no malgasta su alma. Sus años van cayendo en una especie de caja de ahorros, que en cualquier momento puede presentarle reunido, efectivo, contante y sonante, todo el capital que antes se le convertía en sombras, en recuerdos, en olvidos ó en remordimientos.—«¿Qué he hecho yo de estos años? ¿dónde está mi ayer? ¿dónde está mi juventud?», se pregunta un padre; y vuelve la cabeza, y ve reunidos en el hijo de sus entrañas, en otro *él*, en *él* mismo, en su propia substancia, en la vida de su vida, todos aquellos años, toda aquella historia, toda aquella juventud que echa de menos.—¡Ay del que muere sin dejar fruto ni semilla! ¡Ay del que no vincula sus esperanzas! ¡Ay de los solterones!

¡Macbeth no tiene hijos!....—¡Consuélate, pobre padre! ¡Macbeth tiene mujer.... y una mujer estéril!!

Quedamos, pues, en que ser cartujo es preferible á ser casado, y en que ser casado y tener hijos es preferible á ser cartujo.... La suprema desgracia, por consiguiente, sería hacer el sacrificio de casarse, y dar con una mujer infecunda. —Esta desgracia es mucho mayor que la de tener hijos y perderlos.... ¡Y cuenta que, antes que perderlos, yo preferiría morirme! – Lo que nadie debe desear es no casarse y tenerlos.... ¡Esto menos que nada!—Pero hasta ahora no se me ha ocurrido el colmo del horror.... ¡El colmo del horror debe de ser el llegar á dudar de que nuestros hijos sean *nuestros!!!*—Vuelvo á creer que lo mejor de todo es ser cartujo.

Conque hablemos ya de la Batalla de 1525; que el sol se acerca al cenit, los caballos se impacientan en el camino, y yo quiero llegar á *Milán* temprano, según me aconsejó el señor Cura de Pavia.

Seré breve.—Al volver á la Iglesia, mostróme mi bondadoso Guía una silla del Coro, y me dijo:

—En esa silla se sentó muchas veces Francisco I durante los días que estuvo preso en esta Cartuja.

—¡Ah! ¡es verdad! (respondí yo.) Se me había olvidado pedirle á V. noticias acerca de aquellos acontecimientos....

—Al pasar por el Claustro Grande, ha podido V. ver el balcón del aposento en que vivió el Rey de Francia.—No le he llevado á V. á él, porque no se puede entrar sin licencia del Prior.

—Dígame: ¿y cómo fué que los Españoles trajeron su prisionero á la Cartuja, en vez de llevarlo á la Fortaleza de Pavía?

—Porque lo pidió el mismo Rey, tomando á mengua el entrar preso en una Ciudad que no había podido rendir en año y medio.—Venía levemente herido,

cubierto de sangre y rendido de cansancio ; pero resignado y hasta afable.... Al entrar en esta Iglesia, seguido de su Corte, como él prisionera, los Religiosos, que cantaban Vísperas en el Coro (indiferentes á lo ocurrido á las puertas mismas del Monasterio), entonaban precisamente el psalmo CXVIII, que dice: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas....* —(Es un bien para mí que me hayas humillado, para que aprenda á conocer tus juicios.)—¡Y es fama que el Rey cayó de rodillas y unió su voz á la de los Monjes, cantando en voz alta aquellas palabras tan consoladoras y tan acordes con su situación!

Hasta aquí el Sacristán : por mi parte, no sé qué es más bello en esa escena : si la calma solemne con que los Cartujos siguieron aquel día los preceptos de su regla, sin prestar atención al estruendo de la Batalla ni á la suerte de los imperios, ó la magnánima resignación del Rey vencido, que interpretó tan piadosamente su desdicha, y escribió luego á su Madre aquellas célebres palabras : — *Madame, tout est perdu, hors l'honneur.*

Hablando de cosas tan patéticas, el Sacristán ha tenido la dignación de conducirme á este punto del histórico *Parque*, donde me ha dejado solo, después de decirme con la mayor finura :

—Le he traído á V. al lado de esta pobre casa, que se llama *la Repentita*, porque aquí fué precisamente donde el Rey Francisco se vió obligado á rendirse.—Allí tiene V. el coche....—¡Felicidad, y buen viaje!

Y aquí me tenéis hace dos horas, procurando rehacer en mi imaginación el cuadro que presentaría este *Parque* aquel viernes 24 de Febrero. — Y, ora veo pelear como en una justa, cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, á ilustres Capitanes y valerosos príncipes, vestidos de hierro, terciopelo y oro....; ora veo al Mar-

qués de Pescara, caballero en su viejo y querido *Mantuano* (que murió aquí), sembrar el terror y la desolación al frente de los arcabuceros de Castilla....—Otro puñado de Españoles arremete contra la numerosa artillería francesa, y se apodera de los cañones, mata á los artilleros y desjarreta los caballos.... Y, entre tanto, por la parte de Pavía aparecen las heroicas tropas que la guarnecen, capitaneadas por Leyva, que va moribundo en una silla de manos.—La caballería francesa, viéndose atacada por la espalda, huye y atropella á los Suízos: éstos se dispersan, arrojando sus armas; y, *perdida la vergüenza* (dice la Historia), huyen también los franceses....—Veo, en fin, al Rey de Francia hacer prodigios de valor: sus más ilustres capitanes, Tremouille, Bonivet y La Pallissade, han muerto ya á manos de nuestros arcabuceros: él lucha, empero, todavía, y vence y mata con su lanza irresistible á enemigos tan poderosos como el Marqués de Santangel.—Mas todo es en vano.... Sus alemanes están deshechos.... Su guardia personal riega la tierra con sangre tan generosa como ya inútil.... ¡Sólo le queda al bravo Monarca el recurso de la fuga, si no prefiere morir!—Así lo comprende, y, poniendo espuelas á su caballo, se dirige hacia el hondo Tesino.....

«Iba casi solo (dice el soldado Juan de Oznayo, más adelante fraile de Santo Domingo), cuando un arcabucero le mató el caballo, é yéndose á caer con él, llegó un hombre darmas de la compañía de don Ugo de Moncada, llamado Joanes, vizcaíno, é viéndole tan señalado, va sobre él cuando el caballo caía, y poniéndole el estoque al costado, díjole que se rindiese. Y viéndose en peligro de muerte, dijo: «A vida, que yo soy el Rey.» Y el vizcaíno lo entendió, é diciéndole otra vez que se rindiese, dijo: «Yo me rindo al Emperador.»—Como esto dijo, vió el vizcaíno luego allí á

:

Cuenca, alférez de su compañía, que le tenían cercado de franceses, y en peligro, porque le querían quitar el estandarte, y el vizcaíno, como buen soldado, por honrrar su bandera, sin tener acuerdo de pedir gage ó señal de rendido al Rey, le dijo: «Si vos sois el Rey de Francia, hacedme una merced»; y él le dijo que se la otorgaba: entonces el vizcaíno alzó la vista del almete, y le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes de la parte de arriba, é le dijo: «En esto me conoceréis»; é dejándole en tierra, é la una pierna debajo del caballo, fué á socorrer á su alférez, é hízolo tan bien, que con su llegada dejó el alférez de ir á manos de franceses; é luego volvió adonde había dejado al Rey, y estaba con él otro hombre de armas de Granada, llamado Diego de Avila, y como viese en tierra al Rey y con tales atavíos, fué á él que se le rindiese, y el Rey le dijo quién era, é que ya estaba rendido al Emperador, y preguntándole si había dado gage, dijo que no, y Diego de Avila se lo pidió, y el Rey le dió el estoque que traía bien sangriento y una manopla: é apeándose Diego de Avila trabajaba de le sacar de debajo del caballo. Estando en esto llegó allí otro hombre de armas, gallego de nación, llamado Pita, el cual ayudó á levantar al Rey, y le tomó la insignia de San Miguel, que la traía al cuello en una cadena de oro. El Rey le ofreció por ella 6,000 ducados; mas no los quiso, sino traerla al Emperador. Estando ya el Rey en pie, acudimos allí algunos soldados é arcabuceros, los cuales, no conociéndole, quisieron matarle, no dando crédito á los que le traían, y sin duda no le pudieran salvar la vida, si no acudiera por allí Mosiur de la Mota, gran amigo de Borbón, que había andado con él, y desmandándose hacia aquella parte, vió la contienda que allí tenían. Los que le querían matar alegaban lo que el Marqués había mandado, no creyendo ser el Rey. Como entendió Mosiur de la Mota que la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver; é llegado, le conoció, é hincadas las rodillas le quiso besar las manos; y el

Rey le conoció, é haciéndole levantar, le dijo que le rogaba que hiciese como siempre había hecho. Viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el Rey, y quitándole Diego de Avila el almete, por limpiarse el Rey el sudor, se ensangrentó el rostro con sangre que en la una mano traía, é pensaron algunos que estaba herido; pero no fué así. Luego llegamos algunos soldados, é unos le tomaban los penachos é bandereta que en el yelmo traía, é otros le cortaron pedazos del sayo que traía sobre las armas, para memoria: cada uno como podía llevaba su pedazo, de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando holgar de todo, y los soldados le daban materia para que riese, diciéndole cosas donosas.»

Hasta aquí el soldado de entonces, cuyo interesantísimo relato tuve buen cuidado de traer de Madrid, entre mis apuntes relativos á Italia, á fin de leerlo en este sitio....

Pero ya son las doce: dejemos el glorioso *Parque de Mirabello;* despertemos al bienaventurado auriga; subamos á nuestro cabriolé, y sigamos hacia Milán.

Hace calor. El último sol de Octubre se despide de Lombardía, enviándole todo el fuego amoroso que aún puede fulminar sobre Europa. La naturaleza, próxima ya á la muerte, ó sea al invierno, y presintiéndola quizás, está sumergida en una especie de somnolencia poética, semejante á la de enamorada tísica el último día que ve la luz y el cielo....

Duerme sosegado el aire.... Zumban aún algunos insectos sobre las flores postrimeras del otoño.... Los pájaros se disponen á abandonar los árboles en que han pasado tantos meses de amor y de ventura.... El agua de canales y arroyos devuelve al cielo su plácida

sonrisa.... El Cochero, poseído, como toda la creación, del misterioso encanto de esta hora, ha vuelto á dormirse sobre el pescante.... Los mismos caballos trotan jubilosa y acompasadamente, sin que nadie los fustigue, cual si fuese en ellos voluntario (y hasta les causase placer) el pasear por estos campos en un día como el de hoy....

La llanura se pierde de vista por todos lados, sin que se descubra en ella alma viviente; ni un pastor, ni un viajero, ni un campesino.... ¡Nadie!—Y, como el Cochero duerme, y los caballos semejan dos máquinas, y hay tanta quietud en cielo y tierra, y todo se diría sumergido en un paroxismo magnético, mi soledad es absoluta, y mi constante meditación paréceme la única conciencia del ser universal.

El camino sigue leguas y leguas entre dos solitarias filas de árboles.... y, paralelamente con él, dilátase á la izquierda el Canal de que ya he hablado, cuyas aguas ponen en comunicación al Po y á Pavía con Milán y con los Lagos Mayor y de Como.—Este Canal es la antigua grande arteria del comercio lombardo.—Por lo demás, no hay que decir que allá, muy lejos, descubro los Alpes, mudos testigos, vigilantes eternos, que nunca dejan de ver, por mucho que se aparte de ellos, al que recorre la Alta Italia....

Pero ¿qué otra *montaña* es aquella que distingo á seis ó siete leguas de aquí, sola en mitad de la llanura, y en cuya masa cuadrada reverbera á veces la luz del sol como en un colosal espejo?....

Imperdonable fuera que no hubieseis leído la gran novela del siglo actual, la obra inmortal de Manzoni, I Promesi Sposi....—Pues, si la habéis leído, recordaréis que el pobre *Renzo*, el noble y sencillo amante de *Lucía*, hizo un viaje de Monza á *Milán*, en donde nunca había estado, y que, al llegar á cierto punto de esta

misma llanura (aunque por otro lado de ella), vió á lo lejos «*quella gran macchina del Duomo*», que se elevaba sola sobre el llano, como si en vez de surgir de en medio de una ciudad se levantase en un desierto; y recordaréis también que el joven campesino, olvidando todas sus penas, se paró á contemplar la venerable maravilla de que tanto había oído hablar desde muchacho!....—Ahora bien: lo que yo estoy viendo es lo mismo que vió Renzo hace doscientos cincuenta años: ¡la *gran macchina del Duomo;* la *Catedral de Milán!*

.....

Á mitad de jornada pasamos por *Binasco*, donde el Cochero despierta y cambia de caballos, al pie del antiquísimo Castillo (restaurado modernamente) donde Felipe María Visconti dió tormento y decapitó á su mujer, la bella y virtuosa *Beatrice di Tenda*, por celos infundados, ó por ferocidad natural de aquel hijo y nieto de asesinos....

Y no digo más acerca de este asunto; porque supongo que lo habéis sentido y llorado con toda el alma al dulce son de las melodías de Bellini.... ¡Sólo os advertiré (pues esto no consta en la Ópera) que, si Felipe María Visconti mató á su mujer, su hermano, Juan María Visconti, mató á su madre!!....—¿Qué os parecen los hijos de *Galeazzo*, del fundador de la Catedral de Milán y de la Cartuja de Pavía?

.....

Estamos otra vez en marcha....

El Cochero canta para no dormir más, y lo que canta es una balada tirolesa, tan expresiva y tierna como toda la música de montaña....

En el camino se empieza á ver alguna gente.—Primero nos alcanza el Coche-Correo de Pavía: después se cruzan con nosotros varias sillas de posta....

Todo, todo ha cambiado en la jornada....—Ya no

es solamente *il Duomo* lo que se descubre de *Milán*, sino multitud de torres, cúpulas y campanarios.... Un vientecillo fresco y aromoso menea los altos árboles que se cruzan á veces sobre la carretera.... Del *Canal*, perpetuo acompañante nuestro, se desprenden mil ramales que esparcen el riego por la llanura....— ¡Demos un adiós á la soledad y á la tristeza!

Ya principian las casas de campo, ó sea las *avanzadas* de Milán.... El suelo es cada vez más fértil.... Los olivares y los bosques de morales y moreras se pierden de vista por todos lados....—En cambio, la Capital, perceptible desde tan lejos, no se distingue ahora que la tenemos tan cerca.... Pero ya se oye su vago y continuo murmullo....

Estos huertos y casas que hay á los lados del camino constituyen un Barrio de *Milán*.—He aquí la *Muralla*....—He aquí la *Puerta*.... *(Porta Ticinese)*.—Pasamos la *Verja de hierro* que sirve de entrada;—luego bajo un *Arco de triunfo*, sustentado por cuatro columnas de granito;—después sobre un gran *Canal*...., y ¡esto es hecho! : estoy en la Capital de la Lombardía....: ¡estoy en *Milán!*

Son las cuatro de la tarde.

II.

UN PASEO POR LAS CALLES DE MILÁN.—PRIMERA VISITA Á LA CATEDRAL.—«GUILLERMO TELL» EN EL TEATRO DE LA SCALA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.

—¿Á qué Hotel iremos, señor?—me pregunta el Cochero, parándose en la confluencia de tres calles.

—Al que esté más cerca de la *Catedral*, con tal que sea bueno.

—Entonces iremos al *Hotel de la Ville*, situado á

pocos pasos del *Duomo* y en la mejor calle de *Milán;* en el *Corso Francesco*....

—Vamos andando ; pero no muy de prisa.

El coche toma por la Calle de en medio.

El primer aspecto de *Milán*, al menos por este lado, recuerda en cierto modo á Sevilla, exceptuando los *patios*, que aquí no se conocen. — Las casas son grandes, y entre una y otra se ven á veces magníficos jardines. Las calles, limpias, bien empedradas, pero estrechas y torcidas, buscan indecisamente un centro. La Ciudad es completamente llana. Hermosas tiendas de comercio alternan con los amplios y vacíos portales de los Palacios. Á veces asoman corpulentos árboles por encima de las tapias de los huertos, y prestan sombra, olor y frescura á la calle contigua. El ornato y color de las fachadas son, por lo general, alegres y graciosos. No hay, en fin, rincón ni explanada, calle ni plazuela, donde no se vean puestos de flores.

Pasamos sobre otro *Canal,* que marca el recinto de la Ciudad antigua.—Aquí ya el movimiento y la vida de la población son extraordinarios. Miles de carruajes, muchos de ellos elegantísimos, discurren en todas direcciones. La gente *comm'il faut* se dirige á paseo en carretelas descubiertas, en lindas *victorias*, en *americanas* y en otros vehículos á la moda.... Los coches de alquiler conducen á hombres atareados.... Los ómnibus llevan de una parte á otra falanges enteras de ciudadanos de todas clases....

Desde luego llama mi atención la singular hermosura de las milanesas.—Algunos autores las tachan de demasiado grandes y fuertes y de muy huesudas y pesadas. Reconozco que así será, cuando se las contemple de cerca : pero, vistas, como yo las veo, á cierta distancia, las hijas de *Milán* son lo que se llama en nuestra tierra muy buenas mozas....Su noble estatura;

sus amplias proporciones ; su altiva cabeza ; su despejado y tranquilo rostro, blanco, lleno y descolorido, en que se destacan briosamente las dobles trenzas del pelo, negras y relucientes como los ojos ; su misma quietud, su misma pesantez marmórea, les dan un aire monumental, estatuario, que, si carece de la exquisita insinuación de la gracia, inspira en cambio un sentimiento muy parecido al culto, y no sé qué temeraria ambición, semejante á la que nos hace desear subir á la excelsa cumbre de los montes.

Milán es hoy un pueblo alegre, voceador, entusiasta.—Y digo *hoy*, porque *ayer* no era lo mismo.... ¡Ayer gemía bajo la dominación austriaca, y los viajeros que iban estos últimos años de *Milán* al Piamonte hablaban en sus libros de la tristeza que reinaba en toda la Lombardía, como hoy se habla en la Lombardía de la lúgubre desesperación en que yace *Venecia!*

Figuraos, pues, el júbilo, el vértigo, el ansia de goces que agitarán ahora á *Milán*, después de tantos años de servidumbre.... La bandera tricolor italiana ondea, no sólo en los edificios públicos, sino en muchas casas particulares. Las esquinas se hallan totalmente cubiertas de carteles, que anuncian libros, espectáculos y ceremonias referentes á la resurrección de la Lombardía, á su independencia, á su libertad. Retratos de Garibaldi, de Víctor Manuel, de Napoleón y de Cavour se ven en todas partes. La Milicia Nacional (de riguroso uniforme) recorre Calles y Plazas, respirando á grandes tragos el aire de la emancipación y midiendo con marciales pasos el alborozado suelo de la nueva Italia. Los organillos tocan, entre otros, aquel vehemente himno, cuya letra dice :

¡ Que muera Radelzky !....,

himno prohibido durante once años, so pena de fusila-

miento ; ó aquel otro , compuesto el año pasado, cuyas primeras palabras son :

È viva l'Italia
è Napoleone....

Los últimos resplandores del sol, hiriendo horizontalmente las fachadas de algunas casas, reverberando en las vidrieras de los balcones y haciendo bullir como un dorado humo el polvo de las Calles , prestan no sé qué aureola triunfal á la gozosa muchedumbre...., en tanto que la lengua italiana deja sentir sus melódicos acentos en gritos y cánticos , en los pregones de los vendedores y en los diálogos de los transeuntes....

.....

Al doblar una esquina , leo en un cartel :—TEATRO DE LA SCALA....—*Oggi mercoledi*....—GUGLIELMO TELL....

¡Era verdad! ¡Esta noche se canta en el teatro de la Escala el *Guillermo Tell*.... la obra maestra de Rossini!—No faltaré , á fe mía.

Así andamos todavía un cuarto de hora. —El Cochero se ve muy apurado para abrir camino al cabriolé entre tantos y tantos carruajes.

Al fin desembocamos en una Plaza irregular.... Levanto la vista.... Y ¿qué es lo que veo?

—¡Para! ¡Para!—le grito al conductor.

Éste detiene los caballos , y , señalando á lo que tanto me había sorprendido , dice , quitándose el sombrero :

—*¡Ecco il Duomo!*

El aviso llega tarde.—Yo he reconocido ya á la *Catedral*.—¿Qué otra cosa puede ser esta montaña de mármol que se eleva en medio de la Plaza?

Pocos edificios, acaso ninguno, producirá en el

ánimo del que lo mira por primera vez una admiración tan súbita, espontánea y vehemente como la Catedral de Milán. Y es que hay en este monumento (aparte de su mérito artístico, y quizás sobre él) no sé qué hermosura física, material, corpórea...., al alcance del gusto menos cultivado.

Semejante ventaja, tratándose de obras de arte, no es siempre una recomendación.—El vulgo suele equivocarse en estas materias. El vulgo se paga más de lo lindo, de lo costoso, de lo difícil ó de lo raro, que de lo bello, noble y sencillo. Los legos, que se detienen extasiados delante del churrigueresco *Transparente* de la Catedral de Toledo, del enorme *San Cristóbal* pintado en sus muros, de la *Fachada del Hospicio de Madrid*, de los *Santos de Novara* y de otras aberraciones por el mismo estilo, pasarían indiferentes por delante del Parthenon, del *Jacob* de Rivera ó del *Moisés* de Miguel Ángel.—Sin embargo, hay creaciones privilegiadas, que son á un mismo tiempo sublimes y populares, y cuya hermosura enamora igualmente al perito que al profano.... Tales son, por ejemplo, el *Palacio Árabe* de Granada, el *San Antonio* de Murillo, el grupo de *Laoconte*, *Don Quijote de la Mancha* y el *Barbero de Sevilla* de Rossini.—Y esto ocurre precisamente con la *Catedral de Milán*.

La *Catedral de Milán* es el mayor edificio de mármol blanco que hoy existe, y está construída en estilo gótico.—El gótico, que, no obstante su gallardía y ligereza, da una expresión mística, severa, lúgubre, á las piedras amarillas ó pardas, renegridas por el tiempo, es risueño, gozoso, triunfante, cuando labra el mármol blanco. Por otra parte, el gótico (ya lo hemos indicado más atrás) modificó sus líneas al pasar los Alpes; se dilató, por decirlo así, al ardiente sol de Italia; reflejó algo de las artes gentílicas que le salie-

ron aquí al encuentro, y ensanchó sus ojivas, aclaró sus naves y modeló sus columnas con cierta robustez pagana.—Semejante transformación (que yo no celebro, pues despojó al estilo gótico de lo más esencial de su carácter) dió origen á una arquitectura de transición, decadente, híbrida en ocasiones (las ventanas y las puertas de la fachada del *Duomo* son greco-romanas); pero arquitectura expresiva, acomodada al tiempo y al lugar en que se produjo, y no exenta de gracia ni de poesía.

Ahora bien: la *Catedral de Milán*, blanca como una paloma; vaga y aérea como todos los edificios góticos; alegre y brillante como un templo gentil; bañada en la fulgente luz del cielo italiano; bordada, cual velo de encaje, de vistosos casetones cuajados de estatuas, y coronada de elegantísimas agujas, es, para decirlo en una sola frase, *más hermosa como ídolo que pura y ortodoxa como símbolo*, y produce en todos los ánimos un grato y regocijado sentimiento, más semejante á la devoción artística que á la devoción religiosa.

Y esto se explica sin esfuerzo alguno.—Los italianos, que (como algunos españoles) ponen más fe en la Virgen que en Dios, hasta el extremo de haber algunos que jamás piensan en Dios y siempre tienen en sus labios el nombre de su Madre; los italianos, que no han dejado nunca de ser un poco griegos, y que, por naturaleza y por tradición, se complacen en adorar como bueno lo bello, aunque sólo lo sea plásticamente, no suelen llegar en su fervor religioso á aquella austera y fúnebre compunción que hace amables á otras almas entristecidas todos los tormentos del Calvario.—«MARIAE NASCENTI» (á la Natividad de María) está dedicada la *Catedral de Milán*...., y su riente aspecto, su blancura, su esplendidez, justifican la advocación....—La *Catedral de Milán* es, por tanto, la Casa de la

Virgen; un monumento de triunfo levantado en su honor; la Virgen misma;—*Domus aurea*.

Dando vueltas á tales ideas, he permanecido en el *Duomo* cosa de media hora, sin atreverme á examinar *pormenores*, en atención á que todavía no *había llegado* verdaderamente á *Milán*, sino que estaba aún de camino ó en viaje, dado que me aguardaban á la puerta el cochero y el coche con que salí de Pavía esta mañana....—Prométole, pues, á la Catedral volver, y me encamino al *Hôtel de la Ville*, tomando por el *Corso Francesco*, que allí principia....

Llámase *Corso* en este país toda Calle que, arrancando del centro de una ciudad, llega hasta sus afueras.—Las Calles secundarias llevan el nombre de *contrade*, y las de circunvalación el de *strade*.—El *Corso Francesco*, arteria principal de Milán, se dilata después con los nombres de *Corso* á secas y de *Borgo di Porta Orientale*. Es ancho y vistosísimo, aunque no recto, y sirve de punto de exhibición á la alta sociedad lombarda, que se pasa la tarde andándolo y desandándolo *in carrozza* y departiendo amigablemente con los que pasean á pie por las aceras.

.....

El *Hôtel de la Ville*, donde ya he tomado habitación, y vivo, y estoy en el presente momento, es muy grande, viejo y destartalado; pero magnífico y lujoso.... á la antigua.

El balcón de mi cuarto da al *Corso*, frente por frente de *San Carlos Borromeo*, enorme Iglesia mal proporcionada....—En cambio, la vista del *Corso*, lleno de suntuosas tiendas, y cuajado de elegantes coches y de inmenso gentío, es muy bella y animada en este instante....

.....

Desde el *Hotel* me vuelvo á la *Catedral;* pero, al llegar á la Plaza que lleva su nombre, reparo en otro gigantesco edificio, en que hace poco no fijé la atención, preocupado como estaba con el *Duomo*....

—¿Qué Palacio es aquel?—pregunto á una viejecita que vende estampas, medallas y relicarios alusivos á San Carlos Borromeo, sentada delante de una mesilla, á la puerta de la Catedral.

—Es el *Palacio de la Corte*...., y debe V. entrar á verlo; pues ahora no vive nadie en él, y es muy bonito....—me responde la interrogada, no sin aconsejarme también que le compre algo, en memoria de mi estancia en *Milán*.

Yo tomo ambos consejos; y, dejando para mañana la segunda visita al *Duomo*, pues ya es tarde para ver todas sus maravillas, diríjome al Palacio, adivinando que en él habrá menos que estudiar.

El *Palacio de la Corte* sólo es notable, como obra de arquitectura, por su extraordinaria magnitud.—Según el Conserje, fué construído á principios del siglo XIV por Azón Visconti, y contuvo muchos frescos de *Giotto*. Después empezó á arruinarse, y quedó deshabitado, hasta fines del siglo último, en que se reconstruyó casi totalmente.—(Los Visconti, los Sforza y los Gobernadores Españoles y Franceses habían vivido entretanto en el *Castello*, situado á la otra parte de la Ciudad y convertido hoy en Cuartel y Ciudadela.)—Por consiguiente, la gran importancia histórica del actual *Palacio* consiste en haber albergado á los Virreyes y Gobernadores-generales Austriacos durante siglo y medio de la más odiosa tiranía (por ser de otra raza) que ha pesado sobre *Milán*, ó sea hasta hace quince meses.... De aquí partían, pues, los decretos tiránicos, las prisiones arbitrarias y las sentencias de muerte; y hacia

aquí se dirigían las maldiciones, los juramentos de venganza, las conspiraciones continuas, las canciones patrióticas, los alborotos de los Teatros, los conatos de regicidio....—Hoy no habita nadie el *Palacio de la Corte*; pero está dispuesto para recibir á Víctor Manuel, que pasará en *Milán* el Carnaval....

Tiene este edificio otro aspecto interesante, y es el relativo á Napoleón I.—El moderno César se hizo coronar aquí Rey de Italia. El gran *Salón de las Cariátides*, que es precioso, se halla adornado con la *Apoteosis* del vencedor de Marengo, pintada al fresco por Appiani, y en la cual Bonaparte está representado bajo la figura de Júpiter apoyado en el Águila.... En otro salón se ven dos admirables *Bustos* del insigne Conquistador, esculpidos por el famoso Cánova.—Estos dos *Bustos* y el célebre Grabado de *Calamata*, copia monumental de la mascarilla modelada sobre la faz exánime del Prisionero de Santa Elena, son los mejores y más vivos trasuntos que han quedado de su cabeza clásica y expresiva. De los dos *Bustos* de Cánova, el uno representa á Bonaparte, joven, delgado, sentimental; esto es, al General de Italia, al héroe de las Pirámides; cuando más, al Primer Cónsul.... En el otro busto es ya el César, el legislador, el dueño de Europa, el caudillo de Jena, el diplomático de Tilsitt....

También veo, al marcharme, el lecho en que durmió el actual Napoleón, después de la batalla de Magenta.—Por cierto que, para dar albergue á esta otra Majestad, se hizo en el *Palacio* la pueril reforma de cortar una de sus *dos cabezas* á los millares de águilas austriacas bordadas en oro sobre tapices y cortinajes.... Con esto, y con arrimarles algunas Cruces de Saboya, consiguieron los agradecidos italianos que las tales águilas pudiesen pasar por latinas....—¡Supongo que ahora se apresurarán á suprimir también

las Cruces Saboyanas, pues que la Saboya ha pasado á ser Provincia francesa!

Pero son las seis y minutos, y la comida del *Hôtel* es á las seis y media....—Vámonos allá sin pérdida de tiempo; que el *Teatro de la Scala* se abre á las ocho, y quiero oir la sinfonía de *Guillermo Tell!*

Estoy á la mesa en el soberbio comedor del *Hôtel de la Ville*.—Entre las veinte personas que comen al mismo tiempo que yo, no hay dos que se conozcan.... Reina, pues, profundo silencio (salvo el ruído de cucharas, tenedores y cuchillos y de la consiguiente masticación), y yo me pongo muy melancólico y reniego de mi viaje, creyéndome repentinamente el hombre más desventurado del mundo....

Pero pronto viene á consolarme la idea de que todos los que callan en torno mío se encontrarán en el mismo caso.—A mi izquierda come un joven *alemán*, y á mi derecha un joven *inglés*.—(Uno y otro llevan su nacionalidad impresa en la fisonomía.)—Enfrente de mí hay otro caballero que me mira tenazmente, y cuya patria no he podido adivinar....—Yo le miro también, pareciéndome haberle visto en otra parte.... —O puede que sea ilusión mía!....

El *alemán* que tengo á la izquierda no habla el italiano, y me suplica que diga á un camarero no sé qué cosa....—Yo lo complazco, sin darme razón, al principio, del idioma en que me ha dirigido la súplica.... Pero, al cabo de unos segundos, caigo en la cuenta de que acabo de oir hablar en español.... El eco de la palabra *usted* resuena en mis oídos.... ¡Y ha sido el *alemán* quien la ha pronunciado!....

Interpélole sobre el particular, y resulta que el joven habla el castellano como Cervantes.—Es hijo de Prusia; pero hace ocho años que vive en América, re-

presentando una Casa de comercio y acreditado como Cónsul de Dinamarca en la Capital de cierta República del Sur.... Con esto y con la circunstancia de tener yo en aquella apartada región amigos muy queridos, que él conoce y de quienes me da largas noticias, basta para que intimemos en breves instantes.

H. de V...., que así se llama el prusiano, ha venido á Europa á ver á su familia, con la que ha pasado dos meses: después ha recorrido la baja Italia: ahora se dirige otra vez á su casa por Venecia y Viena; y el 1.º de Diciembre debe embarcarse en Liverpool para el Nuevo Mundo, donde piensa permanecer aún.... otros ocho años!—¡Esto es viajar; no lo que yo voy haciendo! ¡Ese joven sí que tiene motivos para ponerse melancólico!....—Pero él es *alemán*.

Al levantarnos de la mesa, tenemos ya pactado mi nuevo amigo y yo que haremos juntos el viaje de *Milán* á *Verona* (donde yo quiero detenerme un día). Después volveremos á vernos en *Venecia*....

Conque vayamos ahora al teatro.

Preguntando se va á Roma, y preguntando voy yo al *Teatro de la Scala*.

Al fin lo descubro en una plazoleta formada por la confluencia de seis Calles.—La luz de la luna ilumina su alta y graciosa fachada. Muchos faroles de gas alumbran el vestíbulo. Lujosos carruajes acuden por todas partes, y de ellos descienden esas huecas, blancas, fantásticas visiones, que representan á la dama principal del siglo XIX en toda su vaporosa majestad. Un enjambre de revendedores de localidades y otro enjambre de expendedores del programa de la función, del libreto de la ópera, del argumento del baile y de los periódicos de la noche, obstruyen todas las puertas del coliseo. La Milicia Nacional monta la guardia.

No sin emoción veo yo tales pormenores de la *realidad* y de la *práctica*.... ¡He oído hablar tanto desde niño de este grandioso templo de Euterpe! ¡Se han formado en él tantas reputaciones! ¡Han *debutado* tantos genios! ¡Se han estrenado tantas obras maestras!—Aquí presentó Donizetti las partituras manuscritas de *Anna Bolena*, *Lucrezia Borgia* y *Gemma di Vergi*, y esperó, temblando, con aquel terror que sólo conocen los autores de obras líricas ó dramáticas, el fallo inapelable del público. Aquí se oyó por primera vez la música de Verdi (*Oberto di San Bonifazio*). Aquí aparecieron luego *Ernani*, *I Due Foscari* y *Nabuco*. Aquí ensayaron y dirigieron sus principales obras Rossini y Bellini, y de aquí fueron llevados en triunfo á sus casas. Aquí, finalmente, recogieron larga cosecha de aplausos la Pasta, la Malibran, su hermana Paulina, Tamburini, Moriani, Rubini, Ronconi y tantos otros celebérrimos cantantes!

Por lo demás, en mis apuntes consta que el *Teatro de la Scala* fué construído en 1778, por una Sociedad particular, y que debe su nombre á la circunstancia de haber sido edificado sobre las ruínas de la Iglesia de *Santa María de la Scala*....

Pero sigamos adelante.—En el despacho de billetes compro por cosa de treinta reales una llave de *sedia chiusa*, ó sea una butaca, y penetro en el coliseo....

¡Indudablemente es magnífico, de amplias y elegantes proporciones, más noble y desahogado que los de París y Turín, y hasta más espacioso que nuestro *Teatro Real!*.... ¡Básteos saber que tiene seis órdenes de palcos!....—Pero, aun así y todo, la sala, los palcos, los pasillos y las butacas de nuestro *Teatro Real* de Madrid exceden con mucho en suntuosidad, en holgura, en *confort*, en buen tono, á la sala, los palcos, las butacas y los pasillos del *Teatro de la Scala*.—Añádase que en el *Teatro de la Scala* no se ve ni ahora ni en

pleno *Carnavalone* (según que me ha explicado persona competente) aquella uniforme, aristocrática sociedad que en el *Real* de Madrid ocupa todos los palcos y butacas; aquel *mundo* elegante, rigurosamente vestido, que acude á la ópera como á una fiesta; aquellos dos mil guantes blancos (á dos por persona) que véis moverse en el aire produciendo el aplauso. — ¡En el *Teatro de la Scala* está la gente como en la plaza pública; como antiguamente estaría en los teatros paganos, abiertos á la luz del sol y al aire libre; con no sé qué llaneza y confianza, en que se descubre que el espectáculo escénico no es para los italianos función solemne, sino acto doméstico y familiar de su vida! Así es que, exceptuando los palcos de platea y los *d'ordine nobile* (principales), en que se ven damas y caballeros *en grande tenue*, el público se halla vestido de cualquier modo; conserva puesto el sombrero durante la representación (como en los antiguos Anfiteatros); se agrupa de pie en el fondo de la sala, lo mismo que vimos en Turín; se embriaga con la música como nosotros con los toros, los Franceses con el *cancán* y los Ingleses con las carreras de caballos; y, al aplaudir frenéticamente, — cosa que repite demasiado, — denota que aplaude á un mismo tiempo á los cantantes, al compositor, al libretista, al idioma italiano y hasta á la Italia misma.... ¡á la noble Italia, patria de la música; á la imperecedera Italia, señora ayer del mundo, y hermosa vestal siempre, encargada de mantener vivo el fuego sagrado del arte!

Pero cátame instalado en mi *sedia chiusa*, que ya es una *silla abierta* (y por cierto nada cómoda), esperando la representación....

¡Qué casualidad! Á mi derecha se halla sentado el

caballero que ha comido hace poco enfrente de mí, ó sea aquel que tanto me miraba y cuya patria quería yo adivinar.... Es hombre de unos cuarenta y cinco años, serio, buen mozo, y de elegante y distinguido porte, y cada vez me afirmo más en que lo he visto antes de ahora, bien que no recuerde dónde, cómo ni cuándo.—Una condecoración, que así puede ser la Legión de Honor, como la Cruz de Cristo de Portugal, como el Toisón de Oro: una roseta, en fin, de cinta encarnada, adorna el ojal de su levita negra....

Pero empieza la Sinfonía; la gran Sinfonía de *Guillermo Tell*, oda sublime que sirve de prólogo á un poema....—La orquesta es de primer orden, numerosa, bien proporcionada, magistral, y hállase soberanamente dirigida.

Córrese el telón.—Escenario inmenso: las decoraciones exceden á todo elogio: los coros y los trajes merecen también aplauso....

Únicamente los cantantes dejan mucho que desear.... La Compañía no es de *primo cartello*, ni aun de *secondo*. — ¡Está visto! ¡hasta que llegue la Pascua de Navidad, no conseguiré oir cantar bien en Italia!

Mi vecino y compañero de mesa se aburre también á lo que parece....—Con tal motivo, hablamos, primero en italiano, y luego en francés; y él y yo conocemos de que ni uno ni otro idioma es el *nuestro*, y que tampoco somos ingleses, ni alemanes, ni rusos, ni griegos, ni polacos....

—¡V. es español!—me dice de pronto en castellano el buen caballero.

—¡Sí, señor: y V. también!—le contesto yo en un castellano tan claro como el suyo.

—¡Me lo había figurado desde que lo vi á V. en la mesa!....—replica, alargándome la mano.

—Pues yo creo haberle visto á V. antes en otra

parte.... —le respondo, estrechando aquella mano entre las mías.

—Soy el Duque de U.... —añade el amabilísimo condecorado.

—Pues si es V. el señor Duque de U. (replico á mi vez), declaro que no lo he visto nunca; pero conozco y trato á la señora Duquesa y á sus hijos.... ¡De modo que lo he sacado á V. por la pinta!

—Yo falto de Madrid hace años.... —Y usted, ¿quién es?

—Yo soy, etc...., etc.

—Entonces, ¿conocerá V. á Fulano?

—Sí.... ¡mucho!—¡Qué guapo es!

—¿Y qué se hizo de Mengano? ¿Sigue....

—¡Vaya si sigue!

—¡Hombre!.... ¿Y Zutano?

—¡Ah! ¡Zutano!....—Yo lo quiero mucho.

—¿Y á Perengano? ¿lo conoce V.?

—¡Ya lo creo!—¡Qué bueno es Perengano!

—¿Y viene V. por mucho tiempo á Italia?

—¿Y volverá V. pronto por aquella tierra?

—¿Y vió V. á mi familia antes de partir?

—¿Y vive V. en el *Hotel* en que yo paro?

—¿Y V. no conoce á Milán?

Etc., etc., etc....

—Pues, entonces.... (dijo finalmente el Duque); daremos por ahí una vueltecita; tomaremos te en el *Café del Comercio*, Plaza de la Catedral, y nos iremos á casa á dormir....

Es la una de la noche.

Paréceme que acabo de darme un baño de España. —¡Cuánto hemos charlado ese buen aristócrata y yo! Ahora estoy ya solo, en mi celda de peregrino, com-

pletando los apuntes de hoy y formando el plan de mañana....

¿Qué será á estas horas del señor Cura de Pavía?....

Pero leamos, leamos nuestro memorandum de noticias históricas y estadísticas referentes á la Ciudad en que nos vamos á echar en brazos del sueño....

Milán, fundada por los Galos 587 años antes de la venida de Jesucristo, fué Capital de los Insubres, formó parte del Imperio Romano, y se vió eclipsada por Módena y Mantua.—Pocos siglos después mereció ya ser considerada como Capital de la alta Italia; tanto, que el Emperador Maximiano residió en ella, y en ella también dió Constantino su famoso Edicto en favor de los cristianos, que cambió la faz del antiguo mundo.—Tomáronla después los Lombardos, y la supeditaron á Pavía, donde establecieron su Corte; pero, cuando Carlo-Magno destruyó esta última ciudad, *Milán* volvió á ser la Metrópoli lombarda, categoría que no perdió ya nunca.—Más adelante, al principiar la lucha entre *Güelfos* y *Gibelinos*, ó sea entre los *Papas* y los *Emperadores*, ó, por mejor decir, entre Italia y Alemania, *Milán* se declaró *güelfa*, emancipóse de la dominación imperial y se erigió en República independiente.—Esta actitud heroica atrajo sobre ella la ira del Emperador Federico I, que la destruyó en 1162, no dejando piedra sobre piedra.—De aquí nació la célebre *Liga Lombarda*, alianza guerrera formada entre *Milán* y otras Ciudades, que se habían propuesto también sacudir el yugo de Viena.—Esta animosa Liga derrotó en *Legnano* al Emperador Federico Barbarroja y obtuvo la ventajosa *Paz de Constanza*.—Entre tanto, *Milán* había vuelto á brotar de la llanura, más floreciente y poderosa que antes.—Cincuenta años después los Emperadores de Alemania tornaron á probar fortuna; pero pactóse la segunda *Liga Lombarda*, y la vic-

toria militó de nuevo bajo sus banderas. — Entonces aconteció lo que acontece siempre en tales casos : la Gloria suplantó á la Libertad : ¡había hecho célebres la guerra á algunos soldados, y estos soldados se prevalieron de su fama para convertirse en déspotas, trocando en obediencia forzosa el amor que les tenían sus conciudadanos! — El Julio César de *Milán* fué un tal *Pagano della Torre,* oriundo de los Alpes, que había ganado gran popularidad curando heridos, hasta el extremo de ser proclamado Jefe de la República....— Adivínase el resto : el mérito se hizo hereditario : la gratitud popular á los libertadores y el amor á la independencia se cifraron en una familia : los *della Torre* vincularon á su apellido el gobierno feudal de *Milán.* —Después de *Pagano* vino *Martín,* que dominó como *Podestá.*—Á éste siguió *Felipe*, que acabó con las franquicias republicanas y ejerció la dictadura ; bien que, en cambio, diese mucha gloria á la República en los campos de batalla. — Muerto Felipe, asomó un su sobrino, llamado *Napoleón della Torre*, el cual arrojó ya la máscara, intitulóse *Señor de Milán*, oprimió al pueblo, reinó por el terror, y no reconoció como Arzobispo de Milán á *Othón Visconti*, nombrado por el Papa. — Pero este Arzobispo era hombre que lo entendia, y, en vez de andarse en discusiones escolásticas, montó á caballo, sublevó la Lombardía, derrotó en una batalla á *Napoleón della Torre*, hízole prisionero, entró en *Milán* triunfalmente, asumió la dirección y mando de lo temporal y lo eterno, y fué origen de aquella dinastía *Visconti,* que había de reinar en el Milanesado cerca de dos siglos.—De la historia de esta familia ya hemos adelantado los principales rasgos. Todos sus Señores y Duques fueron tiranos, fratricidas, parricidas ó algo por el estilo, y pocos de ellos murieron de muerte natural. En cam-

bio, dieron muestras de amor á las letras y á las artes y levantaron grandes monumentos.—Á los *Visconti* sucedieron los *Sforza*, en virtud del casamiento de la última heredera de aquella casa con un famoso caudillo.—Los *Sforza* fueron también déspotas, y casi todos ellos murieron asesinados, desterrados ó prisioneros.—Á fines del siglo XV, Francia los arrojó del trono y se apoderó del Milanesado; pero Carlos V intervino en el asunto del modo que sabemos, y, habiendo vencido á los Franceses en Pavía, repuso en su trono á *Francisco Sforza*.—Poco tiempo después, y á la muerte de este Duque, *Milán* formó parte de los Estados del Rey de España, en cuya situación permaneció hasta principios del siglo pasado, que fué á poder del Austria, á consecuencia de la *Guerra de Sucesión*. —Lo demás, ya nos lo dijo el Cura de Pavía: El Milanesado fué invadido por los ejércitos republicanos de Francia en 1796. El tratado de Campo-Formio lo hizo centro de la República Cisalpina. En 1805 formaba parte del Reino de Italia, y Napoleón ceñía á su frente la *Corona de hierro*. Los Tratados de 1815 lo entregaron nuevamente al Imperio de Austria, quien puso á Milán á la cabeza del *Reino Lombardo-Véneto*, y desde entonces hasta nuestros días sólo registra dos fechas notables: 1848 y 1859.—¡No puede darse más negra historia!

Milán, con ser extensísima, sólo cuenta 200,000 habitantes.—Como hemos dicho, se halla situada en una fértil llanura, levemente inclinada de Norte á Mediodía. Á su izquierda corre un modesto río, el *Olona;* pero el riego y la navegación interior de la comarca se hacen por medio de magníficos Canales que cruzan la Ciudad en varias direcciones.—*Milán* es una de las poblaciones más ricas, cultas y manufactureras del Continente. Aparte de la seda, que es acaso su mayor industria, cuenta innumerables Fábricas de lanería, platería, loza,

espejos, instrumentos de matemáticas y de astronomía, etc.—Su campiña produce abundantísima cosecha de arroz.—El hierro, el mármol y el carbón de piedra constituyen la riqueza de sus montañas.—Los habitantes de la llanura hilan y tejen en sus casas el algodón, pudiendo decirse que cada hogar de campesino es una pequeña fábrica.—Finalmente: la Lombardía está reputada como el país más poblado, más feraz y mejor cultivado y regado de toda Europa.

Volviendo á la Ciudad, diremos que encierra cuanto puede contribuir al lustre y cultura de una Capital importantísima, llevando ventaja á muchas en el número y esplendor de los grandes Establecimientos destinados á consagrar y propagar los adelantos y conquistas del saber humano. Hay en Milán un *Palacio Real de Ciencias y Artes* con *Observatorio*, Academias especiales de *Escultura y Arquitectura*, otra general de *Artes y Ciencias*, otra de *Artes y Manufacturas*, varias *Galerías de cuadros y estatuas*, una magnífica *Universidad*, dos *Liceos*, dos *Gimnasios*, la famosa *Biblioteca Ambrosiana*, que comprende más de 15,000 manuscritos; un *Museo y Gabinete de Historia natural;* treinta *Hospicios* y *Hospitales;* centenares de imprentas, que no dejan de producir libros de todos géneros en varios idiomas; Círculos literarios, Casinos, Institutos y otros muchos centros de ilustración y de trabajo, que fuera prolijo nombrar. —Los progresos materiales del país corresponden á los intelectuales, y ceden en honor de la pasada dominación austriaca.

En resumen: *Milán* es una de las Ciudades más importantes del mundo por su representación histórica; por los Concilios que en ella se celebraron; por los varones eminentes que cuenta entre sus hijos (Santos, guerreros, artistas, poetas, sabios, inventores); por sus largas desdichas; por sus monumentos; por sus

Iglesias, cuya historia se enlaza íntimamente á la de la Religión cristiana; por la *peste* de que fué teatro; por las guerras á que dió lugar; por los hombres ilustres de todas las naciones que figuran en sus anales; por su hermosura; por su riqueza, y sobre todo (para mí, que soy español), por haber ondeado doscientos años sobre sus muros el estandarte de Castilla....

Tal es la Ciudad en que nos hallamos....—Acostémonos, pues, y hasta mañana, si Dios quiere.

III.

LA CATEDRAL POR DENTRO Y DESDE LO ALTO DE SU PIRÁMIDE.—MUSEO DE PINTURAS.—EL ARCO DE LA PAZ.—UN ANFITEATRO ROMANO.—LA «CENA» DE LEONARDO DE VINCI.—IGLESIAS ANTIQUÍSIMAS.—LA VÍSPERA DE DIFUNTOS EN UN CEMENTERIO ITALIANO.—UN DRAMA PATRIÓTICO EN EL TEATRO DE «S. RADEGONDA.»

MILÁN 1.° de Noviembre.

¡Qué día el de hoy! ¡Cuánto he andado! ¡Cuánto he visto! ¡Qué diversidad de emociones!

No bien fué de día, tomé el camino de la *Catedral*, donde permanecí tres horas.—Como hoy ha sido día de *Todos los Santos*, el Templo estaba lleno de fieles oyendo misa, y yo empecé también por oir una, aunque no con la devoción que debiera, pues me tuvieron constantemente distraído las *novedades* que eché de ver en la manera cómo el Sacerdote celebraba el Santo Sacrificio. Consultando al fin mis recuerdos de aquellos años en que estudiaba Sagrada Teología, dime cuenta de que las alteraciones que extrañaba tenían su explicación en que *Milán* no está sujeto al Rito Romano, sino á otro peculiar de sus Iglesias, compuesto por

San Ambrosio, Obispo que fué de esta Diócesis.—También extrañé alguna cosa en el tono y forma de *cantar Horas* en el Coro, y á esto me dijo un monaguillo que aquel era el *Canto ambrosiano*, usado únicamente en Lombardía.—Por lo demás, quedé edificado con la gran devoción de que daban muestras todas las clases de la Sociedad.... El inolvidable Cura de Pavía tenía razón: los milaneses son muy religiosos.

Cumplido el Precepto, púseme bajo la dirección de un semi-sacristán, semi-*cicerone,* que me enseñó prolijamente todas las maravillas que encierra la Catedral. —Este sacristán-*cicerone* (dicho sea por lo que valga), era calvo, y usaba dentro de la Iglesia un amplio solideo: pero, cuando salimos del recinto sagrado para subir á la parte alta del edificio, púsose un kepis de miliciano, que contrastaba grotescamente con sus medias negras y sus zapatos de hebilla.

En cuanto á la Catedral, figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantescas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales; figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevación; figuraos en los muros, en los pilares y en las Capillas hasta 679 Estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para 158 más, que aún quedan por hacer.... [1]; figuraos, detrás del Altar Mayor, tres inmensas ventanas, adornadas, como todas las del templo, con magníficos vidrios de colores: en el intrados de las bóvedas, pin-

[1] En la parte exterior del *Duomo* hay otras 2,000 Estatuas, y todavía faltan unas 600.—Total de Estatuas que tendrá con el tiempo, 3,400 y tantas.—En la *Catedral de Milán* se trabaja incesantemente hace más de 500 años, y aún no está concluída. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generación verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti.*

turas que fingen adornos esculturales: en las Capillas, algunos retablos de gran mérito por su antigüedad ó por su primor astístico: en otros parajes, magníficos Sepulcros de Arzobispos y Cardenales; figuraos, digo, todo esto, con su riqueza, sus colosales proporciones, su majestad y su hermosura, y formaréis una vaga idea de aquel maravilloso conjunto.

Descendiendo ahora á pormenores, os diré las cosas que más llaman allí la atención general.

Primeramente, se repara en un *Pilón de pórfido*, donde se bautiza *por inmersión*, como prescribe el Rito ambrosiano.—Este Pilón perteneció á unas Termas del tiempo de Constantino.

Sobre la puerta principal de la Iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcón sostenido por dos hermosas *columnas de granito* de una sola pieza, cuya longitud es de siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro.

Los notabilísimos *Púlpitos* ceñidos en redondo á los dos pilares próximos al Altar Mayor son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes Cariátides. En la parte alta se ven los cuatro Evangelistas y los cuatro Doctores de la Fe.—Débese todo ello á San Carlos y Federico Borromeo.

La famosa Estatua que representa á *San Bartolomé desollado*, de que todos habréis oído hablar, es obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero nadie la considerará una escultura interesante, quiero decir, *artística*, en el sentido elevado de la palabra.

Mucho más bello me ha parecido un colosal *Candelabro* de siete brazos, del mejor estilo gótico, entre cuyas primorosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas Estatuas.—Este Candelabro se llama el *Arbol de la Virgen*.

Pero el gran prodigio de la Catedral, su más importante obra y el centro de la piedad milanesa, es la *Capilla Subterránea*, en que descansan los restos mortales de *San Carlos Borromeo*.... Esta Capilla se halla toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el incorrupto cuerpo del Santo, vestido de pontifical.—Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar aquel fúnebre Santuario.

Y, á propósito: el antiguo y célebre *Tesoro* de la Catedral, tan saqueado por los innumerables Conquistadores que han dominado este país, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos *Estatuas de plata*, una del mismo San Carlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una *Paz* de oro, más preciosa aún por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un *Frontal* de plata maciza, también de mucho precio.

Finalmente, en el Ábside se ve el Sepulcro de *Mariano Caraccioli*, famoso Cardenal, que tuvo la gloria de coronar á Carlos V.—«*Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgrani coronam imposuit*,»—dice una cláusula de su epitafio....

Después de haber estudiado detenidamente todo el Templo, me disponía ya á marcharme, cuando el *cicerone* me dijo:

—Espérese V.; que todavía no ha visto la *Catedral de Milán*.... ¡Si quiere V. comprender de una sola ojeada toda la grandeza del edificio, venga detrás de mí!

Y, así diciendo, abrió una puerta que daba á una escalera de mármol.—Empezamos á subir...., y hubo momentos en que me figuré que no íbamos á acabar nunca.... ¡Aquella escalera tiene 486 gradas!

Cuando llegamos á lo alto y salimos, como quien dice, á los tejados ó azotea del *Duomo,* hallé que estaba sobre su erguida pirámide central, y vi á mis pies una inmensurable masa de mármol blanco; una montaña semejante á aquellas, cubiertas de nieve, que visité en Saboya; un bosque de caladas agujas y de colosales Estatuas; un laberinto, en fin, de escaleras, azoteas, explanadas, arcos, puentes y pasadizos....—¡Era la *Catedral* á vista de pájaro!

En aquella *Ciudad de piedra* habita un *vecindario,* de piedra también. Dígolo, porque sobre las 135 agujas que de allí arrancan, álzanse innumerables Ángeles y Santos, que, en actitudes diferentes, parecen pugnar por abandonar la tierra, mientras que en medio de embaldosadas Plazas se ven, al modo de monumentos, otras preciosas esculturas que no se distinguen desde parte alguna de *Milán,* y que, por tanto, sólo están destinadas á la contemplación del cielo.—¡Entre aquellas Estatuas, las hay.... hasta de Miguel Ángel!.... Tales son un *Adán* y un *Caín niño,* no muy bellas por cierto, aunque siempre notables por el nombre de su ilustre autor.

La *Catedral de Milán* carece de Torre ó Campanario *(campanile)* digno de su magnificencia.—Tiene, sí, uno provisional, cuadrado, de pésimo gusto y rara arquitectura, que da albergue á las campanas; pero piénsase ya en derribarlo, sustituyéndolo con un *Campanile* gótico, adecuado al monumento de que será remate y coronación.

Desde lo alto del *Duomo* se goza una hermosísima vista de toda la Ciudad, Calle por Calle, Plaza por Plaza, Iglesia por Iglesia....—Mi curiosa mirada penetró, pues, en los jardines de los Palacios y hasta en algunas de sus habitaciones.... En las azoteas se veía mucha gente que descansaba ó trabajaba al sol.... Por conse-

cuencia de esto, las jóvenes que se creían solas.... no lo estuvieron entonces, y los amantes que se hacían señas de un terrado á otro me entregaron el secreto de sus almas.... En tal parte divisé á una madre que peinaba á su hija; en cuál otra á unos pequeñuelos que jugaban con sus padres; aquí al estudiante que repasaba su lección; allí al que fumaba tranquilamente.—¡La *Catedral*, como Dios, lo veía todo!....—Más lejos, se descubrían los campos, las aldeas, los canales, las quintas, las carreteras, los ferrocarriles, ocupando leguas y leguas de llanura....

—¿Ve V. aquel punto blanco? (me decía el *cicerone.*) ¡Pues es la *Cartuja de Pavía!*—Aquel lejano monte es la *Superga*.... ¡Debajo está *Turín!*....—Aquellas cimas azules son los *Apeninos*....—Aquella faja de niebla es el *Po*....—Hacia aquel lado cae *Magenta*....—Allí tiene V. á *Monza*....—Todas aquellas blancas montañas son los *Alpes*....—¡Aquel último Pico dista de aquí 40 leguas!....—Desde ningún punto de Italia disfrutará V. una vista panorámica de los Montes tan completa como desde aquí.... ¡Desde aquí divisa V. á un mismo tiempo el *Monte-Viso*, el *Mont-Cenis*, el *Mont-Blanc*, el *Gran San Bernardo*, el *Mont-Rosa*, el *Simplón*, el *Jungfrau*, el *Finsteraarhorn*, el *San Gotardo*, el *Sphügen*, el *Ortler!*.... ¡de la Francia al Tirol! ¡cien leguas de cordillera! ¡un horizonte sensible de trescientas leguas de circunferencia! ¡tanto cielo como en los desiertos de África!....

¡Era, en verdad, un panorama sublime!—Pero se pasaba el tiempo, y yo ardía en deseos de ver otras muchas cosas.... y muy particularmente el *Palacio de las Ciencias y las Artes* y la celebérrima *Cena* de *Leonardo de Vinci*, obra maestra de pintura, que todos habréis visto reproducida en ricos grabados....—Estudié, pues, desde aquella altura mi itinera-

rio, y bajé á la plaza del *Duomo*, donde tomé el camino que me había trazado.

Algunos minutos después entraba en el *Palacio de las Ciencias y las Artes*, llamado BRERA, antiguo Convento que encierra, además de la *Galería de Cuadros*, un *Gimnasio*, la *Escuela de Bellas Artes*, el *Observatorio*, el *Gabinete de Numismática*, una gran *Biblioteca* con 200,000 volúmenes, y el *Instituto de Ciencias, Artes y Letras*.... Dicho se está, por tanto, que el edificio es inconmensurable.

Éntrase en él por un espacioso patio, en medio del cual se encuentra *provisionalmente* la famosa *Estatua colosal de Napoleón*, esculpida por Cánova.—En la meseta de la escalera hay otra Estatua que representa al jurisconsulto *Beccaria*, al ilustre impugnador de la pena de muerte.—En el piso principal se halla la *Pinacoteca*, ó sea el *Museo de Pinturas*, que era lo que yo iba buscando.

Éste no llega ni con mucho al nuestro de Madrid; pero contiene muchos y muy buenos cuadros de maestros tan eminentes como Rubens, Tintoreto, Dominiquino, Palma il Vecchio, Guido Reni, Van-Dyck, Pablo el Veronés, Giorgione y otros.

En el vestíbulo admiré unos hermosísimos *frescos* de aquel Luini cuyo nombre oí pronunciar por primera vez en la Cartuja de Pavía, y á quien se supone discípulo de Leonardo de Vinci, por lo mucho que se le asemeja en el estilo. Hasta ahora no se había hecho justicia, ni aun en Italia, al exquisito gusto y suave delicadeza de su pincel, que se inspira á un tiempo en la devoción y en la forma y combina sabiamente el espiritualismo de los pintores *trecentistas* con las tendencias del Renacimiento.

Más adelante llamó mi atención un *San Jerónimo*

en el Desierto, de Ticiano, que me recordó otro cuadro mayor, pero copia de éste, que hay en el claustro principal alto del Escorial.

También descuella en el Museo de Brera el célebre *Baile de los amores* de Albano, lienzo copiado miles de veces por el pincel, el lápiz y el buril, y que es acaso la primera obra de su género.

El Conserje de la *Pinacoteca* tuvo especial cuidado de decirme, al llegar enfrente de un cuadro de Guercino da Cento que representa á *Abraham repudiando á Agar*, que lord Byron se había pasado muchas horas en diferentes ocasiones contemplando extasiado aquella pintura....—Yo la miré entonces con el detenimiento que era del caso, y parecióme llena de defectos, aunque no de tantos como le atribuyen los críticos. Y, á fuerza de examinarla, comprendí que lo que había conmovido tanto al gran poeta inglés era la *hermosura mortal* de la infortunada madre de los agarenos, su estado interesante y su amargo lloro.... Añádase á esto la posibilidad de que lord Byron hubiese hallado en sus largos viajes, y amado tal vez, y repudiado en cierto modo, á alguna egipcia, ó no egipcia, que llevase un hijo de él en las entrañas, y se justificará la predilección que le merecía el cuadro de Guercino da Cento.—Ahora, lo que yo no me explico es cómo el autor de *Parisina* pudo detenerse largo rato delante de *Agar* ni de otro ningún cuadro de este Museo, existiendo en él una de las más nobles y felices creaciones del arte; el *Casamiento de la Virgen*, de Rafael.

El *Spozalizio*, que es como lo llaman los italianos, eclipsa completamente las demás pinturas del Palacio Brera. Los tipos, los trajes, el asunto...., hasta el color.... (cosa rara en el sublime artista), ¡todo es notable en tan peregrino lienzo! ¡En cuanto á la pureza y gracia del dibujo y á la *dificil facilidad* de la composi-

ción, nada que se diga puede dar ni remota idea! —No niego que, como obra de la primera época del discípulo de Perugino, se advierte aún en la colocación de los personajes algo de aquella simetría propia de los cuadros devotos de la Edad Media; pero hay tal vida, verdad y elegancia en el movimiento particular de cada figura, que ya se admira la clásica maestría del Renacimiento pleno, sin que la acción carezca del misticismo que por entonces empezaba á faltar en las creaciones del Arte....

Pocos fueron los cuadros que me impresionaron en la *Galería de Brera*, después de ver el *Spozalizio*. —Sólo recuerdo una *aguada*, también de Rafael, que representa á varios personajes alegóricos, desnudos y muy bellos, que disparan flechas á un *Término* cubierto con un escudo; una *Virgen y el Niño* de Luini, en que volví á admirar la exquisita dulzura de este pintor; un *Monje dormido*, de nuestro inmortal Velázquez, sumamente deteriorado por el tiempo y las restauraciones, pero en el que no faltan valientes toques del gran colorista, y un lienzo de Leonardo de Vinci *(La Virgen, teniendo en brazos al niño Jesús, que juega con un cordero)*, obra concebida admirablemente como dibujo, aunque nada más que empezada á pintar.—En el Museo del Louvre de París hay un cuadro análogo á éste, también de Leonardo de Vinci, y completamente acabado, que produce tierna emoción en cuantos lo miran....

Desde el *Palacio Brera* pasé á una *trattoria*, hostería, taberna ó figón, que vi en la acera de enfrente, donde pedí de almorzar á *todo riesgo*, con tal de conocer auténticamente la cocina popular italiana.

Allí había también un magnífico *cuadro*; pero *cua-*

dro vivo, digno del pincel flamenco: borrachos, humo, poca luz, una Maritornes, vino de Monza, peces fritos, queso de Parma, juramentos *per Baco*, y una estampa de la Virgen María, alumbrada por doméstica mariposa.—Yo volví á acordarme de *I Promesi Sposi* y de *l'osteria* en que tanto peroró el pobre *Renzo* la noche del tumulto.... Era la misma mesa estrecha y larga: eran los dos mismos escaños de madera: eran los mismos comensales. ¡En vano habían pasado sobre *Milán* dos siglos y medio!

Repuestas mis fuerzas, tomé por la *Strada del Portaccio*, y fuí á parar á los jardines y alamedas que delimitan la extensísima *Plaza de Armas*.

Indudablemente aquel es el punto más bello y grandioso de todo *Milán*.... Diez mil árboles rodean la gran planicie, formando redobladas calles. En un lado se ve el *Castello*, antigua morada de los Duques.... indígenas, convertida hoy en cuartel, pero todavía imponente y respetable. Detrás de esta fortaleza se extiende en panorama casi toda la Ciudad, cuyas torres y cúpulas campean airosamente sobre el cielo, alzándose entre todas las arrogantes agujas de la *Catedral*, como los cipreses entre las mimbres.—Esta *vista panorámica* de Milán es más artística que la *vista de pájaro* de que se goza desde lo alto del *Duomo*.

En otro lado de la inconmensurable *Plaza de Armas* se levanta majestuoso el célebre *Arco de la Paz*, ó *del Simplón*, con que se sustituyó la puerta por donde Napoleón I entró en Milán el año de 1807.... ¡Sin embargo, cuando el Austria volvió á imperar en Lombardía, este *Arco* fué consagrado, no ya á la gloria, sino á la mengua del vencido en Waterloo, y se grabaron en su mármol fechas tan aciagas para Francia y para Italia como la Batalla de Leipzig, la Capitulación de Dresde, la Entrada de los Cosacos en París, la

Vuelta de los Austriacos á *Milán* y los Tratados de 1815!....—Pero, como la justicia resplandece al cabo, todas estas inscripciones han sido borradas después de la batalla de Magenta, escribiéndose en su lugar:

ALLE SPERANZE DEL REGNO ITÁLICO
AUSPICE NAPOLEONE PRIMO
I MILANESI DEDICARONO L'ANNO MDCCCVII
E FRANCATI DA SERVITU
FELICEMENTE RESTITUIRONO L'ANNO MDCCCLIX.

El nombre de *Arco del Simplón*, que en mi concepto es el que más legítimamente le corresponde, significa que allí termina la gran Carretera napoleónica que ya conocemos.—Por lo demás, la obra es soberbia, de puros y elegantes contornos.... Toda ella está construída con mármol blanco, y corónanla el Carro de la *Paz*, arrastrado por seis Caballos de bronce, y cuatro Estatuas Ecuestres del mismo metal, representando Heraldos que parten en encontradas direcciones á extender la buena nueva....—El costo de este monumento pasó de 17.000,000 de reales.

Por último: entre el *Arco* y el *Castello*, se ven los muros de *l'Arena*, inmenso Anfiteatro, digno de la antigua Roma; pero no obra suya, como cualquiera creería á primera vista; sino de un hombre de estos tiempos, digno también de los siglos clásicos.—Quiero decir que *l'Arena* fué construída por orden de Napoleón I, en 1805.

Su forma es elíptica, y está ajustada perfectamente á los más renombrados modelos de la antigüedad.... Á la entrada hay un pórtico de ocho columnas de granito. El diámetro grande del Circo es de 750 pies.

En las gradas, cubiertas hoy de hierba, caben más de treinta mil espectadores. Todo el espacio destinado á las carreras puede llenarse de agua, convirtiendo el anfiteatro en *naumaquia*, y así se hizo en 1807, para obsequiar á Napoleón con el espectáculo de una regata de bateleros y nadadores.—¡Dicho sea en verdad, el héroe de Marengo y de Austerlitz dejó en esta obra el sello de su grandeza cesárea!

Desde lo alto de la gradería de *l'Arena* volví á admirar la vista de la *Plaza de Armas*, de la antigua *Ciudadela* y de todo *Milán*.—El día ha sido purísimo: los caballos del *Arco de la Paz* parecían bordados sobre el cielo; la blanca silueta de la Ciudad recortaba graciosamente el azul turquí del espacio, y los árboles, que todavía conservan sus hojas, aunque ya amarillentas, contrastaban con los sembrados, en que verdea la cosecha del otoño.—El horizonte era inmenso, como el del mar, y deslumbradora la luz del sol. Las chimeneas de tantas y tantas Fábricas como rodean la Capital parecían otros tantos obeliscos. El estruendo de las grandes industrias bramaba por doquiera.... Todos los relojes daban las doce, y las campanas de cien Iglesias entonaban la oración del mediodía, mientras que los pájaros cantaban los últimos soles del año bajo las últimas sombras de las alamedas....—Al propio tiempo, silbidos remotos de locomotoras me hacían reparar en un tren que salía para *Venecia* y en otro, mucho más largo, que llegaba de *Turín*, dejando en la atmósfera densas fajas de humo....—Finalmente: dentro del *Castello* sonaban tambores y cornetas, que tocaban á no sé qué cosa, y allá, hacia el *Corso Francesco*, se oían, ya ruidosa, ya vagamente, los acordes de una música militar.... que supuse sería de algún Regimiento que iba á misa....

Todo esto producía en mi ánimo sensaciones dife-

rentes, pero que se resumían en admiración y respeto
á *Milán*, cuya importancia se me revelaba en fórmu-
las confusas, hasta que brotó en mi mente una idea y
de mis labios una frase:—¡Y tan bella Ciudad (me di-
je) perteneció en algún tiempo á España! ..

Y sólo cuando hube pensado esto, tuve lástima de los recién expulsados Austriacos.

De la *Plaza de Armas* á *Santa María delle Grazie*, donde se guarda la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci, poco hay que andar; tan poco, que con atravesar los paseos y huertas en que termina la Ciudad por el Oeste, halléme en aquel antiguo Convento.

Pero el antiguo Convento es hoy Cuartel....—Tuve, pues, que cruzar claustros y patios llenos de tropa, para llegar á la puerta del que fué *refectorio*, sobre la cual leí en una lápida: «*En este aposento se conserva la* CENA (il Cenacolo) *de Leonardo de Vinci.*»

Llamé; abrióme *il Custode* de la obra maestra, y entré en una habitación desmantelada y ruinosa, donde había una máquina fotográfica y una mesa llena de estampas, libritos y otras publicaciones referentes á la gran maravilla artística....

También se muestra allí, en una pared decrépita, el célebre *fresco* (que nunca fué verdadero *fresco*, sino una pintura al óleo sobre cal)....—Pero ¡triste es decirlo!, en aquella pared no existe ya ni una pincelada de Leonardo de Vinci. ¡Lo que allí se ve es la barbarie de los frailes que poseyeron tal tesoro, aumentada por la torpeza de imbéciles restauradores!

Me apresuro, empero, á consolaros.... El mundo ha rehecho y posee *il Cenacolo* tal cual fué....—Oid desde el principio toda esta singular historia.

Leonardo de Vinci, uno de los hombres más gran-

des del siglo de los grandes hombres; militar, ingeniero, escultor, poeta, músico; dotado además de todas las ventajas físicas, por su titánica fuerza y su hermosura, y por ser gladiador y nadador sin rival, tenía ya mucha fama, cuando hizo olvidar sus propios méritos pintando el cuadro de la *Cena*.—Desde entonces, ya no se acordó nadie del soberbio Canal que había dirigido y que puso á *Milán* en comunicación con el Adda; ni del certamen en que (acompañándose de una lira de plata fabricada por él) había ganado el premio cantando magistralmente un precioso Romance, cuya música y cuya letra eran también suyas; ni de la Estatua de Francisco Sforza, con que venció á su maestro Verrochio; ni de las Fortificaciones que había inventado, como Ingeniero militar que era, á fin de neutralizar los efectos de la Artillería, flamantísima novedad por entonces; ni de sus notables trabajos en la construcción de la Catedral; ni de sus inspirados Sonetos.... ¡de nada, en fin, sino del pintor!—Milán, Florencia y Roma se disputaron al artista: los Reyes de España y Francia procuraban captarse su amistad: Miguel Ángel le temía, y conspiraba contra él.... ¡La gloria de Leonardo llenaba el universo!

Desgraciadamente, la *Cena* había sido pintada, como hemos dicho, mediante un nuevo é infortunado procedimiento (al óleo sobre cal), y en una habitación húmeda, que en cierta ocasión llegó á verse hasta inundada; por cuyas resultas, la pintura empezó á caerse á pedazos cuando aún no llevaba treinta años de existencia. También fué desgracia que el fogón de la cocina del Convento estuviera precisamente del otro lado de la misma pared ilustrada por Vinci, lo cual sometió los colores á una alternativa de resecación y humedad que los fué destruyendo.... Después sucedió que los frailes, á fin de recibir la comida más ca-

liente, hicieron *¡en medio de la obra maestra!* una ventana de comunicación entre el refectorio y la cocina.... Posteriormente, en 1626, un tal Belloti, encargado de restaurar el *fresco*, llevó su temeridad hasta repintar casi todas las figuras: en 1770, hizo lo mismo un señor Mazer: en 1796 el Refectorio era cuadra de la Caballería francesa, y, por último, sirvió de pajar!—Algún tiempo después, no sé qué alma caritativa creyó encontrar remedio á tantos males, tapiando á piedra y lodo la puerta de la habitación; pero, cuando á los pocos años se entró en ella, encontráronse indicios de que, á consecuencia de un largo temporal, había estado llena de agua hasta grande altura! —¡Toda esta agua había desaparecido por evaporación!....¡Figuraos cómo estaría la obra de Vinci!—Finalmente, hace pocos años, el *fresco* ha sido restaurado en lo posible y con bastante inteligencia: pero ya sin más propósito que conservar en aquel sitio una sombra, un reflejo, una memoria de la perdida maravilla....

Por dicha para el arte, mientras que tantos destruían bárbaramente el cuadro de *Santa María delle Grazie*, otros lo copiaban y rehacían con religioso cuidado. Para ello, buscaban la admirable copia hecha al óleo sobre lienzo por un discípulo de Vinci (Marco d'Oggione); estudiaban los bocetos de las cabezas de los Apóstoles, que el grande artista había conservado y que hoy existen aún en Inglaterra; y Bossi hacía un cartón, del tamaño del original, en que, ateniéndose á los dibujos, noticias y restos que quedaban de la obra de Vinci, la restablecía tal como debió ser. Al mismo tiempo, en Viena se ejecutaba un mosaico, que es (á lo que dicen los artistas) perfecto *facsímile* del primitivo *fresco*, y, en fin, Morguen, el sabio grabador, auxiliado por estos datos y á costa de largos viajes, después de pasar meses y meses en el húmedo refectorio y de

emplear nada menos que seis años en su tarea, produjo un grabado, verdadero milagro artístico, que se vende en todas las grandes estamperías.

Ahora bien: yo conocía muchas de las copias y bocetos que acabo de citar, y además había visto esta mañana en el Palacio *Brera* (y os lo ocultaba con toda intención) el boceto de la cabeza del mismo Cristo que figura en la *Cena,* dibujado con lápiz rojo y negro por Leonardo de Vinci: yo he estudiado luego delante del *fresco* las muchas fotografías del mismo y del *Mosaico* de Viena que vende el *Custode*, así como el susodicho grabado; yo he examinado también hoy, en aquel Museo, otra copia al óleo hecha por el caballero Rossi; y, pues he compulsado todas estas interpretaciones con la obra original (en que á lo menos quedan las líneas generales, ó sea el dibujo y la composición), puedo ufanarme de haber vislumbrado, delante del fresco primitivo, aquel prodigio de la Pintura.

Al salir de *Santa Maria delle Grazie*, formé una lista de las más famosas Iglesias de *Milán:* tomé un carruaje, y dije al cochero que me llevase á todas ellas.

En tres grupos pueden ser clasificadas: *Antiguas Basílicas*, venerables por su larga fecha, por la rareza de su arquitectura y por los varones ligados á su historia; *Iglesias del Renacimiento*, resplandecientes de lujo y alegría; é *Iglesias Modernas*, sólo recomendables por su clasicismo artístico....; pues la tradición de la belleza no se ha perdido nunca en Italia.

Entre las primeras, la que más llama la atención es *San Ambrogio*, fundada por el mismo Santo en el siglo IV, y en la cual se cree tuvo efecto aquella célebre escena, tan soberanamente reproducida por la pintura, en que el animoso Obispo prohibe la entrada

al Emperador Teodosio en la casa de Dios.—También fué en esta Iglesia donde San Agustín abjuró sus errores y se convirtió al Cristianismo; donde predicaron San Basilio, San Juan Crisóstomo y otros Santos Padres, y donde luego fueron coronados muchos Reyes y Emperadores....—Monumentos de tan grandes tiempos son los innumerables Bajo-relieves, Bustos é Inscripciones que decoran el Atrio, verdadero museo de las primitivas artes cristianas.

En *San Lorenzo*, también antiquísima, se hallan asimismo preciosos recuerdos de los primeros siglos de la Iglesia; entre otros, una Capilla, cuya fundación se atribuye á la mujer de nuestro rey Ataulfo.... Muchos arqueólogos é historiadores niegan el hecho; pero la tradición señala hasta el sepulcro que encerró las cenizas de Placidia.

San Nazaro Grande, erigida por San Ambrosio sobre un Teatro gentil, y *San Stefano in Broglio*, edificada por San Esteban en el siglo v, merecen de igual modo, como vestigios de las artes bárbaras, toda la atención del viajero.

Las *Iglesias del Renacimiento*, que tanto abundan en *Milán*, son alegres, brillantes, lujosas como las habitaciones destinadas á saraos y festines en los Palacios Reales. El oro y el mármol relucen donde quiera; la pintura, la escultura y la arquitectura agotan los medios de lucir sus encantos, y la luz del sol se refleja en los dorados capiteles de las columnas corintias, en los frescos de las cúpulas, en el bronce de los pedestales, en los mármoles bruñidos.—*San Alejandro y la Madona di San Celso* son las que más descuellan por semejante hermosura material.

En cuanto á las *Iglesias modernas*, todas de arquitectura greco-romana, paréceme que lo mismo podrían servir para Teatros que para Bolsas, para Templos de

Vesta que para Academias ó Liceos. Su belleza es puramente artística.

Réstame consignar que unas y otras deben visitarse, aunque sólo sea como Museos de pintura. Luini, Ferrari, Crespi, Lodi, Borgognone y otros grandes artistas han dejado en ellas sus mejores obras, y en este sentido recomiendo especialísimamente á *San Mauricio il Maggiore* y á *San Giorgio in Palazzo*.

De camino que he recorrido todos estos templos, situados en varios extremos de *Milán*, he visto la Ciudad entera, así los barrios elegantes como los habitados por la plebe, y en todos ellos he encontrado *Palacios*, notables unos por su bella arquitectura y otros por los históricos nombres que llevan. Pero el lugar que más me ha impresionado, á causa del sello de antigüedad que conservan todos los edificios, es la *Piazza dei Mercanti*, verdadero centro del *Milán* de todas las épocas, foco de los motines, emporio del comercio, mentidero público, asiento de la Bolsa y atrio del llamado *Palazzo della Ragione*, Palacio construído para servir de asamblea al *Consejo de los Ochocientos*, cuando *Milán* era República independiente.

En otras Plazas hay *Fuentes públicas* bastante graciosas, pero no tan bellas como las *Puertas* de la Ciudad, entre las que merecen especial mención la *Porta Orientale* y la *Porta Romana*.—Esta última es un Arco de Triunfo, levantado para celebrar la entrada de Margarita de Austria, mujer de Felipe III de España, en la Ciudad de *Milán*, cuando la Ciudad de *Milán* era Capital de una provincia dependiente de Madrid.

Finalmente: he pasado media hora en la *Biblioteca Ambrosiana*, donde *he visto* muchos libros.... ¡ más de cien mil!; pero donde no he abierto ninguno....—En

cambio, he leído varias cartas de amor, originales de Lucrezia Borgia, dirigidas al Cardenal Bembo.—Una de ellas dice:—«*Ahí te envío, mi bien amado, algunos de estos mis cabellos que tantas veces elogiaste....*»

Al llegar á tal punto, dióme la humorada de preguntar al Bibliotecario:

—¿Y los cabellos?

—Arriba los verá V.,—me respondió éste sin perder nada de su seriedad burocrática.

Y, con efecto, en la *Galería de objetos preciosos* que hay sobre la Biblioteca, enseñáronme después, al través de celoso cristal, un hermoso rizo de cabellos rubios perfectamente conservados....

¡Ay de mí! ¡Ya no hay mujeres como Lucrecia Borgia!—«*Mujer temible*» se llama hoy á la que devora.... monedas de los hombres!....—¡Hasta el pecado se ha empequeñecido entre nosotros!

Desde la *Biblioteca Ambrosiana* fuí en busca de mis amigos del *Hotel* (el prusiano H. de V. y el español Duque de U.), con quienes estaba citado, y nos marchamos juntos á visitar los Cementerios, como buenos.... ó malos cristianos que somos (el prusiano, empedernido protestante), y como víspera de Difuntos que ha sido hoy.

Los *Cementerios* de *Milán* son muy sencillos. Redúcense á extensos bosques de cruces de madera.—En ellos he visto muchisima gente arrodillada, rezando, llorando, ó cantando psalmos mortuorios. Todos tenían la cabeza descubierta. Nadie comía castañas ni otra cosa alguna.—El Duque y yo recordamos nuestros Cementerios de Madrid, y la sacrílega romería que va á ellos todos los años, en son de merienda, á conmemorar á los Fieles Finados, y hubimos de reconocer

que en *Milán* se trata á la Muerte más cristianamente que en España.

Pero esta circunspección era del público; no del Gobierno milanés....—¡El Gobierno ha permitido que esta noche haya función en los Teatros! —Y tanto es así, que vengo ahora de uno.

Dos funciones interesantes se daban esta noche: en el *Teatro Rè* se estrenaba el drama nuevo titulado: *El desembarco de Garibaldi en Sicilia;* y en el *Teatro de San Redegonda* se representaba: *Daniel Manin, ó Venecia en 1848.*—El Duque, el prusiano y yo optamos por el drama *Daniel Manin*.... ¡Manin fué muy superior á Garibaldi...., y además le aventaja en respetabilidad por haber muerto!

En el *Teatro de San Redegonda* nos costó un palco *d'ordine nobile* (esto es, la localidad más cara que podía tomarse) la cantidad de tres francos, inclusas tres entradas.... ¡Y, sin embargo, ni el coliseo, ni la Compañía, ni el público, eran de última clase!—Ya os he dicho que para los italianos el Teatro no es artículo de lujo, sino de primera necesidad.

En cuanto al drama, excuso decir que tiene la fuerza de un millón de caballos.... En él se habla del Rey de Nápoles, padre del ex-actual, llamándole simplemente el *rey Bomba;* en él se trata á Pío IX de un modo lamentable; en él se nombra á Cavour, á Garibaldi, á Víctor Manuel, al Emperador de Austria, á Radetzky y á otros muchos personajes que aún andan por el mundo; en él hay *vivas* y *mueras*, himnos, cañonazos, policía austriaca, motines populares, y cuanto puede encender la sangre de las masas.—¡Por supuesto que el personaje más interesante, después del defensor de Venecia, es un inglés, partidario de la independencia y de la unidad de Italia!

Pero vamos al *Cuadro final.*

La escena se ha trasladado á París.... *Manin*, devorado por la nostalgia y por el dolor de ver sufrir bajo yugo extranjero á la hermosa Venecia, su Ciudad natal, á quien un día imaginó poder hacer libre, se encuentra moribundo.... En el momento de espirar, otórgale Dios la visión del porvenir, y presencia la emancipación de otras Ciudades de Italia.... ¡Ve á *Roma* en un trono, y en torno suyo á *Turín, Milán, Florencia, Nápoles, Palermo, Parma, Bolonia, Módena*...., representadas por actrices muy guapas, que dan forma corpórea á las imaginaciones del agonizante patricio!.... Cada una lleva la bandera y los atributos de su pasada historia, y los depone á los pies de la *Capital de la Península*, es decir, de la *Ciudad* por antonomasia, de *Roma*....—¡Sin embargo, el CANTO DE TRIUNFO no suena todavía!

—*¿Y Venecia?*—pregunta Manin....

¡Nadie responde!—Venecia yace aún en triste servidumbre....

Entonces óyense remotos cañonazos, rumor de espadas y gritos de agonía....—¡Todos tiemblan!....

Pero he aquí que por último estalla el *himno de victoria*...., el ansiado CANTO DE TRIUNFO...., y aparece en escena una mujer pálida, vestida de negro, llevando en la mano un estandarte hecho girones....

¡Es *Venecia!*.... ¡Venecia, que acaba de emanciparse, y que se prosterna á los pies de *Roma*, concurriendo á formar con todas sus hermanas el que por tanto tiempo se ha llamado *soñado reino*, la unidad de Italia, la *Italia de los italianos!*

Os lo diré con franqueza: este final de un drama tan grotesco nos ha conmovido.... Aquella alegoría estaba bien imaginada; el asunto era noble y digno; la causa de *Venecia*, justa; el entusiasmo de los actores, indescriptible....—Así es que el público lloraba y aplaudía....—«*¡Venecia! ¡Venecia!*», gritaban mil vo-

ces....—¿Qué más? ¡Hasta los descarnados músicos de la orquesta se habían puesto de pie, y tocaban vueltos de cara á los espectadores, á fin de manifestarles su emoción!....

¡Oh, sí!.... Venecia será libre.

.....

Á propósito: al salir del Teatro he reparado en que la luna empieza á menguar; y, como mi más viva ilusión es entrar en *Venecia* de noche, en góndola y con luna, he decidido partir mañana mismo....

Según estaba tratado, H. de V. me acompañará hasta *Verona*, donde yo permaneceré pasado mañana casi todo el día, mientras que él me esperará en *Venecia*, en el *Hotel d'Europe*....

Por consiguiente, pasado mañana á la noche dormiré al blando arrullo de las lagunas, en el seno de la reina del Adriático....

LIBRO QUINTO

EL VENETO

I.

ADIÓS Á LOMBARDÍA.—EL LAGO DE GARDA.—LA FRONTERA AUSTRIACA.—ITALIANOS Y TUDESCOS.—LA POLICÍA.—EL CUADRILÁTERO.—VERONA.—NOCHE LÚGUBRE.



ON las once de la mañana del día 2 de Noviembre,—del *Día de difuntos!*

Las campanas tocan á muerto; y yo estoy dispuesto á marchar...., no al otro mundo, sino á *Venecia*.

Escribo estas líneas todavía en *Milán*; pero ya en la Estación del Ferrocarril, en un salón de descanso, esperando la salida del tren....

Vengo de recorrer algunas Iglesias, y en todas ellas se alzan fúnebres catafalcos.—La población de *Milán*, sin distinción de clases, se halla al pie de los enlutados altares.... Nobles damas, graves ancianos, gallardos jóvenes, inocentes niños, todos vestidos de negro, van de un templo á otro á ofrecer sufragios por el reposo eterno de sus muertos queridos.

Fácil es comprender la razón de que este año sean

tantos y tan ilustres los milaneses que están de duelo.... ¡En la campaña del verano pasado, la flor de la juventud de *Milán* murió luchando contra el Austria!

Porque aquí la Revolución no fué obra de un partido, ni tiránica arbitrariedad de la gente descontenta y revoltosa sobre la pacífica y acomodada. Fué un alzamiento general, capitaneado por la aristocracia y secundado por todas las clases; en que el príncipe y el obrero pelearon juntos como simples soldados rasos; en que los caballos de lujo habituados á lucir en el *Corso Francesco* sucumbieron con sus nobles jinetes en los campos de batalla; en que los más elegantes carruajes estuvieron siempre á disposición de los más pobres heridos; en que viejos patricios, que juzgaban muy asegurada su descendencia, quedaron de pronto sin herederos directos de sus riquezas y de su nombre.... ¡Todos recordaréis, por ejemplo, aquel bravo Regimiento de Caballería, compuesto de Voluntarios pertenecientes á la primera Nobleza lombarda, que hace quince meses fué abrasado por la metralla en la llanura de Pallestro!....—Pues bien: las lágrimas que hoy vierten los aristócratas de *Milán* responden á la sangre de aquel día....—«¡Gloria y honor á tan insignes mártires!»—digamos también nosotros, por más que seamos extranjeros en esta tierra.

Lidiando con tales impresiones, acabo de penetrar en la Estación del Ferrocarril que ha de llevarme en cuatro horas á la frontera del Veneto, al terrible *Cuadrilátero*.—El drama de anoche y los enlutados de hoy han depositado en mi corazón un exagerado horror al Austria.... ¡Ello es que no emprendo este viaje sin cierta emoción y sobresalto!.... Paréceme que voy á entrar en país enemigo; que voy á tomar parte en una batalla; que voy á atravesar un país salvaje, donde no se respetan las leyes de la sociedad.

H. de V. calma mis poéticos temores, diciéndome que él habla alemán, conoce perfectamente el Austria y sabe que mi condición de español me evitará el espionaje y las molestias que hallan otros viajeros al entrar en el Veneciado....

Y ¡ved lo que somos ciertos hombres!.... Estas seguridades me desesperan....—¡Yo quería drama!

—¡*Partenza!* (grita al fin un empleado del Camino de hierro.) ¡*Treviglio!* ¡*Bérgamo!* ¡*Brescia!* ¡*Peschiera!* ¡*Verona!* ¡*Vicenza!* ¡*Padua!* ¡*Venecia!*

Y un aluvión de viajeros deja los salones de espera y toma por asalto el tren....

Nosotros seguimos la corriente, y montamos.

Estamos en marcha.

Hace un día magnífico....—Se diría que el buen tiempo está vinculado al cielo de Italia. ¡Ha principiado Noviembre, y la atmósfera no pierde su sereno azul, ni las campiñas su verdura!

La comarca que recorremos es deliciosa.... Millares de Palacios campestres (*villas*) se ven á la falda de suaves colinas pobladas de árboles y viñedos. La llanura empieza á rizarse y á ondular. Algunos riachuelos bajan del Norte, abriéndose camino hacia el Po, distante algunas leguas de esta vía férrea, con la cual irá á morir al Adriático.

Así pasamos por delante de *Linito*, *Melzi*, *Pecco* y *Cassano*, pequeños pueblos en que hay Estación de Ferrocarril.

Luego llegamos á las márgenes de un gran río, y lo atravesamos por un soberbio puente de seis arcos.—Es el *Adda*, ó sea la segunda de las ocho trincheras naturales que defendían al difunto *Reino Lombardo-Veneto;* su segunda línea; su segunda paralela.—Porque en este país

tan llano, no hay más posiciones estratégicas que los ríos.... ¿Quién no se acuerda de haber leído el año pasado en los partes de la Guerra: «Los Aliados han vadeado el *Tessino*....» «Los Austriacos se han visto obligados á pasar el *Adda*....» «Los Franceses se hallan sobre el *Oglio*.» «Los Austriacos han abandonado la línea del *Mincio*....» «Napoleón y Víctor Manuel están ya sobre el *Adige*....» —Pues esto consiste en que el Tessino, el Adda, el Serio, el Oglio, el Mella, el Chiese, el Mincio y el Adige bajan casi paralelamente del Norte á buscar el *Po*, partiendo en zonas estratégicas la Lombardía y el Veneciado.—Sólo el Adige gira hacia Levante antes de llegar al Po y entra por sí en el Adriático.

A poco de pasar el *Adda*, que es la derivación ó desagüe del Lago de Como, llegamos á la Ciudad de *Treviglio*, de gracioso aspecto y 10,000 almas, que bien merecía le dedicásemos más de los tres minutos que nos detenemos á sus puertas sin bajar del tren....

Desde *Treviglio* á *Bérgamo* el Ferrocarril deja de dirigirse al Este y sube hacia el Norte, hasta llegar al pie de los Montes de la Valtelina, hijos de los Alpes tiroleses.... —En cuanto á *Bérgamo*, patria del ilustre Donizzetti, y patria también de *Arlequín*, del bufón clásico de Italia, harto sé que es una Capital importante y rica; pero habremos de contentarnos con verla desde aquí *fuera*, asentada en anfiteatro sobre verdes colinas y bañada por el *Serio* y por un confluente suyo.—El frondosísimo territorio que á sus pies se extiende, es acaso el más feraz y pintoresco que hasta ahora he visto en Italia.... ¡Qué inmensos bosques de árboles frutales! ¡qué numerosos ejércitos de olivos! ¡cuántas amarillentas viñas! ¡qué graciosas aldeas! ¡qué profusión de cristalinas aguas! ¡qué perfumado ambiente! ¡cuántos ganados en las laderas de los montes!....—¡Y qué zagalas, medio italianas, medio alpestres, con sus cabellos ne-

gros y su corpiño rojo, vienen á ofrecer á los viajeros *aqua limone, arancia e cedrato!....*

Pocos minutos después de abandonar á *Bérgamo*, cruzamos el *Oglio*, que baja del *Lago de Iseo;* en seguida pasamos por delante de los alegres pueblecillos de *Palazzuolo*, *Coccaglio* y *Ospitaletto*, señores de algunos valles tapizados de vides, y á continuación hacemos alto enfrente de la heroica Ciudad de *Brescia*.

Al contemplar sus viejas murallas, pienso en Carmagnola, el ilustre enemigo de los Visconti, el osado General, servidor de Venecia y víctima de la feroz ingratitud del *Consejo de los Diez*.... Y estas ideas me llevan naturalmente á recordar la famosa tragedia de Manzoni, y ponen en mis labios aquellos sublimes versos con que el gran Condottier, sentenciado á muerte, trata de consolar á su esposa y á su hija:

«La morte!....
Il più crudel nemico altro non puote
che accelerarla....» etc., etc.

Brescia me recuerda también á Gastón de Fox y al Caballero Bayardo, que tales proezas llevaron á cabo ó presenciaron bajo sus muros, así como los días de la *Liga Lombarda*, en que tanto figuró esta que entonces era República municipal.... — Pero (dicho sea francamente) su mayor fama estriba en haber dado cuna y nombre al audaz é infortunado reformador *Arnaldo de Brescia*, mísero fraile, que hizo tanto ruído en el siglo XII como Napoleón en el siglo XIX.

Sin embargo, yo no visitaré esta Ciudad.... — ¡Me llama Venecia...., y me llama con tan fuertes voces, que (bien lo sabe Dios) si pienso detenerme esta noche en *Verona*, Shakespeare tiene la culpa!....—¿Cómo no visitar el nido de los amores de *Romeo y Julieta?*

Pero ¿qué es esto?.... ¡En *Brescia* se queda casi toda la gente que venía en el tren !.... —¡ Ah ! ¡ Comprendo el motivo !.... ¡*Brescia* es la última Ciudad de la Lombardía ; el último pueblo notable de la *Italia oficial!*.... ¡Nos acercamos á la aborrecida frontera *austriaca!*

Así es que, no bien salimos de *Brescia* , un silencio de muerte reina en los coches, como si hubieran enmudecido de pronto los veinte viajeros que aún me acompañan.—¡ Dolorosa mudez ! ¡ Todos ellos son *italianos*, y sienten vergüenza ó remordimientos de ir á la tierra dominada por el enemigo común !

—¡Ah traidores!.... (se diría que exclama cada uno, mirando á los demás.) ¡ Conque no veníais á Brescia! ¡Conque os dirigíais al Austria! ¿Qué vais á hacer allí? ¿Vais á servir al tirano de *Venecia?* ¿ Vais á vender la Italia ? ¿Habéis sido espías en las Ciudades libres y vais á ser delatores en la Ciudad esclava? Este penoso viaje, que yo hago compelido por sagrados intereses de familia, ¿lo hacéis vosotros para decir á los *tudescos* que soy ardiente italiano , que aborrezco de muerte á Francisco José , y que deberían ahorcarme esta misma noche ?

Algo por el estilo irán pensando mis compañeros de viaje. El hecho es que callan , ó se hablan secretamente; que algunos se miran con recelo y desconfianza, y que el fuego del odio reluce en sus pupilas.

Así cruzamos por *Lonato;* así atravesamos un largo túnel y un hermosísimo viaducto, y así llegamos á las tres y media de la tarde á *Peschiera.* — ¡ Nos hemos metido en la boca del lobo !—Estamos en el Veneciado.

La *frontera* austriaca pasa por dentro de la Estación de *Peschiera*, y la Policía del Imperio ha establecido aquí una especie de torno , como el de los Conventos

de monjas, aunque mucho mayor, en el cual entra el viajero para ser prolijamente examinado y requerido antes de pasar de la Italia libre á la Italia sierva.—Una vez reconocidos su pasaporte, su equipaje, sus bolsillos, su traza, su fisonomía, y aun estoy por decir que su pulso, se le da media vuelta al torno, y nuestro hombre se halla en territorio austriaco.

Yo acabo de sufrir esta humillante inspección, y me encuentro ya en el *Cuadrilátero*, en la cárcel de un pueblo ilustre, en el triste presidio de la que fué Soberana República de Venecia.—Mi pasaporte está aún en manos de la Policía, acompañado de una declaración, que acabo de prestar, acerca del objeto que me trae á este país, del tiempo que pienso permanecer en él, de mi procedencia y de mis intenciones.... — ¡Y á esto le llaman *reinar!*....

.....

Peschiera, Plaza fuerte, situada sobre el *Mincio* (á su salida del *Lago de Garda)*, forma, con Legnano, Mantua y Verona, el famoso *Cuadrilátero* en que se apoya el Austria para dominar el Veneciado.—La frontera corre ahora por el comedio de este lago y de este río, como antes pasaba por el comedio del Tessino y del Lago-Mayor.

Yo espero mi pasaporte y el permiso de continuar viajando, asomado á un balcón de la sala-de-espera, que da sobre el *Lago de Garda*, y desde el cual se descubre un panorama soberbio....—Son las cuatro de la tarde. El sol empieza á declinar, recostándose en un pabellón de nubes de púrpura y enrojeciendo las sosegadas aguas.... ¡El Lago parece de sangre! — Á las orillas del *Mincio* vagan algunos soldados con levita blanca y capote gris.... ¡Yo he visto antes de ahora ese uniforme en litografías y grabados que representaban las batallas de Magenta y Solferino, y siempre lo

vestían los heridos y los muertos!.... —¡Son los Austriacos!—Al otro lado del río, y al término de dilatada llanura, distingo dos pueblecillos, cuyos campanarios se miran á gran distancia.... El uno es *Solferino*, donde hace quince meses el Austria sufrió la final derrota: el otro es *Villafranca*, donde se firmó la paz. —Hacia el Norte se elevan unas corpulentas montañas de color de violeta, á cuyo pie distingo muchas Villas y Ciudades.... ¡Las de esta orilla del Lago son libres: las de la otra son siervas!.... El Veneciado y la Lombardía se miran aquí al través de las aguas con la misma angustia que antes se miraban la Lombardía y el Piamonte al través del Lago-Mayor.

Dentro y fuera de este salón, en torno mío y á lo lejos, reina un silencio sepulcral.... ¡Se diría que allá, en el Lago, se está dando ahora mismo una batalla!.... La niebla, enrojecida por el sol poniente, semeja el humo de la inflamada pólvora.... El relucir del agua trae á la imaginación el brillo de los aceros.... El odio, que reina día y noche en esta comarca, completa la ilusión de los amantes de la justicia.

¡Esa batalla se dará al cabo! — Todo lo violento es transitorio.—*¡Venecia será libre!*—vuelvo á decir.

.....

Mientras escribía en mi cartera estas reflexiones, se me ha acercado un señor muy rubio, y se ha puesto á ver, por encima de mi hombro, qué hacía yo con el lápiz sobre el album.... — ¿Si creería que estaba ideando un plan de ataque contra *Peschiera?*

¡De cualquier modo, se habrá quedado en ayunas; pues mis abreviaturas españolas no son para leídas por cualquier austriaco!

Al fin me dan el pasaporte.—Trae doblado un pico, y algunas señales misteriosas hechas con lápiz.... — ¿Qué significará esto?.... ¿Será una patente de mi

inocencia, ó atraerá sobre mí la vigilancia de la Policía?

Ello dirá.

Á eso de las cinco salimos de *Peschiera*, pasando el *Mincio* sobre un soberbio Puente.

Los coches del nuevo tren son hermosísimos. Los campos están perfectamente cultivados. Los caminos vecinales podrían servir de modelo....—¡Pues, señor; está visto!.... ¡en cuanto á *bienes materiales*, la administración austriaca no deja nada que desear!

Ya van en el tren tantos Tudescos como Italianos. —El silencio de todos es más terrible, más amenazador que nunca!—En mi coche, por ejemplo, se respira una atmósfera pesada, aflictiva, cargada de odio y de maldiciones....—Dentro de él va un Inspector de Policía.—¡Yo creo que, si se cerrasen las ventanillas y se encendiese un fósforo, estallaría el carruaje, como una habitación llena de gas!....

En las Estaciones se ven Escudos de armas del Imperio de Austria y tambien destacamentos de tropa, cuyas blancas levitas y hermosos y serios rostros siguen recordándome la campaña del año último....—Los *vencidos* están tristes, pero no domados.... ¡Así es que todo el mundo conviene en que desean *volver á empezar!*....—Los italianos fingen no reparar en nada.

.....

Llegamos al fin delante de *Verona*, la cual aparece á los ojos del caminante precedida de muchas Líneas de Fortificación,—fosos, parapetos y trincheras;—rodeada de sólidos muros, flanqueados de recias torres;—protegida por un doble cinturón de *fuertes* aislados;—dominada por grandes Palacios y un Castillo,—y defendida además por el anchuroso y profundo *Adige*, que cerca casi completamente la antigua Ciudad, sepa-

rándola de una Isla y de un Barrio que llevan el nombre de *Veronetta*.

¡Yo soy el único viajero que se queda en *Verona!* Los demás, incluso H. de V., siguen en el tren hacia *Venecia*, adonde llegarán á las once de la noche....—Véome, pues, solo y triste, entre unos esbirros que examinan de nuevo mi pasaporte y mi equipaje, y unos cocheros que me nombran todos los hoteles y *albergui* de Verona, brindándose á llevarme á ellos....—¡Casi estoy ya arrepentido de haberme quedado!

Pronto me arrepiento del todo....—Empieza á obscurecer.... La atmósfera está húmeda.... El país tiene fama de malsano....; ¡y yo siento frío; pero no así un frío cualquiera, sino repeluznos de fiebre....

—¿Adónde va V. á parar?—me pregunta un Comisario de policía.

—Venga V. al *Hotel de las Dos-Torres*....—me dice un cochero.

—No, señor; ¡al de la *Torre de Londres!*....—me aconseja otro.

—Á la *Gran Czarina*....—añade un tercero....

—¡Decídase pronto!.... (continúa el Comisario.)—Yo me quedo con el pasaporte. Mañana á las diez se presentará V. en la Policía á recogerlo.—Entre tanto, conserve V. este papel.

¡Qué nombres de Hoteles! *¡Las Dos-Torres! ¡La Torre de Londres!*.... Yo creo que me dicen que elija prisión.—*¡La Gran Czarina!* ¡Qué adulación á la despótica Rusia!—¡Y además se quedan con mi pasaporte!....—Esto es cortarme las alas. ¡Ya no soy libre! ¡Ya no podré marcharme cuando se me antoje, ni sin decir el pueblo adonde me dirija!....—¡Adiós, pues, mi hermosa independencia! ¡En adelante seré esclavo de mi palabra y de las mayores ó menores concesiones de un Comisario!

—Vamos al hotel de *Las Dos-Torres*.... — exclamo por último.

El papel que me ha dado la Policía dice así, en inglés, francés, alemán é italiano: — «*Il viaggiatore si presentarà entro il termine de veinticuatro ore all I. R. Uffizio di Polizia per ottenere la vidimazione del suo passaporto, od il permesso di soggiornare in questa città.*»

¡El permiso de vivir en esta Ciudad!.... — ¡Pobre Austria...., y qué trabajo le cuesta tener un puerto de mar y algunos millones de esclavos!

Con estas y las otras, cuando subo á *Verona* ya es de noche.—*Porta-Vescovo* (Puerta del Obispo) se denomina la que me da entrada. — Las calles que recorro son anchas, solitarias y tristes....—Todavía no han encendido el alumbrado público, ni acaso lo enciendan hoy, pues en el almanaque hace luna.... — Y digo *en el almanaque*, porque una espesa niebla impide á sus plateados rayos llegar hasta las calles de *Verona*.... —¡Ah, Shakespeare! ¡Shakespeare! ¡qué caro me cuestas!

El coche pasa luego sobre el *Adige* por un largo puente, y en seguida recorremos diez ó doce calles cortas y rectas, donde se ven pocas tiendas y muchos soldados; hasta que al fin llegamos á una Plaza en que se levanta viejísimo y deforme Palacio.... — Es el *Hotel*, coronado por las *dos Torres* que le dan nombre.

Yo estoy por decir que me han encerrado en una de ellas, como á un prisionero de los tiempos románticos....—En todo el Palacio no he hallado más alma viviente que el camarero que me ha conducido á mi habitación, la cual es muy grande, triste y fría....

Dichosamente, tiene chimenea....—Pero ¡ah!; la chimenea da humo....

—Todavía no hemos alfombrado.... — dice el ser-

vidor, reparando en la displicente mirada que dirijo al desmantelado aposento.

¡Lo que yo creo es que el dueño del *Hotel* no había previsto que parase aquí este año viajero alguno!

¡Y ciertamente el que acaba de entrar por sus puertas no le sacará de pobre!—La calentura me hace temblar como un azogado.... Digo, pues, que he comido ya; pido agua de naranja, y me acuesto, después de apagar la chimenea.

¡Qué noche! A las cuatro de la madrugada no he podido aún conciliar el sueño.... En cambio, lucho desesperadamente con mil visiones y pesadillas, producidas por la fiebre que me devora.... Y ¡cosa extraña!: el sentimiento dominante en mis alucinaciones es un miedo cerval á los Austriacos; no sé qué terror pueril, semejante al que me inspiraba en la niñez una habitación obscura; unido lo cual al recuerdo de cierto drama que vi representar hace veinte años, titulado *Jusepo el Veronés*, y al *Congreso de Verona*, que produjo la gran iniquidad de 1823, y al fúnebre desenlace de *Romeo y Julieta*, y al recuerdo de la familia *Scala*, que tantas atrocidades hizo aquí, y á todo lo que se cuenta de las prisiones y persecuciones que en estos días se están llevando á cabo contra los pobres veroneses que aman el dulce nombre de *Italia*, háceme pasar una noche que no olvidaré jamás, y que con sobrada razón he llamado *noche lúgubre*.....

....

II.

«REDEUNT SPECTACULA MANE.»—EL PALACIO «GIUSTI.»—UN PASEO POR VERONA.—OTRO ANFITEATRO.—EL SEPULCRO DE JULIETA.

VERONA 3 de Noviembre de 1860.

Son las once de la mañana; de una mañana hermosa, templada, refulgente, rica de sol y de alegría.... El cielo está azul; el aire sosegado; mi espíritu tranquilo.—La fiebre y sus visiones desaparecieron con la noche y sus tinieblas.

Me encuentro en los Jardines altos del soberbio *Palacio Giusti*, que dominan á toda *Verona*, y hace un día tan claro, que distingo desde aquí un horizonte de veinte leguas.—El *Adige* reluce por todas partes, como serpiente inmensa de plateadas escamas, que se desliza ondulando por la llanura.... Allá, hacia el Norte, se perciben las ásperas montañas del Tirol.... Por la parte del Sur y Levante, el terreno se inclina suavemente, haciendo ya adivinar su próxima muerte en el Adriático.

A mis pies se extiende la Ciudad, coronada de torreones, cúpulas y campanarios, y atravesada por el ancho río, cuyo majestuoso curso cortan cinco puentes. Y, en fin, aquí dentro, ó sea á mi alrededor, se levantan árboles seculares, viejas estatuas, escaleras de mármol que conducen de un jardín á otro, y un Palacio del siglo XIV, que pudiera pasar por alcázar regio....

Imposible parece que Shakespeare escribiera su gran tragedia sin haber venido á Italia, sin haber estado en *Verona*, sin haber visto Palacios como el que yo estoy viendo....—En estos jardines, llenos de fúnebres ci-

preses y rodeados de altos muros, se respira no sé qué romántico dolor, semejante al de todos los personajes de *Romeo y Julieta*.... ¡El mismo alborozo con que cantan los pájaros, ríen las aguas y abren sus cálices las flores, infunde honda melancolía, por cuanto recuerdan lo efímero del amor y de la hermosura!

Mas no creáis, al leerme, que el *Palacio Giusti* tiene relación alguna con aquel doloroso drama.—«La casa de Julieta (cuentan los veroneses) se encontraba situada al otro lado del Adige».... Pero no señalan el sitio.... —En cambio, designan el de su *sepulcro*, al cual iremos luego...., bajo la fe de la tradición.

También me recuerda este Palacio aquellos tiempos de *Verona* en que era Señor de ella el *Can grande de la Scala*, jefe del partido gibelino y amigo y protector de Dante....—(Sabido es que los *Scala* fueron en la historia de *Verona* lo que los Visconti en la historia de Milán: los verdugos de la Ciudad y la gloria y prepotencia del Estado).—Pero ¿cuál es la historia propia del *Palacio Giusti?*—Yo no lo sé.... Lo visito, como la generalidad de los viajeros, á causa de su especialísimo carácter y hermosas vistas, y me detengo en él, porque me parece lugar muy á propósito para escribir mis impresiones de esta mañana.

Diré, pues, que, desde el Hotel hasta aquí, he seguido el camino más largo, deteniéndome en algunas Iglesias.—Al mismo tiempo he rescatado mi pasaporte en la Policía.

Verona, á pesar de sus 50,000 habitantes, de su gran importancia militar y de sus nobles recuerdos históricos, pasaría hoy, á los ojos de cualquier hombre *práctico*, por una Capital pobre y fea.—Para mí, esta pobreza y fealdad constituyen todo su mérito, puesto que la asemejan á una Ciudad de la Edad Media, bañada por el sol del siglo XIX, ó bien á un ilustre

Príncipe arruinado, pero no degradado, que soporta orgullosamente la miseria sin descender á oficios indignos de su elevada clase.—Quiere esto decir que en *Verona* no hay vistosas tiendas, ni bazares, ni fábricas, ni nada *moderno* por ningún estilo....

Las Calles de *Verona* son, por lo regular, anchas y largas, y rara es aquella en que no se ve más de un antiguo Palacio de ruinoso aspecto, cuya soberbia portada gótico-lombarda, ó del Renacimiento, contrasta con los rotos cristales de los balcones, con las apolilladas maderas de las puertas y con la humilde condición de sus actuales inquilinos.

En la *Plaza de los Señores* he visto el antiguo *Palacio de los Scala*, convertido hoy en Casa Municipal, y el *Palacio del Consejo*, adornado con las Estatuas de los Veroneses Célebres, entre los cuales se cuentan hombres tan insignes como Cornello Nepote, Catulo y Plinio el Joven.—¡Bien podían *los modernos* haber añadido una escultura más, en honor del grande artista *Pablo el Veronés!*—Pero repito que en *Verona* no hay nada moderno.

La *Piazza delle Erbe (Plaza de las Verduras)* me ha llamado muy particularmente la atención, por el sello de antigüedad que conservan todos los edificios. Las fachadas de la mayor parte de las casas particulares están pintadas al fresco. En un lado se ve la *Loggia* de los Mercaderes, esto es, la Lonja, edificada en el siglo XIII. En otro se levanta el Palacio de los célebres *Maffei*, donde nació hace dos siglos el más insigne individuo de esta familia, el marqués Francisco Scipion, capitán y literato muy famoso.

Hay todavía en *Verona* otra Plaza notable, la *Piazza Bra*, en la cual no he estado todavía, pero á la que he de ir forzosamente para ver el tan famoso anfiteatro romano, llamado *l'Arena*.

Además de este monumento, encierra la Ciudad otros muchos que acreditan el alto grado de importancia que alcanzó en los grandes tiempos de Roma. —Entre ellos merecen citarse la *Porta Borsari*, Arco de Triunfo que se encuentra en medio del *Corso*, y *l'Arco de Leoni*, que se cree erigido por Vespasiano.

Las *Iglesias de Verona*, que pasan de cincuenta, son dignas de muy prolijo estudio por su venerable antigüedad. Ellas solas bastarían para resolver muchos problemas de la historia del arte y aclarar el caos de aquella época en que el sentimiento cristiano buscaba su expresión en la arquitectura *lombarda*, asimilándose y purificando los corrompidos restos de la antigua forma clásica, adulterados al chocar con el gusto bizantino, y pugnando por fundirlos con el estilo gótico, floreciente ya en Alemania....—Lo más notable que encierra *Verona* en este género es la Iglesia de *San Zenone*, fundada por Pepino, restaurada en el siglo x y reedificada, tal como se halla hoy, á mediados del siglo XII....

Pero dejémonos de tales historias.... ¡Son las doce, y á las dos sale el tren para Venecia, adonde llegaré esta tarde á las seis!—Aprovechemos estas dos horas en ver el *Anfiteatro* y la *Tumba de Julieta*, y partamos.

Estoy en la *Arena*, situada, como ya dije, en la *Plaza Bra*, centro de *Verona*, que se comunica con el *Stradone de Porta Nuova*, ancha y hermosa Calle formada por Palacios y Jardines.—Adornan la Plaza dos *Cuarteles* monumentales, uno antiquísimo *(Gran Guardia antica)*, y otro menos antiguo *(Palazzo de la gran Guardia)*, así como un Teatro moderno, precedido de Pórticos llenos de preciosidades arqueológicas.

El *Anfiteatro*, en cuyas gradas más eminentes estoy

sentado continuando estos apuntes, es una grandiosa construcción, que respira aquella majestad cesárea peculiar de las grandes obras de los Romanos.... Tiene forma elíptica, y su gran diámetro no bajará de 450 pies. Hasta hoy se han hundido dos pisos, y con ellos todos los palcos, quedando solamente 44 gradas de mármol en que caben 22,000 personas.

Tan sensible ruína ha provenido de la funesta idea que tuvieron los veroneses de la Edad Media de levantar tiendas y hasta habilitar casas sobre este colosal cimiento,—casas y tiendas que no desaparecieron hasta el siglo XVII. Hoy mora todavía alguna gente en los vomitorios y en las galerías bajas; pero sin que le sea permitido á nadie añadir ni quitar piedra alguna á tan augusto monumento.

Dos mil años de fecha cuenta esta obra portentosa, y aún parece recién construída en su mayor parte. Asombro causan la solidez y atrevimiento de sus arcos y galerías, y puede asegurarse que seguirá de pie miles y miles de años más, si la barbarie ó un cataclismo no la destruyen.... Respétasela, pues, tanto por lo que ha visto durante veinte siglos, como por lo que le resta que ver en edades futuras.

La *Tumba de Julieta*, ó sea el sepulcro vacío de granito rojo que, al decir de la tradición, encerró el cuerpo de aquella infortunada beldad, se halla hoy en un establo (!), cerca de un Jardín que en otro tiempo fué Cementerio del inmediato Convento de Franciscanos.

Este Convento, donde vivió *indudablemente* aquel bondadoso Fraile que protegía á *Julieta* (el P. *Lorenzo*), es hoy *Cuartel de los Ingenieros Austriacos*, y el Jardín pertenece á un pobre hortelano que lo obliga á criar lechugas y calabazas.... Vetustos parrales, que lo her-

mosearían ayer, yacen ahora por tierra, y las flores, desterradas por la horticultura, se han refugiado en humildes rincones, al pie de las tapias, donde viven y se aman tímidamente, sin molestar á nadie....

Un niño de ocho á nueve años, hijo del dueño de la huerta, sirve de conserje al *Sepulcro*, y es el encargado de mostrarlo y explicarlo á los viajeros.... Por cierto que, al ver tan venerada aquella Urna, me he preguntado: —¿Á qué obedece semejante piedad?.... —¡Pues qué! ¿el Amor ha muerto?

Analicemos un poco esta cuestión. — ¡Comprendo que se visiten las ruínas de pasadas instituciones, de hundidos imperios, de civilizaciones desvanecidas...., y también las tumbas de los conquistadores, de los artistas y de los sabios.... ¡Pero visitar el sepulcro, nada artístico, de una enamorada cualquiera, de una muchacha vulgar, sin importancia histórica y desprovista hasta de virtud...., sólo porque amó mucho y porque costó la vida á dos hombres, es cosa verdaderamente absurda!

Hay, pues, que buscarle otra justificación á la especie de culto con que se mira el sarcófago donde estuvo enterrada *Julieta*....—Hay que convenir, v. gr., en que aquella joven no goza de celebridad por sí misma, sino por ser heroína de una de las mejores tragedias del primer genio dramático del mundo, y en que el homenaje que los viajeros rinden á su vacía tumba (de cuya autenticidad dudan algunos con sobrado motivo....) pertenece por entero al gran poeta.

Sea como fuere, el tierno guardián del amatorio monumento me ha dicho que la Archiduquesa María Luísa (la olvidadiza viuda de Napoleón I) se hizo labrar un collar y unos brazaletes con granito de este sepulcro, y que todas las damas sentimentales de Verona dieron en llevar entre sus dijes un pequeño sar-

cófago de la misma materia, pagada á peso de oro.... —Hase, pues, prohibido rigurosamente por el Gobierno Austriaco semejante comercio, sin embargo de lo cual (y sentiré que esta declaración mía pare perjuicio al hijo del hortelano), yo mismo he entrado en codicia, á causa quizás de la prohibición, y llevo en el bolsillo un pedazo muy regular de tan codiciado tesoro, con el cual pienso hacer un tintero....

Por lo demás, este pobre muchacho, que penetra en la vida pronunciando á todas horas, y sin comprenderlas, las dos palabras sacramentales de los humanos destinos—«*amor*» y «*muerte*»,—se sabe de memoria el argumento de la tragedia del inmortal Shakespeare, y cuenta las cosas con tanta inocencia, naturalidad y gracia, que hay momentos en que parece que *Capulet*, *Montaigu*, *Mercutio* y *Gertrudis* existen todavía; que *Romeo*, *Julieta* y *Paris* murieron hace dos ó tres años, y que este chico se acuerda vagamente de ellos y de su trágico fin, como de cosa que sucedió al lado de su propia cuna....

—¿Ve V. en aquella tapia? (dice el rapaz con su voz argentina.) ¿Ve V. allí unas piedras desmoronadas y una brecha en el muro? — ¡Pues por allí entró *Romeo* en este que fué cementerio! — ¿Ve V. esos agujeros del sepulcro?—¡Pues se hicieron para que respirase *la enamorada Julieta*, quien no estaba muerta cuando la enterraron, sino solamente narcotizada!....— ¡Mire V.! ¡En árboles contemporáneos de estos debieron de cantar, algunas noches antes, en un jardín inmediato, la *alondra* y el *ruiseñor!*....

¡Ah, niño! ¡niño! ¿qué entiendes tú de ninguna de esas cosas?.... ¡Toma tu propineja, y calla; que ya vendrán para ti días en que no hables del amor como un papagayo, sino con lágrimas en los ojos!

III.

DE VERONA Á VENECIA.

¡Pues, señor, estamos en marcha para Venecia!....

¡Nada podrá ya detenerme!.... Pasaré por *Vicenza* y *Padua* sin hacer alto...., aunque Padua me interesa vivamente!.... —Pero ya la veré cuando vuelva de Venecia con dirección á la Romaña.

Al salir de Verona, el tren ha cruzado el *Adige* sobre un hermoso Puente....—Luego hemos visto á la derecha los *Baños de Caldeiro*, en cuyas cercanías combatieron diversas veces, á principios de este siglo, Francia y Austria, y se cubrió de inmarcesible gloria el General Massena....—Mas adelante hemos saludado los célebres campos de *Arcole*, regados también de sangre austriaca y francesa, y una de las páginas más brillantes de la historia de Napoleón I....—Después hemos pasado cerca de dos Castillos ruinosos, que, según la tradición, son las antiguas moradas de las familias enemigas de Romeo y Julieta, esto es, de *Capuletti e Montecchi*, como se dice en la Ópera.... —Y ahora, en fin, nos encontramos parados al pie de *Vicenza*.

.....

Vicenza tiene fama en la historia del arte por ser cuna y contener las principales obras del inmortal *Palladio*, arquitecto ilustre que fijó el gusto vacilante del Renacimiento y sirvió de modelo y guía á la arquitectura moderna....

Siento en el alma no ver los Palacios y las Iglesias que constituyen la gloria de ese artista; pero consuélame de todo la idea (que ya no me deja ni un instante) de que dentro de cuatro horas habré surcado la

laguna en que se alza *Venecia* y me pasearé ufanamente por la gran Plaza de San Marcos!....

.....

Al cabo de una hora, y después de cruzar fértiles campiñas, llenas de quintas y de aldeas, y dos largos túneles, y algunos riachuelos, volvemos á hacer alto, y un empleado del Ferrocarril grita con voz estentórea:—*¡Padova! ¡Padova! ¡Cinque minuti!*

—*¡Padua!* ¡La Ciudad de San Antonio! ¡La Ciudad de *Angelo*, *tirano de* idem! ¡La patria de Tito-Livio!—exclamo yo, consultando á escape mi memoria.

Y miro por las ventanillas del coche, y sólo veo una Estación como cualquiera otra, á la derecha del camino de hierro, y detrás una carretera, y luego un collado en que aran algunos labradores, y en último término unas voluminosas cúpulas, doradas por el sol poniente....

¡Aquella es *Padua!*....—Ya volveré dentro de algunos días....

.....

Caminamos de nuevo....

El terreno baja progresivamente.... Algunos Canales se dirigen hacia Levante.... Á lo lejos se abre un horizonte profundo....

Nos aproximamos al Adriático.

.....

Al ocultarse el sol, pasamos el melancólico *Brenta*, cuyas aguas van á alimentar la *fatal laguna* veneciana....

Sucédense los pantanos; escasean las tierras cultivadas; ya no se ve humana vivienda por ninguna parte....—Diríase que aquí termina el mundo.... Comenzamos á respirar el ambiente marino....

Acércase la noche....

.....

Mestre es la última Estación de tierra firme....

En la pequeña Ciudad que lleva este nombre, empiezan ya á encender el alumbrado....—No sé más de su historia pasada ni presente.

.....

—Es noche completa....; pero muy pronto aparecerá la luna.

Á poca distancia de *Mestre*, pasamos al lado de algunas Fortificaciones, y luego vemos blanquear el terreno á derecha é izquierda del camino....

—¿Qué es eso que blanquea? (pregunto á un compañero de viaje.) ¿Es la luna?

—No, señor....: Es agua....—me responde.

En efecto: aquello es agua...., alumbrada tenuemente por reflejos del cielo.... ¡Hemos entrado en el magnífico Viaducto de una legua de largo que une á *Venecia* con el Continente!—En otro tiempo, ya habríamos tenido que tomar un barco para llegar al archipiélago que constituye la Ciudad.... Pero hoy pasa el Ferrocarril por encima de las aguas, como el pueblo hebreo sobre el Mar Rojo.

Entre tanto, empiézase á ver surgir del plateado horizonte una dorada constelación de luces, que forma como inmenso collar de topacios, cuyos reflejos tiemblan en las olas.... Luego se destacan sobre el estrellado cielo (donde la luna acaba de aparecer) algunas pardas sombras de cúpulas y campanarios.... Después se distinguen los cristales de los balcones, irradiando, ora la blanca claridad de la luna, ora la luz rojiza que brilla dentro de cada aposento....

Dijérase que tenemos ante la vista un colosal navío de ébano, plata y oro, ó un fantástico alcázar en que los resplandores de maravillosa fiesta triunfan de la obscuridad de la noche.... Pero lo cierto y positivo es que estamos viendo á la *esposa del mar*; á la *reina*

del Adriático; á la *Ciudad de los Dux*; á la siempre encantadora *Venecia!*

.....

En esto desaparece la espléndida visión, y penetra el convoy en un vasto recinto cubierto de hierro y de cristal, é iluminado de gas intensamente....

Estamos en la Estación.—Hemos llegado.

—*¡Venezia! ¡Venezia!*—gritan los empleados del Ferrocarril, con la misma tranquilidad y rutinario tono que si gritaran:—*¡Getafe! ¡Getafe!*

«VENECIA»,—leo yo al mismo tiempo en el muro de la Estación;—pero, donde quiera que miro, sólo veo mozos, polizontes, empleados, carbón de piedra, reverberos, máquinas, coches, el *buffet*, el *café*, las oficinas, el despacho de billetes, el salón de equipajes y otras vulgaridades por el estilo.

¡Todo esto me desespera horriblemente!

—*Signor.... ¿Vuole una góndola?*—me dice al fin un muchacho, que parece copiado de las más antiguas novelas de Jorge Sand.

¡Una *góndola!*.... Esta palabra me vuelve todas las ilusiones que empezaba á perder....

—¡Sí...., sí!....—le digo,—añadiendo para mi capote:

—¡Huyamos pronto de la prosa! ¡Busquemos la soledad en las lagunas! ¡Entremos en Venecia á nuestro modo!

Y, mientras hablo así, el reloj de la Estación marca las siete de la noche, cuando en Madrid no habrán dado aun las cinco y media de la tarde....

¡Esto es ya, casi, casi, estar en ORIENTE!

IV.

PRIMER PASEO POR VENECIA.

Al salir de la Estación del Ferrocarril en busca del *Hôtel d'Europe*, donde escribo las presentes líneas, bajé algunas escaleras, y vi enfrente de mí no sé cuántos faroles, cuya viva luz me deslumbró al principio.—En los cristales de aquellos faroles se leían los nombres de los principales Hoteles de *Venecia*; nombres repetidos á gritos por sus comisionados y representantes....—*¡Albergo Reale!—¡Albergo della Vittoria!—¡Hotel de la Luna!—¡Hotel d'Europe!—¡Hotel d'Italia!—¡Hotel de la Ville!—¡Hotel dell'Aquila d'Oro!—¡Hotel de la Gran Bretaña!*...., etc., etc.,—decían las voces y los letreros.

—¡He aquí (pensé) los ómnibus de los Hoteles!.... ¡Líbreme Dios de tan prosaicos vehículos!

Pero en aquel mismo instante advertí que aquellos ómnibus no tenían caballos ni mulas; que estaban en el agua; que eran góndolas....—¡Figuraos todo mi regocijo! ¡Góndolas hasta en los Hoteles!

Antes de entrar en la del muchacho que se había encargado de mí, la inspeccioné ligeramente.... Era una especie de esquife estrecho y largo, todo negro, y de fantástica elegancia, en medio del cual había una como litera ó caja de coche para cuatro personas.—Esta forma no ha variado desde hace 200 años; pues existe una ley suntuaria que lo prohibe.

Después miré alrededor mío....—Hallábame á la orilla de un ancho canal, que se dilataba á derecha é izquierda entre elevados edificios, cuya parte alta blanqueaban los rayos de la naciente luna, mientras que la parte de abajo se perdía en densas tinieblas. Por los

cristales de ventanas y balcones se filtraba la luz de las veladas nocturnas, yendo á reflejarse vagamente en la inmóvil y tersa superficie de las aguas. El alumbrado público proyectaba, en fin, largas fajas luminosas sobre el haz del líquido elemento....

Este cuadro, donde todo era resplandeciente ó negro, agua y luz ó impenetrable sombra, inspiraba fúnebre tristeza.—El Canal se perdía de vista por sus dos extremos, retorciéndose de tal modo que formaba como una S inconmensurable...., y el hondo silencio y completa soledad de aquella vía contrastaban lúgubremente con el ruído de mi anterior viaje y con el tumulto que reinaba dentro de la Estación.

Entré en la góndola.—Hacia frío...., y tuve que envolverme en mi capa española. Abrí, empero, las ventanillas de la que he llamado *litera*, á fin de ver y estudiar todo lo que fuese encontrando al paso.

El primer gondolero que me había hablado se colocó á popa, y otro, aún más joven, hermano suyo, permaneció á proa.—Cada cual estaba armado de un largo remo, y los dos siguieron de pie durante toda la travesía.

—¿Adónde vamos, señor?—me preguntó el segundo con un suave acento en que noté ya las dulces inflexiones del dialecto veneciano, célebre por su infantil ó femenina ternura.

—Al *Hôtel d'Europe*....—contesté, recordando mi cita con H. de V.

—Ese Hotel está al otro extremo del *Canal Grande*.

—¡Cómo!....—¿Es este el *Canal Grande?*

—Sí, señor: aquí principia. Tiene cerca de una legua de largo; pero nosotros tomaremos pronto por callejuelas que nos ahorrarán mucho camino....

—Como queráis.

Bogamos....—Los remos levantaban fosforescencias

en el agua, y producían un lento, claro y melancólico ruído, única señal de vida que daba la Ciudad.... —El resto de los viajeros (que no peregrinaba tan á la ligera como yo) se había quedado en la Estación sacando sus equipajes.... Mi góndola era, pues, la única que cruzaba aquel triste y solitario barrio, anegado al parecer, y correspondiente á la parte más humilde y pobre de *Venecia*.

Según que revolvíamos la primera amplia curva del *Canal Grande*, la luna iba alumbrándolo de lleno, hasta que, por último, su misteriosa luz bañó toda el agua que servía de suelo á la calle, y brotaron de la obscuridad las fachadas de algunos Palacios, cuya noble y aérea arquitectura se copiaba en las dormidas olas....—Al ver aquellos otros edificios debajo de mí, parecíame que la góndola volaba, como una golondrina, á media altura de las casas....

Entre tanto, el *Canal* se ensanchaba y embellecía poco á poco.... Ya tendría cuarenta metros de anchura. El alumbrado era cada vez más frecuente y esplendoroso. Los Palacios y las Iglesias se sucedían sin interrupción.... Por cierto que las puertas de unos y otras, y las de todas las casas grandes ó chicas, estaban colgadas, como á vara y media de altura, sobre el nivel del Canal...., y que de cada puerta arrancaba una escalinata de mármol, cuyo último escalón se sumergía en el agua....—Los lados del Canal, ó sea las manzanas de edificios, podían, pues, compararse á inmensurables navíos anclados.

Frecuentemente, en la vía principal seguida por nosotros desembocaban algunas modestas callejuelas.... —Yo escrutaba entonces con ávida mirada hasta el fondo remoto de aquellas travesías, y siempre encontraba lo mismo:—agua dormida entre dos elevadas paredes; agua opaca y silenciosa, cuya existencia se

revelaba solamente por el largo reflejo que, cual estela de oro, trazaba, á todo lo largo de encrucijadas y callejones, algún turbio reverbero, destacándose de negra esquina....

Nada más triste y pavoroso que el dédalo de estrechísimos Canales que se adivinaba allá adentro.... Ni un alma, ni un rumor, ni un punto de terreno en que desembarcar se percibían en aquellos barrios interiores, cuyo cielo apenas se alcanzaba á ver por encima de las altas y estrechísimas callejas, y cuyo pavimento era doquier el taciturno abismo....—¡Nunca había yo creído absoluta verdad todo lo que leía ó me contaban acerca de las calles de agua de *Venecia;* pero fuerza me ha sido reconocer que no había ninguna exageración!... ¡*Venecia* es más poética, más rara, más interesante que cuanto puede imaginar la fantasía!

Seguíamos bogando.... Los gondoleros remaban en silencio. Sus airosas figuras, vestidas con un largo gabán y un sombrero de anchas alas, parecian formar parte de la embarcación, y se destacaban, agigantadas y negras, sobre el agua y el firmamento....—¡Oh! ¡La luna, la arquitectura y el agua! ¡qué portentosos cuadros! ¡qué esplendidez y qué misterio! ¡qué lontananzas plateadas! ¡qué círculos de juguetonas luces en torno de la góndola, producidas por la quilla y los remos! ¡cuántos millares de quebradas lunas en el movible espejo del estanque! ¡qué fulgor submarino! ¡qué palacios acuáticos! ¡qué fantásticas torres abajo y arriba, bajo el agua y en el aire! ¡qué fantasmagoría y qué hermosura!

El plácido arrobamiento en que venía sumergido no me dejaba acción para preguntar cosa alguna á los gondoleros. — Un Palacio se sucedía á otro.... Á la puerta de algunos de ellos se veían *atracadas* varias góndolas, que indicaban, ó que los Señores iban á salir

ó que tenían visitas.... (Así discurrimos en otras ciudades cuando vemos coches á la puerta de tal ó cual casa.) Algunos gondoleros fumaban sentados en la húmeda escalinata de aquellas antiguas mansiones de fiestas y placeres....

¡Qué más!.... Al deslizarnos por enfrente de un altivo Palacio, cuyos calados balcones de piedra irradiaban vivísima iluminación, he oído cantar al piano el aria de tiple de *María de Padilla*.... (¡Amores de Andalucía que hallan eco en Venecia!)—La voz de aquella mujer era sonora y apasionada como las notas graves del ruiseñor....—«¡Ah, *Don Pedro!* ¡Don Pedro el Justiciero ó el Cruel! (pensé yo:) ¡Quién te dijera que las pasiones que inspiraste habían de vivir tanto!»....—El acompasado y tardo latido de la laguna herida por los remos se mezcló largo rato á aquella lejana música.... Luego dejó de percibirse la argentina voz de la tiple, y volvió á resonar sola, en el alto silencio de la noche, esta monótona palabra, que el agua soñolienta nos decía cada vez que los gondoleros turbaban su quietud:—*Pasad*....—*Pasad*....

Después de media hora de navegación, divisamos un elevado *Puente* de un solo ojo, tendido sobre el *Canal Grande*....

Nuestra góndola había de pasar por debajo de él.

—*¡Il Ponte de Rialto!*....—exclamó solemnemente un gondolero.

¡Qué recuerdos de juveniles ansias!—¡Cuán poético soñaba yo en mi niñez este sitio! ¡Y cuánto lo es en efecto!

Encima del Puente hay trece arcos que miran á la parte del *Canal* por donde nosotros avanzábamos, y después vi que otros trece miraban á la parte opuesta.

El arco de en medio está abierto ó vacío, mientras que los restantes son tiendas, á la sazón profusamente iluminadas. Corre, en fin, por delante de éstas, como balcón que da á la laguna, un elegante barandado, á través de cuyos balaustres veía yo andar á la multitud....—Ahora bien: las tiendas, sus luces y el ojo del Puente se copiaban por entero en el Canal, trazando en sus cristales un semicírculo que, unido al de arriba, formaba extenso óvalo argentado por la luna y orlado de rojas luminarias; especie de aro ó disco, semejante á los de papel que rompen de un salto los acróbatas, y por cuyo centro pasó nuestra embarcación como una flecha....

Además: sobre el Puente, la Ciudad daba señales de vida.... Pasos, gritos, golpes resonaron un punto en lo alto.... Los habitantes de Venecia se nos aparecían en los aires, como bandada de pájaros marinos, ó como la tripulación de barco gigantesco, vista desde humilde bote que se acercase á él.—Allá arriba todo era luz, animación y movimiento.... Abajo, en la laguna, seguían reinando el silencio y la soledad.

Pasado el Puente, el *Canal Grande* se dilató y hermoseó más todavía.... La luna se bañaba en medio de un desierto de agua, iluminándolo por completo, esclareciendo las lejanías del horizonte y trocando en filigrana y encaje la piedra labrada de alcázares y templos....—Pero ¡oh peripecia, de que al cabo no nos arrepentimos!.... Al llegar á este punto, la góndola viró de pronto á la izquierda, y, dejando el gran *Canal,* penetró en un callejón obscuro, por entre las espaldas sombrías de dos Palacios.—Empezábamos el anunciado atajo, que había de traernos al *Hôtel d'Europe,* evitando largos rodeos.

La navegación cambió completamente de carácter.—No entraba la luna en las angostas y profundas

callejuelas ó pequeños canales que íbamos atravesando.... Los remos daban con frecuencia en las paredes.... Sobre nuestra cabeza pasaban de una manzana á otra infinidad de puentecillos, que no eran sino las *Calles de tierra*, las *vías sólidas*, por decirlo así, de la Ciudad anfibia.... ¡Sentíanse, en fin, á veces, encima de aquellos puentecillos, los sordos pasos de algún transeunte, como él por su parte sentiría debajo de sí el medroso rumor de la góndola en el agua....; y, aunque algunos antiguos faroles, colocados muy altos, alumbraban simultáneamente nuestro camino y el suyo...., no dejaban de ser lúgubres estos invisibles encuentros y ocultos ruídos!

Así pasábamos de un callejón á otro; así cruzábamos plazoletas de agua; así doblaba la góndola una y otra esquina, dejando á derecha ó izquierda otros varios canales ó travesías; así me persuadí finalmente de que se puede recorrer toda la ciudad navegando....

Por último: á veces, oíamos detrás de una esquina el son de otros remos.... Inmediatamente los gondoleros que me conducían, ó los que venían á su encuentro, decían dos palabras, á que no contestaba nadie; pero que siempre daban lugar á alguna maniobra:

—«*¡Sia premi!*»—«*¡Sia stati!*»—«*¡Sia di lungo!....*»

—Con uno de estos tres gritos se indicaban lo que debían hacer para evitar un choque ó un *pase-por-ojo* al tiempo de doblar las esquinas....

¡Y qué dramática impresión producían en mí tales tropiezos!.... —Dígolo, porque, no bien oía tan lacónico grito, veía pasar á mi lado una cosa larga, estrecha y enlutada como un ataud....

¡De dónde venía? ¿Adónde iba? ¿Qué guardaba dentro?—¡Ni una palabra se cruza de una góndola á otra!.... O los bateleros no se conocen en la obscuridad, ó dejan de hablarse por respeto á las personas que

conducen.... —Ello es que la góndola pasa...., y se pierde con su misterio en los obscuros canalizos....

¡Quién sabe si dentro de aquellas persianas negras se recata el amor ó se esconde el crimen; si allí van ocultos el placer ó el dolor, y si debéis ó no envidiar al tripulante de aquella otra góndola solitaria!

La mía atracó finalmente al pie de empinada escalera que bajaba de peraltado puentecillo.

—¿Hemos llegado?—pregunté.

—Muy cerca estamos del *Hôtel d'Europe*.... (me respondió el mayor de los gondoleros). Desembarcando aquí y recorriendo á pie tres ó cuatro Calles, nos ahorraremos mucho camino. —*¡Jacobello!* (continuó, dirigiéndose á su hermano): espérame en la góndola, que yo voy á conducir al señor....

Subí, pues, aquella escalera, y me encontré en el piso alto de *Venecia*, ó sea en la *Venecia terrestre*.—Allí era también grande el silencio; pero no tan profundo como en las lagunas.... Las angostas Calles que he recorrido para venir al Hotel resplandecían de luz y estaban llenas de escaparates y de vistosos objetos, al modo de los *Pasajes* principales de París.—Por lo demás, como en *Venecia* todo es subir y bajar escaleras, resulta que no son posibles ni conocidos los carruajes ni los caballos, y de aquí gran parte del perpetuo silencio que reina en la Ciudad.

Tampoco se conoce en *Venecia* el polvo.... (Ni ¿cómo pudiera conocerse, donde el agua hace oficios de tierra?) El embaldosado suelo de las calles reluce, pues, como el de la más aseada habitación.... ¡Y cuenta que todo el gentío que habia yo echado de menos en los Canales iba y venía por aquellos corredores y pasadizos que tienen el nombre de *Calles terrestres!*

Sin embargo: nadie hablaba en alta voz, y sólo se oía el acompasado ruído del andar; cosa que, según ya me habían advertido, constituye otro rasgo característico de *Venecia*.... ¡Y es claro! Entre los transeuntes había muchos y muy graves Oficiales austriacos, cuyas espadas producían estridentes sones al golpear los peldaños de las escaleras que bajaban á los Canales ó subían á los Puentes, y semejante música quitaría la gana de vocear á los venecianos....

Resumiendo: hay dos Venecias entrelazadas, ó bien contenida la una en la otra: la Venecia exterior y la Venecia interior; la alta y la baja; la obscura y la luminosa; la italiana y la tudesca; la del agua, los Palacios y la luna, y la de los Cafés, el gas y las tiendas; la de los Canales y la de los Puentes; la solitaria y la poblada; la de las dramáticas góndolas y la de los Austriacos que taconean por las altas Calles....

Y resulta también que desde una Venecia no se adivina la existencia de la otra. El que discurre por las tenebrosas Lagunas no puede sospechar que sobre su cabeza y al otro lado de las casas hay una Ciudad despierta, viva, radiante, esplendorosa: como el que pasea por las Calles no se da cuenta de que debajo de él y en torno suyo hay otra Ciudad dormida, silenciosa, llena de obscuridad y misterio....—Sin embargo, así como desde la góndola oí alguna vez en los aires sordos pasos de fantásticos transeuntes, del propio modo he oído desde los Puentes balbucir el agua en coloquio con los remos, y tenido conciencia de que alguien pasaba por debajo de mí.... ¡Pero esto era rápido y transitorio como una distracción del sentido, y luego tornaba á la realidad de lo que veía, olvidando ó no comprendiendo la faz oculta de *Venecia!*

Así he llegado al Hotel...., cuya puerta *terrestre*, toda de cristales, da á una extensa galería, al fin de la

cual hay otra vidriera que mira al *Canal Grande*.... Es decir; que el *Hôtel d'Europe*, como todas las casas de la Ciudad, tiene una entrada por tierra y otra por agua.

¡Conque henos en *Venecia!*....—Yo no pienso salir ya esta noche.... Estoy fatigado, y quiero madrugar mucho mañana, á fin de realizar mis más dorados sueños de caminante, viendo los innumerables tesoros artísticos y poéticos que esta Ciudad encierra....

Ahora son las ocho de la noche.—Todas las campanas repican jubilosamente....—Mañana es día de San Carlos Borromeo....

—Esas últimas campanas que suenan.... (me dice un criado del Hotel) son las de *San Marcos*.

—¡De *San Marcos!*—repito yo con devoción artística.

Después me da otra noticia muy diferente:

—Venecia (me dice) no está hoy para fiestas.... Acaba de saberse que Víctor Manuel ha perdido una batalla á orillas del Garegliano. ¡La derrota de los Piamonteses ha sido completa, y Francisco II estará á estas horas de vuelta en Nápoles!—Así, al menos, lo afirman los periódicos de esta noche.

—¡Pues qué! (le pregunto yo:) ¿hay periódicos en Venecia?

—Sí, señor: *todos los dias*.—Aquí tiene V. uno de hoy.

La primera cosa que leo en el diario que me alarga el camarero, es la siguiente frase con que principia un suelto:

«*S. M. I. R. A., se ha graciosísimamente dignado, etc.*»

La abreviatura S. M. I. R. A. quiere decir: *Su Majestad Imperial Real Austriaca*.

—¡Juraría que este periódico es del Gobierno!....

(dígome entonces). ¡Y acaso sea también invención del Gobierno la noticia de la derrota de Víctor Manuel!—*¡Batalla del Garegliano!*.... Esta frase suena de todos modos bien en oídos españoles.... ¡Hace tres siglos y medio, D. Fernando el Católico le ganó una *batalla del Garegliano* á Luís XII de Francia!....

Y, pensando y escribiendo estas cosas, conozco que me voy quedando dormido....

¡Oh felicidad! ¡dormir *en* Venecia!....—¡Es casi lo mismo que dormir *con* Venecia!....

V.

VENECIA Á VISTA DE PÁJARO.—UN PASEO POR EL LIDO.—LA PIAZZETTA.—LA PLAZA DE SAN MARCOS Á LAS DOS DE LA TARDE.—LOS VENECIANOS Y LOS AUSTRIACOS.—EL CAFÉ FLORIÁN Y EL CAFÉ CUADRI.—LA NOCHE DE UN DOMINGO.

VENECIA 4 de Noviembre de 1860.

Apenas serían esta mañana las siete, cuando ya estábamos tomando café, en el magnífico balcón de piedra del comedor del *Hôtel d'Europe*, mi antiguo amigo H. de V., un joven inglés llamado *Sir Arturo*, con quien acabábamos de contraer también amistad, y vuestro atento servidor.

De H. de V. ya sabéis que es prusiano de nacimiento, dinamarqués de profesión y español de trato y costumbres.... Sólo tengo, pues, que haceros la presentación de Sir Arturo....—Sir Arturo, hijo de un opulento banquero de Londres, ha venido á *Venecia* de paso para la isla de Corfú, en donde está convidado á una cacería.... (¡Únicamente un inglés camina desde Inglaterra á Grecia sin otro fin que matar una liebre!) Tiene veinte años; es blanco y rubio como Ofelia,

y se pone colorado siempre que le dirigimos la palabra. —Al verlo esta mañana, hemos recordado que comió con nosotros en el Hotel de *Milán*, y de aqui el habernos hecho tan pronto amigos....

Más advertencias: —el Prusiano y yo nos entendemos por lo regular en español: el Inglés y el Prusiano se comunican en alemán, y el Inglés tiene que hablar conmigo en italiano.... Cambiamos á veces de sistema, y el Inglés y el Prusiano hablan inglés; el Prusiano y yo nos lanzamos al francés, y el Inglés me dirige la palabra en latín.... Pero siempre resulta que no podemos entendernos los tres á un mismo tiempo, por la sencilla razón de que, entre estos seis idiomas, no hay ninguno qne nos sea común....—El Prusiano no conoce el italiano ni el latín; el Inglés no comprende el francés ni el español, y yo ignoro completamente el inglés y el alemán.—Son, por consiguiente, nuestros diálogos una maraña de traducciones que nos hace intimar aceleradamente.

Dos palabras ahora sobre el lugar de la escena.—El *Hôtel d'Europe* fué en otro tiempo *Palacio Giustiniani*. Es decir, que aquí nacieron ó moraron muchos individuos de una de las principales familias patricias de *Venecia*, entre los cuales se cuentan *San Lorenzo Justiniano*, primer Patriarca de la Ciudad; *Bernardo Giustiniani*, senador, diplomático y célebre historiador; *Agustín Giustiniani*, renombrado orientalista, y *Marco Antonio Giustiniani*, Dux de Venecia, debelador de los Turcos....—El Palacio data del siglo xv, y su arquitectura es noble y severa.—En cuanto á la familia *Giustiniani*, no hay que decir que se ha perdido en las sombras de la pobreza, como tantas otras que florecieron en la extinguida aristocrática República.... ¡Baste observar que esta su ilustre casa solariega es hoy propiedad de un hostelero francés!

¡Tal, y aun más triste, ha sido la suerte de todo el Patriciado veneciano!.... Dos bailarinas, la Taglioni y la Essler, compraron últimamente la famosa *Ca d'Oro* y el Palacio de no sé qué Dux.... El *Palazzo Cavalli* pertenece al Duque de Burdeos.... El de los *Foscari* sirve de cuartel á la Infantería austriaca....—Pero volvamos á nuestra historia; que aún me queda mucho por escribir acerca de mis andanzas de hoy.

El balcón en que tomábamos café esta mañana el Inglés, el Prusiano y yo, es un *cierre* de cristales volado sobre la Laguna; ó sea una especie de gabinete suspendido en los aires, desde el cual se disfruta la más deliciosa vista.—Ya os he dicho que el *Hôtel d'Europe* se halla situado á la entrada del *Canal Grande*, en el punto en que éste es más ancho y más magnífico.... Veíamos, pues, á nuestra izquierda el que pudiéramos llamar líquido *Boulevard* ó *Corso*, que parte á Venecia en dos mitades.... Las aguas de tan majestuosa via brillaban al naciente sol de una manera deslumbradora.... Los Palacios y los Templos se miraban en ellas y se destacaban además en el turquí purísimo del cielo.... Algunas góndolas cruzaban de un lado á otro del Canal, parándose á las puertas de las casas ó desapareciendo por angostas callejuelas....—¡Indudablemente, estábamos en la Ciudad reina del Adriático! ¿Cuál otra podría confundirse con ella?

Enfrente del balcón, del lado allá del Canal, y como centinela colocado á su embocadura, alzábase la *Dogana di mare* (la Aduana de mar), arrogante edificio, sobre cuya torre, que lo mismo se dibuja en las ondas que en el espacio, se levanta una estatua giratoria de la *Fortaleza*.... (virtud).—Junto á la Aduana, descubríamos la Iglesia de *Santa María della Salute*, brotando también de las fulgentes olas, que copiaban como en un espejo su doble cúpula, su fa-

chada embellecida con 125 estatuas, sus enormes volutas y su recio campanario....—Más allá se dilataba la Laguna, azul y despejada, y, en medio de ella, veíamos dos grandes Islas: la de *San Giorgio Maggiore* y la *Giudecca* (la Judería), donde hay más jardines que edificios....—Después seguía la Laguna, solitaria ya y majestuosa como la propia mar, con quien está en próxima comunicación por canales que cortan la muralla de arena del *Lido*.

¡Pero en vano intento conseguir que mi tosca pluma haga lo que no acertarían á hacer los más hábiles pinceles!.... ¡En vano trato de pintar el cuadro que descubríamos esta mañana desde el gran balcón de este *Hôtel d'Europe!*.... Pudiera trazar líneas, establecer términos, bosquejar perspectivas.... Mas ¡cómo expresar el color, la luz, el ambiente radioso, las sombras de las islas en el agua, la deslumbrante blancura ó el áurea esplendidez de los Palacios bañados por el sol y por el reflejo de las ondas, ni el perfil de los edificios sobre el fondo de plata del Canal Grande y sobre el fondo azul del firmamento! ¿Cómo haceros ver esta Ciudad de nácar y zafiro; estos prodigios de arquitectura, surgiendo de las olas, como templos ó moradas de Ninfas, y estas góndolas negras (únicos puntos de obscuridad en tanto fulgor), que van de un punto á otro, llevando escondidos á nobles venecianos, obstinados desde 1849 en sustraerse á la vista el usurpador extranjero?

¡Imposible completamente!—Sin embargo, seguid conmigo; que yo cuento con vuestra imaginación, y algo lograréis adivinar, si por acaso acierto, ya que no á *pintar* las cosas, á *referiros* mis impresiones.

El Prusiano tenía la palabra.

—Queda dicho.... (exclamó, resumiendo la discusión que acabábamos de sostener acerca del progra-

ma del día); queda dicho que hoy veremos á *Venecia* á *grandes rasgos;* que estudiaremos su conjunto; que la contemplaremos primero desde una gran altura, y después desde lejos, ó sea viniendo á ella embarcados desde el *Lido*, á fin de imaginarnos cómo surgiría la Reina del Adriático á los ojos de los Cruzados, de los Infieles ó de Lord Byron en los dichosos tiempos en que no había camino de hierro ni de ninguna otra clase que la enlazara al Continente. En seguida la recorreremos á pie, sin penetrar en ningún Templo, Palacio, ni Museo, y yo, como el más antiguo en la Ciudad, mandaré en jefe la expedición.

—Queda dicho,—le contestamos el Inglés y yo.

—¡Magnífico! (continuó el Prusiano.) Ahora vamos á lo alto del *Campanile* (como se dice aquí) de la *Basílica de San Marcos*....—Desde aquella elevación veremos á nuestros pies á *Venecia* entera, como se ve un navío desde el tope del palo mayor.

—Aprobado.

—Pues en marcha....—Pero antes he de advertir una cosa: Para ir al *Campanile* tenemos que pasar por sitios muy importantes, bellos y sorprendentes.... ¡Suplico á Vds. que no los miren! ¡Clavemos la vista en el suelo, y penetremos en la *Torre* sin reparar en la *Plaza!*—Ya hemos convenido en que confundir impresiones es no saber viajar.... ¡Á las Ciudades, como á los cuadros, hay que buscarles la luz!....

—Comprendido.

—Entonces.... adelante.

—¿Por mar, ó por tierra?

—¡Por tierra!

El *Campanario de San Marcos* no es, como cualquiera podría imaginarse, una Torre adherida á la Basílica de este nombre. El *Campanile* es un edificio

aislado, contiguo á la Catedral, que se levanta solo, en un extremo de la gran Plaza, á la manera de recto obelisco. De su aspecto exterior, y de la *Loggia* que le sirve de pedestal, hablaremos más adelante: ahora sólo toca decir que el *Campanile* es una *torre* cuadrada, embutida en otra, y que entre los muros de las dos hay 32 rampas, como las de la Giralda de Sevilla, por las cuales se puede subir á caballo hasta una altura de 240 pies.... Allí arranca la aguja ó flecha, que tiene por su parte otros 60 pies de elevación.—Comprén-dese, pues, que este erguidísimo observatorio, levantado en medio de una Ciudad tan llana como Venecia (rodeada á su vez de la planicie del agua y de las bajas y pantanosas tierras en que termina el Véneto), domina soberanamente un vasto panorama, tendido á su alrededor como inmenso mapa geográfico.

El *Campanile* data nada menos que del siglo IX. Destinósele principalmente á *Torre de vigía*, desde donde se descubriera el Adriático y pudiera prevenirse á la Ciudad siempre que apareciesen velas en el horizonte.... ¡Era ya *Venecia* tan poderosa y tenía tantos enemigos! Se determinó, pues, que hubiera constantemente un vigilante en lo alto de la *Torre*, el cual diese una campanada cada cuarto de hora, á fin de indicar que estaba alerta. Al propio tiempo avisaría á los vecinos cuando ocurriese incendio en la población.

Hacia la mitad del *Campanile*, y por el exterior, se ve aún el lugar en que antiguamente se colgaba una jaula de madera, dentro de la cual eran encerrados con pan y agua los sacerdotes que habían cometido ciertos crímenes. — También fué aquí donde Galileo ensayó por primera vez su admiradísimo telescopio....—Pero semejantes consideraciones, lo diré con franqueza, desaparecieron de nuestra mente tan luego como hubimos llegado á lo alto de la Torre....

Era verdad: toda Venecia se abarcaba desde allí de una ojeada: ¡toda Venecia, clara, completa, circunscrita, esmaltada sobre el agua resplandeciente, partida en dos por la enorme *ese* del *Canal Grande*, matizada de jardines en algunos sitios; con sus innumerables *Iglesias* y *Palacios;* con sus 150 *Canales*, que dividen la Ciudad en 130 *Islas*, y con sus 450 *Puentes*, que las enlazan de mil modos!.... — ¡Grandiosa perspectiva, por cierto, cuya enumeración, no descripción, voy á atreverme á hacer.

Al pie mismo de la *Torre* se dilataba la vasta planicie de la *Plaza de San Marcos*, formada por nobles y regulares edificios y por la soberbia *Catedral.*—El suelo de la *Plaza*, magníficamente enlosado, relucía como la encerada cubierta de un buque.... La gente que cruzaba por aquella especie de salón regio, dirigiéndose de unos pórticos á otros, aparecía tan achicada por la distancia, que mucho más atraían nuestra atención las palomas que revolaban sobre los tejados.

Lindando con la *Plaza* veíamos las nueve cúpulas de la *Basílica;* la famosa *Piazzetta*, museo histórico de la Ciudad; los techos de plomo del *Palacio Ducal;* su patio, sus prisiones, y el canal angosto que pasa por debajo del *Puente de los Suspiros*. Más lejos, divisábamos el *Puerto*, antes tan concurrido, hoy pobre de mástiles; en otro lado, las *Dársenas*, los *Campos de Instrucción* y los *Cuarteles;* por una parte, canales, góndolas, embarcaderos de madera; por otra, puentecillos coronados de ociosos; en algunas Plazas, mucha gente que entraba y salía en las Iglesias, como domingo que ha sido hoy y día de San Carlos; en el *Jardín Público*, familias que iban de paseo; aquí el Teatro de la *Fenice;* allí el Teatro *Malibran*....

Además de esta gran masa central de la población, distinguíamos algunas de las graciosas y sueltas *Islas*

que rodean á Venecia como hijas cariñosas. — Cada una de ellas ostentaba su Iglesia, sus casas, sus jardines y sus huertos, al modo de *barrio* de la gran capital.... ¡Y estas *Islas* tenían también sus canales interiores, sus puentes, sus vistosos reflejos en el agua, mucho aire de familia, en fin, con la interesantísima Reina de las olas!

Después descubríamos en todas direcciones la solitaria *Laguna*, cortada hacia Poniente por el istmo artificial, ó gran viaducto, del Ferrocarril que recorrí anoche, y cuyos centenares de arcos, repitiéndose en las aguas, le daban fantástica apariencia.

Más lejos, y por la parte de Levante, reposaba la mirada en una estrecha y larguísima *Isla* que cerraba la Laguna, separándola del Adriático.... — Era el *Lido*...., especie de dique ó antemural fabricado por la naturaleza, acumulando granos de arena, para proteger á la Ciudad de San Marcos contra las tempestades....—También allí se veían algunas pobres *casas*, muchas *huertas* y dos ó tres *Fuertes* ó *Castillos*, guardadores de los Canales que ponen en comunicación á la Laguna con el Mar.

¡El Mar!.... Detrás del *Lido* descubríamos sus agitadas olas, que se perdían en el remoto horizonte y cuyo verdoso color contrastaba con el apacible azul de las aguas en que se copia *Venecia*....—Aquel era el *Adriático*; el mar italiano, dálmata, turco y griego; el escondido golfo donde se miran cara á cara y se prestan recíprocamente su poesía dos civilizaciones hermanas, que ya se conocen apenas, pero que se reconciliarán algún día: Roma y Bizancio; Oriente y Occidente; las dos Iglesias; los dos Imperios!

Por el opuesto lado, y también á gran distancia, se ofrecía á nuestra vista una costa baja, humilde y melancólica, en que yacían abandonados dos ó tres

pueblecillos....—Aquella tierra era el Continente; el límite oriental del suelo italiano, inundado casi siempre por desbordados ríos; la región insalubre que ve morir en el mar, tristes y desatendidas, después de una triunfal carrera al través de populosas Ciudades, aquellas lentas aguas del Po que vi yo nacer de las nieves de los Alpes, y cuyo curso he seguido durante más de cien leguas....

Finalmente: al término ya del horizonte, por el lado del Noroeste, asomaban algunos fantasmas azulados, que á veces se confundían con el cielo....—¡Eran todavía los Alpes!

Ahora bien: teñid de blanco, verde y azul este dilatado panorama; recamadlo de refulgente plata; imaginaos el cielo y el agua compitiendo en transparencia y hermosura; figuraos la luz del sol refractada de uno en otro espejo; ved la Ciudad dibujada en la Laguna; ved la Laguna aprisionada entre el Lido y la Tierra Firme; vedlo todo inundado de vívidos fulgores, y tendréis una vaga idea de este célebre rincón del mundo, que ayer albergaba tanto esplendor y poderío y que hoy encierra tanta orfandad y desamparo.

Bajamos del *Campanile*, y, fieles á nuestro programa de ver la Ciudad *desde lejos*, después de haberla visto *desde una altura*, apartamos los ojos de la *Piazzetta* (en donde nos proponíamos entrar *solemnemente* algo más tarde), y nos dirigimos de nuevo al Hotel, á cuya puerta nos aguardaban nuestras góndolas.

Digo *nuestras góndolas*, porque cada uno de nosotros tiene desde esta mañana la suya, alquilada en diez francos diarios....—Por cierto que yo me he procurado el gondolero más viejo de Venecia, á fin de que me sirva al mismo tiempo de *cicerone*....—*Beppo* (que

así se llama) tiene setenta años, y se acuerda de los tiempos de la República y de los *Dux*.... ¿Qué digo? ¡Él mismo parece un Dux, con su larga vestimenta, su gorro frigio y sus venerables barbas!—Su hijo *Gaetano*, que manejará el remo de proa, tiene diez y ocho años; lleva las piernas y los brazos desnudos; un gabán con capucha cuelga de sus hombros, y cubre su cabeza melodramático sombrero negro, cuyas luengas alas dan sombra á sus cabellos castaños, á sus ojos negros y á su aguileño rostro....

En virtud de todas estas excelencias, mi góndola fué preferida esta mañana á las otras dos para hacer la excursión al *Lido*.—Nos embarcamos, pues, en ella, y salimos á la Laguna.

La *góndola* (ha llegado el momento de describirla minuciosamente) es una embarcación estrecha y larga, con casco de hierro y madera, pintado de negro y cuidadosamente barnizado, y en medio de la cual hay una especie de camarín, forrado por fuera de paño, negro también, y por dentro de terciopelo del mismo color. Penétrase en el camarín por delante: sus tres ventanillas tienen cristales y persianas como los coches, y los asientos son de *marroquí* negro.—Verdaderamente, la *góndola* ha sido imaginada para que dos personas solas vayan sentadas en el fondo y extiendan los pies sobre unas banquetas laterales; pero, si se aprovechan estas banquetas, puede albergar cómodamente otras dos personas.—Por último: el que hemos llamado *camarín* va cubierto de un forro de gruesísimo paño, llamado *felze*, que se quita y se pone, según la estación y á medida que se teme más ó menos ser conocido....

Ya hemos indicado que todas las góndolas de Venecia, lo mismo las de los magnates que las de los pobres, así las públicas como las de dominio particu-

lar, son completamente iguales. Esta igualdad procede de una Ley dada hace tres siglos, á causa de las grandes sumas que los Nobles, empeñados en insensata competencia, gastaban en adornar sus góndolas; ley de que sólo se exceptuó á los Embajadores.—Según la estadística más reciente, pasa de 9,000 el número de góndolas que hay en *Venecia*, donde la población en estos últimos años ha fluctuado entre 120 y 130,000 almas.—Bajo la República pasaba de 200,000.

Hablando de estas cosas, nos acercábamos al *Lido*....

El *Lido* es, más que una verdadera isla, un banco de arena, que se extiende entre la Laguna de Venecia y el Adriático.—*Lido* significa en italiano lo que *ribera* en español.

En otro tiempo se llamó *bovense*, por el mucho ganado vacuno que pastaba en sus prados. Más tarde hubo en él casas, de las cuales aún se ven los cimientos. Después fué Cementerio de Judíos, como lo acreditan preciosas tumbas medio arruinadas.... Hoy está todo plantado de viñas y huertas.

No bien desembarcamos en el *Lido*, nuestra primera operación fué atravesarlo en línea recta, buscando la playa *marítima*....—Cruzamos, pues, fuera de camino, viñedos y sembrados, y al cabo de cinco minutos estábamos ya enfrente del Adriático, ó, por mejor decir, con los pies metidos en sus espumas....—¡Y á fe que me produjo no sé qué rara emoción de sorpresa y de mayor afecto el encontrar á mi paisano y antiguo amigo el Mediterráneo, en este escondido paraje extranjero, usando otro nombre y otra figura, como los emigrados ó los calaveras ausentes de la Patria, y no pareciendo guardar ni tan siquiera memoria de sus travesuras en Málaga, Motril y Almería!....

¡Oh.... sí! El Adriático es una escapada misteriosa

del Mediterráneo.... Después de su gran correría por los Dardanelos, el Bósforo y el Estrecho de Yenicalé para formar sucesivamente el Mar de Mármara, el Mar Negro y el Mar de Azoff (esforzándose por separar el Asia de la Europa), nada ha emprendido tan osado y romancesco como venir casi al pie de los Alpes, colándose atrevidamente por entre la descuidada Italia y el Peloponeso, la Dalmacia y la Iliria, á visitar á la encantadora *Venecia*....—Pero dejémonos de digresiones, y volvamos al caso.

En aquella playa del *Lido* que mira al mar, hay algunas chozas de pescadores, varios cobertizos pertenecientes á un *Establecimiento de Baños*, y dos ó tres *Fuertes* que defienden la entrada del *Puerto*.

El *Canal* más profundo y más frecuentado que pone en comunicación á la Laguna con el Adriático es el que pasa delante de *Malamocco*, antiquísimo pueblo que dió origen á *Venecia*, situado sobre una Isla que viene á ser la continuación del *Lido*....—Por aquel Canal (y ahora va de Historia) se verificaban las bodas de cada nuevo Dux con el Adriático.... Quiero decir que por allí salía, en el *Bucentauro* (ó sea en la dorada Góndola de la República), el anciano elegido Jefe de la Nación, á arrojar su anillo al fondo de las olas, como en prenda de amor y de alianza. Por allí salieron también las galeras venecianas á la conquista de todo el Adriático, del Archipiélago griego, de Constantinopla, de Candia, de Chipre y de tantos otros pueblos como rindieron vasallaje á la Tiro de la Edad Media.... Por aquel Canal salió el Dux, Enrique Dandolo, al frente de la Cuarta Cruzada, llevando en pos suyo cerca de *quinientas* naves.... Por allí salieron, en fin, los que, aliados con el Papa y con España, derrotaron á los formidables Turcos en la Batalla de Lepanto.

Hechas estas conmemoraciones, cruzamos otra vez

el *Lido* de parte á parte, y tornamos al lugar en que habíamos desembarcado y dejado la góndola.

Allí hay una pobre casa, habitada por dos ó tres familias de hortelanos y pescadores, que se habían encargado de prepararnos de almorzar.... Nos sentamos, pues, á la puerta de su cabaña, debajo de un emparrado, cuyos pámpanos amarillentos empezaban ya á alfombrar la misma tierra á que habían dado sombra durante el pasado estío, y comenzamos á hacer por la vida.

Desde allí se descubría también toda *Venecia*, de la que nos separaban dos millas de laguna.—Las cúpulas de *San Marcos* se destacaban sobre el cielo.... Estas cúpulas son de un estilo muy particular, medio árabe, medio chino, quizás algo moscovita, completamente extraño á cuanto yo había visto hasta hoy. Su amplia cimbra, hinchazón y remates pueriles, recuerdan los kioskos, las pagodas, las glorietas orientales, y sobre todo traen á la imaginación la Iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, que todos conocemos, gracias á la fotografía, y que, al decir de los críticos, sirvió de modelo á la Basílica veneciana.

Ni son estas cúpulas la única reminiscencia oriental que ofrece *Venecia*. La mayor parte de sus Palacios, construídos de manera que las grandes masas sólidas se levantan sobre huecos, esto es, sobre galerías de columnas; las torres de sus Iglesias, muy parecidas á los alminares moriscos; la línea horizontal de los techos; los dobles arcos de las ventanas, semejantes á ajimeces; lo angosto de las Calles; lo apiñado de las casas; el esplendor del cielo....; todo contribuye á dar á la última Ciudad latina un carácter levantisco y musulmán, semi-griego, semi-asiático, que ha hecho decir á no sé qué viajero: «*Venecia parece un pirata viejo retirado de los negocios....*»

Pero no volvamos á extraviarnos....; que esto del Arte es cuento de nunca acabar....—Nuestro almuerzo fué tan sencillo como *indígena*....: pesca de Mar y pesca de la Laguna; alcachofas y frutas de una huerta vecina, huevos del corral de la casa, y vino de aquella misma parra que todavía nos daba sombra.—Este vino, áspero, tinto, ligero y espirituoso, lleva el poético nombre de *vino del Lido*.... Los gondoleros le hicieron largamente los honores, en pago de habernos servido la mesa, y, con este motivo, mi viejo republicano, el contemporáneo de la *Señoría*, contó muchas y muy interesantes historias, de las cuales cúmpleme recordar aquí las relativas á lord Byron, no sin indicar antes algunas reflexiones de mi cosecha acerca del gran poeta inglés.

Lord Byron es á *Venecia* lo que nuestro Zorrilla á Granada: el gran panegirista de su hermosura; el cantor de sus héroes; el que inculcó en todas las imaginaciones la idealidad de sus hechizos; el que dijo al mundo, olvidado ya de una Ciudad que había cumplido su destino histórico:—«Venecia existe todavía: »sus encantos no han desaparecido con su poder: sus »Palacios no se han hundido con sus guerreros y na»vegantes: la poesía y la tradición levantan aquí su »voz entre las ruínas.—¡Venid á verla!»

El Canto IV de *La peregrinación de Childe-Harold*, que principia: «Estaba yo en Venecia, sobre el Puente de »los Suspiros, entre un Palacio y una prisión....», fué la primera señal de aquel entusiasmo de lord Byron por la Ciudad de los Dux, que le llevó á escribir después sus dos tragedias, *Marino Faliero* y *Los dos Fóscari*, y aquella sublime *Oda á Venecia*:—«¡Oh, Venecia, Ve-

»necia! Cuando tus Palacios de mármol estén ya al »nivel de tus olas, se oirá el grito de las naciones so- »bre tus ruínas, y un largo lamento resonará en las »orillas del agitado mar.—Si yo, peregrino del Norte, »lloro sobre tus escombros, ¿qué no te deberán tus »hijos?—¡Todo, menos estériles lágrimas!—Y, sin »embargo, ellos se contentan con murmurar en medio »de su sueño!—¡Qué contraste con sus mayores! »¡Ah! Ellos son á sus padres lo que el verdoso fango, »desechado por la mar, es á la potente ola que separa »al marinero de su nave!»

Estos enérgicos acentos pusieron de moda á *Venecia* en ambos mundos. Desde entonces, la poesía, la música y la novela hicieron de la esclava del Austria la isla de Delos del romanticismo, y los poetas y los artistas fueron en peregrinación á saludarla.—Digo más: la evocadora musa de Byron, heredera de la de Shakespeare, levantó la proscripción que el neo-paganismo del siglo XVIII había hecho pesar sobre las obras del gran Guillermo, y *Otelo*, *Syllock* y *Pedro Jaffier* volvieron á repetir en el teatro el nombre de *Venecia*, que no habían bastado á volver á popularizar las *sensiblerías* de Mad. Staël en *Corina*.—Escribe, pues, Fenimoore Cooper EL BRAVO; Víctor Hugo lanza á la escena á *Angelo* y á *Lucrezzia Borgia*; Jorge Sand crea á *Consuelo*; Martínez de la Rosa presenta en París su drama *La Conjuración de Venecia*; Alfredo de Musset, Jules Sandeau, Chateaubriand y Lamartine visitan la Ciudad acuática, y hablan de ella como no habían acertado á hablar Rousseau ni Montesquieu, ni nuestro inmortal QUEVEDO, que también fué su huésped....—Resultado: que toda Inglaterra, media Francia y media Alemania pasan los Alpes para venir á ver la patria de *Margarita Cogni*, la *Fornarina* de *Childe-Harold*....

Tal es lord Byron para el viajero que llega á esta

insigne Ciudad, ó para el vate que la acaricia en sus ensueños....—¡Para los venecianos es más interesante aún!.... Lord Byron vivió muchos años en *Venecia*, habitando, ora en el palacio *Mocenigo*, situado en el Gran Canal, ora en una *villa* ó quinta, á dos leguas de Padua y á otras dos de Fusina, desde donde venía á *Venecia* en góndola.... En una y otra parte, en la Ciudad como en el campo, fueron tantas sus aventuras amorosas, tal el efecto que causó su extravagante género de vida, tanto el dinero que derrochó á manos llenas, tantos, en fin, los viajeros que acudieron á visitarlo, ó á verlo desde lejos, que Venecia toda se llenó de su nombre, y no hubo en Italia quien ignorara que residía en ella un hombre extraordinario, un inglés medio poeta, medio demonio, terror de los maridos, encanto de las damas, providencia de los pobres y anfitrión de los calaveras, al cual se consideraba de naturaleza tan superior á la de los demás hombres, como la del terrible Bonaparte, prisionero ya en Santa Elena.

—¡Baste decir (expuso á este propósito mi gondolero) que yo mismo tuve que averiguar su vida y costumbres, á fin de contestar á las innumerables preguntas que me hacían cuantos extranjeros conducía en mi góndola!—«*¿Conoce V. á lord Byron?*»—me decían todos, antes de entrar en ajuste.... Y, como yo respondiese afirmativamente, seguía el interrogatorio de esta manera:—«¿Dónde vive? ¿Qué hace? ¿Á »qué hora se le ve? ¿Por dónde pasa? ¿Qué come? »¿Qué dice? ¿Cojea mucho? ¿Es verdad que bebe san»gre? ¿Tiene muchas queridas? ¿Es cierto que no duer»me nunca?....»—¡y no sé cuántas cosas más!

—¿Y qué les contestaba V.?—preguntamos nosotros al gondolero.

—¡Ah! ¡yo conocía á lord Byron tanto como á mi góndola!.... ¡Hasta me atrevo á decir que era su ami-

go!—El tenía dos góndolas propias; pero, sin embargo, recurría muchas veces á las nuestras; y, en este caso, si yo me encontraba donde él pudiera verme, prefería siempre la mía á las de todos mis compañeros.—¡Oh! ¡cuántas veces lo llevé del Palacio Mocénigo al puerto de Fusina! ¡Cuántas lo traje al *Lido!* ¡Cuántas lo paseé de noche por los canales!—Esto era en 1819.... El noble Lord vivía ordinariamente en *La Mira* (la *villa* que hemos dicho) con su adorada Condesa Guiccioli, una de las mujeres más hermosas que entonces había en Italia; pero, cuando venía á habitar el Palacio Mocénigo, hacía trasladar dos de sus caballos *á esta misma cabaña*.... Por las tardes salía de su casa en góndola, cruzaba la Laguna y desembarcaba aquí, donde lo aguardaba un criado con los caballos dispuestos. El gran poeta montaba en uno y salía á escape por esas playas, recorriendo el Lido en todas direcciones, sin dar respiro alguno al animal. Cuando el primer caballo no podía ya correr, tomaba el segundo y lo fatigaba del mismo modo en un violento é incesante galope. En seguida se embozaba en su capa, entraba en su góndola y volvía á Venecia.—Allí frecuentaba dos tertulias: la de Mad. Albrici y la de la Condesa Benzoni, y en ambas era mirado como una divinidad.... ¡Bien que yo no he conocido hombre más hermoso que lord Byrón!—Después de la tertulia, recorría en góndola los más intrincados canales, hasta las altas horas de la noche; y, cuando ya dormía toda Venecia, hacíase conducir al muelle de la *Piazzetta*, si era noche de luna, y allí desembarcaba, penetrando solo en la Plaza de San Marcos, donde permanecía largo tiempo paseándose....—¡Á ninguna otra hora del día marchaba á pie!.... ¡Vds. sabrán que era cojo, y que nada le humillaba tanto como que echasen de ver que tenía esta imperfección!....—En la época á que me

refiero había conseguido, á fuerza de estudio y de voluntad, disimular de tal modo su cojera, que, cuando marchaba á pie, sólo se advertía que andaba muy despacio y que balanceaba el cuerpo con cierta flojedad muy semejante á coquetería....—Otra de las excursiones favoritas de lord Byron era á la *Isla de San Lázaro de los Armenios* (en la que tocaremos, si Vds. quieren, al volver á Venecia). Allí hay un Convento de Frailes Armenios, sumamente sabios, entre los cuales halló muy buenos amigos y maestros. Esta expedición solía hacerla completamente solo, manejando él mismo el remo de la góndola, y eligiendo para ello las ocasiones en que había tempestad en la Laguna.—¡Si vierais cuántas veces se le dió por muerto en Venecia!.... Pero Byron era tan consumado nadador como infatigable jinete, y, aunque las olas devorasen su nave, como sucedió más de una vez, no por eso dejó él de llegar á tierra sano y salvo.—¡Oh! ¡indudablemente, había en aquel hombre algo de sobrenatural!....

El joven sir Arturo escuchaba embelesado al gondolero.... Hugo de V. no entendía palabra, y fumaba tranquilamente.... Yo recordaba la visita de Tomás Moore á lord Byron; el retrato del amante de Margarita Cogni, escrito por Mad. Albrizzi; los cuadros venecianos de sus tragedias *Marino Faliero* y *Los dos Foscari;* la historia entera del bardo peregrino, su juventud disipada, su tormentosa vida y su heroica muerte....; y sentía ganas de llorar, como si se tratase de algún antiguo amigo mío....

Siguiendo la indicación del gondolero, al volver á *Venecia* tocamos en la *Isla de San Lázaro de los Armenios*, y visitamos el Convento de *Mekhitaristas* que le da nombre.

Allí supimos que el sabio religioso de quien lord Byron aprendió el armenio, murió en 1853.

Un joven profeso, tan ilustrado como amable, y cuyo nombre siento no recordar, nos enseñó el *Monasterio*, la *Biblioteca* y la famosa *Imprenta* de donde salen á luz continuamente curiosísimas obras orientales, traducidas al armenio por la Comunidad.

Las obras de lord Byron, con ser tan profanas, han merecido también la honra de esta traducción y de ser impresas con extraordinario lujo....—¡Así han obsequiado los Religiosos la memoria del malogrado genio que tantas pruebas les dió de estimación y cariño!

Cuando íbamos ya á marcharnos, el joven mekhitarista nos presentó un álbum, rogándonos que escribiésemos en él nuestros nombres, como lo han hecho todas las personas que de muchos años á esta parte han visitado el Convento....—Yo hojeé el álbum, y encontré algunos nombres españoles, entre ellos los de mis queridos amigos los Marqueses de Molins.

Á todo esto era la una de la tarde, y nosotros queríamos hallarnos en la *Plaza de San Marcos* á las dos en punto, á fin de oir la música austriaca, que toca en ella todos los domingos, y asistir á la comida de las célebres *palomas*....—Dejamos, pues, la *Isla de San Lázaro* y enderezamos el rumbo á la *Piazzetta*.

La *Piazzetta* es, como si dijéramos, una Antecámara ó Recibimiento que precede á la *Plaza de San Marcos* y que la aventaja en hermosura....—Al descubrirla desde la góndola y ver que nos acercábamos á ella, nos pusimos de pie indeliberadamente....—Parecía que bogábamos hacia el escenario de un teatro.

Enfrente de nosotros veíamos á la izquierda la soberbia fachada del *Palacio de los Dux*, cuya masa enor-

me, afiligranada como las construcciones árabes, se levantaba sobre dos aéreas galerías de elegantes arcos, que parecían arrancar del agua ó más bien de otras dos galerías submarinas, que no eran sino el reflejo de las primeras.—Á la derecha se alzaba otro Palacio no menos bello (la *Librería Vieja*), revestido de dos órdenes de arcadas jónicas y dóricas, que se copiaban también en la laguna.—Y entre ambos edificios se extendía la *Piazzetta*, en medio de la cual surgían dos altísimas *Columnas* de granito, como dos centinelas apostados allí para defender la entrada del *forum* veneciano.

Una de aquellas columnas sostiene la *Estatua de San Teodoro*, primitivo patrono de *Venecia*.... Sobre la otra campea el *León alado de San Marcos*, defensor de la Ciudad.—En cuanto á las *Columnas*, sabido es que fueron transportadas del Archipiélago griego, hace más de siete siglos, por el Dux *Michieli*, y erigidas en 1170 en el lugar donde hoy se hallan....—Pues añádase que, detrás de ellas, veíamos dos grandes *Pilastras*, procedentes de Siria; que, no lejos, había un *Grupo de pórfido*, llamado la *Pietra del bando*, en que de tiempo inmemorial se fijan los edictos del Gobierno...., y que, allá en el fondo, descubríamos el principio de la *Plaza de San Marcos*, la *Torre del Reloj*, los *Tres mástiles*, enhiestos sobre sus pedestales de bronce, y la aguja audaz del *Campanile*....

Todas estas cosas, que surgen al parecer de las aguas y se destacan en el cielo, dan á aquel lugar una fisonomía inexplicable, en que no acierta uno á distinguir si lo que ve es un navío, un templo, un palacio, una decoración de teatro, ó un museo arquitectónico....—Y, ¡ay!, hablando en verdad, aquello no es hoy más que un monumento fúnebre del pasado esplendor de *Venecia!*.... ¡Ya no ondean en los tres ele-

vados Mástiles las banderas de Chipre, de Morea y de Candía: ya no es esta la Venecia que dominaba todo el Oriente del Mediterráneo, desde Italia á Tierra-Santa; la que reinaba en Constantinopla, y humillaba á Roma, y amedrentaba á Viena; la que gobernaba los mares, como Tiro, Sydón y Cartago en la antigüedad, ó como Inglaterra en nuestros días!....—El descubrimiento de América le arrebató poder é importancia: la Revolución Francesa acabó con su aristocrática República; el Tratado de Campo Formio la entregó maniatada al más aborrecido extranjero.

¡Oh! ¡cuántas veces arribó el *Bucentauro* á ese muelle de la *Piazzetta* en que nosotros vamos á desembarcar!—El nuevo Dux, que acababa de desposarse con el Adriático en el puerto de Malamocco, pasaba de la dorada góndola á unas lujosas andas, y era paseado por delante de este mismo *Palacio Ducal*, esparciendo puñados de plata y oro entre la apiñada muchedumbre, mientras que la Campana de San Marcos anunciaba solemnemente la proclamación! — ¡Cuántas otras viéronse cubiertas estas aguas de iluminadas góndolas, en las alegres noches del Carnaval, y millares de máscaras, agitadas por el amor, por la intriga, ó por la sed de sangre, inundadan la *Piazzetta*, á la luz de los vasos de colores que festoneaban los Palacios, mientras que el *Consejo de los Diez* aprovechaba los misterios del disfraz para ejercer su terrible espionaje, para prender ó asesinar á los nobles, ó para fingir motines que justificasen otros bárbaros atentados! ¡Y cuántos reos de delitos políticos, que diríamos hoy, han amanecido colgados de esas altas columnas que sostienen á los Patronos de la Ciudad!....—¡Todo, todo ha concluído para *Venecia*; así los bienes como los males; así la gloria como la crueldad de su poder, y ya no es dueña ni tan siquiera de llorar su desdicha!....

El golpe de la ferrada proa, chocando contra la escalinata del muelle de la *Piazzetta*, me sacó de estas cavilaciones.—Saltamos, pues, á tierra, como quien penetra en un salón de baile.

Eran las dos menos minutos.

La *Piazzetta* estaba solitaria...., salvo los centinelas; y, al pasar por delante del pórtico ó soportal del *Palacio de los Dux*, cerrado con una verja de hierro, conté además hasta seis cañones, que apuntaban á la *Plaza de San Marcos*, como amenazando con destruir su hermosura, de que tan orgullosos están los venecianos.... — ¡Ningún medio mejor para tenerlos bien sujetos!

Hecha esta última observación, pasamos *oficialmente* á la gran *Plaza de San Marcos*.

La *Plaza de San Marcos* es un vasto y no perfecto cuadrilongo, formado por grandiosísimos edificios, alzados sobre pórticos muy elegantes; pero, en verdad, aquel sitio, más que una Plaza pública, semeja el patio de un Palacio.—En el lado oriental elévase aislada la *Basílica de San Marcos*, ocupando todo aquel frente.... Los lados de Ocaso y Mediodía pertenecen al *Palacio Real*, residencia del Gobierno Austriaco.... Al Norte están *le Procuratie Vecchie*, en que antes moraban los Procuradores de San Marcos, y hoy propiedad de varios particulares.... En un ángulo de la Plaza se levanta la *Torre del Reloj*.... Y, en fin, hacia la parte por donde nosotros entramos, hállase el *Campanile*, que ya hemos descrito, al que sirve de pedestal un edificio precioso, llamado la *Loggia*.

Esta *Loggia*, revestida de ricos mármoles, adornada con estatuas y bajo-relieves, ceñida por una hermosa balaustrada, y decorada además con magníficas

puertas de bronce, es una de las primeras preciosidades artísticas de *Venecia*.—Allí se reunían antiguamente los nobles á murmurar ó conspirar....—Luego fué cuerpo de guardia....—Hoy.... ¡yo no sé lo que es!

Delante de la *Basílica* álzanse aquellos tres colosales *Mástiles* que habíamos divisado desde la Laguna, símbolos arrogantes del gran poder marítimo de la República....—¡Nada tan triste hoy, ni tan expresivo y glorioso ayer, como aquellos altísimos palos, plantados á la puerta de un templo, y que antes lo estuvieron en poderosas naves! Yo no recuerdo haber experimentado ante monumento alguno impresión parecida á la que me causaron semejantes trofeos....—Y es que toda reliquia auténtica tiene algo de cadáver....—Los *Mástiles* de la Plaza de San Marcos parecen huesos del esqueleto de la difunta Señoría.

La fachada de la *Basílica* está considerada por todo el mundo como la obra más acabada y bella de la arquitectura bizantina.—Mañana, cuando estudiemos el arte veneciano, haremos también su descripción.... Hoy nos contentaremos con dirigir una mirada á sus elegantes arcos, á sus grupos de delgadas columnas, á sus preciosos mosaicos sobre fondo de oro, á su elegante balaustrada, á sus diez y seis torrecillas y cinco cúpulas, á sus ocho puertas de bronce, y á los cuatro célebres caballos del mismo metal, levantados sobre la puerta de en medio, como heraldos que pregonan que aquel suntuoso templo fué erigido á costa del heroismo veneciano, con los tesoros ganados en remotas guerras y en acción de gracias al cielo por el poder de que había dotado á la República.

La historia íntegra de estos caballos sería muy larga de contar; pero la condensaré en dos palabras. —En la antigua Roma adornaron los Arcos de triunfo de Nerón y de Trajano: después fueron, en pos de

Constantino, á la hermosa Ciudad que tomó el nombre de este Emperador: en 1204, el Dux Enrique Dandolo, conquistador de Constantinopla, se los trajo á Venecia, y los hizo colocar donde hoy se hallan: en 1797, los Franceses se los llevaron á París, y los pusieron sobre el arco del Carrousel: finalmente, cuando en 1815 los Aliados entraron en París, se apoderaron á su vez de los caballos, y los devolvieron á Venecia.—¡Quiera Dios que éste haya sido su último viaje!

Pero olvidemos ahora las artes muertas; olvidemos la historia veneciana, muerta también, aunque insepulta, y fijemos nuestra atención en los actuales moradores de Venecia, que toman el sol paseándose á todo lo largo de la Plaza....

Los que hayan estado en Cádiz en invierno, y concurrido á la *Plaza de San Antonio* los domingos y fiestas de guardar, de dos á tres de la tarde,—hora en que las bellas gaditanas (que se han vestido lujosamente para ir á misa de doce ó de una y hacer algunas visitas) lucen sus galas y encantos en aquel sitio verdaderamente delicioso,—podrán formarse idea del aspecto que presentaba hoy á las dos de la tarde la Plaza monumental de San Marcos.... Las más lindas mujeres de Venecia,—vestidas (¡triste es repetirlo otra vez!) al uso de París, y escoltadas de enamorados jóvenes, cuyo traje era también el uniforme *de dia* del paisanaje europeo (pantalón de color, levita negra y sombrero de copa),—iban y venían de la *Loggia* al *Ala nueva del Palacio Real*, electrizando el aire con sus graciosos movimientos, con el crujido de sus faldas de seda y de sus abanicos de nácar y con sus argentinas voces y mal sofocadas risas....

Á propósito: las venecianas son muy hermosas. ¡Reunid en un solo tipo el fuego y donaire de la andaluza y la interesante belleza de la valenciana, y ten-

dréis á una hija de Venecia! — Por lo general, ésta es alta, esbelta, morena muy esclarecida, pálida, de noble perfil, con grandes ojos (negros como el cabello), y pie, manos y cintura extremadamente reducidos.... Hasta aquí, el modelo resulta valenciano puro; pero son andaluces los relámpagos de la mirada, el andar voluptuoso, su gracia tentadora en la alegría ó en la pena, y cierta vehemente inquietud, que en las hijas del Turia no pasa de lánguida terneza.—En cuanto á los venecianos, diré que sus luengos cabellos negros, su rostro pálido y sombrío, sus ojos de luto, su taciturnidad y reposo (que no son la paz, sino la espectativa de la lucha) y, en fin, su manera de mirarse y de mirar á los extranjeros, revelan todo el horrible drama que palpita en lo recóndito de su corazón.—Parecen vivientes estatuas del odio.

Cruzándose con ellos, discurrían por la Plaza innumerables Oficiales austriacos, de cortés y severo porte; respetuosos hacia el pueblo que avasallan; apenados sin duda con sus recientes derrotas en la Lombardía, pero no descorazonados por ellas; sin rebajarse al miedo ni tampoco á la baladronada; como quien *ni la busca ni la excusa*; dignos y afables; con la grave actitud, en fin, que adoptan los caballeros al presentarse en un lance de honor, cuando ya no consideran á su antagonista como á execrado enemigo, sino como á respetable adversario. — Por lo demás, estos Oficiales, elegantemente equipados con su levita blanca ó su capote gris, son, por lo común, muy buenos mozos; casi todos blancos, rubios, altos y delgados, y marciales y distinguidos al propio tiempo, como personas de esmeradísima educación militar, social y hasta literaria.

Los venecianos y los austriacos no se miran nunca cara á cara.—Hasta se podría decir que *no se ven*.—

Cierto que pasean juntos en un mismo sitio; pero lo hacen como los locos en el patio de un hospital, evitándose mutuamente, cual si los unos fuesen para los otros meros obstáculos materiales,—árboles ó columnas.—¡Ya se miraron una vez hace dos años!.... ¡Ya volverán á mirarse algún día!

Y, sin embargo (véase lo que son las mujeres),—las venecianas, aunque no *miran* á sus opresores, se *dejan mirar* por ellos....—(Supongo que sabéis lo que significa *dejarse mirar*: — *Dejarse mirar* equivale á *hacerse admirar.*)—Ahora bien: yo me figuro á un Oficial Austriaco, enamorado en silencio, sin esperanza y á pesar suyo, de una de estas hijas de las olas, cuyo moreno mate recuerda el color de las Venus de Ticiano,—ó bien me imagino á una veneciana muriendo de amores (sin atreverse á confesárselo á sí misma) por uno de esos maldecidos extranjeros, cuyas tristes y respetuosas miradas le dirán á todas horas: «*La fatalidad nos impide amarnos....*» — ¡Qué magníficos dramas! ¿no es verdad? — ¡De esto á *Romeo y Julieta* no hay más que un paso!

Porque también puede suceder que los azules melancólicos ojos del guerrero germánico y los negros apasionados de la náyade del Brenta (el *Brenta* es un río que desemboca en la Laguna veneciana) se sobrepongan á los odios de raza y concluyan un tratado de paz y amistad....—¡Ya, en este caso, figuraos las citas misteriosas; los peligros arrostrados; los momentos de terror que amenizarán las entrevistas; la lírica combinación del amor y el miedo; las lágrimas y los remordimientos de la amada; la infinita gratitud y temerarios proyectos del amante; las sospechas del hermano; la delación del gondolero; el encuentro de los dos enemigos en seguro lugar; el desafío ó el asesinato; la maldición del indignado padre; la cautividad de

la liviana hija; el rapto y la fuga; el Convento, el suicidio, la tisis.... ó el casamiento de *conveniencia*;— ó bien el solicitado cambio de guarnición, la ausencia, la infidelidad y el olvido del austriaco; la imposibilidad de quejarse en que se ve la italiana; las cartas sin respuesta; los plazos que nunca se cumplen; y la enfermedad sin nombre de la soltera-viuda; y el retrato de un mancebo rubio, besado disimuladamente en noches de agonía; y la muerte de la imprudente *desposada*; y su blanco sepulcro, sobre cuya lápida fría revela un *confidente* la secreta historia, de la cual se apodera un vate, y luego un libretista, y después un músico, y finalmente la posteridad filarmónica llorando en la Ópera á moco tendido!

Tales eran hoy mis pensamientos en la renombrada *Plaza de San Marcos*.

Entre tanto, algunos soldados iban colocando en medio de ella grandes atriles con papeles de música, en cuya cubierta se leía: «SONNAMBULA, *per Vincenzo Bellini*», mientras que los profesores de numerosa banda militar templaban sus variados instrumentos.

En esto dieron las dos en *l'orologio di San Marco*....

¡Lo que pasó entonces, en menos de diez segundos, parece increíble! — Oyóse un redoble de tambor, que terminó en el correspondiente golpe de música; y, no bien sonó este golpe, todos los venecianos que se paseaban por la Plaza, hombres, mujeres y niños, echaron á correr y se desbandaron en varias direcciones, apresurándose y atropellándose por desaparecer en seguida y no oir á los músicos austriacos, aunque estos trataban de tocar una partitura italiana.

Momentos después la Plaza estaba desierta. — Las venecianas se habían dirigido por tierra á sus Pala-

cios.... Los venecianos estaban refugiados en el *Café Florian*, ó seguían en la *Piazzetta* el paseo principiado en la *Plaza*.—En cuanto á los Oficiales austriacos, he olvidado decir que todos se habían ido minutos antes al *Café Quadri*, por no presenciar aquella *manifestación*, que se repite todos los domingos.—¡Para calma, los alemanes! ¿no es cierto?—¡Porque el lance sube de punto, teniendo en cuenta que el mencionado *Café Quadri* se halla situado bajo los pórticos de *le Procuratie Vecchie* en el lado septentrional de la Plaza, enfrente del *Café Florian!*.... Y esta la ocasión de deciros que los austriacos no van nunca al *Café Florian*; como no hay un solo veneciano que haya puesto los pies en el *Café Quadri*....—¡Ya iremos nosotros á los dos Cafés y veremos muy buenas cosas!....—Continuemos ahora nuestro relato.

Aquella misma *primera campanada de las dos* que había dispersado á los venecianos, dejándonos solos á quince ó veinte extranjeros y á los desairados músicos, fué como un conjuro que atrajo sobre nuestra cabeza más de mil palomas, las cuales, después de asordar el aire, durante un momento, con el crujido de sus alas, bajaron á tierra y se reunieron en el ángulo Noroeste de la Plaza, cubriendo materialmente un inmenso espacio de terreno....—Estas palomas, azules en su gran mayoría, habían acudido simultáneamente de las torres y cúpulas de *San Marcos*, del *Campanile*, del *Palacio Ducal* y de todos los tejados circunvecinos, y, una vez reunidas en apiñado grupo, abrióse sobre ellas un balcón (el balcón 14.º) del segundo piso de una de las casas en que está hoy dividido el extenso Palacio de *le Procuratie Vecchie*, y apareció en él un criado con una bandeja en la mano....—Las palomas se estremecieron de júbilo.... ¡La bandeja estaba llena de trigo!—Esparciólo el doméstico á grandes puñados

sobre las impacientes aves; sacudió la bandeja, y desapareció, cerrando la ventana, con la mayor indiferencia del mundo.

Muchos siglos hace que esta singular escena se repite todos los días á la misma hora y en el mismo lugar, y he aquí su explicación:

En los primeros tiempos de la República de Venecia, acostumbrábase el Domingo de Ramos á *soltar*, después de la *Procesión de las Palmas*, cierto número de palomas, bien que cargándolas de cierto peso, á fin de que no levantasen un vuelo muy largo y pudiese el pueblo apoderarse de ellas....—No obstante esta precaución, cada año escapaban á la codicia popular algunas docenas de aquellas aves presidiarias, las cuales, no pudiendo atravesar la laguna con la especie de grillete que les habían atado al pie, se refugiaban en los techos de la *Basílica* y del *Palacio Ducal*, donde encontraban fáciles y seguros nidos.—Allí se propagaron extraordinariamente, y, como la plebe sólo vive de novelerías, al cabo de cierto tiempo llegaron á ser objeto de amor y veneración para los mismos que las habían perseguido.—Ellas, en cambio, habían tomado carta de naturaleza en la Ciudad, y, aunque libres ya de *la cadena* que antes les impidiera irse á sus lares patrios, quedáronse de buen grado en aquellas extranjeras.... cúpulas que habían visto nacer á sus tiernos pichones.

Así las cosas, y atendidos los pocos recursos que ofrecían las Islas á la creciente colonia volátil, dispuso el Dux Mocenigo que en adelante se alimentase á aquellas inocentes criaturas por un Delegado de los Graneros Públicos, á costa de la Ciudad que las había retenido tiránicamente, y ordenó que se les guardasen los mismos respetos y consideraciones que á los demás habitantes de *Venecia*.—Bajaron, pues, desde

entonces las palomas de sus alturas y se hicieron amigas de los venecianos, con los cuales paseaban tranquilamente, como hoy, por la *Plaza de San Marcos*, y cuyas casas visitaban sin ningún recelo....—No habían terminado, sin embargo, los sufrimientos de esta desventurada colonia.... ¡En 1797, al hundirse la República, el Gobierno francés les retiró la pensión que disfrutaban hacía siglos, y las pobres palomas atravesaron algunos años de verdaderos apuros!....—Pero, felizmente, quiso Dios tocar al corazón de una noble señora de la familia de *Pocastro*, moradora de la casa á cuyo balcón habían acudido desde los tiempos de Mocenigo las hijas adoptivas de la Ciudad á recibir el pan de socorro, y dicha señora se constituyó y constituyó á sus herederos en la sagrada obligación de alimentar á sus expensas, gratuíta y generosamente, á estas huérfanas de la República, hasta tanto que la ilustre Señoría sacudiese la servidumbre y pudiese restablecer las antiguas prácticas....

Tal es hoy el estado del asunto.

Mientras que el Prusiano me lo explicaba, la música tedesca seguía tocando el primer Acto de la *Sonámbula*, y ciertamente con perfección, á juicio de los mismísimos venecianos....—Dígolo, porque si razones de patriotismo les impedían disfrutar *públicamente* de la pericia artística de la banda austriaca, llegué á verlos parados *detrás* de las esquinas que dan á la *Plaza de San Marcos*, con el oído atento á las italianas melodías, y hasta oí exclamar á un viejo de amarillenta barba:—*¡Corpo di Dio! ¡Questi barbari eseguiscono come angeli!* (¡Cuerpo de Dios! ¡Estos bárbaros tocan como ángeles!)

Muchas otras exclamaciones, por el mismo estilo,

oímos poco después en el *Café Florian*, en donde tuvimos que buscar sombra y descanso....— Tocaban á la sazón los austriacos la magnífica introducción del primer acto de *Lucrezzia Borgia*, en que, por arte misterioso de la sensibilidad humana, Donizetti *ha pintado con notas*, y todos hemos entrevisto al oirlas, una mascarada de Venecia....—Pues bien: los más ardientes patriotas de la ciudad (que es como quien dice las personas principales de ella), parroquianos constantes del *Café Florian*, no prestaban atención alguna á los periódicos de París y Londres que tenían en la mano, sino que llevaban con la cabeza al compás de la música, exclamando maquinalmente: — *¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Delicioso!*....

El son de sus propias palabras les recordaba entonces que estaban aplaudiendo á sus mortales enemigos; y, haciendo algún brusco movimiento como para sacudir una fascinación, añadían: — *¡Perros! ¡Canallas! ¡Malditos!*....; y tornaban á la lectura del *Journal des Débats* y del *Times*, en cuyas largas columnas encontrarían indudablemente palabras de esperanza....

Alrededor de cada lector había un grupo de ocho ó diez amigos suyos, que alargaban la cabeza para oir tal ó cual noticia ó comentario, dicho en voz muy baja y precedido de una mirada recelosa hacia algún que otro personaje rubio que refrescaba tranquilamente, sentado solo en apartada mesa... .—Por lo visto, aquellos individuos rubios eran agentes de policía, disfrazados de caballeros....

Como había tanta gente en el Café, nosotros nos vimos obligados á sentarnos muy cerca de un grupo de lectores, los cuales nos miraron y se miraron con marcado recelo, y bajaron más y más la voz al dirigirse la palabra.— Sin embargo, pudimos comprender que hablaban de la reciente batalla del *Garegliano*.... Los

jóvenes patricios reían y bromeaban al leerse determinadas nuevas ; lo cual me confirmó en mi sospecha de anoche de que el derrotado en aquella batalla ha sido Francisco II, y no Víctor Manuel, como decía el periódico oficial veneciano....—Y, en efecto; pocos minutos después leía Sir Arturo, en el *Times*, algunos partes telegráficos concebidos en estos términos :—«*Las tropas italianas han ganado la batalla del Garegliano....*»—«*Capua y Mola di Gaeta están en poder del Rey de Italia....*»—«*El Ejército borbónico ha sido aniquilado, y sus restos se han visto en la precisión de encerrarse dentro de Gaeta con Francisco II....*» — «*El asunto de Nápoles puede darse por definitivamente concluído.*»

¡Qué imbecilidad la de todos los opresores ! ¡Qué candidez la del Gobierno Austriaco !.... ¡Ayer pone en sus periódicos que Francisco II ha derrotado á los Piamonteses, y hoy deja circular por Venecia los periódicos de París y Londres en que se afirma lo contrario ! —¡Bien es verdad que poco hubiera adelantado con recogerlos!.... En Venecia entran todos los días varios trenes de viajeros, procedentes de Milán y Turín, y por estos se hubiera descubierto la mentira....—Pero, entonces, ¿á qué llenar de grotescas falsedades los periódicos destinados á promulgar las Leyes?—¡Qué feo y deslucido es el papel de tirano !

.....

El *Café Florian* tiene renombre europeo, por lo lindo, artístico y lujoso. Más que un Café, parece el tocador de una reina, adornado en estilo medio Médicis, medio Luís XIV. Sus muchas y pequeñísimas estancias se hallan decoradas con tanto lujo como primor. Las paredes están pintadas al fresco, con cristales encima. Estatuitas doradas á fuego sostienen las luces de gas en lámparas pompeyanas. Las mesas son de mármol de Carrara y descansan en preciosas columnitas

bizantinas....—En suma: el célebre *Café Florian* (que nunca se ha cerrado de noche desde los tiempos de la Señoría, de las mascaradas, etc.) es digno de la *Plaza de San Marcos*, como la *Plaza de San Marcos* merece su destino de sala principal de *Venecia*.

En cuanto al *Café Quadri*, donde entrábamos á los pocos momentos, diré que no nos llamó la atención por su riqueza ni por su hermosura; pero sí por su concurrencia especialísima.... Todo él estaba lleno de Austriacos, entre los cuales eran paisanos muchos, indudablemente empleados del Gobierno de S. M. Imperial.—Allí no se leía más que periódicos de Viena; no se bebía más que cerveza fuerte, y todo el mundo afectaba creer que Francisco II de Nápoles había ganado la batalla del *Garegliano*....

¡Mucho me temo que el *Café Quadri* esté destinado á ser hecho ceniza por el pueblo!

El resto de la tarde y la primera hora de la noche hemos vagado á la ventura por las calles *sólidas* de Venecia, ó sea por sus callejuelas alumbradas de gas, llenas de un brillantísimo comercio (apenas sombra de lo que fué), y por sus pequeñas Plazas y angostas y complicadas Travesías, todo ello admirablemente embaldosado.—Por lo demás, la extraña y al principio ininteligible complexión de *Venecia*, es bastante sencilla:—Cada una de las 150 Islas, medio naturales, medio artificiales, que constituyen la Ciudad, comprende dos manzanas de casas, entre las cuales corre una Calle. Estas casas arrancan del fondo del agua por la parte exterior de la isla, y tienen allí una puerta sobre el Canal correspondiente, mientras que, por el lado opuesto, miran á la Calle interior ó sólida, á la cual dan dos ó tres puertas (generalmente

ocupadas por tiendas de comercio); y así se explica el que todas las casas tengan acceso por tierra y por agua.—Centenares de puentes enlazan islas á islas y calles á calles, formando el intrincado dédalo de la Ciudad; de donde resulta que en cualquier momento puede uno interrumpir su marcha, si va fatigado, y continuarla en góndola...., puesto que á cada cien pasos, y aun más frecuentemente, os halláis entre dos escaleras; una que sube y otra que baja. La que sube va á un puente, por el que podéis pasar á otra isla: la que baja lleva á un Canal, donde nunca falta alguna góndola de vacío.

Durante la excursión de esta tarde, hemos visto por fuera algunas *Iglesias* magníficas, generalmente situadas en el centro de las islas más anchurosas y cercada de árboles...., que maldito si sé cómo se alimentan....—De buena gana hubiera entrado en aquellos templos, á admirar las obras maestras de pintura ó á visitar los sepulcros de grandes hombres que encierran casi todas; pero esto se apartaba de nuestro programa de hoy, y lo hemos dejado para otro día.—En cambio (¿cómo no?) hemos pasado y repasado por sus tres vías paralelas el famoso *Puente de Rialto*, deteniéndonos más de una vez á contemplar desde su peraltada cimbra el magnífico panorama que á un lado y otro presentaba el *Canal Grande*, enrojecido primero y teñido de ópalo después por las mudables luces del crepúsculo, las cuales prestaban también fantástica apariencia á los Palacios de ambas orillas.

Cuando ya fué de noche, volvimos á la *Plaza de San Marcos*.—Una espléndida iluminación de gas, reflejándose en las bruñidas losas del suelo, en los cristales de los Cafés y en las hermosas fachadas de *le Procuratie Vecchie* y del *Palazzo*, dábale aspecto de extensísimo salón de baile.... — Las venecianas y su

séquito de amadores estaban allí de vuelta, y su animación y su alegría eran aún mayores que esta tarde. Los novios italianos, protegidos por la noche, paseaban junto á sus novias, y hasta los Oficiales austriacos, cogidos del brazo en ala y por medias docenas, se propasaban á mirar á sus *enemigas*.... El ruído de sus sables se confundía con las carcajadas de las hermosas.... Diríase que en *Venecia* la velada es siempre hora de olvido y reconciliación.—Mil conversaciones distintas (balbucientes declaraciones, juramentos á media voz, íntimas confidencias, apasionados suspiros, murmuraciones, chanzas, incoherentes preguntas, nombres pronunciados en voz alta, reprimendas de madres, sordos rugidos de celosos cónyuges, alguna amenaza, alguna queja, y el tarareo indiferente del que iba solo) formaban un confuso rumor, plácido y melancólico, en que palpitaba y gemía nuestra pobre vida humana, el eterno poema de la juventud, *amor che nullo amato amar perdona; Venecia*, en fin, que no ha muerto todavía, ó que sale de su sepulcro durante la noche y recuerda los buenos tiempos que pasaron!

¡Oh! *¡Venecia! ¡Venecia!*....—Cuando á esa hora se la ve recobrar su antiguo júbilo, su apasionada alegría, aquella alegría que no lograban turbar los sangrientos dramas, públicos ó secretos, de que era teatro en los grandes días de su República; cuando se oye el blando murmurio de su idioma, que aún repite, bajo el dogal extranjero, los melodiosos acentos del amor, y halla uno que sus hijas son hoy tan bellas y encantadoras como el día en que Tintoreto y Ticiano las legaban á la admiración del mundo, la imaginación recompone el magnífico pasado de la Ciudad galante, y se figura las mil y mil escenas que la música y la pintura han unido por siempre á la celebridad de Sha-

kespeare y de Rossini, de Byron y de Donnizetti, de Verdi y de Víctor Hugo.

El Muelle de la *Piazzetta*, adonde nos trasladamos luego, atraídos por los acordes de un concierto ambulante, acabó de exaltar mi fantasía, haciéndome soñar con las poéticas historias que he citado....—¡Allí se embarcaron *Otelo* y *Desdémona* para la isla de Chipre, de donde nunca más volvieron!.... ¡Allí desembarcó *Lucrecia Borggia*, viniendo de Ferrara en busca de su adorado hijo!.... —¡El escenario de todos los teatros del mundo ha *representado* muchas veces aquel muelle, aquella plaza, aquellos edificios....! —«*El teatro representa la* PIAZZETTA *de Venecia*»...., dicen varios célebres dramas y óperas.

Pero oigamos el mencionado concierto callejero, compuesto de guitarras, violines y contrabajos.

Siete eran los músicos, y entre ellos se contaban tres mujeres, hermosas y tristes, á cuyas ropas de luto se asían algunos pequeñuelos, hijos suyos sin duda, cansados de vagar todo el día de una calle en otra y rendidos ya por el sueño.... Los padres tocaban distraídamente, mirando de reojo á aquellos pobres niños, temerosos sin duda de que se durmieran y rodasen por tierra.... Pero, aun en medio de esta preocupación y de la inquietud que sentirían acerca de si el público que los escuchaba se iría á la postre sin pagarles, tañían los instrumentos con inspiración tan sentida y patética, cual si en el fondo de semejantes armonías llorasen agrupados el genio del arte, los númenes de la Ciudad y el adverso destino de aquellos míseros trovadores....

A veces toda la famélica tribu, lo mismo las esposas que los esposos y que los soñolientos hijos, unían

sus quejumbrosas voces al son de los instrumentos, y cantaban en dialecto veneciano no sé qué historias de amores sin fortuna, no sé qué luchas con la suerte, no sé qué desgracias vagamente definidas, que parecían su propia historia, y acaso también la historia de *Venecia*....—La menguada luna aparecía en tanto por encima de los muros del *Arsenal*, en busca de los mismos Canales donde yo la vi bañarse anoche, sola y sin recelo....—Y *Beppo*, el astuto veneciano, sentado en su góndola, á pocos pasos de nosotros, nos invitaba á un paseo por el agua, permitiéndose describirnos con celadas y discretas frases las delicias ocultas de *Venecia*, ó sea los gabinetes vestidos de raso, brillantes de luz y llenos de perfumes, que (según él tiene entendido) se ocultan detrás de los muros negros y medrosos de los más lóbregos canales....

Yo me acordé entonces de que Chateaubriand (quien, dicho sea entre paréntesis, escribió parte de sus *Memorias de Ultratumba* en el mismo Hotel en que nosotros vivimos) cuenta que, al pasar una noche por no sé qué Puente de Venecia en que había una Virgen alumbrada por muchos faroles, vió á unas hermosas y desdichadas mozuelas que rezaban Ave Marías y que con la mano derecha hacían la señal de la cruz, mientras que con la izquierda detenían á los transeuntes, hablándoles de aquellos mismos encantados recintos que nos describía mi gondolero....—Pero, por nuestra parte.... (¡defiéndase cada cuál como pueda!); si accedimos á la invitación de *Beppo* y saltamos de la *Piazzetta* á la góndola, fué tan sólo para venirnos honestamente al Hotel, donde, después de hacer colación, hemos dedicado la velada á escribir, cada cual á su modo, la historia de nuestro primer día veneciano....

VI.

EL PALACIO DE LOS DUX.—DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES AL PUENTE DE LOS SUSPIROS.—SALA DEL GRAN CONSEJO.—SALA DEL CONSEJO DE LOS DIEZ.—EL CONSEJO DE LOS TRES.—LOS PLOMOS Y LOS POZOS.—RECUERDOS DE SILVIO PELLICO.—LUGAR DEL TORMENTO.

VENECIA 5 de Noviembre de 1860.

Son las doce de la mañana, y acabo de salir del *Palacio Ducal*, donde he pasado cuatro horas de verdadera y profunda emoción, ó sea de un espanto y miedo que todavía embargan mi ánimo....

¡El *Palacio Ducal!*....—Penetré en él esta mañana, como en otro tiempo sólo penetraban Consejeros y Embajadores, por la *Escalera de los Gigantes*, resplandeciente de luz y de hermosura, y hace poco he salido de él por la angosta y sombría escalera de los *Pozos*, ¡por donde sacaban los cuerpos de los ajusticiados para llevarlos á enterrar ó arrojarlos á la Laguna!....—¡Dichosa, pero no *interesante* edad la nuestra, en que me ha sido tan fácil y poco arriesgado recorrer el laberinto pavoroso donde miles de hombres se han perdido para siempre! .... No hace todavía muchos años, entrar en el *Palacio Ducal* por la *Piazzetta* para salir por el *Canal della Paglia*, equivalía á pasar de la vida á la muerte.... ¡Entre una y otra puerta estaban el *Consejo de los Diez*, las *Prisiones*, la *Sala del Tormento* y la *Horca* espantosa que yo acabo de tocar con mis manos!.... Y si alguno llegaba vivo al término de esta calle de la amargura, no era sin que sus cabellos, por negros y juveniles que fuesen á la entrada, blanqueasen como pavesas á la salida.—¡Oh, mísera

poesía romántica! ¡Tú *te vas*, como muchos otros númenes, dejándonos demasiado venturosos á los cultos habitantes del planeta!

Pero basta de lamentaciones, y describamos el *Palacio Ducal* y las interesantísimas escenas que acaban de ocurrirme en él.

La antigua morada de los Dux es una de las obras más bellas é imponentes que ha creado la arquitectura. Yo no sé qué nombre dar al estilo de su fachada: si el de *árabe-italiano* ó el de *gótico-bizantino*. Mejor será decir que es puramente *veneciano*. — En aquella fachada resplandecen los mosaicos orientales, los arcos romanos, las ojivas góticas, la decoración *plateresca* y las columnas bizantinas, y todas estas cosas juntas dan por resultado una belleza exclusivamente *veneciana*, que resume los varios caracteres de la historia de la República y armoniza maravillosamente con la extraña contextura de la Ciudad.

En efecto: donde el pavimento de las Calles es de agua, se concibe que el cuerpo bajo de los edificios sea una doble columnata aérea, que dibuje en el cielo y en las ondas los arcos huecos de sus abiertas galerías; y donde confluyen el Imperio alemán, la clásica Italia y el esplendoroso Oriente, se explica que las estatuas gentiles figuren en hornacinas cristianas; que el arco apuntado se levante sobre la cornisa griega, y que el *macizo* bordado de arabescos descanse en los calados rosetones góticos. —Pero el *Palacio Ducal* no puede describirse.... Hay esquinas que son obras maestras de ornamentación; escaleras que parecen sueños de la fantasía; perspectivas ideales; verdaderos tesoros de pintura y de escultura; lujo asombroso de mármoles y bronces, y, sobre todo esto, una majestad histórica, un carácter de edad de oro, una grandeza monumental, que llenan el alma de veneración y res-

peto!.... —¡Locura ponerse á enumerar tantos prodigios!.... Citaré, pues, tan sólo las cosas más notables ó sobresalientes.

En medio del *Patio interior* (que es por sí solo una maravilla) se hallan las dos elegantes *Cisternas de bronce* que veía Silvio Pellico desde la reja de su prisión.—Ahora, como entonces, acuden á ellas algunas hijas de la Ciudad, con su clásica ánfora en la cabeza, en busca del agua del cielo.... ¡Y esto es lo único que subsiste de los antiguos destinos del *Palacio de la Señoría!*—En aquel Palacio se hacían antes las Leyes, se administraba justicia, se gobernaba el Estado.... Allí estaban las prisiones y los suplicios; allí vivía el Dux; allí celebraba sus sesiones el *Gran Consejo;* allí era éste vigilado por el *Consejo de los Diez;* allí reinaba sobre el *Consejo de los Diez* la Inquisición de *los Tres (I Capi)*.... —Hoy no buscan allí los venecianos más que agua llovediza.... ¡El Palacio está deshabitado!....—Pero no; que aún moran en él, siquier inmóviles y mudos, todos los Legisladores y Guerreros de *Venecia*, pintados en las paredes ó representados en estatuas!

En el mismo *Patio interior*, y enfrente de la puerta de entrada, empieza la famosa *Escalera de los Gigantes*, llamada así á causa de dos *Estatuas colosales* que representan á *Marte* y á *Neptuno*, deidades protectoras de la Ciudad anfibia.—Esta *escalera* es sumamente bella, tanto por la riqueza de los mármoles que la revisten, como por la delicadeza y primor con que están labrados.... En su ancha *meseta* se verificaba la coronación de los Dux, y también se dice que en ella fué decapitado *Marino Faliero*.... Pero esta última parte de la tradición es á todas luces inexacta, dado que la *Escalera de los Gigantes* no fué empezada hasta diez años después de la ejecución del anciano esposo de *Angiolina*.

Más lejos, la *Escalera de Oro*, adornada de riquísi-

mos dorados, notables frescos y bellas esculturas, conduce á un gracioso vestíbulo, y luego se penetra en la vastísima *Sala del Gran Consejo,* verdadero Capitolio de la República veneciana, cuyos techos y paredes están revestidos de muy famosas pinturas, debidas á Pablo el Veronés, Tintoretto, Bassano, Palma el Joven y otros célebres artistas.

Los *Cuadros* de las paredes representan los *Fastos de la República;* las Alianzas del Dux y de los Cruzados; las dos Conquistas de Constantinopla; la Coronación de los Dux más eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la Batalla de Lepanto; los Tratados con los Pontífices de Roma y con los Césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva Señoría, con los Este de Ferrara, con los Visconti de Milán, con los Scala de Verona; una victoria (no he podido entender cuál) obtenida sobre un rey de Aragón; los triunfos del infortunado *Carmagnola,* cuya prisión vi más adelante; la presentación de los Emisarios Venecianos en el Campamento sitiador de Pavía, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fué en toda Europa el *León alado de San Marcos.*

Entre estos lienzos hay uno que pasa por el mayor en tamaño que existe sobre la tierra.—Su altura es de treinta pies y su anchura de setenta y cuatro.—Representa la *Gloria del Paraíso,* y está firmado por *Tintoretto,* quien, como émulo que era de Miguel Ángel, se propuso indudablemente con este cuadro crearle un rival, ó cuando menos un hermano, al famoso *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.—Sin conocer yo todavía más que por el grabado la gran pintura de *Buonarotti,* me atrevo á asegurar que Tintoretto no consiguió, ni aun remotamente, su propósito. La *Gloria del Paraíso* carece de unidad, de conjunto, de expresión armóni-

ca. Es una aglomeración de mil figuras, una amalgama de episodios, una multitud de cuadros análogos reunidos en un solo lienzo.... Sin embargo, esta obra, cuyo color está completamente perdido, es digna de admiración y respeto por la fuerza de inventiva que revela y por el correcto dibujo de casi todas sus partes.

En el *Friso* de la sala se ven los retratos de *Setenta y seis Dux de Venecia*....—Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debía hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro negro con estas lúgubres palabras: «*Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus*....»—¡Único monumento que recuerda en el *Palacio Ducal* al que puso su primera piedra!

El Techo de la *Sala del Gran Consejo* no desmerece de los muros. En él se ve primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria*, de Pablo el Veronés. En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria*, de Palma el Joven. El resto del Techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo*, y es obra de Tintoretto.—Á juicio de todos los críticos del mundo, en aquella especie de competencia triunfa la obra de Pablo el Veronés.

Después de la Sala del Gran Consejo, viene la del *Escrutinio*, en que eran votados los *Dux*.—Allí son tan notables los ricos dorados y artísticos adornos de las paredes como los cuadros que las adornan.... En el fondo de esta Sala se eleva, sirviendo de puerta, un *Arco de triunfo*, erigido por el Senado en honor de F. Morosini.

Luego se entra en la *Biblioteca de San Marcos*, compuesta de 120,000 volúmenes y 10,000 manuscritos: de ella se pasa á la *Camera Degli Scarlati*, en que se guardaban las togas rojas de los Consejeros: en seguida se penetra en la *Sala dello Scudo*, donde se coloca-

ban las armas ó blasones del Dux reinante; y al fin se llega á la *Sala della Bussola*, antecámara del Consejo de los Diez, en la cual había antes una *Cabeza de León*, dentro de cuya boca depositaba la cobardía delaciones anónimas contra los enemigos del Gobierno....

Todas estas Salas merecerían muy detenido examen, no sólo por su importancia histórica, sino por las obras de arte que encierran.... Allí se ven, entre otras maravillas, algunas *esculturas griegas* de gran mérito: una *Minerva* colosal; una copia antigua de la *Venus de Médicis*; un grupo lascivo de *Júpiter y Leda*, lleno de expresión y encanto; otro de *Ganimedes robado por el águila*, atribuído por Cánova nada menos que á Fidias; varios *Gladiadores*, y otras muchas magistrales estatuas....—Pero necesario es seguir adelante.

Una vez fuera de la Biblioteca, pasé por la *Sala dei Capi*, donde se reunían los *Tres Inquisidores* que reinaban sobre el *Consejo de los Diez;* y al fin penetré en el aposento en que celebraba sus sesiones este pavoroso Tribunal....—Aquellas célebres estancias no dirían nada á la imaginación sin las explicaciones del Conserje. Muy al contrario: las hermosas pinturas que las adornan, los raudales de luz que penetran en ellas por puertas y ventanas, y la graciosa ornamentación de las paredes y de los techos, alejan de la mente toda idea de horror y susto.—Crucé, pues, por aquellos tremendos sitios sin emoción alguna, bien que muy orgulloso de poder ya decir toda mi vida que los había visitado....

Principiaba á atediarme esta excesiva tranquilidad, cuando cata que repentinamente cambió por completo el carácter de mis impresiones, convirtiéndose en lo más dramáticas, auténticas y terribles que nunca hubiera imaginado....—Y fué el caso que mi pícaro *Cicerone*, después de enseñarme y explicarme bajo el as-

pecto artístico todas las habitaciones que acabo de enumerar, me llevó de nuevo á la *Sala dei Capi;* abrió una puerta secreta, perfectamente disimulada, y, señalándome un pasadizo obscuro que principiaba en ella, me dijo:

—Entre V. por ahí. Al fin de ese corredor encontrará al *Conserje de las Prisiones.*—Yo he concluído ya de servir al caballero.

Y, hablando así, me tendió la mano (en la cual puse una moneda); impulsóme blandamente hacia aquel pasadizo, y cerró detrás de mí la puerta secreta, dejándome sumido en la más profunda obscuridad....

Era cosa de tener miedo, y lo tuve.—¡Lo pasado reapareció en mi mente, auténtico, vivo, pavoroso!....

Para tranquilizarme, y atreverme á andar por aquellas tinieblas, necesité pensar que estamos en el año 60 del siglo XIX, y que el *Consejo de los Diez* dejó de existir hace muchos años....—Anduve, pues, á tientas por el lóbrego corredor, y llegué á una puerta entornada por donde salía un rayo de luz....

—*¿Quién anda ahí?*—dijo una voz cavernosa detrás de aquella puerta.

Yo no contesté, pero la abrí de par en par.

La puerta daba al descansillo de una escalera, de la cual se veían, á la luz de opaco farolejo, algunos peldaños que subían y otros que bajaban....

En medio de aquella meseta estaba sentado, en vetusto y enorme sillón, un viejo decrépito, liado en cierta especie de largo redingote obscuro, con capucha y mangas perdidas, y cubierta la cabeza *con un gorro negro* de dormir, que podía tomarse por el gorro frigio de *Venecia* teñido de luto. Llevaba, en fin, aquel hombre crecidísima y cana barba, y no usaba bigote....

—¡Parecía un Dux muy empobrecido!

De sucederme todo aquello en Francia, habría yo

sospechado que á tan lúgubre personaje se le había buscado y vestido de tal modo á fin de producir efectos melodramáticos en el ánimo de los viajeros.... ¡Pero *Venecia* no está hoy para farsas!

—¿Quién sois?—volvió á preguntarme aquel hombre, cuyo rostro enjuto, verdinegro, arado por hondas arrugas, revelaba un carácter violento, impaciente, hipocondríaco.

—Soy un curioso.... (le respondí).—¿Y vos? ¿quién sois?

—¡Yo soy Conserje de las Prisiones de la Señoría de Venecia desde hace sesenta años! Tengo setenta y siete de edad: he pasado catorce bajo la República de San Marcos: he conocido á dos Dux: nací en este Palacio, donde mi padre era Carcelero, como yo lo soy ahora; con la diferencia de que él custodiaba prisiones llenas de reos, y yo custodio unos aposentos llenos de telarañas.—¡A tales tiempos hemos llegado!

—¡Este viejo está loco!—fué la primera idea que me ocurrió al oir aquel discurso.

Y luego recordé haber leído, no sé dónde, que, efectivamente, en el *Palacio Ducal de Venecia* existía un famoso conserje medio maníaco, fanático defensor del *Consejo de los Diez*, y al cual era preciso oir con paciencia, si se quería formar verdadero juicio del Gobierno de la antigua República....

Díjele, pues, afabilísimamente:

—¡Ya tenía yo noticias vuestras! Vos fuisteis el que explicó á lord Byron y á Chateaubriand....

—¡Chateaubriand!.... ¡Lord Byron!.... (me interrumpió el viejo, temblando de cólera.) ¿Por qué no me nombráis también á Silvio Pellico?—¡Todos vienen con la misma canción! ¡Reniego de los poetas! ¡Si yo hubiera sabido que iban á mentir con el descaro que lo han hecho, no los habría tratado con tanta

bondad!—¿Á qué venís aquí? (prosiguió, mirándome de hito en hito.) ¡Aquí no hay nada que ver! Todo lo que cuentan los poetas es mentira. ¡Aquí no se martirizaba á nadie! Esta era una cárcel como cualquiera otra.—Los bestias de los Austriacos hacen muy mal en permitir que el público se pasee por estos sitios; y yo soy harto desgraciado, pues que el hambre me obliga á acompañar á los poetas, sabiendo, como sé, que luego salen de aquí calumniando al *Consejo de los Diez* y á la ilustre *Señoría*.—¡Lord Byron!.... ¡Yo he leído sus obras, y son un tejido de patrañas! ¡El Gobierno de la República era más clemente y paternal que todos los que ha habido después en Venecia!....

—Sin embargo (repliqué), yo os suplicaría que me enseñaseis los *Plomos* y los *Pozos*....

El hombre me miró de mala manera, al ver que yo sabía el nombre de aquellos lugares; y, dando una especie de rugido, continuó diciendo:

—¡Los *Pozos!* ¡los *Plomos!*—¡Ni hay tales *Plomos*, ni hay tales *Pozos!* Venid á verlos, y hallaréis que son las prisiones más cómodas del mundo.—¡Ah! ¡los poetas! ¡los poetas! ¡Silvio Pellico! *¡Le Mie Prigioni!*.... ¡Calumnias! ¡tonterías!

Hablando de este modo, cogió un manojo de llaves, y empezó á subir penosamente la escalera citada.

A su término encontramos una especie de crujía, muy baja de techo, á la que daban cinco ó seis puertas iguales, chapadas de hierro y cargadas de cerrojos y fuertes cerraduras....

El conserje abrió la primera de ellas, y entramos en una pequeñísima buhardilla, á cuyo techo *se tocaba con la mano*.—Alta y angosta ventana de reja dejaba ver el cielo y algunas chimeneas del *Palacio*.

Sin embargo de que estamos en Noviembre y de que hoy ha hecho un día muy fresco, en aquel za-

quizamí se sentía un calor horrible, insoportable.

¡Y era que el techo de la prisión se reducía á la fuerte lámina de *plomo* que cubre todo el *Palacio Ducal;* lámina que ya había caldeado el sol, cuando apenas serían las diez de la mañana!.... ¡Gradúese, pues, á qué estado de incandescencia llegará á las dos de la tarde de un día de verano!

—¡Estos son *los Plomos! (i Piombi)*.... (prosiguió el Conserje.) ¡Ya ve V. que no tienen nada de particular!.... Como prisión, no conocerá V. ninguna más alegre.... Aquí hay luz; desde aquí se ve el cielo; desde aquí se ve hasta la Ciudad.... ¿Dónde encontrar prisión más cómoda?—Un hombre encerrado en este aposento podía creerse en su casa.... Por esa ventana entraba el sol á visitarlo: las palomas se paraban en los hierros de la reja y le daban los buenos días; los rumores de la población, el ruído de los remos, los repiques de las campanas, los golpes de los talleres, los cantos de las criadas, hasta las conversaciones de las Calles llegaban á sus oídos....—No era, pues, estar preso: era estar en el mundo.—¡Vayan los poetas noramala, y díganme dónde podrían pasar los rigurosos inviernos de Venecia mejor que en el último piso del Palacio de los Dux!

Mientras que el implacable cancerbero hablaba así, yo pensaba en *Le Mie Prigioni;* recordaba todo lo que padeció Silvio Pellico, abrasado bajo aquella plancha de plomo, devorado por los cínifes, colgado sobre el mundo, suspendido entre el cielo y la tierra; solo, en medio del género humano; ¡muerto para todos, cuando todos vivían para él y le dejaban oir sus ecos de júbilo y alegría y la música inefable de la libertad!.... —¿Qué mayor tormento? ¿Qué prisión más dura y espantosa?

Volvimos á bajar, sin que yo me hubiese atrevido

á contestar nada al discurso del Conserje....—En medio de la escalera había una puertecilla, que daba á cierta galería obscura, en la cual penetramos....—El Carcelero se detuvo delante de dos puertas iguales, y abrió una.

—Vamos á cruzar (exclamó) el famoso *Puente de los Suspiros*....

El *Puente de los Suspiros* es un doble corredor cerrado, suspendido á grande altura sobre el Canal de la *Paglia* y que pone en comunicación el *Palacio Ducal* con el *Palacio de las Prisiones*.—Uno de los dos pasadizos daba entrada en la cárcel á los *presos ordinarios*, y por el otro comparecían ante los Inquisidores los *prisioneros de Estado*.—Cada uno de aquellos viaductos tiene dos ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del Tribunal al suplicio ó venían de la prisión al Tribunal, veían un instante la laguna, la Ciudad, el cielo....; y, como entonces suspiraban, de aquí le vino á aquella construcción el nombre de *Puente de los Suspiros*.

Creen otros que este nombre procede de los gemidos que iban dando los reos al pasar por allí después de haber sufrido el *tormento* en el *Palacio Ducal*....; y, deseando yo saber lo cierto, consulté el punto con el endiablado Conserje....

—¡Aquí no se atormentaba á nadie! (gritó con voz de trueno.) ¡Eso lo han inventado los poetas!—Es decir...., aquí no se daba tormento sino á los convictos y no confesos....—¡Ya ve V. que ellos se tenían la culpa!.... ¿Por qué no confesaban?—Además, todos esos rigores eran para los reos políticos.... ¡Los reos ordinarios vivían perfectamente en el *Palacio de las Prisiones!*—En cuanto al nombre de *Puente de los Suspiros*, no lo inventó el pueblo, como dicen los poetas: lo inventamos nosotros, los de casa,

al ver que los prisioneros suspiraban por su perdida libertad siempre que pasaban cerca de estas claraboyas....—¡Y la prueba de que no suspiraban porque les dolieran los huesos de resultas del tormento, es que el tormento se daba después de haber pasado este Puente!—Desengáñese V.: ¡los poetas no han contado más que fábulas!

Yo me asomé á una de aquellas claraboyas, y suspiré ó *respiré* fuertemente al absorber un aire más puro que el de las mazmorras y escaleras, gozándome en contemplar la luz, el cielo, la radiante Laguna y los alborozados remadores que pasaban cantando bajo aquel Puente, tan gracioso visto por fuera, como pavoroso visto por dentro.

—Vamos ahora á los *Pozos*....—dijo el carcelero, sacándome de mi contemplación.

Yo me estremecí.—¡Cuántas veces habría pronunciado aquel hombre las mismas palabras, dirigiéndose á condenados que no verían más la luz del dia!

Entretanto, el cruel personaje había encendido cierta lamparilla de aceite, fija en la punta de un bastón muy sucio.

—¡Esto es de *aquellos tiempos!*—murmuró....

Y se rió con ferocidad, dejándome ver la caverna de su boca sin dentadura.

Abrió luego otra puerta, y me invitó á bajar detrás de él una escalerilla húmeda y tenebrosa, en cuya bóveda, cubierta de telarañas, se reflejaba lúgubremente el rojizo fulgor de la pestilente lamparilla.

Yo me detuve un poco, no tanto por miedo, como por asco á aquel desaseado camino.

El carcelero, que había bajado algunos escalones, volvió la cabeza al reparar en que yo no le seguía, y exclamó sarcásticamente:

—Vamos, señor.... ¡No os asustéis!

Yo lo seguí....

Y bajamos, bajamos...., bajamos....—El aire era cada vez más húmedo y mefítico. La lámpara, levantada en alto, alumbraba el techo, pero no los peldaños de la escalera.... El viejo, que conocía el tiento, bajaba de prisa. Yo iba tentando con pies y manos, y me quedaba á veces atrás, solo, en medio de las tinieblas.... Entonces se paraba él y alargaba hacia mí aquel asqueroso bastón, en cuya punta ardia la humeante luz, falta ya de aceite y próxima á espirar....

La idea de que pudiera apagarse me hacía apresurar el paso....—Los muros que tocaba con la mano estaban fríos.... Á veces chorreaban agua.—Los escalones, mojados y lodosos, se escapaban bajo mis pies.

Al fin hicimos alto en una obscura explanada, baja de techo y rodeada de puertas chapadas de hierro y de rejas muy angostas.

El Conserje abrió una de aquellas puertas....

Creí natural que, al ruído de la llave, respondiese dentro del calabozo algún doliente gemido...., y mi exaltada imaginación padeció como si lo oyera....

Sin embargo, en la prisión no había nadie.

—¡Aquí tiene V. un *pozo!*—profirió el Carcelero, riéndose de nuevo y haciendo sonar el manojo de llaves con ademán de burla....

Al mismo tiempo se extinguió la lámpara.

La obscuridad fué entonces completa.

Yo creí un instante que el Carcelero se iba y cerraba la puerta detrás de sí, dejándome preso....; pero en esto divisé cerca del techo un agujero redondo, por el cual se filtraban débiles reflejos de la luz del día.

Algunos momentos después aquella tenue claridad hirió más vivamente mis pupilas, y hallé cerca de mí al lúgubre personaje.

—Estamos bajo la Laguna (dijo tranquilamente).

El nivel de las aguas se halla tres palmos debajo de aquella ventanilla y tres varas por encima de nuestra cabeza.

En comprobación de estas palabras, golpes muy cercanos de remos oyéronse sobre nosotros, y luego pasó una sombra negra por delante del tragaluz, allá, cerca del techo....

Aquello que pasaba era el enlutado casco de una góndola.... ¡Y dentro de ella, y á la luz del sol, cruzando la atmósfera sin fin de la libertad, irían el amor, la juventud, la dicha, el orgullo, la esperanza....— ¡Qué visión tan horrible para un prisionero!

—¡Ya ve V. por sí mismo (me decía en tanto el Conserje) que, sin embargo de estar los *Pozos* bajo el nivel del agua, los presos no tenían nada que temer de la humedad!....—El suelo que pisamos es de madera, y aquí tiene V. otro tablado más alto, que servía de lecho, y en el cual falta la paja que lo cubría, á fin de que el criminal encontrase blanda la cama.—¿Qué más podía hacer la República con sus enemigos; con los que conspiraban á todas horas contra ella; con los que atentaban hasta á la vida de los Dux?

Salimos del *Pozo* á la explanada obscura que antes he descrito....—¡Ya tenía yo deseos de concluir, de ver el sol, de respirar el aire de la vida!

—Subamos pronto....—le dije, pues, al Carcelero.

—Espérese V.... (respondió él desabridamente.) ¡Queda aún lo mejor!

Y abrió otra puerta, que, por tres ó cuatro escalones, daba acceso á un cuarto muy chico.

Aquella habitación, donde penetré empujado por el viejo, recibía también luz de alta claraboya, en que las telarañas hacían oficio de cortina....

—Aquí se verificaban las Ejecuciones....—añadió entonces el implacable Carcelero.

Y me señalaba cierta especie de nicho que había en una pared.

—Se metía al reo en ese hueco; se le hacía sentarse de espaldas ; se liaba este cordón de seda alrededor de su cuello ; luego se pasaba la punta por esta anilla ; el verdugo tiraba...., y el hombre quedaba estrangulado.... ¡así!....

Dijo el viejo, y tiró del cordón....

Al mismo tiempo oí un chisporroteo como de sarmientos encendidos....

—¿Qué es eso que suena?—pregunté horrorizado.

—¡Venga V. detrás de mí!—continuó el Conserje, poseído de un vértigo sanguinario que no le dejada ya atender á mis preguntas.

Y abrió una puerta, enfrente de la cual había otra.

Los chasquidos continuaban....

—Pero ¿qué ruído es ese?—pregunté de nuevo.

—¡Toma! ¿Pues no huele V.?—Es que fríen....

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser?—¡Fríen pescado para que yo almuerce!.... —respondió el viejo soltando la carcajada.

Y, como entonces abriese la segunda puerta, una vivísima claridad hirió mis ojos y me dejó ciego....

Dijérase que veía un océano de llamas....

¡Era el sol ; era el agua ; era el día!

Estaba libre.... Tenía los pies en el borde mismo de la Laguna....—Me hallaba en la puerta del *Palacio Ducal* que da sobre el *Canal de la Paglia*, debajo del *Puente de los Suspiros*.

—Por aquí se sacaba de noche el cuerpo de los ajusticiados.... (prosiguió el setentón.) Aquí esperaba una góndola con dos esbirros, que arrojaban el cadáver en la Laguna, después de atarle una bala de cañón á los pies (si la causa había sido secreta), ó lo llevaban á la

Iglesia de San Juan y San Pablo, donde era *sepultado*...., si la causa había sido pública y notoria.

Mientras el Conserje terminaba así sus explicaciones, yo reparaba en un cuartucho lúgubre, situado entre las dos puertas que habíamos atravesado últimamente y destinado hoy á mansa cocina.... por no sé qué irrisión de los tiempos.

En aquella habitación, que sigue á la del suplicio, y que había sido durante muchas generaciones *Depósito de Ajusticiados*, era donde efectivamente freía pececillos una espantosa bruja, mujer acaso del Carcelero.

—*¡Buona salute!*....—me dijo entonces éste, guardándose unas monedas que le alargué.

Y cerró la puerta detrás de mí.

¡Halléme, pues, otra vez preso, ó sea cortado entre la puerta y el agua, entre el *Palacio* y el *Canal!*

Dichosamente, por allí hay siempre góndolas....—Llamé una; entré en ella, y pasé bajo el *Puente de los Suspiros*, cuya exterior belleza arquitectónica (dicho sea entre paréntesis) excede á toda ponderación, y al cual ha llamado no recuerdo qué poeta: *un sarcófago colgado sobre el mar*....

¡Me parecía que acababa de sacudir atroz pesadilla, ó de librarme en realidad de la muerte!

VII.

IGLESIAS Y PALACIOS.—TICIANO.—CÁNOVA.—DOS NOCHES DE TEATRO.—EXCURSIÓN Á LAS CERCANAS ISLAS.—ADIÓS Á VENECIA.

VENECIA 16 de Noviembre.

Llevo quince días en *Venecia*.—Durante ellos, he visto muchas veces toda la Ciudad; Templos, Palacios, maravillas de Pintura y Escultura, Teatros, Paseos,

Islas sueltas (que son como arrabales de la Capital), Bibliotecas, Museos, Academias, todo!—Al mismo tiempo me he divertido mucho; he hecho la antigua vida veneciana; he abusado de la góndola; he penetrado en el fondo de las costumbres de este singularísimo pueblo; he plagiado á lord Byron; he visto la Ciudad de San Marcos á la luz de los dos crepúsculos, en las sombras de la noche, despierta y dormida, solo y acompañado....—¡Bendigamos á Dios que me ha permitido realizar tantas ilusiones!

Hoy hace frío.... La Laguna está muy alborotada.... El tiempo amenaza lluvia.... —Decididamente, me marcho de *Venecia*.

Mucho me duele separarme de la Ciudad de mis sueños.... ¡y tal vez para siempre!—Pero, ¿qué hacer?.... ¡Me he quedado solo: Sir Arturo se fué hace tres días á Grecia, y el Prusiano me abandonó también anoche!—Además: yo no había de permanecer aquí toda la vida....—Partiré, pues, cumpliendo con mi destino de caminante, que es amar las cosas y dejarlas, para soñar otra vez con ellas....

Á fin de consolarme, pienso en *Florencia*, en el emporio de las flores y de las artes, donde estaré dentro de cuatro ó seis días; en *Pisa*, donde el invierno es tan dulce, y en *Sienna* la romántica, que me abrirá el camino de *Roma*....—¡Oh! Sí...., partamos.

Pero no lo haré ciertamente sin ordenar antes mis recuerdos y compaginar mis apuntes acerca de las cosas más notables que he visto estos días en *Venecia*.

Empecemos por los Templos.

Á la caída de la República, es decir, hace sesenta y tantos años, encerraba esta Ciudad más de doscientas Iglesias abiertas al culto. Hoy no pasan de sesenta. Las restantes fueron destruídas ó destinadas á usos profanos

durante la dominación de los Franceses.—Por fortuna, se respetaron las más hermosas y se acumularon en ellas todas las obras de arte que encerraban las demás. Así es que las Iglesias actuales de *Venecia*, edificadas por arquitectos tan ilustres como Sansovino, Palladio, Massari, Sammicheli, etc., llenas de cuadros de Ticiano, Tintoretto, Pablo el Veronés, los dos hermanos Bellini (uno de ellos maestro de Ticiano y de Giorgione), los dos Palmas (el Joven y el Viejo) y otros grandes artistas, y adornadas de bronces y estatuas de Vittoria, Tulio Lombardo, Antonio Dentone, Leopardi, Grapiglia, etc., etc., son verdaderos museos en que las cuatro artes del dibujo compiten en obras magistrales.

Dicho se está que mi primera visita fué á la *Basílica de San Marcos*, hoy Metropolitana de la Ciudad.—Ya la he descrito por fuera, si bien ligeramente. Ahora, para formar idea completa de su magnífica *fachada*, la debéis comparar (¡oh futuros lectores de estos apuntes!) con un inmenso retablo, medio árabe, medio gótico, en cuyas líneas generales, así como en la ornamentación, se ven confundidos el genio místico y sombrío del Norte y la risueña y voluptuosa inspiración de Oriente. Figuraos una armónica combinación de la más austera capilla de la Catedral de Toledo y de la más riente y graciosa estancia de la Alhambra; ved vacilar el arco entre la herradura y la ojiva; considerad reunidas la cúpula y el alminar; encerrad el mosaico bizantino bajo la cimbra aplanada de un arco persa bordado de arabescos; representaos la severidad gótica, vestida de lujo por los más ricos y variados mármoles; dadle *colores* á la arquitectura; confundidla con la pintura, según hacen siempre los artistas mahometanos; mezclad el oro, las tintas y la piedra, como están mezclados en la *Sala de los Abencerrajes* de Granada; pero, en vez de producir con esas dos artes amal-

gamadas dédalos geométricos ó inscripciones piadosas, dibujad y pintad Vírgenes y Santos, y sabréis lo que es en *Venecia* el arte bizantino; lo que son las dos Iglesias, la de Oriente y la de Occidente, cuando inspiran un solo monumento; lo que es, en fin, esta singularísima Fachada de *San Marcos*.

Idéntico espíritu (que refleja por estilo maravilloso los siglos de las Cruzadas y bastaría para probar, si la historia no lo demostrara, que al principio de la Edad Media el Cristianismo fué á buscar cultura á los mares de Levante) domina en el interior de la Basílica, siendo más patente y manifiesto á medida que se estudian su forma general y los adornos que lo decoran.—Yo no puedo detenerme aquí en tal examen, que me llevaría demasiado lejos. Os haré sentir solamente la dulce obscuridad, la venerable senectud y la majestuosa riqueza del conjunto. Gruesísimos pilares y arcos enormes forman austeras naves y misteriosas cúpulas, revestidas de oro é incrustadas de mosaicos preciosos, que representan la historia de la Virgen, de San Marcos, de San Teodoro y de otros Santos amigos de la República de los Dux. En torno de la Iglesia, y á media altura de sus bóvedas, gira un balcón ó galería equivalente al *gyneceo* de los templos cristianos de Constantinopla. Toda la Basílica ostenta, en asombrosa profusión, los más ricos mármoles orientales: por donde quiera se ven columnas de pórfido, de serpentina y de alabastro; en todas partes abundan las estatuas, los dorados, los bronces, la plata, la pedrería....—Y, sin embargo, *San Marcos* no es un templo alegre, profano, gentil, como las Iglesias lujosas que vi en Milán; *San Marcos* es austero, solemne, místico, al modo de las *tablas* anteriores al Renacimiento, y traslada la imaginación á los primitivos tiempos de la Iglesia, á los siglos de los

Santos Padres de Oriente, á la cuna del Cristianismo.

Quinientas columnas de las que adornan tan suntuoso templo son turcas y griegas, conquistadas por los Dux.—Chateaubriand ha dicho que Venecia entera es un trofeo. —Por lo demás, la Basílica fué erigida hace cerca de mil años, bien que no haya sido Catedral sino después de la caída de la República.—Antes lo era la Iglesia de *San Pietro di Castello*.

Entre las cosas que más atraen allí la atención, citaré las *Tumbas* de los Dux Bartolomeo Gradenigo, M. Morosini y Vitale Faliero, que se hallan en el peristilo; las tres *Puertas* principales del templo, maravillosamente taraceadas de plata; el *Sepulcro* de Andrea Dandolo, desgraciadísimo General, si eminente literato; y la *Pila* del agua bendita, sostenida por un precioso altar de la antigua Grecia.

Mencionaré también, defiriendo á la originalidad de su advocación, la *Capilla de Nuestra Señora de los Machos* (la *Madonna de' Mascoli*), llamada así porque las mujeres estaban excluídas de la Cofradía que la erigió, y hasta creo que de rendir culto á aquella imagen de María....—(¡Esto es puro y neto islamismo, y trasciende, más que á Grecia, á Constantinopla, tanto como el ya citado *gyneceo* y como los ajimeces que suplen por ventanas ojivales en las torres de la fachada!....) Sin embargo, en esta misma Capilla se venera el *Arbol genealógico de la Virgen!*....—¿Qué mejor vindicación de la Mujer?

El *Tesoro* de San Marcos, famoso en otro tiempo por sus fabulosas riquezas, ha sido saqueado hasta el punto de no quedar ya en él sino una joya, y esa de mérito disputable....—Refiérome á cierta ánfora de granito, en que se lee una inscripción grabada con caracteres caldeos cuneiformes, que dicen que dice: ARTAGERGES, GRAN REY.

Pero la gran preciosidad de la Basílica es indudablemente el *Altar Mayor*, tabernáculo de serpentina, sustentado por antiquísimas columnas de mármol griego, sobre las cuales está primorosamente esculpida la historia del Redentor.—En el mismo Altar hay un *icono*, pintado al óleo sobre madera, dividido en catorce partes y del mejor gusto griego.... Es obra del maestro Paolo y de sus dos hijos, y una de las pinturas más antiguas de Venecia. — Debajo de este *icono* hay otro, que sólo se descubre los días festivos, construído en el siglo x en Constantinopla, por encargo de la Señoría.... Llámase la *Pala de oro*, y consiste en una lámina de este metal, pintada con esmalte de colores y adornada de perlas, camafeos y piedras preciosas. El dibujo es bizantino, y se le considera como uno de los prodigios artísticos de aquella rara civilización.

Después de *San Marcos*, la Iglesia que más me ha impresionado ha sido *San Juan y San Pablo*, de la cual ya nos habló el Carcelero del Palacio de los Dux.—Por cierto que, á la puerta de templo tan insigne levántase la hermosa *Estatua Ecuestre de Colleoni*, célebre General de la República, bien que muy pobre hombre, que tuvo la flaqueza de dejar en su testamento una crecida suma destinada precisamente á que se le erigiera esta pública estatua!

La Iglesia de *San Juan y San Pablo (SS. Giovanni é Paolo (San Zanipolo*, en dialecto veneciano), es el Panteón histórico de *Venecia*.—Allí, bajo altas ojivas góticas, á la tenue luz transparentada por ricos vidrios de colores, duermen en suntuosos *Mausoleos* diez y seis Dux de los más renombrados; entre ellos Morosini, Loredano, el heroico y sin fortuna Bragadino, Malipieri y tres Mocenigo.... Y allí duermen también innu-

merables Guerreros, Artistas y Prelados: el Almirante Canal, Palma el Joven, el General Giustiniani (en cuyo palacio vivo hoy yo por mi dinero) y otros que fuera prolijo nombrar.

Encierra además dicha Iglesia un portento artístico: la *Muerte de San Pedro Mártir*, pintada por Ticiano. —Este celebradísimo lienzo (y ya os diré por qué es *lienzo)* representa un Bosque, digno de Claudio de Lorena. San Pedro, dominico lombardo, que vuelve de un Concilio, acompañado de otro fraile, ha sido sorprendido por unos bandoleros. Delante sólo hay tres figuras: San Pedro, caído en tierra; un bandido, que lo retiene, pisándole los hábitos, y se dispone á herirle por segunda vez, y el otro monje, que huye. La viveza dramática, la corrección del dibujo, y, sobre todo, el rico y valiente color de esta escena, exceden á toda ponderación.—Dícese que el Senado (que ya había nombrado á Ticiano primer pintor de la República) se entusiasmó tanto al ver el *Martirio de San Pedro,* que prohibió, *bajo pena de muerte*, el que saliese nunca de *Venecia*.... Pero Napoleón I, el gran derogador de toda ley antigua, desatendió también este decreto, y se llevó el cuadro á París, donde la Academia de Bellas Artes lo sometió á la arriesgada operación (que, lejos de haberle perjudicado, le ha favorecido) de arrancar la pintura (¡los colores!) de la tabla en que los colocó Ticiano, y fijarlos sobre un lienzo.—Por último: cuando en 1815 volvieron tantas cosas á su antiguo ser, la grande obra volvió también á Venecia [1].

Pero la descripción de todos los portentos de arte que guardan estos Templos, fuera cuento de nunca

[1] Tengo entendido que, pocos años después de publicarse la primera edición del presente libro, la grande obra de Ticiano fué pasto de las llamas. *(N. del A.)*

acabar.... ¡Sólo *Santa María della Salute* encierra diez ó doce obras de Ticiano, algunas de primer orden; y en *San Rocco*, Iglesia no muy notable, hay más de cincuenta pinturas de Tintoretto!—De éstas citaré únicamente la *Piscina probática*, llena de inspiración y riquísima de colorido.—Vedlas, pues, todas, aunque yo ni tan siquiera las mencione.

En *San Sebastiano* he visitado la *Tumba de Pablo el Veronés*, reducida á una sencilla lápida....—En cambio, se ven allí mismo tres lienzos suyos, y suyas son también las pinturas del techo de la Iglesia....—¿Qué mejor monumento para un artista?

Sin embargo, Ticiano tiene magnífico sarcófago en la Iglesia de *I Frari*.... Allí descansa entre héroes el amigo de Carlos V y de Ariosto, el pintor de la *Asunción* y de *Danae*, el cortesano de Lucrezzia Borgia y de la princesa de Éboli, y allí lo acompaña también una obra suya, pálido vislumbre de su genio....—El Sepulcro, de mármol obscuro con estatuas blancas, ha sido construído en estos útimos años. Su epitafio dice: TITIANO, FERDINANDUS I.—¡Qué me place este tributo de admiración rendido por el dominador extranjero al artista italiano!—Allí están esculpidos en bajo-relieve los principales cuadros religiosos del príncipe de los coloristas: *La Asunción*, *el Martirio de San Pedro*, *San Lorenzo*, *la Visita de Santa Isabel* y *el Entierro de Cristo*.

No lejos de este Mausoleo se encuentra el del infortunado *Francisco Foscare*, á quien todos hemos visto, más de una vez, morir en escena al oir el son de la Campana de San Marcos que anuncia la proclamación de su sucesor....

—«La Campana de San Marcos toca por la elección de Malipieri....»—exclama ferozmente el Jefe del *Consejo de los Diez* en la tragedia de lord Byron.

—«Reconozco su sonido.... (contesta el Dux.) Lo

he oído otra vez en mi vida.... ¡Otra vez solamente!— De esto hace treinta y cinco años.... ¡cuando *tampoco* era yo joven!!»

En la misma Iglesia de *I Frari* se ve otra suntuosa *Urna*, que encierra el corazón del último grande hombre del Veneciado. —Es el *Monumento* del ilustre escultor *Cánova*.—Él mismo dibujó este sarcófago, en 1820, para que guardara las cenizas de Ticiano, y representa al Genio de la Patria apagando su antorcha, mientras que el León de San Marcos gime desesperado á sus plantas.... Razón hubo, pues, para destinarlo al propio autor de *Hebe* y de *Venus triunfante*, erigiendo otro al sublime pintor del siglo XVI.

En *Venecia* quedan aún algunas esculturas de *Cánova*. En el *Palacio Treves* se conservan con veneración y se enseñan al público dos estatuas colosales de *Héctor* y *Ayax:* en el *Palacio Barbarigo*, y precisamente en el mismo aposento en que murió Ticiano, he admirado su grupo de *Dédalo é Ícaro:* en el *Palacio Ducal* vi la estatua de *San Jorge*, una de las primeras obras del gran escultor: en el *Arsenal*, lleva su nombre el *Monumento del Almirante Emo*, adornado de preciosos bajo-relieves; y en la *Academia de Bellas Artes* me han enseñado el modelo original de su grupo *Hércules y Licas*.—Cuando vayamos á Génova, Florencia y Roma veremos sus verdaderas obras maestras, que ya conoceréis por el yeso ó por el grabado.

Los *Palacios* de Venecia, sobre todo los situados en el *Canal Grande*, no ceden en mérito artístico á los Templos que acabamos de mencionar. Generalmente (comenzando por los más grandiosos) son de un estilo entre gótico y árabe, que debemos llamar *veneciano*.

El *Palacio Foscari* y el de *Cavalli* recuerdan el de

la *Señoría*, que ya hemos descrito.... El *Palacio Foscari*, especialmente, situado en la vuelta ó recodo del dicho Canal, donde se copia todo entero en el agua, es tan proporcionado y aéreo, tan histórico y melodramático, que con dificultad habrá en el mundo edificio más interesante.... —Pero ¿qué digo? ¡Toda la doble serie de *Palacios* del Canal Grande, parece una calle de tumbas, como la Vía Apia de Roma, pues los nombres de aquellas regias moradas forman la cronología de los Dux de *Venecia*, desde Anafasto hasta Luís Marini; esto es, desde 697 hasta 1797!—¡la historia de 1,100 años!

Por lo demás, ya sabéis que tan suntuosos alcázares son hoy propiedad de avaras bailarinas, albergue de viles cortesanas, oficinas del opresor extranjero, cuarteles, posadas públicas, ó alquilado asilo de Príncipes expatriados....—¡Todas las profanaciones fueran como la del *Palacio Mocenigo*, donde lord Byron escribió el *Don Juan*, *Marino Faliero*, *Los dos Foscari* y otros poemas inmortales!

Digamos algo acerca de la *Academia de Bellas Artes*, que encierra unos setecientos Cuadros, notabilísimos por lo general y obra casi todos de ilustres artistas nacidos en la Ciudad de San Marcos.

Entre las obras capitales que allí se admiran, cuéntase la famosa *Asunción* de Ticiano, verdadera joya de la escuela veneciana, con la cual se dió á conocer al mundo el discípulo de Bellini, eclipsando la gloria de su maestro y la de todos los pintores de aquella privilegiada edad.—*L'Assunta* (como se la llama en Venecia) es un prodigio de color. El lienzo mide siete metros de alto por tres de anchura. La acción se compone de tres episodios, magistralmente combinados. En la

parte inferior del cuadro hay.... *once* Apóstoles, mirando á la Madre de Jesús, que se remonta por los aires. En medio del lienzo está la Virgen, de pie sobre una nube, con las piernas púdicamente cruzadas bajo la revuelta túnica, con los ojos y las manos levantadas al cielo, rodeada y bendecida por un coro de Ángeles. En la parte superior se ve al Padre Eterno, que abre los brazos para recibir á su predilecta Hija.—Los críticos hallan en esta obra demasiada belleza humana, afectos terrestres, no sé qué profano sabor á naturaleza mortal.... Es muy cierto: entre los Ángeles que cercan á la Virgen, y al lado de algunos que firmaría Murillo, por el ingenuo y santo júbilo con que la aclaman Reina, hay otros que parecen *Cupidos* y que revelan el verdadero genio de Ticiano, más gentil que católico.... ¡La misma Virgen es demasiado mujer! —Pero, aun así y todo, este cuadro merece su universal renombre, si no como intuición mística, como noble y gallarda creación del Arte.

Después de la *Asunción*, los cuadros que más entusiasman al que visita aquel Museo son la *Presentación de la Virgen en el Templo*, del mismo Ticiano, obra también muy importante y modelo preciosísimo de *color*; — *Un pescador presentando al Dux el anillo ducal, encontrado en el vientre de un pez*, de Paris Bordone, pintor que yo no conocía, pero á quien esta obra coloca seguramente entre los primeros maestros;—y la famosa *Cena en casa de Levi*, de Pablo el Veronés, grandiosa pintura perteneciente á ese género propio de los grandes tapices, que pudiera denominarse *mural;* género que necesita para cada cuadro todo un pueblo y que prefiere los fondos de arquitectura á los de paisaje.

Las firmas que más abundan en los *setecientos cuadros restantes* son las de Ticiano, Pablo el Veronés, Tintoretto, Bellin, los dos Palmas, Caravaggio, Bassano,

Van-Ostade, Pordenone y Víctor Carpaccio, habiendo otras innumerables de buenos pintores aquí muy amados, cuanto desconocidos en el resto de Europa.

También se ven en la *Academia* muchos dibujos originales de Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rafael, entre los que se encuentran los *bosquejos* de casi todas sus grandes obras.... ¡Imaginaos, pues, la complacencia con que habré contemplado aquellos primeros gérmenes de tantas maravillas!

No produce la misma emoción, sino otra muy dolorosa, y hasta repugnante, el ver bajo un fanal la mano derecha de *Cánova*, negada á la madre tierra por la crueldad de un entusiasmo sacrílego.—Siempre se ha dicho que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso.... Pues bien: menos distancia hay algunas veces entre la ternura y la ferocidad.

Conque pongamos fin á estos apuntes, quedando así en franquía para abandonar á *Venecia*.

Dejaré, pues, de referiros mi visita á la *Galería Manfrini*, donde hay dos magníficos retratos pintados por Ticiano: el uno de su madre y el otro de su íntimo amigo Ariosto.

Tampoco haré una descripción minuciosa del *Arsenal*, que pasa como el más interesante del mundo.—En él se ven á un tiempo las Armas y las Banderas conquistadas por la extinguida República y el inmenso poder material con que el Austria gravita hoy sobre *Venecia*.... ¡Acerbo contraste! — Y allí he contemplado también un diminuto fac-símile del *Bucentauro*, simbólico bajel de la ilustre Señoría quemado por los venecianos cuando los franceses los *libertaron* del yugo de los Dux!....—¡Sacrílego auto de fe, equivalente á un suicidio político!

Una palabra no más acerca del famoso *Mapa-Mundi* de Fra-Mauro, que se conserva en el Palacio de los Dux:—Este *Mapa* lleva una fecha anterior al descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza (1460), y, sin embargo, da idea muy aproximada de todo el litoral de Africa (completamente desconocido para los navegantes de aquel tiempo) y hasta parece adivinar la existencia del Continente americano.... Consta, además, que Toscanelli mostró dicha Carta á su joven discípulo Cristóbal Colón, asegurándole que así comprendía él la forma de la Tierra....—Por consiguiente, el tal documento es un verdadero prodigio para los geógrafos.

Mis paseos bajo los árboles del *Jardín público*, donde he visto jugar á los futuros ciudadanos de *Venecia*, acaso destinados á ser libres, y presos hoy bajo la vigilancia de niñeras y criados; mi expedición á la *Isla de San Cristóbal*, sólo habitada por cadáveres, pues ella constituye el *Cementerio* de la Ciudad; el día inolvidable que pasé con H. de V. y con sir Arturo en la *Isla de Murano*, donde están las famosas *Fábricas de espejos* y otras obras de cristalería en que *Venecia* no tiene rival hace muchos siglos; nuestras correrías por la *Riva d'Schiavoni*, acompañados del fantasma de lord Byron; nuestras cenas en la *Isla de la Giudecca* (Judería); nuestro espionaje para ver á las elegantes venecianas salir de sus góndolas y entrar en misa; las canciones de *Gaetano*, el hijo de mi gondolero, á media noche, en mitad del *Canal Grande*....; la salida del sol por el mar, que nos dejaba entrever un momento las lejanas costas de la Istria; las tardes en que lo veíamos ponerse hacia Parma, y decíamos: «todavía lo verán en España durante hora y media....; » todas estas cosas pudieran ser objeto de otros tantos capítulos acerca de la vida veneciana; pero yo me contento con mencio-

narlas aquí, por vía de índice, á fin de que mañana me sirvan para coordinar mis plácidos recuerdos.

No pertenece al número de los *plácidos* el que llevo de los Teatros de *Venecia*.

El *Teatro de la Fenice*, donde se han estrenado tantas óperas magistrales, y uno de los primeros del mundo, según la fama, se halla cerrado hace tiempo por orden del Gobierno Austriaco, á consecuencia de los tumultos que ocurrían allí frecuentemente.

Veamos qué tumultos eran estos.—Todos los grandes músicos de Italia han sido ó son muy patriotas, lo mismo Bellini que Donizetti, así Verdi como Rossini: por consiguiente, los argumentos que han elegido para casi todas sus óperas respiran libertad é independencia.—Ahora bien: los Druídas de *Norma*, clamando contra la dominación romana; los Suízos, alzándose contra el Austria en *Guillermo Tell*; los *Puritanos*, gritando libertad y patria; los *Mártires*, caminando gozosos al suplicio, con tal de no renegar ante el déspota; el pueblo hebreo, gimiendo bajo los Faraones en el *Moisés*; Babilonia, escandalizada por *Nabuco*; los amigos de *Beatrice di Tenda*, pugnando contra la tiranía de Visconti, y otros tantos casos análogos como abundan en las obras de aquellos maestros, eran estrepitosamente aplaudidos por el público veneciano, que aprovechaba la ocasión para cantar desde palcos y butacas, y á coro con los artistas, mágicas frases de ardiente patriotismo, tanto más antipáticas á los Gobernadores Austriacos, cuanto que en todas esas óperas *lo straniero* acababa siempre por ser degollado á la vista del público....—El teatro de la *Fenice* fué, pues, cerrado indefinidamente.

El de *San Benedetto*, donde se acostumbra á repre-

sentar comedias italianas, no se abrirá este año hasta fin de Diciembre, á causa de no sé qué litigios....

Me he contentado, pues, con asistir una noche al teatro *Apollo*, y otra al teatro *Malibran*.

En el teatro *Apollo*, grande y pobre, incómodo y baratísimo, se representaba el *Orestes* de Alfieri.... Entre la orquesta y las butacas había dos centinelas Austriacos, con la bayoneta calada, encargados de mantener el orden.... La compañía era detestable, y, sin embargo, representaba con un furor y un énfasis, con tal suficiencia y majestad, que la tragedia me hizo pasar la noche muerto de risa.—En cambio, el resto del público, que no bajaría de mil personas (y por cierto de mediana condición), aplaudía á rabiar los gritos desaforados de aquellos energúmenos.... ¡Porque ya he dicho que los italianos se aplauden unos á otros facilísimamente!

En el teatro *Malibran*, más pobre todavía, más grande y más barato (un palco entresuelo y tres entradas nos costaron 10 reales), vimos un *vaudeville* sentimental de todos los diablos; ó, por mejor decir, no lo vimos; pues el aburrimiento nos hizo desertar inmediatamente....

¡Resignado estoy ya á no hallar en los teatros de Italia nada bueno, hasta la Pascua de Navidad, en que, como os he dicho, principia el *Carnavalone!*

Tal es el pálido resumen de mis impresiones en la Ciudad más interesante del universo.—Mucho dudo haber logrado que mis lectores se figuren los cuadros que he descrito, ni que adivinen los que apenas he bosquejado.... Sin embargo, habrán comprendido en conjunto que la llamada con justicia *Reina del Adriático* es una maravilla de arte; que su hermosura ha superado

los ensueños de mi imaginación, y que su poética memoria me acompañará toda la vida.

Yo le doy un adiós tanto más melancólico, cuanto que desconfío de volver á verla; pero hago votos al cielo porque pronto sacuda los hierros de la esclavitud....—¡Ese día llegará tarde ó temprano!.... La dominación de una raza sobre otra es siempre pasajera. Sólo los pueblos hermanos pueden conquistarse y fundirse. El teutón no dejará nunca de ser extranjero al Mediodía de los Alpes.—En tantísimos años de dominio, el Austria ha ensayado todos los medios de asimilarse el Veneciado, de captarse la voluntad de sus hijos, de echar raíces en su suelo.... Y el halago, la adulación, el beneficio, la amenaza, el terror, la muerte.... ¡todo ha sido inútil! Los tudescos son hoy en *Venecia* lo que el primer día.

Sin embargo (ved si los poetas somos crueles), yo me alegro (en cuanto poeta nada más) de haber visitado á *Venecia* en su época de tribulación. De no haberla visto cuando era poderosa República independiente, señora de extensos mares y apartadas tierras, con sus Dux y su Senado, con sus navegantes y sus guerreros, con sus fiestas y sus terrores, de ningún modo la hubiera encontrado más interesante que con sus tocas de duelo, llorando en las ruínas de su glorioso pasado, misteriosa y callada, solitaria y digna, sin que el estruendo de nuestra prosaica civilización turbe el majestuoso sueño de sus patricios; sin que los gritos de la Bolsa espanten á las palomas, hijas adoptivas de la Ciudad; sin que ningún Prefecto florentino ó romano, más ó menos idólatra de Garibaldi, se posesione del *Palacio de los Dux*; sin que cruce sus lagunas la góndola del hombre de negocios...., capaz de establecer una Sociedad Anónima para cegar los Canales y sustituirlos con Calles á la parisién....

Yo me imagino libre á *Venecia* y convertida en provincia del Reino de Italia, como le pido á Dios que suceda pronto.... —¡Adiós entonces á la poesía! La Milicia nacional recorrerá las Calles cantando himnos como en Milán; un Alcalde cualquiera *mejorará* los *Plomos* y los *Pozos;* la seguridad personal acabará con el dramático miedo de las noches venecianas; la libertad le perderá el respeto á todo; la *alta banca* comprará á peso de oro la Historia; el trabajo extirpará la melancolía; el movimiento industrial traerá gentes de otras comarcas de Italia, y desaparecerán los tipos, los trajes y el dialecto de *Venecia*....—¿Conocéis transformación más horrible?

Resumen de mi teoría abominable: á *Venecia* le sientan muy bien las cadenas.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE DEL TOMO I

LIBRO PRIMERO

FRANCIA

Páginas.

I.—De Valencia á Marsella..... 7
II.—De Marsella á París..... 12
III.—Los boulevards de París..... 22
IV.—París, metrópoli del mundo.—La *Plaza de la Concordia*... 25
V.—Excursión al campo.—M. Iriarte.—La isla de Croissy..... 33
VI.—El pescador Mauricio.—Costumbres parisienses.—Un suicida.—La Misa de Bougival..... 42
VII.—Dos conciertos.—Muerte y entierro de la duquesa de Alba. 61
VIII.—La Rigolboche, Garibaldi y otros númenes..... 74
IX.—El humanismo..... 82

LIBRO SEGUNDO

SABOYA Y SUÍZA

I.—El Monte-Jura.—¡Benditas sean las montañas!..... 87
II.—Ginebra.—Una tarde en el Lago..... 92
III.—Saboya recién anexionada á Francia.—Tipos y costumbres.—Arcos triunfales.—Los Alpes.—¡El Mont Blanc!—Chamounix.—Donizetti.—La noche y la nieve..... 100
IV.—Fisiología del mulo, del jumento y del caballo.—La mar de Hielo.—Al álbum de la Flechère.—Puesta del sol..... 115

V.—El Hotel de la Cascada.—Otra vez Suíza.—La Tête Noire.—Unas inglesas.—El Valle del Ródano.—El Monte San Bernardo.—Martigni.—Sobre los tontos.—Sión.—Brigg.—Entrevemos la Alemania.—Prisioneros de Castelfidardo.—Paso del Simplón.—El Hospicio.—Los perros.—Aparición de Italia..... 129

LIBRO TERCERO

EL PIAMONTE

I.—El Lago Mayor.—Un domingo en las Islas Borromeas.—La familia de San Carlos.—Milicia Nacional.—La cuestión de Italia.—Novara y Magenta.—Llegada á Turín..... 157
II.—Turín.—Resumen de su historia.—Un paseo por la Ciudad.—Emmanuel Filiberto.—El Palacio Real por dentro.—Turín á vista de pájaro.—Otra vez las inglesas.—Una ópera en Italia. Jussuf..... 189
III.—El Santo Sudario.—Palacio del Tasso.—Artes y letras.—Isabel y Juana.—Un almuerzo con españoles.—El Museo egipcio.—La Superga.—El Cementerio.—Adiós al Piamonte..... 213

LIBRO CUARTO

LA LOMBARDÍA

I.—Alejandría.—Marengo.—Una tarde en Pavía.—Recuerdos de la patria.—*El Albergo della Croce Bianca*.—Lugar de la batalla.—La Cartuja.—La celda de Francisco I.—Diviso á Milán.. 227
II.—Un paseo por las calles de Milán.—Primera visita á la Catedral.—*Guillermo Tell* en el teatro de la Scala.—Recuerdos históricos..... 264
III.—La Catedral por dentro y desde lo alto de su pirámide.—Museo de pinturas.—El arco de la Paz.—Un anfiteatro romano.—La *Cena* de Leonardo de Vinci.—Iglesias antiquísimas.—La víspera de difuntos en un cementerio italiano.—Un drama patriótico en el teatro de *S. Radegonda*..... 283

LIBRO QUINTO

EL VÉNETO

I.—Adiós á Lombardía.—El Lago de Garda.—La frontera austriaca.—Italianos y tudescos.—La policía.—El Cuadrilátero.—Verona.—Noche lúgubre..... 305
II.—*Redeunt spectacula mane.*—El palacio *Giusti.*—Un paseo por Verona.—Otro anfiteatro.—El sepulcro de Julieta..... 317
III.—De Verona á Venecia..... 324
IV.—Primer paseo por Venecia..... 328
V.—Venecia á vista de pájaro.—Un paseo por el Lido.—La *Piazzetta.*—La Plaza de San Marcos á las dos de la tarde.—Los venecianos y los austriacos.—El café Florián y el café Cuadri.—La noche de un domingo..... 338
VI.—El Palacio de los Dux.—De la Escalera de los Gigantes al Puente de los Suspiros.—Sala del Gran Consejo.—Sala del Consejo de los Diez.—El Consejo de los Tres.—Los Plomos y los Pozos.—Recuerdos de Silvio Pellico.—Lugar del tormento.... 375
VII.—Iglesias y Palacios.—Ticiano.—Cánova.—Dos noches de teatro.—Excursión á las cercanas Islas.—Adiós á Venecia.... 390



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS.

NOVELAS CORTAS de D. P. A. de Alarcón.—1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por el mismo.—Un tomo 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA, del mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL CAPITÁN VENENO.—HISTORIA DE MIS LIBROS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

POESÍAS SERIAS Y HUMORÍSTICAS, seguidas de EL HIJO PRÓDIGO, drama, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

DE MADRID Á NÁPOLES, por el mismo.—Dos tomos, á 4 pesetas cada uno.

(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas tomo.)

ROMANCERO ESPIRITUAL del M. Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—7 tomos: el 1.°, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con retrato del Autor.—Sólo hay ejemplares de 6, 10, 25 y 30 pesetas.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo con retrato del Autor, 4 pesetas.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, *biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, 8 pesetas.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por Menéndez y Pelayo.—Los cuatro primeros volúmenes, 17. pesetas.

ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario). — Un tomo, 4 pesetas.

DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.

VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 ptas.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con retrato del Autor, 10 ptas.

ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete.—Primer tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.

CALDERÓN Y SU TEATRO, tercera edición, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.—Los dos primeros tomos, 8 pesetas.

ESTUDIOS GRAMATICALES, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 5 pesetas.

POESÍAS de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.

DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón.—Dos tomos, 8 pesetas.

HORACIO EN ESPAÑA.—*Solaces bibliográficos*, por don Marcelino Menéndez y Pelayo.—Dos tomos, 10 pesetas.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI, por D. Manuel Cañete.—Primer tomo, 4 pesetas.

LAS RUÍNAS DE POBLET, por D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 4 pesetas.

LEYENDAS MORISCAS, publicadas por F. Guillén Robles.—Primer tomo, 4 pesetas.

HISTORIA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA, por A. F. Schack.—Tomo 1, 5 pts.

POESÍAS, CANTARES Y LEYENDAS, por D. Mariano Catalina.—Un tomo, 5 pesetas.

ESTUDIOS SOBRE VESTUARIO, EQUIPO Y ARMAMENTO DEL EJÉRCITO, por D. Nazario de Calonje, con láminas, 3 pesetas.

DE D. SEVERO CATALINA.

LA MUJER.—Un tomo, 4 pesetas.

ROMA.—Tres tomos, 12 pesetas.

LA VERDAD DEL PROGRESO.—Un tomo, 4 pesetas.

VIAJE DE SS. MM. Á PORTUGAL.—*La Rosa de oro.*—Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

LA PERFECTA CASADA, por Fr. Luís de León, con retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

ROMANCERO MORISCO.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

CERVANTES.—*Rinconete y Cortadillo.—El Celoso Extremeño.—El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros.* Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

LA MUJER, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 5 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para regalo, á diferentes precios.

(*Los pedidos á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.*)

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo III (2.º volumen).

CANCIONES, POEMAS Y ROMANCES, por D. Juan Valera.

LEYENDAS MORISCAS, publicadas por E. Guillén Robles: tomo II.

HISTORIA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA, por A. F. Schack: tomo II.

EN PREPARACIÓN.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcon.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DE CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, del P. Martín de Roa.

Los ejemplares especiales son:

150 en papel agarbanzado grueso.....	á 6	pesetas.
100 en papel de hilo español, números 1 á 100	á 10	id.
25 en papel China, números I á XXV.....	á 30	id.
25 en papel Japón, números XXVI á L....	á 35	id.

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

MÁS OBRAS

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON

EN OTRAS EDICIONES.

DE MADRID Á NÁPOLES.—Un tomo en 4.,° de lujo, de cerca de 600 páginas, con 24 magníficas láminas, 7 pesetas.

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.